



COMO EN EL
CIELO, ASÍ
TAMBIÉN EN
LA TIERRA

Jeffrey R. Holland Patricia T. Holland

Como en el cielo, así también en la tierra

JEFFREY R. HOLLAND Y PATRICIA T. HOLLAND

La vida mortal presenta dificultades para todos y con frecuencia descubrimos que echamos de menos la paz y la tranquilidad de los cielos. En la oración a Su Padre, Jesús pidió: "Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra". Mientras que esa sociedad ideal no va a llegar hasta el reinado milenarismo de Cristo, hay cosas que cada persona puede hacer para contribuir a que su vida mortal sea más placentera, más espiritual y más como nuestro hogar celestial.

En *Como en el cielo, así también en la tierra*, sus autores, Jeffrey R. Holland y Patricia T. Holland, presentan mensajes de manera individual y conjunta que señalan el camino que conduce a una mayor conciencia, aceptación y práctica de la voluntad de Dios en nuestro diario vivir. Muchos de estos mensajes fueron presentados en un principio en reuniones espirituales y en conferencias celebradas en la Universidad Brigham Young, de la cual el élder Holland, actualmente miembro del Quórum de los Doce Apóstoles de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, fue rector desde 1980 hasta 1989, ayudado por su esposa, Patricia. Con el fin de ilustrar sus temas, ambos comparten experiencias y percepciones de sus propias vidas, de las Escrituras, del consejo de los profetas y de otros grandes pensadores.

"Hasta que podamos estar a salvo en nuestro hogar celestial, con Dios y los unos con los otros", escriben, "de seguro que no habrá nada mayor a lo que aspirar que el que Su voluntad, Su camino y Su influencia divina puedan sentirse más plenamente en la tierra".

ÍNDICE DE CONTENIDO

Prefacio	4
Reconocimientos	5
PERCEPCIONES Y REFLEXIONES	
por Patricia T. Holland	
1 Cumplir con la medida de nuestra creación	7
2 A un susurro de distancia del cielo	10
3 Tiene todo que ver con el corazón	15
4 Los frutos de la paz	18
5 La consolación con la que somos consolados	23
6 La perspectiva de una mujer sobre el sacerdocio	30
7 Los muchos rostros de Eva	36
8 Con tu rostro puesto en el Hijo	46
UNA CONVERSACIÓN	
con Jeffrey R. Holland y Patricia T. Holland	
9 Algunas cosas que hemos aprendido juntos	55
CERTEZAS Y AFIRMACIONES	
por Jeffrey R. Holland	
10 Eleva tus ojos	64
11 La voluntad del Padre en todas las cosas	69
12 Oh, Señor, mantén firme mi timón	76
13 La amarga copa y el bautismo de sangre	83
14 En el calor de tus brazos	90
15 Quiénes somos y lo que Dios espera de nosotros	93
16 Sobre almas, símbolos y sacramentos	100
17 Asombro me da	108

PREFACIO

La vida mortal tiene un generoso número de desafíos para cada uno de nosotros y con frecuencia echamos de menos la paz y la seguridad de los cielos. El Salvador expresó no sólo el deseo de su corazón, sino el de cada uno de Sus discípulos, cuando oró a Su Padre: "Venga tu reino. Hágase tu voluntad *como en el cielo, así también en la tierra*". Hasta que podamos estar a salvo en nuestro hogar celestial, con Dios y los unos con los otros, de seguro que no habrá nada mayor a lo que aspirar que el que Su voluntad, Su camino y Su influencia divina puedan sentirse más plenamente en la tierra.

Una sociedad tan pura y fuerte probablemente no será posible hasta el reinado milenar de Cristo como Rey de reyes y Señor de señores; pero esto no es excusa para dejar de intentar que "venga [Su] reino" lo antes posible. Y aunque las circunstancias celestiales no aparezcan amplia y generalmente hasta ese segundo advenimiento, existen formas profundas en las que pueden venir personalmente a nosotros, a nuestras familias y a grupos de creyentes que viven el Evangelio en el corazón, en sus hogares y en sus vecindarios.

Ciertamente, la clave de cualquier éxito en esta vida o en la eternidad es la obediencia al Hijo de Dios y a Sus enseñanzas, así como Él fue completamente obediente a la voluntad de Su Padre "en todas las cosas". Este libro, una recopilación de algunos de nuestros discursos y ensayos, está dedicado a esos aspectos de la vida próximos a nosotros en los que tenemos la oportunidad de hacer que la voluntad de Dios sea nuestra voluntad y que Sus caminos sean nuestros caminos. Está dedicado al ideal de hacer que la vida aquí "en la tierra" sea lo más parecido posible a como es "en el cielo".

RECONOCIMIENTOS

Deseamos agradecer a las muchas personas, especialmente a los estudiantes de la Universidad Brigham Young, que estuvieron dispuestas a escuchar estas ideas mucho antes de que estuvieran en formato de libro. El poder trabajar con una gente joven tan notable y entusiasta ha sido uno de los mayores privilegios de nuestra vida.

Damos las gracias a un buen número de secretarias, especialmente a Jan Nelson y a Shauna Brady, quienes con el transcurso de los años produjeron incontables borradores de estos manuscritos. Jan Nelson elaboró también la copia final de este libro. Expresamos un agradecimiento especial a Eleanor Knowles, Editora Ejecutiva de Deseret Book, quien tuvo la idea inicial de este proyecto, y cuya paciencia hizo posible que llegase a ser publicado.

PERCEPCIONES Y REFLEXIONES

por Patricia T. Holland

CUMPLIR CON LA MEDIDA DE NUESTRA CREACIÓN

*Cada elemento de la creación tiene su propósito
y realización propios, su propio papel y misión divinos.
Si nuestros deseos y obras están dirigidos hacia lo que
nuestros Padres Celestiales desean que seamos,
llegaremos a apreciar nuestra parte en Su plan, reconoceremos
"la medida plena de nuestra creación" y nada nos
dará una paz más definitiva.*

Cuando mi hija, Mary, era pequeña, se le pidió que exhibiera un talento para un concurso de la Asociación de Padres de Alumnos. La siguiente es su experiencia tal y como ella la escribió con su caligrafía de siete años:

"Un día estaba practicando al piano y me eché a llorar porque lo hacía mal. Entonces decidí practicar ballet y me eché a llorar más, porque también lo hacía mal. Luego decidí hacer un dibujo, porque sabía que podía hacerlo bien, pero me salió horrible. Y de nuevo me eché a llorar.

"Entonces, mi hermano de tres años vino y le dije: 'Duffy, ¿qué puedo ser yo? ¿Qué puedo ser yo? No puedo tocar el piano ni ser una bailarina de ballet. ¿Qué puedo ser?'. Mi hermano se me acercó y me susurró: 'Puedes ser mi hermana'".

En un momento importante, esas cuatro palabras sencillas cambiaron la perspectiva y consolaron el corazón de una niña muy ansiosa. En ese preciso momento, la vida se convirtió en algo mejor y, como siempre, el mañana parecía ser más radiante.

Todos nosotros nos enfrentamos a esas preguntas respecto a nuestro papel, nuestro propósito y nuestro curso en la vida, y todavía les hacemos frente mucho después de ser niños. Me relaciono con suficientes mujeres como para saber que muchas, quizás la mayoría, tienen momentos en los que se sienten desequilibradas o derrotadas, al menos temporalmente. Nos preguntamos: "¿Qué seré? ¿Cuándo me graduaré? ¿Con quién me casaré? ¿Cuál es *mi* futuro? ¿De qué voy a vivir? ¿Cómo puedo colaborar? En resumen, ¿qué puedo ser?".

Si todavía se está haciendo estas preguntas, no se desanime, porque todos nos las hacemos. *Deberíamos* estar interesados en nuestro propósito fundamental en la vida. Ciertamente, todo filósofo pasado y presente está de acuerdo con que el alimento y un techo bajo el cual vivir, aún siendo importantes, no lo son todo. Nosotros queremos saber qué va a pasar ahora, ¿dónde está el significado?, ¿cuál es nuestro propósito?

Al hacerme estas preguntas, he hallado sumamente reconfortante el recordar que una de las verdades más importantes y fundamentales enseñadas en las Escrituras y en el templo es que "toda criatura viviente cumplirá con la medida de su creación".

Debo admitir que la primera vez que oí esta enseñanza, pensé que se refería exclusivamente a la procreación, a tener hijos o descendencia, y estoy segura de que probablemente ésta es la esencia de su significado. Sin embargo, gran parte de la ceremonia del templo es simbólica, con la certeza de que también puede haber diversos significados en esta declaración. Parte del significado adicional que ahora puedo ver en este mandamiento es el de que cada elemento de la creación tiene su propósito y realización propios; cada uno de nosotros ha sido diseñado teniendo presentes un papel y una misión divinos. Creo que si nuestros deseos y nuestras obras se dirigen hacia lo que nuestros Padres Celestiales esperan de nosotros, llegaremos a apreciar nuestra parte en Su plan, reconoceremos la "plena medida de nuestra creación", y nada nos dará una paz más definitiva.

Una vez leí una analogía maravillosa de las limitaciones que nuestra perspectiva presente impone en nosotros. El mensaje decía que en el proceso actual de la creación — nuestra creación y la de todo lo que nos rodea — nuestros Padres Celestiales están preparando un tapiz maravilloso con colores, patrones y matices exquisitos, y lo están haciendo de manera amorosa, cuidadosa y con maestría. Cada uno de nosotros representa una parte — *nuestra* parte — en la creación de esa magnífica y eterna obra de arte.

Pero al hacerlo tendremos que recordar que nos resulta muy difícil realizar nuestro propio aporte de manera exacta. Vemos el rico tono borgoña de un hilo cercano y pensamos: "Ése es el color que quiero ser". Entonces admiramos otro color, un azul o un beige claro y suave, y pensamos: "No, esos colores son mejores que el mío". Pero en medio de todo esto no vemos nuestra obra de la manera en que Dios la ve, ni nos damos cuenta de que los demás están deseando tener *nuestro* color, *nuestra* posición o *nuestra* textura en el tapiz, aun cuando nosotros mismos estamos deseando tener los suyos.

Quizás la cosa más importante a recordar es que durante la mayor parte de este período creativo estamos confinados a la visión limitada de la parte inferior del tapiz, donde las cosas suelen estar particularmente entrelazadas, confusas y poco claras. Si desde ese punto de vista nada tiene realmente sentido se debe a que todavía estamos en proceso de ser completados; pero nuestros Padres Celestiales pueden ver desde lo alto y un día sabremos lo que ellos saben: que cada parte de este acto artístico es igual en importancia, en equilibrio y en belleza. Ellos conocen nuestro propósito y nuestro potencial, y nos han dado la oportunidad insuperable de realizar una contribución perfecta a este diseño divino.

El Señor nos ha prometido que el único requisito necesario para ser parte de este plan magnífico es el de tener "deseos de hacer salir a luz y establecer esta obra" (D&C 12:7). "Sí, quien meta su hoz y coseche es llamado por Dios. Por consiguiente, si me pides, recibirás; si llamas, se te abrirá" (D&C 14:4-5).

A veces en nuestra siega, cosecha o criba puede que Dios nos diga "no", "ahora no", o "no estoy de acuerdo", cuando lo que queremos que diga, lo que deseamos que reciba nuestro tapiz, es un afirmativo "sí", o un "claro, ahora mismo", o "por supuesto que puede ser tuyo". Cuando en mi vida he sufrido decepciones y retrasos, he llegado a ver que si continúo llamando con una fe inmutable y persisto en mi paciencia, esperando al Señor y ajustándome a Su calendario, he descubierto que las negativas del Señor no son sino meros preludios para un "sí" magnífico. He descubierto que los mismos retrasos y negativas que nos preocupan más, aquellas diferencias con respecto a los demás que afectan a nuestra autoestima, son las diferencias y los retrasos mejores para nuestra felicidad y pleno desarrollo.

Con frecuencia me he preguntado acerca de los problemas que parecen haber ocupado la mente de Moisés cuando el Señor le pidió que abandonara su posición y sus privilegios reales para servirle en la más humilde pobreza y escasez. Comparemos la misión de Moisés con el deseo del Señor para con José de permanecer en Egipto y emplear su poder y prestigio en propósitos justos. Aparentemente, a Jeremías no le fueron concedidas las bendiciones del matrimonio ni de los hijos, mientras que Jacob tuvo el consuelo y la compañía de cuatro mujeres justas y de numerosa prole. Josué parece haber sido un tipo de líder increíblemente confiado, carismático y dispuesto a encargarse de todo; mientras que, con frecuencia, Moisés era vacilante, indeciso y a veces tenía que pedirle dos veces al Señor por las instrucciones. Cada uno tuvo que desempeñar un papel crucial pero muy diferente.

Además, la edad parece ser de poca importancia en la diversidad de este tapiz. David no era más que un niño cuando derrotó hábilmente a Goliath, pero Abraham tenía ochenta años cuando nos dio el ejemplo mortal y supremo de fe y obediencia. Ester tenía la riqueza y la atención de reyes, lo cual le proporcionó la oportunidad de ayudar a salvar a su pueblo, mientras que Rut era una moabita pobre y despreciada. Sin embargo, fue la sangre real de Rut, irónicamente, la que llevaba el linaje del mismísimo Hijo de Dios. El Señor nos utiliza *a causa* de nuestras personalidades y diferencias únicas más que *a pesar* de ellas. Él nos necesita a cada uno de nosotros, con todos nuestros defectos, debilidades y limitaciones.

Entonces, ¿qué *puedo* ser yo? ¿Qué *puedo* ser yo? Cada uno de nosotros — ustedes y yo — podemos ser lo que nuestros Padres Celestiales hayan establecido para nosotros, aquello que tienen

intención de que seamos, y lo que nos están ayudando a ser. ¿Cómo cumplimos con la medida de nuestra creación?: al meter la hoz y cosechar con toda nuestra fuerza, y al regocijarnos en nuestro carácter único y en nuestras diferencias. Para ser todo lo que podemos llegar a ser, la única asignación que cada uno de nosotros recibe es la de (1) apreciar nuestro curso y saborear nuestra peculiaridad, (2) acallar nuestras voces conflictivas y escuchar a la voz interior, la cual es Dios diciéndonos quiénes somos y lo que seremos; y (3) liberarnos del amor a la profesión, la posición o la aprobación de los demás al recordar que lo que Dios quiere *realmente* es que seamos la hermana, el hermano o el amigo de alguien.

Cada uno de nosotros tiene un propósito, y para cada uno ese propósito es diferente, es distinto, es divino. Dios vive y nos ama tal y como somos y como vamos a ser. Él nos ayudará a cumplir con la medida de nuestra creación.

AUN SUSURRO DE DISTANCIA DEL CIELO

Ciertamente, la oración de fe siempre es contestada. Es eficaz y es contestada aún cuando no entendamos cómo. Esto es particularmente cierto cuando estamos orando por otras personas, especialmente cuando oramos por nuestra propia familia e hijos. Nuestras oraciones necesitan ser más fervientes y anhelantes, como lo fueron las de nuestras madres a través de las generaciones.

Con el aumento de las presiones que enfrentamos casi cada día, resulta muy difícil no sentirse desbordada. Leemos acerca de Irán, de China y de Rusia, del aumento de los precios, de las hostilidades y de los problemas energéticos, y leemos de familias en crisis. Entonces nos preguntamos: "¿Podemos hacerlo? ¿Podemos criar una familia justa en un mundo con cada vez más dificultades?". Buscamos las respuestas en todas partes, desde libros de psicología hasta cursos de desarrollo infantil, o incluso en los consultorios sentimentales. Todos queremos que nos lleven en coche. Queremos tener la mejor educación y una salud de hierro. Nos ponemos histéricas al hacer demasiado por nuestros hijos y luego tenemos que tomarnos un calmante porque estamos preocupadas por no hacer lo suficiente. Hasta nos vemos atrapadas en la elección de prioridades entre los deberes para con la familia y los llamamientos en la Iglesia, cuando ambas cosas necesitan de nuestra lealtad y devoción.

Nos sentimos especialmente intranquilas al ver que nuestros bebés crecen hasta ser adolescentes; a veces es difícil verles convertirse en jóvenes independientes que crean tirantez en esas relaciones que tan seguras nos hacían sentir cuando ellos estaban en la cuna. Algunas personas de nuestra comunidad pasan por estas dificultades a solas, en hogares con padres o madres que se las tienen que arreglar para criar a sus hijos sin la ayuda del cónyuge. Pero el problema no es sólo la lista de dificultades, sino el tener que hacerles frente junto con el temor de que se nos ponga el pelo canoso, que nos crezca la barriga y que decaiga nuestra energía. De vez en cuando, aun siendo padres, también nos gustaría irnos de casa, pero no podemos encontrar las llaves del coche.

Bromas aparte, sabemos lo seria que es nuestra labor. Después de todo, somos la generación criada con la admonición de que "ningún éxito en la vida puede compensar el fracaso en el hogar". A veces el peso de esa frase parece más de lo que podemos soportar; sin embargo he llegado a la conclusión de que cualquier cosa importante es pesada y difícil. Quizás el Señor lo diseñó de ese modo para que apreciáramos, retuviésemos y magnificásemos los tesoros que más importan. Al igual que el buscador de la parábola, también nosotros debemos estar dispuestos a ir y vender todo lo que tenemos a cambio de esas perlas de gran precio. Nuestra familia, junto con nuestro testimonio y nuestra lealtad al Señor, son las más preciadas de esas perlas. Me parece que estaremos de acuerdo en que por ese tesoro bien vale la pena pasar por cierta agonía y ansiedad. El que todo sea fácil puede, con el tiempo, llegar a desviarnos y dejarnos incapacitados para la eternidad.

Creo también que junto con la tarea se nos concede el talento. Al igual que Nefi, se me ocurre que Dios no nos pide hacer una cosa tan importante sin prepararnos la vía para que podamos lograrla. También ellos son hijos Suyos, y nunca debemos olvidar esa realidad, ni en las alegrías ni en las tristezas. Tenemos ayuda paterna adicional del otro lado del velo, pudiendo preguntarnos así, junto con los ángeles: "¿Hay para Dios alguna cosa difícil?" (Génesis 18:14). Con el transcurso de los años he recibido mucho consuelo de ese versículo, pues está orientado hacia la familia, y es el pasaje central de todo lo que ahora llamamos la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob.

Al principio de nuestra vida de casados parecía como si también yo, al igual que Sara, fuese estéril. Mi médico nos dijo que existía una gran probabilidad de que no tuviésemos hijos, pero en mi corazón me sentía de otro modo y recordé a Sara. ¿Hay para Dios alguna cosa difícil? No, no si sus nombres son Matthew, Mary Alice y David. ¿Es demasiado difícil concebirlos, darlos a luz, cuidar de ellos, consolarlos, enseñarles, vestirlos, esperar por ellos, ser paciente con ellos, llorar por ellos o amarlos? No si son hijos de Dios, así como nuestros. No si recordamos esos sentimientos maternales que son, a mi parecer, los sentimientos naturales más fuertes del mundo. El presidente David O. McKay dijo una vez que la cosa más cercana al amor de Cristo por los hombres era el amor de una madre por su hijo. Todo lo que he sentido desde el 7 de junio de 1966 me dice que el presidente McKay tenía razón.

Cuando vengan los problemas, y vendrán; cuando se amontonen las pruebas, y lo harán; cuando abunde lo malo y temamos por la vida de nuestros hijos, podremos pensar en el convenio y en la promesa dados a Abraham, podremos pensar más concretamente en Sara y, junto con los ángeles, repetir la pregunta: "¿Hay para Dios alguna cosa difícil?".

Si creen que las circunstancias de la vida no son las ideales, ármense de valor. Estoy comenzando a preguntarme si alguna vez las circunstancias de la vida son ideales. Permítanme poner mi propia vida como ejemplo.

A causa de las diversas asignaciones educativas y profesionales que hemos recibido, nos hemos mudado quince veces durante nuestra vida de casados. Cuando los niños comenzaron a venir, las mudanzas empezaron a convertirse en un mayor desafío para mí. Me preocupaban los ajustes, el adaptarse y el hacer amigos. La seguridad emocional de nuestros hijos ha sido para mí una fuente de gran inquietud a lo largo de nuestra vida tan ajetreada.

Cuando estábamos en los cursos de posgrado con dos niños pequeños, la casa de estudiantes en la que vivíamos estaba en el límite de la comunidad negra de New Haven, Connecticut. Casi todos los estudiantes de la zona llevaban a sus hijos a escuelas privadas o se saltaban los límites del distrito escolar. Debido a que no podíamos permitirnos el lujo de una escuela privada y a que sentíamos que no era honrado saltarnos a otro distrito, Matt era, literalmente, el único niño blanco de su clase en el jardín de infantes, y uno de los dos niños blancos de todo el colegio.

Todavía puedo recordar las lágrimas y el terror. Éste era mi primer hijo, el tesoro de mi vida, el niño con el que había puesto en práctica mis estudios de desarrollo infantil, el niño al que había enseñado a leer antes de cumplir los tres años, el niño del que estaba segura que llegaría a ser uno de los legendarios personajes de la civilización occidental. ¿Cómo podían sus comienzos educativos, sus primeras sensaciones fuera del calor y de la protección del nido, ser tan alarmantes, con tantos ajustes que hacer? Pero entonces recordé, así como recuerdo ahora, algo que George Bernard Shaw dijo una vez: "Las personas siempre le echan la culpa de lo que son a sus circunstancias. Yo no creo en las circunstancias. La gente que tiene éxito en esta vida es aquella que se levanta y busca las circunstancias que desea, y si no son capaces de encontrarlas, entonces las crean" (Mrs. Warren's Profession, acto II).

Tras aferrarme a la esperanza de que quizás ésta era una de esas oportunidades de crecer, y luchando por controlar mis temores, me sumergí en la asociación de padres de alumnos de la escuela, y también me ofrecí como voluntaria para proporcionar capacitación musical en la escuela una vez por semana. Bueno, eso ocurrió en un momento que ahora parece muy distante, pero entonces y desde entonces han ocurrido muchas cosas, y sólo basta decir que somos enormemente bendecidos porque toda nuestra familia ha podido apreciar un mundo racial y cultural más amplio. No hace falta decir que Matt es el más sensible, cultural y racialmente, de todos nuestros hijos.

Otro ejemplo del mismo período. Estábamos muy ocupados durante aquellos años que vivimos en el campo misional, los cuales requerían que el servicio en el barrio fuese mayor del habitual. Yo fui llamada a servir como presidenta de la Sociedad de Socorro, directora del coro de la Escuela Dominical y asesora de las Laureles. También me preocupaba que esas responsabilidades me privaran de mi relación de madre e hija con mi niña pequeña. Años después creía que cada cólico o dolor de su vida había sido sembrado, de algún modo, en aquel período. Mi sentimiento de culpa, real o

imaginaria, era inmenso.

Con el tiempo y con la perspectiva adecuada, ahora puedo ver que a causa de mis preocupaciones le dediqué más tiempo para compensar las pérdidas, y esta hija se ha convertido en una jovencita de gran confianza en sí misma. Se siente muy cómoda consigo misma y conmigo, y nuestra relación es una de las más estimulantes que conozco.

Cuando nos mudamos a Provo, Utah, nos enfrentamos a otro momento muy absorbente de nuestra vida. El papel de la esposa de un rector de universidad puede llegar a ser un trabajo de entrega total de tiempo y esfuerzo. Al tener la casa situada en el mismo campus, mis hijos no tenían amigos que viviesen cerca. Había estudiantes que les señalaban, de manera educada pero todavía así visible, y que les recordaban que eran "los hijos del rector". En muchos aspectos aquél fue un tiempo muy difícil, pero que trajo consigo sus propias bendiciones y oportunidades especiales. Tomamos la determinación de convertirlo en una experiencia muy rica y reconfortante, y creo que lo conseguimos. Me parece que Shaw tenía razón. No sólo que uno se somete a las circunstancias, sino que les da forma y las utiliza para sus mejores propósitos personales. Rara vez las circunstancias son ideales, pero nuestros ideales pueden prevalecer, especialmente cuando atañen a nuestro hogar y a nuestros hijos.

El presidente Spencer W. Kimball escribió en cuanto a la atmósfera que rodeaba el hogar de su infancia: "El magnífico diario de mi madre recoge toda una vida de gratitud por la oportunidad de servir y el sentimiento de pesar por no haber podido hacer más. Recientemente sonreí cuando leí lo que escribió el 16 de enero de 1900. Ella servía como primera consejera en la Sociedad de Socorro de Thatcher, Arizona, y la presidencia fue a la casa de una hermana, donde el cuidado de un bebé enfermo había impedido que su madre se dedicara a coser. Mi madre llevó su propia máquina de coser, un pequeño almuerzo, su bebé y una silla alta, y empezaron a trabajar. Aquella noche escribió que había 'hecho cuatro delantales, cuatro pantalones y empecé una camisa para uno de los niños'. Tuvieron que parar a las cuatro para ir a un funeral, por lo que no pudieron 'hacer más que eso'. A mí me habría impresionado ese logro, en vez de pensar: 'Bueno, no es mucho'". El presidente Kimball prosigue: "Ése es el tipo de hogar en el que nací, un hogar dirigido por una mujer que emanaba servicio en todo lo que hacía" (Woman [Salt Lake City: Deseret Book, 1979], págs. 1-2).

¿Sabían ustedes que la madre del presidente Kimball falleció cuando él tenía once años, mientras su padre era presidente de una estaca que abarcaba desde St. Johns, Arizona, hasta El Paso, Texas?

¿Sabían que el presidente McKay tenía solamente ocho años cuando se convirtió en el hombre de la casa? Su padre fue llamado a servir una misión en Gran Bretaña, dos hermanas mayores acababan de fallecer y su madre esperaba otro hijo. El padre del joven David sentía simplemente que no podía irse en esas circunstancias, pero su esposa le expresó de manera inequívoca que debía ir, cuando le dijo: "El pequeño David y yo nos arreglaremos muy bien con la casa".

¿Sabían que el padre del presidente Heber J. Grant murió cuando Heber no tenía más que ocho días? El obispo de Heber no creía que el muchacho llegaría a demasiado en la vida porque dedicaba mucho tiempo a jugar al béisbol, pero su madre sabía lo que sólo una madre sabe, y ella moldeó el futuro de un joven profeta.

¿Sabían que el presidente Joseph Fielding Smith nació cuando su padre estaba sirviendo como miembro del Quorum de los Doce, y que sólo tenía cuatro años cuando su padre fue llamado como miembro de la Primera Presidencia?

¿Sabían que el presidente Joseph R. Smith nació durante las terribles persecuciones que los Santos de los Últimos Días sufrieron en Misuri? ¿Sabían que cuando tenía cinco años estuvo al pie de los ataúdes de su padre, Hyrum Smith, y de su tío, el profeta José Smith, cuando sus cuerpos fueron llevados a la Mansion House de Nauvoo, Illinois, después de haber sido cruelmente asesinados por el populacho en la cárcel de Carthage? Quizás recuerden que el joven Joseph y su madre se enfrentaron a increíbles dificultades mientras iban de camino hacia el oeste, pero lo que puede que no recuerden es que al poco tiempo de llegar a Utah, Mary Fielding Smith murió, dejando huérfano al joven Joseph. Pero ella había hecho lo que nadie más podía hacer. Su hijo escribiría más tarde de ella: "Oh, Dios

mío, ¡cuánto amo y aprecio la verdadera maternidad! Nada hay bajo los cielos que pueda sobrepasar mi amor eterno por la dulce, verídica y noble alma que me dio a luz... ¡Mi propia madre! ¡Ella era buena! ¡Era pura! ¡Era una Santa! Una real hija de Dios. A ella le debo mi existencia y mi éxito en la vida" (Don Cecil Corbett, Mary Fielding Smith, Daughter of Britain [Salt Lake City: Deseret Book, 1966], pág. 268).

¿Sabían que Brigham Young pasó sus primeros años ayudando a su padre a quitar árboles de un terreno nuevo y a cultivarlo? Él recordaba el cargar y conducir los tiros verano e invierno, medio vestido y con comida insuficiente hasta que le "dolía el estómago". Su madre murió cuando él tenía catorce años, dejando numerosas responsabilidades domésticas a cargo del padre y de los niños.

Cuando sentimos el deseo de murmurar, cuando pedimos por más medios, más tiempo, más psicología, más energía, o si incluso deseamos no tener que hacerlo solos, detengámonos y preguntemos una vez más: "¿Hay para Dios alguna cosa difícil?". Si una hija se pierde parte de la clase de ballet, quizás el sol vuelva a salir mañana.

Si Mary Fielding Smith hubiese escuchado nuestras quejas actuales mientras bendecía a sus bueyes enfermos y los levantaba de la muerte, habría sonreído a causa de nuestra consternación por cosas tales como el precio de la gasolina. Si nos parece que carecemos de algunas de las cosas que hemos visto en los hogares de los profetas, quizás lo que hayamos sufrido no sea demasiado, sino muy poco. ¿Puede ser que las repuestas sólo se reciban de rodillas, como se le requirió a nuestros profetas, mientras confiaban pacientemente en el Señor?

No vivimos en el mismo mundo, con las mismas dificultades, en el que vivieron nuestras abuelas ni nuestras bisabuelas. A medida que el mundo cambia, nuestros desafíos parecen ser más nuevos y más complejos, si no más desgarradores. Sin embargo, estoy convencida de que fracasamos en nuestras responsabilidades, como ellas fracasaron en las suyas, si no ejercemos el mismo tipo de fe que tenían ellas. Puede que un poco de ejercicio por la mañana nos ayude a enfrentarnos a una crisis con el lavado de la ropa, pero los mandamientos cristianos son necesarios para una salvación real, tanto emocional como eterna. Nuestras oraciones tienen que ser más fervientes y anhelantes, como lo fueron las oraciones de nuestras antepasadas, si deseamos obtener la salvación que buscamos.

Quizás ustedes se digan ahora: "Estoy orando de rodillas, pero las respuestas no vienen". Todo lo que puedo decir es que el consejo del Señor parece ser que pidamos con mayor frecuencia, por más fieles que seamos al orar. ¿Tenemos las manos enrojecidas, como dijo el presidente Kimball, de tanto llamar a la puerta del cielo? ¿Nos "esforzamos en el espíritu" en el sentido de que realmente es un esfuerzo? Las mujeres aprecian la palabra esfuerzo como ningún hombre puede hacerlo. ¿Nos esforzamos espiritualmente para librar a nuestros hijos del mal en la misma medida en que nos hemos esforzado para traerlos al mundo? ¿Es justo pedir esto? ¿Seríamos Heles al no pedirlo?

"Alma se esforzó mucho en el Espíritu, implorando a Dios en ferviente oración que derramara su Espíritu sobre el pueblo" (Alma 8:10). Debemos, por lo menos, obrar así para que el Espíritu se derrame sobre nuestros hogares, sobre nuestra vida y sobre la de nuestros hijos. De hecho, Alma es un ejemplo excelente de un hijo que no sólo fue llevado al arrepentimiento de sus pecados, sino que fue criado para llegar a ser uno de los más grandes profetas nefitas. Todo ello fue el resultado de la fe y las oraciones de un padre justo.

Cuando el ángel se le apareció a Alma hijo y a los hijos de Mosíah, les dijo: "El Señor ha oído las oraciones de su pueblo, y también las oraciones de su siervo Alma, que es tu padre; porque él ha orado con mucha fe en cuanto a ti... por tanto, con este fin he venido para convencerte del poder y de la autoridad de Dios, para que las oraciones de sus siervos sean contestadas según su fe" (Mosíah 27:14).

Creo con todo mi corazón que la oración de fe es escuchada, es eficaz y es contestada. Creo especialmente que esto es verdad cuando oramos por los demás, y es particularmente cierto cuando oramos por nuestra propia familia e hijos.

El fiel estudio de las Escrituras suele ser otro hábito citado con frecuencia, aunque también omitido. Personalmente he hallado gran consuelo en este comentario del presidente Kimball: "Pienso en el espíritu de revelación que mi querida esposa invita a nuestro hogar a causa de las horas que ella

ha dedicado cada año de nuestra vida de casados al estudio de las Escrituras, con el fin de poder estar preparada para enseñar los principios del Evangelio" (Woman, pág. 1).

¿A dónde debemos volvernos cuando oímos tantas voces confusas que intentan definir nuestro papel como madres en el mundo de hoy? ¿Estamos estudiando las iluminantes verdades del pasado, las palabras por las que los profetas han muerto y los ángeles han descendido? ¿Podemos hacerlas a un lado con total impunidad como el vasto almacén que son de las instrucciones más claras de Dios, y todavía gritar que nos ha abandonado en un mundo inicuo y alarmante? Debemos estar estudiando las Escrituras tal y como hizo el antiguo Israel, noche y día. Entonces recibiremos ayuda para solucionar nuestros problemas y superar nuestras preocupaciones, como destacó el presidente Kimball, por "el espíritu de revelación".

De este modo, a través de principios sencillos, tradicionales y demostrados, como el de la ferviente oración, el estudio serio de las Escrituras, el ayuno devoto, el servicio caritativo y el paciente autodomínio, las bendiciones del cielo destilarán sobre nosotros hasta incluir las manifestaciones personales del mismo Hijo de Dios.

El presidente Harold B. Lee prometió: "Si vivimos dignos, el Señor nos guiará mediante una manifestación personal, mediante Su propia voz, mediante Su voz hablando a nuestra mente o a través de impresiones a nuestro corazón y a nuestra alma" {Stand Ye in Holy Places [Salt Lake City: Deseret Book, 1974], pág. 144).

El presidente David O. McKay dijo: "Los corazones puros en un hogar puro están siempre a un susurro de distancia del cielo" (Dean Zimmerman, comp., Sentence Sermons [Salt Lake City: Deseret Book 1978], pág. 91).

Yo fui criada en un hogar puro por personas de corazón puro, y para mí esto ha marcado la diferencia. Cuando mi madre me llevaba en su vientre, mis padres vivían en una tienda de campaña, mientras mi padre buscaba trabajo en la época de la Segunda Guerra Mundial. Poco después de haberme concebido, mi madre enfermó y tuvo amenazas de aborto. El médico, cuyo consultorio estaba a 110 kilómetros de distancia, le dijo que si quería llegar a tener el bebé, debía permanecer en cama los nueve meses. Ella, sin quejarse, habla de las dificultades de mantener a dos activos niños pequeños entretenidos en una tienda, que era extremadamente calurosa en los meses de verano y fría en los de invierno, mientras estaba tumbada boca arriba en cama. Todos sus amigos y vecinos le aconsejaron que se pusiera en pie y que perdiera el niño de forma natural, porque iba a ser deforme de todas maneras. Pero mi madre, que me ha enseñado algunas cosas sobre la oración, el sacrificio personal, la perseverancia y la fe, perseveró.

Le agradezco a ella su devoción y reverencia por mi vida. Mucho de lo que siento sobre la maternidad y la familia lo heredé de esta santa mujer. Al margen del hecho tradicional, reconozco que le debo mi vida. Ella vive a un susurro de distancia del cielo.

Sí, hay respuestas para nuestras inquietudes. Algunas vienen de manera dolorosa y otras lo hacen muy, muy lentamente. Pero creo de todo corazón que las repuestas vendrán si creemos y seguimos a nuestro Señor Jesucristo.

TIENE TODO QUE VER CON EL CORAZÓN

Todo niño tiene que practicar con su madre y, lo que es más importante, toda madre tiene que practicar con su hijo. Esta es la manera que dispuso Dios para que los padres y sus hijos trabajen en favor de la salvación de unos y otros. Ello nos ayuda a recordar siempre que éstos son tanto hijos de Dios como nuestros y que, cuando necesitemos ayuda, podremos procurarla más allá del velo.

Cuando hace poco se le preguntó a una niña de cuatro años por qué estaba llorando su hermanito, ella miró al bebé, pensó por un instante y luego dijo: "Bueno, si usted tampoco tuviera pelo ni dientes y sus piernas fueran poco firmes, también usted lloraría".

Todos venimos a este mundo llorando y un poco inseguros. La tarea que tienen los padres de criar a un recién nacido, de amar, guiar y desarrollar a ese niño, que de momento no es más que un montón de proyectos futuros, hasta que se convierta en un ser humano plenamente funcional, es el mayor milagro de la ciencia y la más grande de todas las artes.

Cuando el Señor creó a los padres, creó algo increíblemente cercano a lo que Él es. Aquellos de nosotros que tenemos hijos sabemos de manera innata que éste es el mayor de los llamamientos, la más santa de las asignaciones, y por eso el más ligero fracaso puede conducirnos a la desesperación.

Aún con nuestras mejores intenciones y los más sinceros esfuerzos, algunos de nosotros descubrimos que nuestros hijos no crecen como nos gustaría. A veces resulta muy difícil comunicarse con ellos; pueden estar pasando por problemas en la escuela, estar afligidos emocionalmente, ser rebeldes de manera abierta o ser terriblemente tímidos. Hay montones de razones por las que pueden sentirse algo inseguros.

Parece que aun cuando nuestros hijos no estén teniendo problemas, nos preguntamos con cierta inquietud cómo podemos mantenerlos apartados de senderos tan terribles. De vez en cuando pensamos: "¿Estoy haciendo un buen trabajo? ¿Saldrán adelante? ¿Debo regañarles o debo razonar con ellos? ¿Debo controlarlos o simplemente no darles demasiada importancia?". La realidad tiene una manera de hacer que hasta los mejores de nosotros sintamos temor como padres.

Recientemente volví a leer la siguiente anotación de mi diario, la cual escribí cuando era una madre joven y ansiosa:

"Oro continuamente para no hacer nunca nada que pueda afectar emocionalmente a mis hijos. Si alguna vez les hiero en modo alguno, oro para que sepan que lo hice sin darme cuenta. A menudo lloro en mi interior por las cosas que puedo haber dicho o hecho sin pensar, y oro para no volver a caer en esas transgresiones. Deseo no haber hecho nada que dañe mi sueño de lo que quiero que mis hijos lleguen a ser. Anhele tener guía y ayuda, particularmente cuando siento que les he fallado".

Al volver a leer estas líneas después de todos estos años, me asombra ver que mis hijos estén creciendo sorprendentemente bien para tener por madre a un ser tan imperfecto. Comparto esto porque lo que quiero comunicarles es que soy igual que ustedes: una madre que lleva su carga de culpa por los errores del pasado, una carga de dudosa confianza por el presente y de temor al fracaso en el futuro. Por encima de todo, deseo que cada padre y madre tenga esperanza.

Debido a que casi ninguno de nosotros es un profesional del desarrollo infantil, pueden imaginarse por qué me animaría oír decir estas palabras a alguien que sí lo es. Un miembro del cuerpo docente de la Universidad Brigham Young me dijo un día: "Pat, el ser padres tiene muy poco que ver con la capacitación, pero tiene todo que ver con el corazón". Cuando le pedí que se explicara, me dijo: "Con frecuencia los padres perciben que la razón por la que no se comunican más con sus hijos es que no son lo suficientemente hábiles. La comunicación no es tanto una cuestión de habilidad como de actitud. Cuando nuestra actitud es la de un corazón quebrantado y humilde, de amor y de interés por el bienestar de nuestros hijos, es entonces que estamos cultivando la comunicación. Nuestros hijos

reconocen el esfuerzo que realizamos. Por otro lado, cuando somos impacientes, hostiles o rencorosos, no importan las palabras que escojamos ni cómo intentemos camuflar nuestros sentimientos. Esa actitud puede ser percibida por el discernimiento del corazón de nuestros hijos".

Jacob dijo en el Libro de Mormón que debemos descender hasta las profundidades de la humildad y considerarnos insensatos ante Dios si queremos que nos abra la puerta de los cielos (véase 2 Nefi 9:42).

Esa humildad, incluyendo nuestra habilidad para admitir nuestros errores, parece ser un elemento básico tanto para recibir ayuda divina como para ganarnos el respeto de nuestros hijos.

Mi hija es una joven dotada para la música. Durante muchos años creí que no desarrollaría ese talento a menos que me apareciese de repente por detrás del piano y supervisase sus prácticas de manera insistente como si de un Simón Legree se tratase, el tratante de esclavos del clásico La cabana del tío Tom. Un día, a comienzos de su adolescencia, me di cuenta de que mi actitud, la cual probablemente fuese útil en un principio, estaba ahora afectando visiblemente nuestra relación. Atrapada entre el temor de que no desarrollase plenamente su talento divino y la realidad de un aumento de tensión en cuanto a dicho asunto, hice lo que había visto hacer a mi propia madre siempre que se enfrentaba a una dificultad seria. Me recluí en mi lugar secreto y derramé mi alma en oración, buscando la única sabiduría que me podría ayudar a mantener abierto ese conducto de comunicación: el tipo de sabiduría y de ayuda que procede de la lengua de los ángeles. Al incorporarme, sabía lo que debía hacer.

Debido a que sólo restaban tres días para la Navidad, le di a Mary, a modo de regalo personal, un delantal al cual le había cortado a propósito las cintas para atarlo, y en un bolsillo pequeño del mismo puse una pequeña nota que decía: "Querida Mary, discúlpame por el conflicto que he originado al haber actuado como un sargento con lo del piano. Debo haberme comportado como una tonta. Perdóname. Te estás convirtiendo en una mujercita por derecho propio, y a mí sólo me preocupaba que no te sintieras plenamente confiada y realizada como mujer si dejabas tu talento incompleto. Te quiero. Mamá".

Poco más tarde, ese mismo día, ella me buscó y me dijo en un rincón tranquilo de nuestro hogar: "Mamá, sé que quieres lo mejor para mí. Lo he sabido toda mi vida. Pero si alguna vez voy a tocar bien el piano, soy yo la que tiene que practicar, no tú". Entonces me abrazó y dijo con lágrimas en los ojos: "Me he estado preguntando cómo enseñarte esto, y de algún modo lo supiste por ti misma".

Ella ha ido evolucionando, por elección propia, hacia un desarrollo musical más disciplinado, y yo estoy siempre cerca para animarla.

Cuando Mary y yo recordamos aquella experiencia años más tarde, ella me confió que mi disposición para decir "lo siento, cometí un error, perdóname", le dio una mayor sensación de valor propio, pues le hizo saber que era tan preciada como para merecer que su madre le pidiese disculpas, y que a veces los hijos tienen razón. Me pregunto si la revelación personal viene siempre sin considerarnos insensatos ante Dios. Me pregunto si el llegar a nuestros hijos y enseñarles requiere de nosotros que nos volvamos más como niños. ¿No debiéramos compartir con ellos nuestros mayores temores y sufrimientos, así como nuestras grandes esperanzas y dichas, en vez de simplemente tratar de adoctrinarles, dominarles y reprenderles una y otra vez?

Cuando nuestro hijo menor, Duffy, tenía once años y se preparaba para jugar al fútbol americano como defensa, pasó tres días seguidos saliendo de algún rincón de nuestra casa para abalanzarse sobre mí, como si de la gran final se tratase. La última vez que lo hizo, y al intentar yo esquivar semejante tornado, caí al suelo, golpeé una lámpara y me encontré con el codo torcido y a la altura de las cejas. Perdí la paciencia por completo y le di una zurra por haberme tomado por su saco de boxeo.

Su respuesta me derribó el corazón, cuando me dijo con lágrimas cayéndole por las mejillas: "Pero mamá. Eres mi mejor amiga y pensé que para ti era igual de divertido que para mí.". Y añadió: "Llevo mucho tiempo planeando lo que voy a decir cuando me entrevisten después de ganar mi primer gran trofeo. Cuando me pregunten cómo he llegado a ser tan buen jugador, les diré: '¡Practiqué con mi madre!' ".

Todo niño tiene que practicar con su madre y, lo que es más importante, toda madre tiene que practicar con su hijo. Ésta es la manera que dispuso Dios para que los padres y sus hijos trabajen en favor de la salvación de unos y otros. Mencioné anteriormente que todos venimos al mundo llorando. Al considerar todos los propósitos que tiene la vida para hacernos humildes, quizás sea comprensible que continuemos derramando alguna que otra lágrima de vez en cuando. Ello nos ayuda a recordar siempre que éstos son tanto hijos de Dios como nuestros, y, por encima de todo, el saber que cuando necesitemos ayuda podremos procurarla más allá del velo, debiera darnos un fulgor perfecto de esperanza.

Testifico que Dios nunca perderá la esperanza que tiene depositada en nosotros en esta experiencia diseñada celestialmente, y nosotros no debemos perder la esperanza que tenemos en nuestros hijos, ni en nosotros mismos.

LOS FRUTOS DE LA PAZ

El amor por Dios y por nuestro prójimo es la única puerta de escape de la prisión del yo. La región de la vida de una mujer es una región espiritual. Dios, el prójimo de la mujer, su familia y amigos son el amplio mundo en que el espíritu de ella puede encontrar el único espacio en el que crecer.

El Señor ha dicho: "Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer" (Juan 15:5). También dijo por medio de Pablo: "Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz" (Gálatas 5:22). Deseo hablar del fruto de nuestro esfuerzo, del fruto del amor y del gozo, que es en última instancia el fruto de la paz. Se trata de una cosecha que únicamente viene a la manera del Señor, pues sus raíces están inmersas en el Evangelio de Jesucristo.

Me resulta trágico que las mujeres sean las peores enemigas de ellas mismas cuando deberían ser sus mejores aliadas, nutriéndose y edificándose mutuamente. Todas sabemos lo importante que puede ser para nosotras la opinión de un hombre, pero creo que nuestro valor propio como mujeres se nos refleja con frecuencia en los ojos de otras mujeres. Cuando ellas nos respetan, nos respetamos a nosotras mismas, y sólo cuando resultamos agradables y respetables para las demás, somos agradables y respetables para nosotras. Si producimos este efecto las unas en las otras, ¿por qué no somos más generosas y amorosas entre nosotras?

He pensado largo y tendido al respecto, y finalmente he llegado a la sospecha de que parte del problema reside en el corazón. Tenemos miedo, miedo a tender una mano amiga, a destacar, a confiar y a que confíen en nosotras, especialmente a confiar en otras mujeres y a que otras mujeres confíen en nosotras. En resumen, no tenemos suficiente amor, no ejercemos al máximo de su capacidad el mayor don y poder que Dios concedió a la mujer.

El doctor Gerald G. Jampolsky, psiquiatra en la Universidad de California, dice que el amor es una característica innata, que ya está en nosotras, pero que con demasiada frecuencia se ve oscurecida por el temor, al cual hemos evocado nosotras mismas a través de las experiencias de nuestra vida. Él añade: "Cuando ustedes sienten amor por todos, no sólo por las personas a las que deciden amar, sino por todas [con] las que entran en contacto, experimentan paz. Cuando sienten temor con cualquier persona con la que se relacionan, quieren defenderse y atacar a los demás, y ahí surge el conflicto" (Love Is Letting Go of Fear [Nueva York: Bantam Books, 1981], pág. 2).

De forma clara, la elección es nuestra. Si el doctor Jampolsky tiene razón, podemos escoger amar y experimentar la paz, o podemos escoger el temor y experimentar el conflicto. Volviendo a citar al profesional: "Para poder experimentar paz en vez de conflicto es necesario cambiar nuestra percepción. En vez de ver a los demás como si nos estuvieran atacando, podemos verles como si se sintieran temerosos. Siempre experimentamos amor o temor. El temor es verdaderamente un grito de ayuda y, por tanto, una petición de amor. Resulta entonces evidente que para experimentar paz está en nuestras manos el decidir la manera de percibir las cosas".

En su epístola a su hijo Moroni, Mormón hizo esa misma observación. Él defendía que era capaz de vencer el temor porque estaba lleno de caridad, que es amor eterno: "He aquí, hablo con valentía, porque tengo autoridad de Dios; y no temo lo que el hombre haga, porque el amor perfecto desecha todo temor" (Moroni 8:16).

Si el temor a otras mujeres o a los hombres es la causa de nuestro conflicto, y si el amor incondicional por ellos nos da la valiosa paz que deseamos, ¿no debiera ser entonces todo el propósito de nuestra vida hacer llegar ese amor a todas partes y a todo el mundo? ¿No les hace desear poner en

práctica todo gramo de la energía que tienen y perseguir ese amor perfecto?

Pero el simple hecho de desear amar no hace que necesariamente ocurra así. Aquéllos que lo intenten con más fuerza serán más conscientes de sus flaquezas. Les insto a que no se desanimen. A veces he orado para poder amar mejor a alguien sólo para descubrir que, momentáneamente, surge una mayor división entre nosotros, pero que, al final y tras mucho esfuerzo, crece un amor más profundo y más tierno. Erich Fromm ha escrito: "A causa de que no percibimos que el amor es una actividad, un poder del alma, creemos que lo único que hace falta es encontrar el objeto apropiado, y que todas las cosas encajarán en su sitio. Podemos comparar esta actitud a la del hombre que quiere pintar pero que, en vez de aprender ese arte, sostiene que tiene que aguardar al objeto apropiado y que cuando lo halle lo pintará de manera hermosa" (citado en *Secrets to Share*, selección de Lois Daniel [Nueva York: Hallmark, 1971], pág. 59). El amor es como cualquier otro talento, arte, habilidad o virtud. El deseo no implica su dominio, pero sí que tenemos el ánimo de intentarlo.

Cuando era más joven alimentaba los tiernos sueños de convertirme en una gran pianista. Alcanzar esa meta requiere ejercicios diarios, actuaciones, recitales, pruebas y errores, así como intentarlo una y otra vez durante muchos años. Del mismo modo podemos contemplar la búsqueda del amor duradero y de la paz perfecta, con la excepción de que el Señor nos dice que la caridad es el mayor de todos los talentos, dones y virtudes. Pero, tal y como enseñó Mormón: "Si no tenéis caridad, no sois nada" (Moroni 7:46). Este pasaje contiene una observación clásica y crucial sobre el valor propio, pues para ser alguien debemos amar a todos.

Volviendo a la "práctica" del amor, me gustaría sugerir tres ejercicios básicos para desarrollar este don.

El ejercicio número uno es perdonar. El perdón es la clave para tener paz en las relaciones personales. Si de algún modo podemos borrar y empezar de nuevo y ver a los demás como carentes de culpa, comenzaremos también a vernos a nosotros de la misma manera. Recuerden la observación del doctor Jampolsky sobre el temor y el amor, pues puede ayudarnos a perdonar las ofensas y los ataques de los demás si vemos que estaban influenciados por el temor y no por la malicia.

Una vez trabajé con otra mujer en la presidencia de una organización de uno de los muchos barrios en los que hemos vivido. A menudo me menospreciaba, pero como lo hacía en tono de broma, ella creía que podía salir impune. Sin embargo, para mí se trataba de una fuente de gran daño e irritación. Mientras intentaba poner en práctica este concepto del perdón me di cuenta de que, cada vez que esta hermana me pinchaba con sus bromas, era a causa de la incapacidad que ella sentía hacia sí misma. Creo realmente que era una mujer con muchos temores. En la privacidad de su propia vida y fuera del alcance de mi oído y de mi vista, estaba tan ocupada cuidando de su dolor que no era capaz de tener en cuenta la pena de nadie más. Desgraciadamente, creo que sentía que tenía tan poco que dar, que cualquier cumplido o virtud que se extendiera a otra persona le haría empequeñecer a ella. Necesitaba de mi amor, y yo sería una insensata si me daba por ofendida.

El presidente Spencer W. Kimball aconsejó que al intentar pasar de largo lo que los demás nos hayan hecho comenzaremos a sentir cómo se aleja todo aquello que nos resultaba difícil perdonar en nosotros mismos. Sentiremos paz e integridad, y recordaremos que el Señor sufrió por nuestros pecados para que podamos experimentar unidad con Él, con nuestro prójimo y, muy importante, con nosotros mismos (véase *La fe precede al milagro* [Salt Lake City: Deseret Book, 1972]).

El ejercicio número dos es aceptar incondicionalmente a los demás. Lo que más deseamos por encima de todo es la aprobación, la alabanza y el amor incondicional de los demás, ¿Podemos dar menos de lo que deseamos para nosotras mismas?

Un día, una persona cercana a mí hirió mis sentimientos. Al sentir que lo que necesitaba en ese momento era un poco de autocompasión, me fui a mi cuarto y derramé en oración mi corazón quebrantado. Recuerdo haber dicho concretamente: "Querido Padre Celestial, por favor, ayúdame a encontrar a alguien en quien poder confiar, alguien al que sabré que podré amar". Él me bendijo y me dio, por un momento, la apacible impresión que sólo puede venir por medio del Espíritu. Me ayudó a ver que estaba orando en busca de una amistad perfecta, mientras que Él me había rodeado generosamente de amigos cuyas debilidades eran como las mías.

Una buena relación no es aquélla en la que reina la perfección, sino que es aquélla en la que una perspectiva saludable nos permite sencillamente pasar por alto los defectos de la otra persona.

... La siguiente es una manera muy específica de poner en práctica este ejercicio. Durante todo un día tome nota de cada vez que evalúe críticamente a alguien. Esto no tiene que ver únicamente con la crítica hablada (aunque también se debe tener en cuenta), sino que es importante advertir toda ocasión en que juzgue a alguien de manera silenciosa, ya que podría emitir juicios en contra suya, de sus hijos, de su esposo, de un vecino o de un amigo. Al día siguiente vea si puede estar todo el tiempo sin ser crítica ni quisquillosa hacia nadie.

Este pequeño ejercicio puede llegar a sorprenderle. Mi esposo se encarga de verificar que me esfuerce conscientemente por no hablar mal de nadie, la cual es una virtud que persigo con anhelo y a la que considero uno de los cimientos del verdadero cristianismo. Cuando llevé a cabo este pequeño ejercicio, me sorprendí a mí misma al darme cuenta de con cuánta frecuencia emitía juicios, aunque sólo fuera mentalmente. Me sorprendió mucho más notar lo increíblemente bien que me sentí conmigo misma cuando fui capaz de estar todo un día manteniendo esta tendencia bajo control. Recuerde que todo lo que salga de usted, mental o verbalmente, volverá de nuevo a usted de acuerdo con el plan de compensación de Dios: "Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, os será medido" (Mateo 7:2). Un comentario crítico, sarcástico o malintencionado es sencillamente un ataque contra nuestra dignidad personal. Por otro lado, si nuestra mente está constantemente buscando lo bueno en los demás, también esto nos será devuelto, y nos sentiremos verdaderamente bien con nosotros mismos.

El ejercicio número tres consiste en dar sin esperar nada a cambio. No me refiero a que en modo alguno debamos convertirnos en mártires, pero para aceptar por completo a los demás debemos aceptar el hecho de que ellos no pueden satisfacer todos nuestros deseos. La gente sólo puede ser lo que es, por lo menos actualmente. Sólo pueden dar lo que tienen en el momento de dar. Quizás no hayan tenido tanto conocimiento ni tanta práctica en cuanto al amor como la hayamos tenido nosotros. Aún así, cuando queremos que nos den algo que no pueden dar, nos sentimos frustrados, enfadados, abatidos, enfermos, rechazados o atacados.

Durante un largo período de mi vida hubo una mujer a la que admiré mucho y cuyo amor incondicional yo habría apreciado. Intenté todo lo que estaba a mi alcance para ganarme su amor, pero nada parecía hacer efecto. Entonces, un día leí que el primer principio de la buena higiene mental consiste en aceptar aquello que no se puede cambiar, y finalmente comprendí que aquella mujer amaba tanto como podía. De pronto nuestra relación cambió. Era más formal y constreñida de lo que me hubiera gustado, pero era una relación al fin y al cabo. De haber seguido con mi exigencia de recibir más de lo que ella podía dar, la relación habría terminado por apagarse y desaparecer. En cierto sentido, yo había nutrido aquella planta concreta en una maceta demasiado pequeña, por lo que la trasplanté a un recipiente más apropiado para su tamaño, dándole más lugar para su crecimiento, y comenzando así a florecer. Pude ver que el fruto de esta relación bien valía la pena ser nutrido de esta manera única, y ahora estoy contenta por poder aguardar a que ella esté lista para dar de sí misma.

Quiero que sepan que cuando he puesto en práctica estos ejercicios de manera eficaz, se ha producido un milagro.

Yo solía ser muy tímida y me resultaba muy difícil mudarnos cada dos años para apoyar a mi esposo en su carrera. Cada nueva mudanza estaba llena de temor. ¿Iba yo a ser aceptada? ¿Viviríamos cerca de gente mejor preparada que yo? ¿Nos mudaríamos en un vecindario en el que la gente pudiera dar más oportunidades a sus hijos? En varias de nuestras primeras mudanzas llevábamos viviendo en la nueva comunidad tan sólo unos meses, cuando era llamada a servir como presidenta de la Sociedad de Socorro del barrio, en medio de mi lucha por establecer una nueva identidad. Dios debe haber sonreído al observar que hicieron falta más repeticiones de esta misma experiencia antes de que yo fuese capaz de ver que en el preciso momento en que comenzaba a poner en práctica mi amor hacia las hermanas y sus familias en dichos barrios, perdía de inmediato todo mi temor. Es mi testimonio personal que si, en vez de ver la vida con los lentes de recibir, cambiamos nuestro enfoque por el de dar sin restricción, nos olvidaremos del temor y del conflicto y comenzaremos a conocer la paz

verdadera y duradera.

Estos son mis tres ejercicios. Pero aún así, aunque les animo a practicarlos, deben saber que las demandas de la competición real pueden ser pasmosas. Las sugerencias que ofrezco para los conflictos, las heridas o las irritaciones menores pueden no ser de mucha ayuda si alguien toma la vida de su hijo, o le roba el afecto de su esposo o intencionalmente le hiere de alguna forma injusta.

A la luz de estas necesidades mayores, les testifico que en este mundo hay muchas cosas que sólo se pueden lograr con la ayuda de Dios. Si Él nos manda amar, nos dará el poder para hacerlo.

Quizás hayan leído el libro *The Hiding Place*, de Corrie Ten Boom. ¿Se nos ha pedido a alguno de nosotros que padezcamos la intensidad de las injusticias que ella describe? ¿Hemos experimentado el adormecedor temor a la guerra, a los campos de prisioneros o a la muerte de familiares y amigos? El siguiente es un pasaje de su libro, en el cual se relata una experiencia que tiene lugar hacia el final de la guerra. Ella acaba de ser liberada de un campo de prisioneros y su único deseo es enseñar a su pueblo que el camino de la reconstrucción pasa por medio del amor, y entonces se enfrenta a un desafío sobrecogedor e inesperado:

"Fue en un servicio religioso celebrado en Munich cuando vi a uno de los guardias que habían estado en la puerta del cuarto de las duchas en el centro de procesamiento de Ravensbruck. Era el primero de nuestros carceleros que veía desde aquella vez, y de repente todo volvió a estar allí: el cuarto lleno de hombres burlándose, nuestras ropas amontonadas y el rostro de Betsie empalidecido por el dolor.

"Se acercó hasta mí cuando la iglesia comenzaba a quedar vacía, sonriente y con la cabeza inclinada en señal de reverencia. 'Cuan agradecido estoy por su mensaje, señora', dijo. '¡Pensar, como usted dijo, que Él me limpió de mis pecados!'

"Había extendido su mano para que se la estrechase y yo, que había predicado con tanta frecuencia a la gente de Bloemendaal la necesidad de perdonar, mantuve mi mano pegada al cuerpo.

"Aun cuando los pensamientos rencorosos y de venganza hervían en mi interior, pude ver el pecado de ello. Jesucristo había muerto por este hombre, ¿iba yo a pedir más? 'Señor Jesucristo', oré, 'perdóname y ayúdame a perdonarle'.

"Intenté sonreír y me esforcé por extender la mano, pero no pude hacerlo. No sentí nada, ni la más pequeña chispa de calor o de caridad; por lo que una vez más hice una oración en mi corazón: 'Jesús, no puedo perdonarle. Dame Tu perdón'.

"Al estrecharle la mano ocurrió la cosa más increíble. Desde el hombro, y a lo largo de todo el brazo y la mano, pasó una corriente de mí hacia él, mientras que en mi corazón manaba un amor casi abrumador por este extraño.

"Y de esta manera descubrí que la curación del mundo no depende de nuestro perdón ni de nuestra bondad, sino de la de Él. Cuando Él nos dice que amemos a nuestros enemigos, junto con el mandamiento nos da también el amor mismo" (*The Hiding Place* [Nueva York: Bantam Books, 1974] pág. 238).

Mormón enseñó el mismo principio: "Por consiguiente, amados hermanos míos, pedid al Padre con toda la energía de vuestros corazones, que seáis llenos de este amor que él ha otorgado a todos los que son verdaderos discípulos de su Hijo Jesucristo" (Moroni 7:48).

Este amor perfecto, el tipo de amor que nos da paz de verdad, es otorgado, es un don que recibimos de nuestro Padre Celestial como respuesta a la oración de fe. Con frecuencia no tenemos habilidad ni poder alguno más allá de nuestra capacidad para suplicar la ayuda de Dios.

Permítanme concluir describiendo una relación entre hermanas, la cual puede ser la más sagrada de todas las Escrituras. Nunca antes, ni desde entonces, dos mujeres — amigas, vecinas y miembros del mismo círculo familiar — han sido escogidas para llevar tal tipo de responsabilidades. Sus raíces tenían que ser profundas, pues el fruto de sus lomos iba a ser el fruto de la paz para todo el mundo.

Siempre me ha emocionado que en el momento de mayor necesidad, un momento tan singular de confusión, admiración y asombro, María acudiese a otra mujer. Sabía que podía acudir a Elisabet. También me emociona que la edad no parece ser un factor a considerar, pues para el amor de Dios no existe distancia generacional alguna. María era muy joven, probablemente de dieciséis o diecisiete

años, y Elisabet se hallaba más allá de la edad de tener hijos. La Escrituras dicen que era "de edad avanzada" {Lucas 1:7}. Aun así, ambas mujeres se acercaron y se saludaron mutuamente con un vínculo que sólo las mujeres pueden conocer. Realmente, fue el hecho de que ambas fuesen mujeres lo que Dios utilizó para Sus más sagrados propósitos. Y en los papeles especiales que ambas estaban destinadas a representar, estas dos mujeres tan queridas, que representan a las mujeres de todas las edades, tanto personal como generacionalmente, se saludaron la una a la otra con cánticos, mientras el bebé de una de ellas saltaba en su vientre en reconocimiento de la divinidad del otro.

Elisabet no era mezquina, ni temerosa ni envidiosa. Su hijo no iba a tener la fama, el papel ni la divinidad que habían sido otorgados al hijo de María; sino que sus propios sentimientos eran de amor y devoción. A su joven pariente le dijo con sencillez: "Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Por qué se me concede esto a mí, que la madre de mi Señor venga a mí?" (Lucas 1:42-43, cursiva agregada).

María sabía también que la humildad y el desinterés son las consignas; lo sabía cuando le dijo al ángel Gabriel: "Hágase conmigo conforme a tu palabra" (Lucas 1:38; cursiva agregada). Y a Elisabet le cantó: "Engrandece mi alma al Señor... Esparció a los soberbios en el pensamiento de sus corazones" (Lucas 1:46, 51).

Este intercambio entre dos mujeres diferentes, aunque al mismo tiempo semejantes, me parece ser la esencia del amor, la paz y la pureza. Ciertamente el desafío para nuestra época es ser igual de puras en nuestra condición de mujeres. Cuando contaminamos el poderoso potencial del amor con nuestro rencor y nuestros temores, entonces la enfermedad reemplaza a la salud emocional, y el desaliento substituye a la paz.

Como mujeres tenemos la elección y el privilegio de relacionarnos con Dios de manera tal que hundamos nuestras raíces en Su rico amor. Tal paz y poder podrán entonces ser extendidos a los demás. Al igual que María, cuyo dulce gozo y terrible carga no podían caber en sí misma, cada uno de nosotros podría encontrar a una Elisabet a la que acudir si viviésemos por entero para esa relación.

Al igual que los ciclos de los árboles, de las raíces y de las ramas, el amor de una mujer puede ser un giro eterno. Cuando amamos al Señor nos amamos los unos a los otros, nos amamos a nosotras mismas, y la cosecha que recogemos es el fruto de la paz.

Con un único cambio en los pronombres, comparto este pensamiento final de George MacDonald:

"El amor por Dios y por nuestro prójimo es la única puerta de escape de la prisión del yo. Tenerse a ella misma, conocerse, disfrutar de sí misma, a esto le llama vida; y si se olvidara de sí misma, diez veces más sería su vida para con Dios y con su prójimo. La región de la vida de una mujer es una región espiritual. Dios, el prójimo de la mujer, su familia y amigos, los vecinos y todas las hermanas de ella son el amplio mundo en el que su espíritu puede encontrar el único espacio en el que crecer. Ella misma es su propia prisión.

"[Al dar a los demás] una mujer nunca perderá la consciencia de [su propio] bienestar. Dios y su prójimo le devolverán esa consciencia de manera mucho más profunda y completa, pura como la vida. Nunca más agonizará para generarla a la luz de su propia decadencia, pues ella conocerá la gloria de su propio ser en la luz de Dios y en la de sus hermanas" (George MacDonald, *Creation in Christ* [Wheaton, Ill.:Harold Shaw, 1976] pág. 304).

LA CONSOLACIÓN CON LA QUE SOMOS CONSOLADOS

Cuando a veces nos sentimos totalmente solos, o sufrimos el mayor de los dolores, es cuando sentimos que Dios no está con nosotros; es el momento en el que nos consideramos completamente abandonados por Él. Pero nuestro deseo de ejercer esa gran fe hacia Su abrazo cuando menos seguros estamos de Su presencia, podría ser el hecho más importante de nuestra vida.

Las cosas que más me importan, las que más deseo ejemplificar, son los aspectos más apacibles y menos visibles de la vida. Los tipos de virtudes que deseo defender, si soy capaz de ello, son personales, y no profesionales. Me gustaría ser recordada como una esposa, una madre y una amiga, una amiga personal y cariñosa. Tengo la esperanza de que estas metas modestas puedan llegar a calificarme como a una mujer ejemplar. Recibí estos valores de mis amados padres, unos padres que, junto con mi querida suegra, mi esposo y mis hijos, me han dado días y noches de un apoyo personal alejado del punto de mira de la aparición en público y del aplauso. Ellos han sido siempre ejemplos hermosos de un gran amor y de un servicio apacible.

Para poder hablar del servicio debo comenzar donde comienzan todas las cosas: con Dios. Muchos de nosotros queremos servir pero no lo hacemos o sentimos que no podemos, bien porque nos consumen nuestros propios problemas o porque simplemente carecemos de la confianza para extender nuestra mano. Todos queremos ser más caritativos, más generosos y más cariñosos. Se nos ha dicho una y otra vez que el verdadero sentido del valor propio procede del servicio, que para hallar nuestra vida debemos perderla. Aun así, con demasiada frecuencia, algo entorpece nuestra capacidad y nuestros esfuerzos.

Quiero hablar a aquéllos que desean servir pero que sienten que adolecen del valor, de la fuerza o de la habilidad para hacerlo, y para ello necesito hablar de Dios.

Una noche, mientras oraba en cuanto a cómo abordar este problema tan complicado, sentí que era conducida a las palabras de Pablo, y en un pasaje poco conocido y poco citado leí: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios" (2 Corintios 1:3-4).

No soy capaz de expresar el poder y la paz que sentí cuando leí este pasaje. ¡Qué mundo de significado e instrucción estaba condensado en esas líneas sencillas! Concéntrense por un momento conmigo en la primera promesa, que Dios es el Dios de toda consolación, y consideraremos la segunda mitad del versículo más adelante. Ya que todos necesitamos consuelo en tantos momentos diferentes a lo largo de cada día de nuestra vida, resulta maravillosamente reconfortante que nuestro Dios, nuestro Padre, sea "Dios de toda consolación". Esa frase, "de toda consolación", me da a entender que no sólo no existe una fuente mayor de solaz y de fortaleza, sino que, técnicamente hablando, no hay otra fuente.

Tras muchos años en el campus de la Universidad Brigham Young, con tantas oportunidades para hablar con cientos de estudiantes, he llegado a darme cuenta de que prácticamente cada uno de nosotros lleva cargas y temores que nos agotan y nos oprimen enormemente. Creo que resulta obvio

que las cargas emocionales y las luchas espirituales que he visto llevar a la gente son mucho más pesadas y terribles que las perspectivas de cualquier limitación física que tengamos que enfrentar en la vida. De acuerdo con un estudio reciente sobre salud mental en América, la desfasada y simple preocupación es uno de los pocos problemas emocionales que están en auge por razones no del todo claras para los médicos y los científicos del comportamiento. La doctora Claire Weekes, al intentar descubrir un patrón para esta preocupación espiritual y emocional, dijo: "El problema básico es el temor. La culpa abre la puerta al temor. La ansiedad, la preocupación, el terror, el conflicto e incluso la tristeza no son sino variantes disfrazadas del temor" (Hope and Help for Your Nerves [Nueva York: Hawthorn Books, 1969], pág. 21).

Es en respuesta a estos mismos desafíos de nuestra época que nuestro Padre Celestial acude a nosotros como "Padre de misericordias y Dios de toda consolación". Qué tranquilidad y recompensa el saber que esta ayuda que todo lo abarca está a nuestro alcance en los momentos de ansiedad. No hace falta preguntarse por qué le llamamos Padre.

Pero, ¿verdaderamente nos imaginamos a un padre de verdad cuando oramos? ¿Pensamos en Él? ¿Realmente pensamos en Él como nuestro Padre? ¿Dedicamos tiempo a estar de rodillas intentando esbozar al ser al que oramos? Quisiera sugerir un procedimiento que a mí me da resultado. No es mi intención que éste se convierta en un ritual para todos, sino en una motivación.

Busquen un lugar privado y arrodíllense cómodamente y con calma en el centro del cuarto. No digan nada por unos momentos, tan sólo piensen en Él. Arrodíllense y sientan la cercanía de Su presencia, Su calor y Su paz. Expresen con humildad su gratitud por cada bendición, por cada cosa buena de la que disfrutan. Compartan con Él sus problemas y sus temores, háblenle sobre cada uno de ellos y deténganse el tiempo suficiente para recibir Su consejo. Les prometo que descubrirán que Sus hombros son lo bastante anchos para las cargas de ustedes.

Sin embargo, el desplegar toda nuestra carga de problemas sobre los hombros de El no es un asunto sencillo, pues también se requiere el ejercicio de toda nuestra fe. Cuando a veces estamos totalmente solos, o sufrimos el mayor de los dolores, es cuando sentimos que Dios no está con nosotros; es el momento en el que nos consideramos completamente abandonados por El y por los demás. Pero nuestra disposición a confiar en que El nos consolará, especialmente en los momentos difíciles, la disposición para poner en práctica la fe hacia Su abrazo cuando menos seguros estamos de Su presencia, bien podría ser el hecho más importante de nuestra vida. Cuando tratamos con Él nuestros temores y frustraciones con plena confianza en que nos ayudará a resolverlos, cuando liberamos de tal modo nuestro corazón, nuestra mente y nuestra alma de toda ansiedad, descubrimos de manera milagrosa que Él aún puede infundir en nosotros toda una nueva perspectiva. Puede llenarnos con "ese gozo que es inefable y lleno de gloria" (Helamán 5:44) aun en medio de nuestra angustia. Me resulta significativo que esta promesa de un gozo que es inefable y lleno de gloria llegara a Nefi y a Lehi, hijos de Helamán, en un momento de terrible dificultad, pues estaban en una prisión, enfrentándose a una opresiva oposición a su obra. Pero fue ahí, en medio de tales obstáculos, que "el Santo Espíritu de Dios descendió del cielo y entró en sus corazones; y fueron llenos como de fuego". Entonces leemos que una voz vino a ellos, "una voz agradable, cual si fuera un susurro, diciendo: ¡Paz, paz a vosotros por motivo de vuestra fe" (Helamán 5:45-47).

Durante mi infancia tuve una experiencia en la que estuvieron involucrados el fuego, el temor y la fe. Aprendí algo sobre los milagrosos dones y el poder de Dios a la tierna edad de nueve años. Tras haber pasado la mayor parte de mi niñez compitiendo alegremente con dos hermanos mayores y tres pequeños, a esa edad no era muy dada a jugar con muñecas. Mis ideas favoritas en cuanto a diversión familiar eran montar a caballo, ordeñar vacas, jugar a las canicas, cazar conejos salvajes y, dependiendo de la estación, patinar sobre hielo o nadar en la laguna de Holt. Todo esto tuvo lugar, por cierto, en el pequeño y humilde pueblo de Enterprise, Utah, toda una comunidad de fe fundada y colonizada por mi bisabuelo.

Mi legado estaba ricamente sembrado de relatos del valor mormón de los pioneros, por lo que mi prima y yo, cuando no estábamos actuando como muchachos, pasábamos la mayor parte del tiempo imaginando que éramos grandes mujeres pioneras. Un día, después de la escuela, llevamos nuestros

caballos hasta la cima de un cerro cercano, donde, con gran imaginación y todos los ingredientes auténticos a mano (una lata de alubias, dos costillas de cerdo, dos patatas, dos piedras de mechero, una pequeña caja de cerillas a modo de refuerzo para las piedras de mechero, y una olla) hicimos los preparativos para "cocinar nuestra manduca".

La cena salió bien, y dado que ninguna comida pionera podía estar completa sin nuestros malvaviscos, nos pusimos a buscar unas varillas en las que poder insertarlos y cocinarlos. Poco después regresamos para descubrir que el fuego estaba completamente fuera de control, al menos parecía estarlo para dos aterrorizadas niñas de nueve años. Al aumentar su intensidad, pudimos ver que iba en dirección a la casa, los cobertizos y los animales del señor Windsor.

De repente nos estábamos enfrentando a un verdadero problema pionero. Fieles a la fe que nuestros bisabuelos habían atesorado, sabíamos que nuestra única esperanza tenía que ser de carácter celestial. De manera instintiva y simultánea nos pusimos de rodillas, llorando, suplicando, orando vocalmente en busca de la ayuda y del poder divinos. Oramos con todo nuestro corazón, mente y alma, como si nuestra vida dependiera de ello, como sólo las niñas de nueve años saben orar, con una fe absoluta, sin dudar en nada. Aquel día Dios estuvo con nosotras en lo alto del cerro, y me atrevería a decir que estuvo también con todo el poblado. (Cierro los ojos y puedo imaginarme los titulares: "Dos cocineras de nueve años asan por completo el pueblo de Enterprise"). Él puede controlar, y de hecho controló, nuestro seto ardiente. Creo que fue a partir de ese momento que llegué a saber, sin dudar en nada, que el poder de Dios es grande y que las oraciones de los niños son contestadas.

He descubierto, a medida que he vadeado más experiencias en la vida, que es casi más fácil tener fe en lo milagroso, especialmente desde la perspectiva de un niño de lo que es milagroso, que entregarle a Dios nuestras preocupaciones, inquietudes y ansiedades cotidianas, las cuales vamos acumulando como una "nube de tinieblas". De los mismos versículos relacionados con el fuego que se concedió a Nefi y a Lehi en la prisión, podemos leer: "¿Qué haremos para que sea quitada esta nube de tinieblas que nos cubre? Y les dijo Amínadab:... que tengáis fe en Cristo... y cuando hagáis esto, será quitada la nube de tinieblas que os cubre" (Helamán 5:40-41).

Este fulgor de esperanza y de gozo inefable en el poder y la consolación de Dios viene, para mí hasta en los asuntos de cada día, sólo tras haber ejercido fielmente mi derecho a Su Espíritu. Si en mi corazón acudo a Dios en el momento en que siento la más mínima percepción de temor (o de tinieblas, o de preocupación), en vez de aguardar a que vaya aumentando, si hablo con Dios como si fuese el amigo en el que más confío, mi más sabio consejero, y continúo hablando con él en mi corazón o de rodillas, puedo ver siempre un rayo de luz al final de las negras sombras. La mayoría de las veces puedo salir de Su presencia cantando en mi corazón, lo cual no quiere decir que mis problemas hayan desaparecido (probablemente no ha sido así), pero de algún modo tengo el poder de elevarme por encima, alrededor y a través de esas nubes de tinieblas con una mayor calma y paz. Sé que con el tiempo Él me ayudará a disiparlas por completo.

Mediante la consoladora y protectora gracia de Dios se nos aleja de la pena y de la desesperación, y somos elevados por encima de nuestras debilidades hasta la cima misma de la trascendencia pacífica y espiritual que, sin el "Padre de toda consolación", tan sólo podríamos soñar con acariciar de lejos. Un poeta francés, Guillaume Apollinaire, escribió una vez:

Acércate al borde.

No, pues caeremos.

Acércate al borde.

No, pues caeremos.

Se acercaron al borde,

Él los empujó y ellos volaron.

Uno de los pasajes de las Escrituras favoritos de mi esposo se encuentra en Isaías: "¿No has oído que el Dios eterno es Jehová, el cual creó los confines de la tierra? No desfallece, ni se fatiga con cansancio... Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas del que no tiene ningunas... los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán" (Isaías 40:28-31).

La actitud exuberante de mi esposo es tan increíblemente contagiosa que no creo que mucha gente pueda estar a su alrededor durante mucho tiempo sin sentir que también ellos tienen alas. He tenido la oportunidad de verle poner éste y otros pasajes en práctica en su vida en muchas ocasiones. Hubo una experiencia que tuvo lugar cuando estábamos en la escuela de posgrado, en una época muy agotadora para todos nosotros, pero especialmente para él, esposo dedicado y padre amoroso de dos niños pequeños, quien además tomaba la pesada carga de un programa difícil en la Universidad de Yale. Para llegar a fin de mes con un presupuesto muy limitado impartía una clase en el instituto de religión de New Haven, Connecticut, y otra en el Amherst College de Massachusetts; esta última requería que viajase en coche unos trescientos treinta kilómetros cada semana. Servía, además, como consejero en la presidencia de la estaca.

Parecíamos tener muy poco dinero y aun menos tiempo, y nos quedábamos sin ambos con mucha regularidad.

A causa de nuestra situación familiar y de la responsabilidad que Jeff sentía por nosotros, tomó la determinación, apoyado por sus profesores, de realizar el examen oral con una antelación considerable respecto a sus compañeros de clase, casi un año antes que algunos de ellos. Se lanzó vigorosamente a la preparación del mismo, pero la presión era inmensa. Sabía que el comité examinador sería particularmente consciente de que se le examinaba muy pronto e iban a asegurarse de no dejarle pasar con una preparación mediocre. Lo peor de todo era que fracasar en este agresivo primer intento retrasaría con toda seguridad nuestros planes, mucho más que si aguardara a tomar el examen con el resto de los estudiantes.

Desde que conozco a Jeff, al momento de tener una carga de cualquier tipo, siempre ha comenzado un ayuno y ha tratado el asunto directamente con el Señor. Nunca olvidaré la noche en la que tenía que decidir tomar el examen o no en esa fecha, una especie de "Ser o no ser" al estilo de New Haven. Aquéllas fueron horas de ansiedad y desasosiego, y sí, de verdadero temor al fracaso, a la responsabilidad, al exceso de confianza o a la falta de ella, temor a un aparentemente ilimitado número de consecuencias que afectarían como mínimo a cuatro personas, en vez de a una sola. Todos sentíamos una carga pesada de responsabilidad, que en definitiva descansaba sobre los hombros de Jeff.

Ayunábamos y orábamos; vivíamos el Evangelio lo mejor que sabíamos; nos esforzábamos por ser lo que Dios quería que fuésemos, y éramos creyentes. Al final de aquel día de ayuno, cuando suplicamos al Señor respecto a lo que nos parecía que era un asunto muy serio, no creo haber visto en toda mi vida a un ser humano tan radiante. Realmente Jeff irradiaba un "fulgor de esperanza" y estaba lleno de un "gozo inefable". Hasta el día de hoy todavía conservo fresca en el recuerdo la imagen de su rostro. Todo su ser parecía brillar. Las únicas palabras que recuerdo que él dijera fueron: "Todo va a estar bien". Así fue, así es, y así será siempre.

Éste es un relato común tomado de nuestros días comunes de estudiantes, el cual tiene el propósito de recordarnos que el Señor "da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas del que no tiene ningunas". Con fe podemos levantar "alas como las águilas", en los brazos mismos del "Dios de toda consolación", el cual sonríe ante nuestros temores infantiles y comprende toda duda constante. Él es nuestro Padre y escucha nuestras oraciones, y siempre que acudamos a Él buscando diligentemente Su Espíritu — un privilegio no limitado por el tiempo, el lugar ni las circunstancias — seremos llenos de luz y nuestra carga nos será aligerada. Es un don de Dios.

George MacDonald escribió: "Allí donde está el espíritu del Señor hay libertad; no hay velo alguno, sino vía libre y una percepción e impresión claras y radiantes. Allí donde no está el espíritu del Señor hay esclavitud en todo momento, apatía, oscuridad y estupidez" (Getting to Know Jesús [Nueva York: Ballantine, 1987], pág. 5).

Para ser sincera, no estoy interesada en más "apatía, oscuridad y estupidez" de la que ya siento. Entonces, ¿por qué no tenemos con nosotros el Espíritu del Señor con más frecuencia de la que lo tenemos? En realidad, nada ocupaba más mis pensamientos cuando era joven que por qué continuaba teniendo temor o sintiéndome "apática, oscura y estúpida", como escribió George MacDonald, cuando tenía tanta fe y en ocasiones había sido capaz de mover una montaña de verdad, ¡o por lo menos de

evitar que se quemase una! Éste me resultó siempre un misterio grande y muy molesto cuando estaba en la escuela, y pensé en él durante mucho, mucho tiempo.

Al echar ahora una mirada en el tiempo tras muchos años de experiencia y de perspectiva, me pregunto si quizás muchas de esas dudas personales e inseguridades vienen porque realmente tememos a Dios. ¿Todavía lo vemos como el Dios del Antiguo Testamento, lleno de ira, de enojo y de venganza? ¿Continuamos actuando o llevando a cabo nuestros deberes porque tememos Su juicio y Su castigo? ¿O actuamos movidos por nuestro amor por El con el conocimiento absoluto, sin dudar en nada, de que Él verdaderamente nos ama? Él es el "Padre de misericordias y Dios de toda consolación". Ahora lo creo y deseo que todos lo creamos.

Admito tímidamente que ha habido demasiadas ocasiones en mi vida en las que he dado por sentado que el amor que Dios tiene por mí era un amor condicional, que de algún modo yo tenía que ser absolutamente perfecta para poder recibirlo, y que alguna chiquillada que hubiera cometido, pensado o dicho me haría ser indigna de ese amor. A veces me he sentido como si mi habilidad para pedir la ayuda de Dios dependiese totalmente de mi propia rectitud. Estoy segura de que mucha gente se ha sentido así.

Me ha resultado reconfortante el darme cuenta de que tras muchos años se me han otorgado un sin fin de bendiciones. Se me ha ayudado y recompensado mucho más allá de mis mejores sueños y esperanzas, y todo ello a pesar de esas imperfecciones que yo sabía que tenía y que tanto me preocupaban. Pat Holland, la imperfecta, la incapaz y la carente de confianza, ha recibido todas esas respuestas a sus oraciones y toda esa enormidad de bendiciones. Si la imperfección puede proporcionar tal consuelo, ¿qué nos depara el futuro si verdaderamente mejoramos en este aspecto de vivir la vida de manera perfecta?

Catherine Marshall, cuyos escritos he llegado a admirar a causa de su plena confianza en Dios, escribió sobre un momento de su vida en el que estaba llena de descontento consigo misma, de dudas y de preguntas, y tenía grandes temores acerca de su dignidad y continua nulidad para con Dios. Dijo que le pidió ayuda urgentemente, y que le vinieron estas palabras de consuelo absoluto:

"Eres mi hija amada, Catherine. Descansa en este amor... Deja de hacerte tantas preguntas. Deja de ponerte a prueba, de tomarte la temperatura espiritual. ¿Quiere el Señor que haga esto o aquello? ¿Es bueno esto? ¿Es bueno esto?' Ésta es la fuente de la confusión que sientes.

"Eres Mi hija, Mi discípula. Te acepté hace mucho tiempo, tal y como eres, tal y como creces.

"Todavía eres aceptada...

"Esta prueba nerviosa es la obra de Satanás, para inquietarte, para confundirte, para hacerte caer de la base de tu creencia...

"No temas. [Mi] gozo barrerá tu temor y tus incertidumbres" (A Closer Walk [Nueva York: Avon Books, 1987], pág. 132).

Con esta súplica de alguien que busca una confirmación para ser útil, podemos recordar la segunda parte del pasaje de 2 Corintios: "El cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios". ¡Qué idea tan magnífica! Tenemos derecho al amor, a la confirmación y al consuelo de Dios, al menos en parte, para que podamos hacer llegar este don a otras personas.

El nexa entre el consuelo que Dios nos da y nuestro consuelo o servicio a los demás es una idea poderosa. Tal ánimo de magnificar el amor de Dios por medio de otras personas aparece en este maravilloso consejo del libro los hermanos Karamazov, de Dostoievski. El padre Zossima está hablando con una mujer que tiene gran temor respecto a sus incapacidades, como Catherine Marshall y el resto de nosotros, y de este modo se encuentra separada y distanciada del resto de la gente.

"No temas nada, nunca tengas miedo", dice Zossima, "y no te irrites... ¿Puede existir pecado alguno que exceda el amor de Dios? Piensa sólo en el arrepentimiento... pero desecha todo temor. Cree que Dios te ama como no puedes ni imaginar... Se ha dicho en el pasado que hay más gozo en el cielo por un pecador arrepentido que por diez hombres justos. Ve y no temas. No te resientas con los hombres y no te enfades si te equivocas. Perdona...

"Si eres penitente, amas", prosigue Zossima. "Y si amas, eres de Dios. Todas las cosas son expiadas y salvadas por el amor. Si yo, un pecador como tú, soy amable contigo y me compadezco de ti, ¿cuánto más lo hará Dios? El amor es un tesoro de valor tan incalculable que puedes redimir al mundo entero gracias a él, y expiar no sólo tus propios pecados, sino los pecados de los demás. Vete y no tengas miedo" (Nueva York: The Modern Library, pág. 51).

Ese mandamiento de ir, de avanzar y ascender con confianza en Dios es por el propósito expreso de bendecir a los demás, de traer a los demás a la plenitud de la fe en Dios y al gozo del Evangelio de Cristo.

Una noche invité a mi hijo ex misionero a sentarse conmigo y a tratar esta idea de obtener confianza para bendecir a otras personas. Aunque ahora parezca difícil de creer, hubo una época en la vida de Matt en la que era muy tímido y temeroso.

Nos mudamos a Provo para asumir la nueva responsabilidad de Jeff en una etapa muy difícil para Matt. Acababa de comenzar la secundaria, el cual es, como mínimo, un tiempo de considerable inseguridad para un adolescente, y seguro que era así en un nuevo vecindario, sin ni siquiera un amigo y, además, llevando a todas partes las letras rojas de "HR", la pesada etiqueta de "hijo del Rector".

Cuando nos sentamos a charlar en el salón, él compartió conmigo algo que nunca me había dicho en esos momentos de dificultad. Dijo que siendo un asustado y solitario muchacho, nuevo en una escuela nueva, durante muchos meses repitió palabra por palabra exactamente la misma oración. Me dijo: "Cada noche oraba y pedía: 'Padre Celestial, bendíceme para que pueda jugar en el equipo de baloncesto del colegio, bendíceme para que pueda ser un buen estudiante y bendíceme con la confianza suficiente para hacer amigos'".

Al poco tiempo, todas esas oraciones fueron contestadas. Jugó en el equipo de baloncesto del colegio, fue un buen estudiante e hizo muchos amigos; pero aquella noche me dijo: "No fue sino hasta que serví mi misión que me di cuenta de que en el asunto de la confianza había tomado un camino completamente equivocado. Fue sólo en el intenso deseo de mi corazón de servir a las personas como misionero que hallé el significado de la verdadera confianza.

"Cuando pedía por mis propias necesidades en aquellos años de secundaria, no recibía ese alivio. Aun hoy, si pido ayuda a Dios para tener más popularidad o caerle bien a la gente, pierdo esa confianza. Pero en la misión, cuando quería ser capaz de llegar hasta los incrédulos para el beneficio de ellos, a causa de lo que sabía que podía darles, tenía la confianza de Josué y de Jeremías juntos. Sabía que podía llegar hasta ellos de algún modo, y tenía esa fantástica certeza propia a causa de que era para el beneficio de alguien más. Siempre veré la autoconfianza de manera diferente gracias a mi misión.

"La confianza", concluyó, "es un don de Dios que nos permite servir a los demás".

El mismo Zossima, al que nos referimos antes en la novela de Dostoievski, refuerza este mismo principio importante, no con un creyente como Matt, sino con una incrédula, una mujer que ha perdido la fe y que quiere saber cómo recuperarla. No nos sorprende que le aconseje servir, buscar y consolar a los demás con el mismo consuelo que ella desea tener.

"[Debes tener] la experiencia del amor activo", le dice. "Lucha por amar a tu prójimo de manera activa e incansable. A medida que progreses en el amor, crecerás en la certeza de la realidad de Dios y de la inmortalidad de tu alma. Si te sujetas a un olvido perfecto en el amor de tu prójimo, entonces creerás sin dudar, y ninguna duda puede entrar en tu alma. Esto ha sido probado y es cierto".

Dios quiere tanto que bendigamos a los demás, y que hallemos nuestra vida al perderla, que contesta nuestras oraciones con frecuencia y con propósito, al igual que las de los demás, por medio de nuestras obras de interés y de consuelo. En muchas ocasiones he oído decir a la gente: "Estaba orando para que viniese alguien, y Dios te envió a ti. Estaba sola y tú entraste por la puerta. Estaba desanimada hasta que me dijiste 'hola'. Estaba triste y tú me escribiste aquella nota. Tenía miedo hasta que me tomaste de la mano". Éstas son muestras de amor activo.

Uno de nuestros alumnos de la Universidad Brigham Young, David Rodebeck, compartió conmigo el siguiente relato. Podernos aprender mucho de los hechos de dos jovencitas que entienden que el consuelo y la compasión de Dios con frecuencia tienen que llegar a los demás por medio de

nosotros.

Estas dos alumnas eran el tipo de cristianas que a todos nos gustaría ser. Hasta estudiaban las Santas Escrituras diariamente con el propósito expreso de aprender más de los atributos y de las doctrinas de Jesucristo. Y de manera apacible pero inevitable, esos atributos divinos van surgiendo. Las dos estudiantes, por supuesto, tienen sus propias dificultades, algunas de las cuales son serias, aunque quizás no tanto como los problemas de otra persona.

Al caminar una tarde por los alrededores del Templo de Provo, vieron a una joven indígena norteamericana, una alumna nueva en la universidad, que estaba sentada a la afueras del templo, bañando el césped con sus lágrimas. Era una estudiante excelente que toda su vida había soñado con asistir a la Universidad Brigham Young. Finalmente su sueño se había hecho realidad, pero ahora, unas semanas más tarde, había obtenido unas pésimas notas en los exámenes parciales y, muy lejos de allí, su familia estaba deshaciéndose, con la vida de la madre corriendo peligro a manos de un padre borracho. El dinero de la joven se había esfumado, no podía encontrar empleo alguno, no tenía amistades, y estaba perdiendo la salud y las buenas notas a causa de todo ello. ¡No es de extrañar que llorase! ¡Ni es de extrañar que hubiese acudido a los terrenos del templo para orar!

Estas dos jóvenes, llevando en sus rostros la imagen de ángeles consoladores, se detuvieron a charlar con ella. Hablaron por más de una hora y luego las tres se fueron cada una por su lado; pero sus caminos no se separaron, pues cada pocos días, ya fuese que tuviesen tiempo o no, las dos visitaban a aquella joven temerosa o le dejaban una nota en la puerta. Cada vez el mensaje era el mismo en esencia, aunque no necesariamente con estas palabras: "Te amamos. Dios te ama. Permite que tu corazón sea consolado 'porque toda carne está en mis manos'. 'Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro auxilio en las tribulaciones... Estad quietos, y conoced que yo soy Dios' " (D&C 101:16; Salmos 46:1,10).

Por supuesto que las pruebas no desaparecen al instante; algunas de ellas ni siquiera disminuyen. Pero la joven cambió. Desconozco lo que ella sabía de Dios con anterioridad a aquel solitario atardecer de octubre — obviamente sabía cómo orar —, pero ahora sabe algo acerca de Él que no sabía antes. Ella ha visto al "Dios de toda consolación" en dos jóvenes de su edad. Sabe que una y otra vez Él envió a Sus dos discípulas a su rescate, dos mujeres cuyos apellidos ni siquiera conoce, y sabe que Él las envió porque la ama.

Nuestro Padre Celestial nos ama a todos, a pesar de nuestros temores, nuestros errores, nuestra obvia falta de talentos y de confianza. Al abrazar plenamente esta verdad, seremos llenos de un fulgor de esperanza y de un gozo inefable.

LA PERSPECTIVA DE UNA MUJER SOBRE EL SACERDOCIO

Resulta evidente que nuestro mayor desafío es el de vivir lo suficientemente dignos de conocer paso a paso la voluntad del Señor en relación a nosotros, recordando que, de vez en cuando, lo que quizás queramos hacer hoy a causa de las modas y de las vanidades del mundo puede que no sea lo que hayamos acordado hacer tiempo atrás. Finalmente debemos decir, al igual que María: "Hágase conmigo conforme a tu palabra".

El presidente Spencer W. Kimball dijo en un discurso de una charla fogonera para las mujeres de la Iglesia: "Disfrutábamos de plena igualdad como hijos espirituales de la Deidad". Luego prosiguió diciendo que "a pesar de esta gran certeza, nuestros papeles y asignaciones eran diferentes" (Liahona, enero de 1980).

Creo que cada uno de nosotros tiene que cumplir una misión específica en la tierra. "Para cada hombre [y cada mujer] hay una hora señalada, de acuerdo con sus obras" (D&C 121:25). "Porque no a todos se da cada uno de los dones; pues hay muchos dones, y a todo hombre le es dado un don por el Espíritu de Dios. A algunos les es dado uno y a otros otro, para que así todos se beneficien" (D&C 46:11-12).

Creo que hicimos promesas sagradas en los concilios premortales con relación a nuestro papel en la edificación del reino de Dios en la tierra. A cambio se nos prometieron los dones y los poderes necesarios para cumplir con estas responsabilidades tan especiales. Me gustaría volver a citar al presidente Kimball: "Recuerden, en el mundo anterior a éste las mujeres fieles recibieron ciertas asignaciones mientras que los hombres fieles fueron preordenados a ciertas tareas del sacerdocio... ¡Son responsables por las cosas que tiempo atrás se esperaba de ustedes, tal como lo son aquéllos a quienes sostenemos como profetas y apóstoles! (Véase Liahona, enero de 1980). Creo además que esas asignaciones y papeles difieren mucho entre una mujer y otra, tanto como hay diferencias entre un hombre y una mujer.

A todos se nos ha enseñado que es bueno tener modelos, alguien a quien emular. Sin embargo, hay un gran peligro en querer ser demasiado como otra persona, pues tendremos celos competitivos y nos sentiremos abatidos. No hay dos personas iguales. A algunas mujeres se les concede tener familias numerosas, a otras pequeñas y otras no tienen familia. Muchas esposas ejercen sus dones y talentos para sostener a sus maridos en sus trabajos como líderes comunitarios, líderes de los negocios, presidentes de estaca, obispos o Autoridades Generales, y contribuyen al desarrollo de sus hijos. Otras mujeres aplican sus dones y talentos directamente como líderes por derecho propio. Existe también otro tipo de mujeres que combinan tanto el papel de apoyo como el de líder en el ejercicio de sus dones y sirven de este modo de dos maneras simultáneas. Por ejemplo, todos sabemos que había grandes diferencias entre las asignaciones de Mary Fielding Smith y las de Eliza R. Snow; no obstante ambas buscaron con entusiasmo la voluntad del Señor, ambas buscaron el matrimonio y el tener hijos, y ambas dieron al reino todo lo que tenían.

Resulta evidente que nuestro mayor desafío es el de vivir lo suficientemente dignos de conocer paso a paso la voluntad del Señor en lo que concierne a nosotros, recordando que, de vez en cuando, lo que tal vez queramos hacer hoy a causa de las modas y de las vanidades del mundo puede que no sea lo que hayamos acordado hacer tiempo atrás. Deberíamos estar dispuestos a vivir y a orar igual que

María, la madre de Jesús, cuando le dijo al ángel que acababa de darle su asignación: "Hágase conmigo conforme a tu palabra"(Lucas 1:38).

Permítanme emplear un ejemplo personal por un instante. La hermana Ardeth Kapp, una de mis queridas amigas, es una de las mujeres más puras, dulces y fuertes que conozco. Su esposo, Heber, es un gran pilar y sirvió como presidente de nuestra estaca en Bountiful, Utah. Los Kapp no han sido bendecidos con hijos. Joan Quinn es otra amiga querida y también una de las mujeres más puras, dulces y fuertes que conozco. Su esposo, Ed, es un hombre brillante y capaz, otra influencia estable e inspiradora en nuestra vida. Los Quinn han sido bendecidos con doce hijos. Mi esposo y yo estamos haciendo lo que podemos en el reino y hemos sido bendecidos con tres hijos.

Algunas mujeres que conozco no han sido bendecidas todavía con un compañero ni con el matrimonio, pero aun así están edificando el reino cada día y bendiciéndome personalmente a través de nuestra amistad. Seis ejemplos muy diferentes son Maren Mouritsen y Marilyn Arnold, a quienes considero mis queridas amigas de la Universidad Brigham Young; Carólyn Rasmus, con quien he trabajado en las Mujeres Jóvenes; y otras tres que han trabajado como secretarías muy eficaces de mi esposo, Randi Greene, Janet Calder y Jan Nelson, cuyas contribuciones a nuestra vida son tanto de carácter personal como profesional. Obviamente la lista de mujeres que me bendicen y que bendicen a la Iglesia podría continuar, pero lo que quiero resaltar es que Ardeth, Joan, Carolyn, Maren, Marilyn, Randi, Janet y Jan son todas muy diferentes. En realidad, todas tenemos papeles diferentes en la vida. Quizás estos papeles cambien para cada una de nosotras en los años venideros, pero aun así nos amamos mucho las unas a las otras y siempre hemos amado a los hombres de nuestra vida: padres, hermanos, amigos, esposos e hijos. Amamos al sacerdocio. Cada una de nosotras desea lo correcto, debe anhelar lo correcto y debe dar todo lo que tiene al reino con la mira puesta únicamente en la gloria de Dios y en los convenios que hemos hecho. Como el presidente David O. McKay solía decir con frecuencia: "Sea lo que seas, haz bien tu papel".

Claro que para hacer esto debemos vivir cerca del Espíritu a través de la oración, del estudio y de una vida recta, a fin de evitar las distracciones y las metas más egoístas que podrían frustrar el plan que el Señor tiene para nosotros y hacer que lo despreciemos; pues cuando esto ocurre, creo que nos sentiremos frustrados y desechados, que no sentiremos la paz ni la seguridad que sólo proceden de cumplir con la misión que nos pertenece. Parafraseando a John E Kennedy, no pregunten lo que el reino puede hacer por ustedes sino lo que ustedes pueden hacer por el reino. Cualquiera que sea nuestro papel, debemos llevarlo a cabo mediante una vida recta y la revelación personal. No debemos confiar en el brazo de la carne ni en las filosofías de los hombres, o de las mujeres. Debemos tener nuestra liahona personal. Eso es lo que el Señor espera también de los poseedores del sacerdocio.

De hecho, digo todo esto para resaltar que apreciamos las diferencias, no sólo entre el hombre y la mujer, sino entre una mujer y otra. Al tratar la relación de la mujer con sus asignaciones especiales y los hombres con sus tareas del sacerdocio, me resulta mucho más útil hablar en el lenguaje de las obligaciones y las responsabilidades, que en el de los "derechos". Francamente, estoy cansada de las luchas, los movimientos y las manifestaciones por los derechos, tanto masculinos, como femeninos o de cualquier otro tipo. Así que quiero hablar de obligaciones, y cito como fuente estas impresionantes palabras de Aleksandr Solzhenitsyn: "Ya es hora en Occidente de defender no tanto los derechos humanos sino las obligaciones humanas. A la libertad destructiva e irresponsable se le ha concedido espacio ilimitado [en el mundo libre]. La sociedad [occidental] parece estar indefensa ante... la decadencia humana... [y] el uso erróneo de la libertad en favor de la violencia moral... Todo esto se considera parte de la libertad... [pero] la vida organizada de modo [tan] legalista ha demostrado su incapacidad para defenderse contra la corrosión de la maldad" ("A World Split Apart", National Review, 7 de julio de 1978, pág. 838, cursiva agregada).

Creo que si atendemos nuestras responsabilidades, nuestros derechos se encargarán de sí mismos, tanto para los hombres como para las mujeres. Mientras apoyaba a mi esposo en su doctorado en la Universidad de Yale, nuestro vecino, quien estaba haciendo su residencia en psiquiatría, me comentó un día que yo mostraba evidencias de agotamiento. Lleno de preocupación y con el deseo de ayudar, este vecino me dijo: "Pat, ¿por qué no defiendes tus derechos y pones punto final a todo

esto?". En aquel momento supe, por medio de la oración, que mis derechos, cualesquiera que fueran, tenían que ser puestos en la perspectiva de mi obligación para alcanzar mis nietas a largo plazo. Ciertamente nunca pensé en el título de Jeff como algo exclusivo de su futuro, y él nunca ha pensado que los niños me perteneciesen sólo a mí. Estábamos juntos en esto y no malgastamos tiempo ni energías dando voces acerca de derechos. Aquel fue un tiempo intenso y difícil, pero sólo duró tres años. Como consecuencia directa de mi papel de apoyo de entonces, ahora tengo el tiempo y los medios., así como oportunidades maravillosas de aspirar a muchos de mis intereses y talentos, aparte de seguir siendo esposa y madre. Además sé, y me encanta saberlo, que mi papel y mi propósito finales incluyen el gozo concreto de proporcionar apoyo sabio y cariñoso a los demás mientras cumplen con sus propias asignaciones.

Si nuestro papel o asignación es apoyar, y muchas de nosotras tendremos ese papel con frecuencia, debemos estudiar y prepararnos lo suficiente para saber expresar al mundo que no nos estamos disculpando por fortalecer nuestro hogar; al contrario, estamos persiguiendo nuestras prioridades más elevadas personal, social y teológicamente hablando.

Hace muchos años asistí con mi esposo a un seminario de dos semanas, celebrado en Israel, para musulmanes, cristianos y judíos. Los participantes eran editores de periódicos, antiguos embajadores, sacerdotes, rabinos, rectores de universidad y profesores. Durante ese período de dos semanas, casi cada participante se permitió preguntarme sobre las mujeres mormonas. Aunque había otras esposas asistiendo al seminario que vivían como yo, quedándose en casa y criando a sus hijos, yo fui la única a la que le preguntaron. Como mujeres mormonas sí que sobresalimos. Debíamos ser una luz en la colina. Tenemos la responsabilidad de estudiar, de prepararnos y de trabajar para ser lo suficientemente elocuentes para enseñar la verdad sobre nuestras prioridades y privilegios como mujeres en la Iglesia.

A la luz de tales obligaciones (en oposición a los derechos), consideremos la revelación que tanto hemos llegado a amar de la experiencia de José Smith en la cárcel de Liberty. ¿No es irónico que la escena de tan pocos derechos, de tan escasa libertad y de tanta autoridad abusiva fuese el escenario para una revelación tan profunda sobre los derechos, la libertad y el uso de la autoridad? Supongo que en estas situaciones el Señor tiene toda nuestra atención y utiliza nuestro dolor (en este caso el dolor de José Smith) como un megáfono para darnos instrucciones muy significativas. Este pasaje tan conocido es largo, pero al mismo tiempo hermoso y muy importante:

"He aquí, muchos son los llamados, y pocos los escogidos. ¿Y por qué no son escogidos? Porque a tal grado han puesto su corazón en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres, que no aprenden esta lección única: Que los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud.

"Es cierto que se nos pueden conferir; pero cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre...

"Hemos aprendido, por tristes experiencias, que la naturaleza y disposición de casi todos los hombres, en cuanto reciben un poco de autoridad, como ellos suponen, es comenzar inmediatamente a ejercer injusto dominio...

"Ningún poder o influencia se puede ni se debe mantener en virtud del sacerdocio, sino por persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero; por bondad y por conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia; reprendiendo en el momento oportuno con severidad, cuando lo induzca el Espíritu Santo; y entonces demostrando mayor amor hacia el que has reprendido, no sea que te considere su enemigo; para que sepa que tu fidelidad es más fuerte que los lazos de la muerte.

"Deja también que tus entrañas se llenen de caridad para con todos los hombres, y para con los de la familia de la fe, y deja que la virtud engalane tus pensamientos incesantemente; entonces tu confianza se fortalecerá en la presencia de Dios; y la doctrina del sacerdocio destilará sobre tu alma

como rocío del cielo. El Espíritu Santo será tu compañero constante, y tu cetro, un cetro inmutable de justicia y de verdad; y tu dominio será un dominio eterno, y sin ser compelido fluirá hacia ti para siempre jamás" (D&C 121:34-37,39,41-46).

Parece importante notar que mientras el Señor le habla al profeta José Smith sobre derechos — y por cierto que así lo hace —, éstos son expresados, están apoyados y rodeados con todo tipo de instrucciones sobre obligaciones y responsabilidades. Los privilegios del sacerdocio no se encuentran aislados de los deberes, ni tampoco lo están los privilegios de las mujeres. Fíjense en las líneas introductoras: ¿Por qué son tan pocos los escogidos después de que tantos han sido llamados? "Porque a tal grado han puesto su corazón en las cosas de este mundo, y aspiran tanto a los honores de los hombres" (D&C 121:35).

Este mundo no es nuestro hogar definitivo; y aunque tengamos que vivir aquí y vivamos de manera constructiva, como cristianos jamás seremos realmente de este mundo, ni busquemos su alabanza. El presidente Kimball dijo: "Entre las verdaderas heroínas del mundo que vienen a la Iglesia hay mujeres que están más preocupadas por ser justas que por ser egoístas. Estas heroínas reales tienen la verdadera humildad, la cual otorga un valor más elevado a la integridad que a lo visible. Recuerden, es tan equivocado hacer las cosas para ser vistos de las mujeres como lo es para ser vistos de los hombres" {véase Liahona, enero de 1980}.

No puedo hablar sino por mí misma, pero para mí no hay ni habrá jamás un asunto político de este mundo más importante que mi familia eterna en el mundo venidero. No es que crea que los asuntos políticos terrenales no son importantes. Lo son. Se trata simplemente de que el reino eterno de Dios es supremamente importante. Si quiero ser escogida tanto como llamada (incidentalmente se trata de un privilegio y no de un derecho, el cual deseo mucho), entonces mi devoción debe ser para con un gobernante que es Rey de reyes y Señor de señores, que me conoce y que conoce mis necesidades, y al cual debo ser leal.

Hago este aparte sencillamente para recalcar una vez más que este mundo, por mucho que trabajemos en él, no es nuestro hogar. Nuestro corazón no debe estar demasiado en las cosas de aquí; no debemos buscar la alabanza de los hombres más que la de Dios. Es decir, no debemos hacerlo si creemos que el reino de Dios, tal y como ahora lo conocemos en la institucional Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, está avanzando bajo Su mano para que pueda venir el reino de los cielos. Nada debe desviarnos de esta creencia y de esta misión, para que podamos darnos plena cuenta del triunfante regreso del Príncipe de Paz. Les prometo que este regreso será orquestado por la Iglesia con su misión eterna, y no por la política con su fallecimiento final. En este sentido, los miembros de la Iglesia somos todos soldados de a pie en el mismo ejército, un batallón liderado por Cristo e instruido por los profetas. (Ésta es una infantería de justicia a la que las mujeres se ofrecerán voluntarias sin tener que pasar por la junta de reclutamiento).

Volviendo a la sección 121, ¿por qué la gente que está atrapada en esta preocupación mundana no recuerda esta lección única: "Que los derechos del sacerdocio [y de la mujer] están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud"? (D&C 121:36).

¿No es interesante que los derechos, tal y como se mencionan en el idioma del Señor, no parecen decir nada masculino ni femenino? Aunque este versículo habla del sacerdocio, de seguro que los derechos y poderes de cada mujer están condicionados exactamente a la misma premisa. Éstas son las reglas del juego para todos, hombres, mujeres, negros, blancos, esclavos o libres (véase 2 Nefi 26:33). ¿Puede ser que si guardamos los mandamientos, mandamientos que son comunes a todos nosotros, entonces venga el día en que como recompensa eterna Dios nos diga a cada uno, hombre y mujer: "Bien, buen siervo y fiel; sobre poco has sido fiel, sobre mucho te pondré"? (Mateo 25:21).

En la sección 121 advertimos la resolución de muchos posibles problemas. Por ejemplo, el versículo 37 dice que no debemos "encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo [o] nuestra vana ambición". ¿Son estos mandamientos exclusivos de los hombres? ¿O lo son de las mujeres? ¿O de ambos? Se nos dice en ese versículo que no debemos "ejercer mando, dominio o compulsión" sobre los demás en injusticia. ¿Es ése un consejo sólo para hombres? ¿Sólo para mujeres? ¿O para ambos?

¿Cómo deben los hombres ejercer su influencia en el reino de Dios? ¿Cómo deben hacerlo las mujeres? Palabras como persuasión, longanimidad, benignidad, mansedumbre o amor sincero, ¿son cualidades masculinas? ¿Son cualidades femeninas? ¿O se trata de cualidades no negociables de una vida cristiana, masculina y femenina? Me inclino por esta última opción.

Con respecto a los dos últimos versículos de la sección 121, ¿son las mujeres las únicas que deben tener sus entrañas llenas de "caridad"? ¿Son los hombres los únicos que deben "engalanar" sus pensamientos con la virtud? ¿Es el Espíritu Santo un "compañero constante" exclusivo de los poseedores del sacerdocio? ¿Son las mujeres las únicas que pueden sostener "un cetro inmutable de justicia y de verdad"? ¿Tendrán tanto un hombre como una mujer "un dominio eterno" el uno sin el otro? Las preguntas se responden por sí mismas. Cuando el Señor habla de rectitud no hay conflicto en cuanto al género.

Todo esto me lleva a preguntar: ¿Por qué los hombres y/o las mujeres Santos de los Últimos Días dedican tal cantidad de energía a temas como las mujeres y el sacerdocio?

Ofrezco la siguiente respuesta a mi propia pregunta: Me parece que si existe un conflicto es porque alguien, hombre o mujer, no está viviendo el Evangelio de Jesucristo. No quiero decir con ello que la persona que tenga esta preocupación no esté viviendo el Evangelio. Puede que sea así o no. Lo que digo es que alguien no está viviendo el Evangelio. Una mujer que sufre puede estar viviendo el Evangelio lo mejor posible y aún así sufrir. Si ése es el caso, todavía creo que alguien no está viviendo o no ha estado viviendo el Evangelio en su vida. En alguna parte, de algún modo, no se han guardado las promesas o no se han honrado las obligaciones, de ahí el dolor. Pero éste no es un problema del sacerdocio, lo único que podemos decir es que se trata de un problema de las personas. De este modo, la responsabilidad es de todos nosotros, hombres y mujeres, para vivir como se prescribe en la sección 121 y como requiere cualquier otro ejemplo cristiano. Con este tipo de relación de hombres y mujeres amorosos, y con este tipo de promesas, el dolor, la desesperación y las frustraciones de este mundo desaparecen, y esto lo creo de todo corazón. Las respuestas a nuestras dificultades proceden del Evangelio, o del sacerdocio si lo prefieren, pero no son respuestas de hombre ni de mujer. Son promesas para los fieles.

Un último ejemplo concreto que procede de una persona que no es de nuestra fe. El élder Dallin H. Oaks me habló de esta inspiradora aplicación del tema de las elecciones y las obligaciones. Cuando era un joven profesor de leyes, el élder Oaks estaba estrechamente relacionado con un miembro de la Corte Suprema, Lewis M. Powell. La hija del juez Powell se acababa de graduar en una prestigiosa facultad de derecho, tras lo cual dio comienzo a una exitosa práctica de la abogacía y a un matrimonio casi simultáneo. Cierta tiempo después tuvo su primer hijo. Al hacerle una visita de cortesía como amigo de la familia, el élder Oaks quedó gratamente sorprendido al descubrir a esta joven madre en casa dedicando todo su tiempo a su hijo. Cuando le preguntó respecto a esta decisión, ella contestó: "Bueno, alguna vez volveré a la abogacía, pero no de momento. Para mí la cuestión es sencilla. Cualquiera puede cuidar de mis clientes, pero sólo yo puedo ser la madre de este niño". ¡Qué respuesta tan incisiva para un asunto que ella consideraba tan sencillo! Y parece que así lo era, pues lo abordó en términos no de derechos, sino principalmente de responsabilidades. Creo que el asunto no hubiera sido tan sencillo si su actitud hubiese sido del tipo "es mi cuerpo", "es mi carrera" o "es mi vida", pero su interés estaba en sus obligaciones. Cuando lo vemos de este modo, el asunto y la respuesta son claros.

Todos tenemos derechos y la libertad de luchar por ellos, y eso es lo que nos ha prometido el Señor. Creo, entonces, que el punto crucial al que necesitamos llegar como hombres y mujeres Santos de los Últimos Días es el de no permitirnos sentirnos forzados a elegir lo correcto, sino llegar a hacerlo de nuestra propia libertad y deseo. En la obligación o en la fuerza residen el dolor, la frustración y la depresión de los que tanto oímos hablar. Debíamos buscar diligente y fielmente la luz que acelere nuestro corazón y nuestra mente para desear de verdad los resultados de tomar decisiones correctas. Debemos orar para ver como Dios ve, para girar el interruptor de nuestra mente y ver las cosas desde una perspectiva eterna. Si con demasiada frecuencia prestamos atención a las voces del mundo, llegaremos a estar confusos y contaminados. Debemos aferrarnos al Espíritu, lo cual requiere una vigilancia diaria.

En Gálatas 5 de la Nueva Traducción Inglesa hallamos esta conclusión:

"Vosotros, amigos míos, fuisteis llamados a ser hombres libres [o en otras palabras, tenéis vuestros derechos]; solamente que no uséis la libertad [vuestros derechos] como ocasión para vuestra naturaleza caída... Si continuáis luchando los unos con los otros, con uñas y dientes, no podéis esperar sino vuestra mutua destrucción...

"Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. No nos hagamos vanagloriosos, irritándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros. Si el Espíritu es la fuente de vida, dejemos que el Espíritu dirija nuestro camino" (Gálatas 5:13,22, 25-26).

LOS MUCHOS ROSTROS DE EVA

Vivimos en un mundo lleno de tensión en el que todas las personas parecen estar apuradas, preocupadas o ambas cosas. Hay una mayor inquietud por lo que se espera de nosotras, por lo que debemos esperar de nosotras mismas y por cómo podemos hallar el tiempo, la energía y los medios para hacerlo todo. Si es que vamos a tener éxito debemos estar centradas y tener control de nuestra vida. Debemos poner orden en medio de este caos.

Antes de que como hijas de Eva lleguemos a florecer plenamente en nuestra feminidad, cada una de nosotras luce una variedad de rostros en los diferentes papeles que representamos en el teatro de la vida: hijas, madres, hermanas, esposas, vecinas y amigas, para nombrar unos pocos. Nuestros rostros denotan caridad, envidia, paciencia, ansiedad, orgullo, humildad, generosidad, codicia, paz y perplejidad. Estos retratos reflejan juntos la dicha y el pesar, y mediante este intercambio las líneas son "finamente tejidas". Todas estamos aprendiendo la lenta y firme manera que Dios tiene de esculpir las experiencias que no se nos pueden escapar "hasta que tengamos nuestro rostro".

¿Qué rostro es realmente el mío? ¿Cuál es mi papel en la vida? ¿Qué pasa si los rostros cambian tan rápido y las demandas son tan grandes que nos cuesta saber quiénes somos en cada momento? ¿Cómo podemos aspirar jamás a tener el control en todo momento?

Permítanme intentar darles algo de alivio. Lo primero y más importante, si contemplamos de cerca los numerosos reflejos de esos rostros, veremos siempre el interés infinito de Dios en el proceso de hacernos lo que somos y lo que estamos llegando a ser. Vemos de qué manera gentil se arrodilla a cepillar nuestro cabello o a secar una lágrima, cómo ajusta el ángulo de la luz y cómo obra Sus maravillas con líneas, cicatrices y sombras. Con frecuencia nos susurra con dulzura para que soportemos la dificultad o el desánimo, por lo que éstos puedan representar de iluminación y de belleza eternas. Bajo Su mano, nuestra persona interior se convierte en la persona exterior y el Artista da forma a Su imagen perfecta.

Mientras participamos en este proceso y reflexionamos en la santidad y la soledad, estas percepciones e impresiones de nuestro Padre Celestial pueden darnos gran paz y propósito. Cuando nos acercamos al alivio de estos momentos de adoración, nos resulta más fácil mantener esta perspectiva y no sucumbir al torbellino constante de rostros, papeles y actividades. Con las complejidades del rápido cambio en el mundo actual es fácil perder de vista nuestra perspectiva divina, nuestro dolor y hasta el valor de nuestra viabilidad. En medio de las rigurosas exigencias de todo ello puede que nos preguntemos si simplemente podemos sobrevivir y mucho menos triunfar.

David E. Shi ha escrito en su libro *In Search of the Simple Life*: "Los americanos de hoy día viven inmersos en una 'desesperación apacible'. Bajo el atractivo y el brillo de la abundancia se encuentra la molesta realidad de que los tres medicamentos recetados con más frecuencia [en Norteamérica] son una medicina para la úlcera, un medicamento para tratar la hipertensión y un tranquilizante" (Layton, Utah: Gibbs M. Smith, 1986,pág.1).

Vivimos en un mundo de mucha tensión en el que todas las personas parecen estar apuradas, preocupadas o ambas cosas.

Hay presiones que exigen mucho de nuestro tiempo y parece haber una mayor inquietud por lo que se espera de nosotras, por lo que debemos esperar de nosotras mismas y por cómo podemos hallar el tiempo, la energía y los medios para hacerlo todo.

El azote de nuestro tiempo es la ansiedad. Quizás parte de nuestra ansiedad tenga su causa en que, irónicamente, la abundancia y las bendiciones de nuestra época nos han proporcionado oportunidades y elecciones que nuestros antepasados no habrían podido considerar jamás. Gracias a la

automatización y a la tecnología tenemos más tiempo libre. Gracias a tener más conocimiento disfrutamos de una salud mejor y de más energía, y al haber una afluencia mayor tenemos más oportunidades de proporcionarnos crecimiento y experiencias especiales para nosotras mismas y para nuestra familia. Nuestras madres, y sus madres antes que ellas, no podrían haber soñado con tal libertad de escoger ni con la abundancia de tales decisiones.

Sin embargo, estas bendiciones contribuyen inmensamente a nuestra ansiedad cuando las decisiones que enfrentamos implican un conflicto no sólo entre lo bueno y lo malo sino, con mayor frecuencia, entre lo bueno y lo bueno. ¿Debo llevar a las niñas a una clase de ballet más o debo apuntarme en un curso de "Cómo ser mejor madre"? ¿Paso la tarde con mi marido o me voy corriendo a la capilla para escuchar el discurso sobre "Lo que todo hombre desea de su esposa"? Nos preocupamos y nos preguntamos si deberíamos estudiar para tener relaciones más fructíferas o si debemos dedicar el tiempo necesario a cultivarlas. ¿Quién está primero? ¿Nuestro esposo? ¿Nuestros hijos? ¿La Iglesia? ¿Nuestros familiares? ¿Nuestros vecinos? ¿Los no miembros? ¿Los muertos? Y, ¿qué hay de nosotras mismas?

A veces no sabemos a dónde debemos volvernos ni qué tarea tenemos que hacer primero. Nos sentimos frustradas, en ocasiones asustadas, y a menudo completamente fatigadas. Con demasiada frecuencia podemos sentirnos casi totalmente fracasadas. ¿A dónde acudimos en busca de ayuda? ¿Cómo permanecer firmes y enfocadas? ¿Cómo permanecer centradas y asentadas en vez de indecisas en una inconsciente masa de confusión? En resumen, ¿cómo poner orden en medio de este caos?

Yo elijo creer que el Señor no nos pone en este mundo triste y solitario sin un mapa para poder sobrevivir. En Doctrina y Convenios 52:14 leemos: "Y además, os daré una norma en todas las cosas, para que no seáis engañados". Nos ha dado normas en las Escrituras y nos ha dado normas en la ceremonia del templo.

He escogido las normas del templo para compartir mi descubrimiento personal de los rostros que se me ha pedido llevar, y suplico humildemente que a través de este compartir íntimo ustedes hallen algunas hebras que poder aplicar en su búsqueda de su identidad personal y de su certeza eterna.

El templo es sumamente simbólico y se le ha llamado la universidad del Señor. Cada vez que asisto al templo con la mente abierta aprendo continuamente; me esfuerzo por ejercitar, ahondar y buscar un significado más profundo; busco paralelismos y símbolos, temas y motivos, tal y como lo haría en una composición de Bach o de Mozart, y busco los modelos que se repiten.

Mi hábito de buscar símbolos sagrados y mi testimonio de encontrar respuestas a problemas personales fue pasado de madre a hija, de hija a nieta, y de nieta a mí. He aprendido de generaciones de hijas de Eva la estrecha relación existente entre nuestras dificultades temporales y el mundo espiritual, y cómo unas ayudan al otro en lo que concierne a los que asisten al templo. Para que puedan comprender mis profundos sentimientos al respecto he decidido compartir mi primera experiencia sobre el sostén que es el poder del templo.

Yo tenía doce años y vivía en Enterprise, Utah, cuando mis padres fueron llamados como obreros del Templo de St. George, a ochenta kilómetros de distancia. Al hablarme de su llamamiento, mi madre me refirió lo que eran los templos, porqué la gente servía en ellos y las experiencias espirituales que algunos de los santos habían tenido en esos edificios. Ciertamente, ella creía que los mundos visible e invisible se combinaban y se entremezclaban en el templo. Mis deberes consistían en ser dispensada temprano de la escuela una vez a la semana y darme prisa para llegar a casa y atender a mis cinco revoltosos hermanos, el menor de los cuales estaba aprendiendo a caminar. Recuerdo haberme quejado un día respecto a esa tarea y nunca olvidaré el poder con el que mi madre me dijo: "Cuando papá y yo fuimos apartados para esta asignación se nos prometió que nuestra familia sería bendecida, protegida y hasta 'asistida por los ángeles'".

Tiempo después, una tarde de uno de los días en que mis padres asistían al templo y en la que yo me estaba sintiendo particularmente cansada de entretener a mis jóvenes responsabilidades, puse al bebé en su cochecito y, junto con mis demás hermanos, fuimos caminando a visitar a mi abuela, quien vivía a cinco calles.

Después de una calurosa bienvenida, la abuela sugirió que jugásemos en el césped mientras ella

iba al mercado a comprarnos un refrigerio. Yo estaba entretenida con mis demás hermanos y no me di cuenta de que el más pequeño había empezado a gatear detrás de la abuela. De repente y con gran temor, me di cuenta de que no estaba a la vista. De manera instintiva corrí hacia el coche justo para ver la rueda trasera pasar por encima de su pequeña cabeza y presionarla contra la gravilla. Presa del pánico, grité con todas mis fuerzas. Mi abuela oyó el sonido característico, escuchó mi grito y supo de inmediato lo que había pasado. Sin embargo, en vez de detener el vehículo, también ella se asustó y dirigió de nuevo el coche por encima del bebé. Dos veces pasó la rueda enteramente por encima de la cabeza de mi amado hermanito, quien estaba por completo bajo mi responsabilidad.

Los lamentos de dos voces histéricas llamaron pronto la atención de mi abuelo, el cual salió de la casa y tomó al bebé (a quien mi abuela y yo dábamos por muerto), y condujo el coche frenéticamente por veinticinco kilómetros hasta el médico más cercano. Yo lloraba y oraba, oraba y lloraba. Sin embargo, los niños recuerdan las promesas aun cuando los adultos puedan haberlas olvidado, y de manera asombrosa me calmé y fui consolada al recordar las palabras relativas a ser "asistida por los ángeles".

Tras lo que pareció ser una eternidad, mis abuelos llamaron e informaron que el bebé se encontraba bien. Tenía el rostro bastante arañado donde la llanta le había herido la cabeza y la mejilla, pero no tenía daño craneal alguno, aunque yo había visto claramente y por dos veces la fuerza de la rueda sobre su cabeza.

A los doce años de edad uno no puede saber muchas cosas espirituales. Especialmente yo desconocía lo que pasaba en el templo de Dios, pero gracias a mi experiencia supe que era un lugar sagrado y que en sus inmediaciones había, con aprobación y protección, ángeles celestiales. Supe algo relativo a la ayuda celestial del otro lado del velo.

En Doctrina y Convenios 109, la sección que nos enseña en cuanto a la santidad del templo, leemos en el versículo 22: "Te rogamos, Padre Santo, que tus siervos salgan de esta casa armados con tu poder, y que tu nombre esté sobre ellos, y los rodee tu gloria, y tus ángeles los guarden".

Ésta es una promesa poderosa para aquellas mujeres que se sientan abrumadas por las presiones y la tensión del diario vivir, un poder y una promesa con la que me tropecé por primera vez a los doce años de edad. Ahora, con las muchas experiencias que he tenido desde entonces, puedo declarar que es verdad. El templo nos da protección, así como normas y promesas que pueden encauzarnos, fortalecernos y estabilizarnos, sin importar lo inquietante del momento. Si dominamos los principios que se enseñan allí, recibiremos la promesa que el Señor nos dio por medio de Isaías: "Y lo [o la] hincaré como clavo en lugar firme" (Isaías 22:23).

A menudo el Señor permite que nos veamos sumidas en la confusión antes de que el maestro que mora en nosotras siga el camino que aligera nuestro sendero. Jeff y yo éramos una pareja de jóvenes estudiantes graduados, casados, con dos bebés y con fuertes asignaciones en la Iglesia, cuando el presidente Harold B. Lee compartió su consejo como profeta relativo al "orden en el caos". Un médico inquieto, preocupado porque a causa de su profesión y de las responsabilidades en la Iglesia, estaba descuidando a su hijo, le preguntó al presidente Lee: "¿Cómo debo administrar el tiempo? ¿Qué es lo más importante de la vida? ¿Qué hago para hacerlo todo?". El presidente Lee le contestó: "La primera responsabilidad de un hombre es para consigo mismo, luego para con su familia y después para con la Iglesia, siendo conscientes de que tenemos responsabilidades en nuestras profesiones, en las cuales también debemos sobresalir". Entonces hizo hincapié en que un hombre debe primero cuidar de su propia salud, tanto física como emocional, antes de poder ser una bendición para otras personas.

Cuando era joven luché contra este consejo, por considerar cuidadosamente que cuando una se preocupa primero de sí misma se arriesga a perderse en perjuicio de los demás. Con el transcurso de los años, he visto cómo la verdad del consejo del presidente Lee encajaba perfectamente en el orden del que se habla en el templo. El templo enseña prioridades, orden, crecimiento, gozo y cumplimiento. Consideren las siguientes enseñanzas del templo (he tomado las palabras de las Escrituras para no tratar inapropiadamente las cosas sagradas).

En el cuarto capítulo de Abraham, los Dioses proyectan la creación de la tierra y toda vida sobre ella. En estos planes, que son expuestos en treinta y un versículos, la palabra o la derivación de la

palabra orden aparece en dieciséis ocasiones. Los Dioses organizan y dan orden a toda cosa viviente: "Y los Dioses dijeron: Haremos todo lo que hemos dicho y los organizaremos; y he aquí, serán obedientes" (Abraham 4:31). Si vamos a ser como los Dioses, comenzaremos por el orden, decidiremos obedecer las leyes y los principios del cielo, lo cuales conducen al orden.

Una de las primeras verdades que se enseña en el templo es la de que "cada cosa viviente cumplirá con la medida de su creación". ¡Qué mandamiento tan poderoso! Considérenlo a la luz del consejo del presidente Lee. Debo admitir que la primera vez que oí esta directiva pensé que sólo se refería a la procreación, a tener descendencia o progenie. Estoy segura de que ésta es la parte más importante de su significado, pero mucha de la ceremonia del templo es simbólica, por lo que es seguro que hay multitud de significados implícitos en esa declaración. ¿De qué otras maneras cumple una mujer con la medida de su creación? ¿Cómo llega a ser todo lo que sus Padres Celestiales quieren que sea? El crecimiento, el cumplimiento, el alcance y el desarrollo de nuestros talentos es parte del proceso de llegar a ser como Dios, la "medida [definitiva] de nuestra creación".

¿Cómo podemos ser esposas, madres, misioneras, obreras del templo, ciudadanas o vecinas de éxito si no estamos dando lo mejor de nosotras mismas en estas tareas? Ciertamente, por eso dijo el presidente Lee que necesitamos ser fuertes física y emocionalmente para poder ayudar a otras personas a serlo también. Ése es el orden de la creación.

A cualquiera que lea un periódico o una revista se le está recordando constantemente que una dieta apropiada, el hacer ejercicio apropiado y el buen descanso contribuyen al aumento de nuestras aptitudes y de la duración de nuestra vida. Pero demasiadas de nosotras llegamos a posponer incluso esfuerzos mínimos como el pensar en nuestra familia o en nuestros vecinos, por lo que nuestras otras muchas responsabilidades llegan a ocupar el primer lugar. Al obrar así arriesgamos aquello que estas personas necesitan más: nuestro yo más saludable, más feliz y más cordial. Cuando nos pidan pan no estemos tan cansadas y enfermas como para darles una piedra.

Para mí el asunto consiste en aceptar que bien valemos el tiempo y el esfuerzo que requiere el lograr la plena medida de nuestra creación, y creer que no todo es egoísta, que está equivocado o que es malo. De hecho, es esencial para nuestro desarrollo espiritual.

Mi hijo mayor intentó enseñarme este principio hace algunos años. No me encontraba bien un día que había prometido llevarle al jardín zoológico, cuando por aquel entonces él tenía tres años. A medida que aumentaban mis dolores le dije finalmente llena de exasperación: "Matthew, no sé si debemos ir al zoológico y cuidar de ti, o si debemos quedarnos en casa y cuidar de mamá". Él me miró por un instante con sus grandes ojos marrones y dijo enfáticamente: "Mamá, creo que tú debes cuidar de ti para que tú puedas cuidar de mí". Fue lo bastante sabio, aun a esa edad, para saber cómo beneficiar sus intereses en última instancia. A menos que cuidemos de nosotras mismas resulta virtualmente imposible cuidar de manera adecuada de los demás.

Los expertos en medicina están confirmando, gracias al estudio de personas preocupadas en exceso y sobrecargadas de trabajo, que muchas enfermedades están relacionadas con el estrés. Por tanto, la pregunta básica a hacerse mientras servimos desinteresadamente a los demás es: ¿Cuánto estrés es demasiado? ¿Cuándo se convierte éste en contraproducente? Jennifer James, ex miembro del Departamento de Psiquiatría de la Universidad de Washington, nos da algunas sugerencias: "Todos necesitamos cierta cantidad de tensión corporal para mantenernos en forma. Pero, ¿cuánto es demasiado? ¿Se han hecho un examen últimamente? ¿Cómo se sienten? ¿Cuan rígido tienen el cuello? ¿Y los hombros? ¿Pueden encontrar el equilibrio? ¿Están centrados? ¿Se sienten irritables? ¿Le han gritado a alguien últimamente? ¿Qué tal el estómago? El estómago siempre les dirá la verdad, a menos que le den un antiácido y le enseñen a mentir. Sabemos reconocer cuándo estamos tensos, pero a veces no le hacemos caso; la pregunta es ¿porqué?-

"Sabemos que el ejercicio nos alivia la tensión de manera casi instantánea. Sabemos que si dejamos de tomar cafeína y azúcar, si dejamos de fumar y de trabajar demasiado, podremos aliviar la tensión. Pero escogemos no hacerlo.

"Algunas personas creen que alguien más se hará cargo de la responsabilidad —sus padres, amigos, el cónyuge, o quizás la naturaleza misma. Pero si no se cuidan a sí mismos, nadie más lo hará.

¿Cuál es su elección? ¿Por qué están eligiendo no cuidarse de las tensiones? ¿Creen que no merecen sentirse mejor? Lo merecen" (Success Is the Quality of Your Journey [Nueva York: Newmarket Press, 1986], pág. 23).

Nuestro médico en Provo, quien es también uno de mis líderes en la estaca, me dio una reprimenda un día cuando notó que una de mis últimas prioridades era el cuidar de mí misma. Me miró fijamente a los ojos y me pidió que recordase las promesas hechas en la investidura y que pensase en las promesas de las ordenanzas preparatorias. Nuestros hijos y los hijos de ellos, así como toda nuestra posteridad, dependen en gran medida de nuestra salud física. El cuidado de nuestra salud es entonces un requisito previo para la segunda prioridad del presidente Lee: la salud emocional.

Hemos sido creadas para llegar a ser como dioses, lo cual significa que tenemos inherentes en nosotras ciertos atributos cristianos, el mayor de los cuales es la caridad. La clave para la salud emocional es la caridad, el amor. El gozo proviene de amar y ser amado. Cuando ponemos a trabajar este atributo divino en nuestros sentimientos por nuestra familia, nuestro prójimo, nuestro Dios y nosotras mismas, sentimos gozo. Cuando queda inmovilizado por el conflicto con otras personas, con Dios o con nosotras mismas, paralizamos nuestro crecimiento y nos deprimimos en nuestra actitud.

La depresión, el conflicto o el negativismo suelen ser un mensaje de que no estamos creciendo hacia la plena medida que Dios ha concebido para nosotras. Nuestro dolor, el dolor emocional, es una demanda de que paremos y dediquemos algo de tiempo a cambiar nuestra vida porque nos estamos desviando de nuestro rumbo. Como el élder Richard L. Evans solía decir: "¿Cuál es el propósito de todo este ir y venir si estamos en el camino equivocado?". Por supuesto que todas nos vamos por el camino equivocado de vez en cuando, todas tenemos conflictos, nos desanimamos, y algunas veces cometemos errores. Pero me encantan estas palabras de la hermana Teres Liza: "Si estamos dispuestos a soportar con serenidad la prueba de [la decepción y la debilidad personales] seremos entonces un placentero lugar de refugio para Jesús". La palabra clave es serenidad. Si soportamos nuestras debilidades y errores, nuestros sentimientos heridos y nuestra aprensión de manera serena, si aceptamos los momentos de desánimo y aprendemos de ellos, éstos pasarán y no volverán tan a menudo.

Actualmente recibimos mensajes confusos de que los sentimientos de amor hacia uno mismo y de valor personal son manifestaciones de egoísmo y vanidad. Sin embargo, sé por experiencia propia que cuando no me acepto plenamente a mí misma con todos mis defectos, tachas e imperfecciones, estoy coja en mi caridad hacia Dios y hacia mi prójimo. Permítanme animarlas para que no se sientan culpables en sus buenas aspiraciones de amor propio, el cual viene en parte a través de una aceptación y un reconocimiento propio sinceros.

Quizás todas estemos de acuerdo con esta premisa, aunque no tengamos la certeza en cuanto al proceso de lograrla. Me resulta más fácil entenderlo cuando la veo aplicada a otra persona. Por ejemplo, comienzo a amar a mi prójimo cuando doy lugar a experiencias que me permiten llegar a conocerla y entender por qué actúa y reacciona de esa manera ante diferentes circunstancias. Cuanto más la conozco, más la entiendo. Mi conocimiento de Dios aumenta también cuando paso más tiempo con Él en oración, en Sus santas Escrituras y en Su servicio; y cuanto más le conozco y le entiendo, más le amo.

Este mismo principio se aplica a nosotras. El amarnos apropiadamente a nosotras mismas requiere que nos observemos en profundidad, de manera honrada y serena, tal y como sugiere la hermana Teres; requiere echar un vistazo amoroso tanto a lo bueno como a lo malo. Cuanto más entendamos y sepamos, más amaremos.

Nuestro Padre Celestial nos necesita como somos, como vamos a llegar a ser. De manera intencionada nos ha hecho diferentes las unas de las otras para que aun con nuestras imperfecciones podamos cumplir con Sus propósitos. Sufro mi mayor decepción cuando siento que tengo que encajar en lo que los demás están haciendo o en lo que pienso que los demás esperan de mí. Soy muy feliz cuando estoy cómodamente siendo quien realmente soy e intento hacer lo que mi Padre Celestial y yo esperamos de mi persona.

Durante muchos años intenté contrastar a la con frecuencia apacible, reflexiva y pensativa Pat

Holland con el robusto, impetuoso, hablador y energético Jeff Holland y otras personas semejantes. He aprendido, a través de numerosos fracasos, que no se puede ser dichosa siendo impetuosa, si en realidad uno es una persona impetuosa, pues es una contradicción. He dejado de verme como alguien con imperfecciones porque mi nivel de energía sea menor que el de Jeff o no hable tanto ni tan rápido como él. El librarme de esto me ha permitido aceptarme y regocijarme, según mi propia forma de ser y mi personalidad, en la medida de mi creación. Irónicamente, ello me ha permitido admirar y disfrutar todavía más de la exuberancia de Jeff.

En algún momento y de algún modo, el Señor "me ha dado el aviso" de que mi personalidad fue creada para encajar de manera precisa en la misión y los talentos que Él me dio. Por ejemplo, el apacible y tranquilo talento de tocar el piano revela mucho de la Pat Holland real. Nunca habría aprendido a tocar el piano si no hubiera disfrutado de las largas horas de soledad requeridas para el desarrollo de dicho talento. Este mismo principio se aplica a mi amor por escribir, leer, meditar y, especialmente, enseñar y hablar con mis hijos. Milagrosamente he descubierto que tengo una numerosa cantidad de fuentes de energía inéditas para ser yo misma. Pero en el momento en que me permito imitar a mi prójimo me siento quebrada, fatigada y empiezo a nadar contra corriente. Cuando frustramos el plan que Dios tiene para nosotras privamos al mundo y al reino de Dios de nuestras contribuciones exclusivas, y un cisma serio se asienta en nuestra alma. Dios nunca nos ha dado tarea alguna que sobrepase nuestra habilidad para cumplir con ella. Simplemente, tenemos que estar dispuestas a hacerla a nuestra manera. Siempre tendremos recursos suficientes para ser quienes somos y lo que podemos llegar a ser.

El conocimiento de una misma no es algo egoísta, es un viaje espiritual prioritario. Pablo nos exhorta: "Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros" (2 Corintios 13:5). Cada una de nosotras debe prepararse ahora mismo para intensificar su propio viaje interior. En ninguna otra estructura ni lugar podemos recibir una luz más brillante y que ilumine nuestra autorealización como la que recibimos en el templo. Al ir a él con frecuencia el Señor nos enseñará que hemos sido creadas para que podamos tener gozo, y el gozo viene al abrazar la verdadera medida de nuestra creación.

En Doctrina y Convenios leemos: "Y concede, Padre Santo, que todos los que adoren en esta casa aprendan palabras de sabiduría... y que crezcan en ti y reciban la plenitud del Espíritu Santo; y se organicen de acuerdo con tus leyes y se preparen para recibir cuanto sea necesario" (D&C 109:14-15).

Después de nuestra salud física y emocional, nuestra siguiente prioridad es la familia, y una familia Santo de los Últimos Días comienza allí donde termina: con un hombre y una mujer unidos en el templo del Señor. En el templo llegamos a entender que "en el Señor, ni el varón es sin la mujer, ni la mujer sin el varón" (1 Corintios 11:11). En Abraham 4:27 leemos: "De modo que los Dioses descendieron para organizar al hombre a su propia imagen, para formarlo a imagen de los Dioses, para formarlos varón y hembra". Se requiere tanto del hombre como de la mujer para tener la imagen completa de Dios.

Cuando Jeff y yo nos casamos, nos convertimos en una entidad nueva. Juntos, Jeff, con toda su masculinidad, y yo, con toda mi feminidad, creamos un todo nuevo y completo. Cuando estamos integrados, Jeff comparte mi feminidad y yo comparto su masculinidad, por lo que el todo, inseparablemente unido, es mayor que la suma de las partes. Pero Satanás no quiere que seamos uno, él sabe que el matrimonio en su unidad y totalidad tiene gran poder, por lo que insiste insidiosamente en la independencia, en la individualización y en la autonomía; con lo que finalmente el cuerpo se fragmenta, se rompe.

Permítanme compartir un pensamiento de Madeleine L'Engle: "La relación original entre el hombre y la mujer era la de un cumplimiento y gozo mutuos, pero para nuestra desgracia esa relación se rompió y se volvió una relación de sospecha, de guerra, de falta de entendimiento y de exclusión, y no será restaurada hasta el fin de los tiempos. No obstante, se nos dan bastantes oportunidades de vislumbrar la relación original para que seamos capaces de regocijarnos en nuestra participación" (The Irrational Season [Nueva York]: The Seabury Press, 1977], pág.9).

Tengo en mente dos perspectivas que contribuyen a mantener la unidad de Pat y de Jeff

Holland.

La primera es que ambos somos compañeros iguales, plenos, en desarrollo y colaboradores. La mayoría de nuestro movimiento juntos es lateral. Nos movemos de un lado al otro, juntos, simultáneamente, como un yugo de dos bueyes. Pero hay momentos en los que, para el beneficio de un progreso y un desarrollo divinos, yo sigo a mi esposo en una relación vertical. La casa de Dios es una casa de orden. Siempre hacemos cola detrás de alguien en el camino recto que conduce a la bendición eterna. Me siento muy agradecida por hacer cola con Jeff.

Gran parte del tiempo actúo de manera autónoma e independiente; de hecho, Jeff estará de acuerdo conmigo en que soy la mujer más independiente que conoce. Pero cuando damos pasos grandes, e incluso hasta los pequeños, cuando estoy preocupada por los niños o por mis asignaciones de la Iglesia, o cuando sufro debilidad y dolor, entonces escucho y obedezco el consejo de mi marido porque sé que él escucha y obedece el consejo de nuestro Padre. Sé que ése es el orden de los cielos.

Si Dios nos creó para ser uno juntos, debemos ser el número uno para nuestro cónyuge. "Pero al principio de la creación, varón y hembra los hizo Dios. Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne" (Marcos 10:6-8).

Creo firmemente que mi esposo está primero, antes que los amigos, mi padre, mi madre, la comunidad, la Iglesia e incluso los hijos. Estuvimos juntos al comienzo de nuestro matrimonio, solos, y si es la voluntad del cielo, estaremos juntos hasta el final. Afortunadamente pienso que ambos hemos madurado lo suficiente como para darnos cuenta de cuándo las necesidades de los niños han sustituido las nuestras; aunque ahora nuestros hijos nos afirman que lo mejor que jamás hicimos por ellos, la mayor seguridad de la que han disfrutado, fue nuestro amor y nuestro interés el uno por el otro.

Cuando nuestra hija Mary tenía cerca de nueve años se percató de manera sensible de que tanto Jeff como yo parecíamos estar tan agotados y al límite de nuestra paciencia, que un día nos dijo: "Mamá, llegó otra vez el momento. Toma a papá y salgan juntos". Los niños reconocen que el tiempo que pasamos juntos es una de las cosas más reconfortantes y redentoras que podemos hacer tanto por ellos como por nosotros.

Me gusta el mandato que el Señor dio a Emma Smith, y a todas las esposas: "Y el oficio de tu llamamiento consistirá en ser un consuelo para mi siervo... tu marido, en sus tribulaciones, con palabras consoladoras, con el espíritu de mansedumbre" (D&C 25:5). Siento que estoy en el pináculo de mi creación cuando consuelo y alivio a mi esposo. No hay nada más recompensante ni que me dé más dicha. Los sonidos más dulces que escucho proceden de Jeff cuando me susurra: "Eres mi ancla, mis cimientos, mi fortaleza. Nunca podría haber hecho esto sin ti".

De igual modo me encanta el consejo de Pablo a todos los esposos: "Así también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama. Porque nadie aborreció jamás a su propia carne, sino que la sustenta y la cuida, como también Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo, de su carne y de sus huesos" (Efesios 5:28-30).

Segundo, los matrimonios se han constituido para procrear, para tener posteridad, para tener dicha y regocijarnos en ello. Entonces, una parte crucial de cualquier prioridad en el matrimonio son los niños, aun cuando reconozco que algunas parejas no han sido bendecidas con esa oportunidad. De hecho, la mayor parte de mi ansiedad en la vida gira entorno a mis hijos. Debido a que el mundo en el que vivo está tan lleno de complejidades y de desafíos, temo y tiemblo con frecuencia al pensar en los problemas que mis hijos tendrán que enfrentar. Ya estamos viendo las señales de los tiempos. Enoc tuvo visiones del futuro, vio nuestros problemas y tribulaciones, vio que "desfallecía el corazón de los hombres mientras esperaban con temor" (Moisés 7:58-69).

Jeff y yo estamos de acuerdo en que tras nuestro propio esfuerzo hacia la espiritualidad individual y matrimonial, nuestra mayor prioridad espiritual es la de una paternidad concienzuda y devota, para ver que nuestros hijos "no [tengan] temor de malas noticias; [que] su corazón está firme, confiado en Jehová" (Salmos 112:7). Hemos resuelto que nuestros hijos serán pacíficos, firmes y que confiarán en el Señor, por lo menos en gran parte, en la medida en que sus padres sean pacíficos, firmes y confíen en el Señor. Creo que la influencia más poderosa en la vida de un niño es el imitar, especialmente el imitar a un padre. Si estamos apresurados y preocupados, o de algún modo

desequilibrados, de seguro que nuestros hijos andarán apresurados, estarán preocupados y desequilibrados.

El vivir de manera tranquila y fortalecedora para nuestros hijos requiere tiempo, un tiempo apacible, amoroso y centrado. Esto implica aprender a decir no a algunas de las otras demandas que vienen conjuntamente, sin llegar a sentirnos culpables. Todavía no he aprendido a hacerlo todo, pero con la increíble práctica que he tenido en el transcurso de los años he llegado a ser una experta en decir no sin sentirme culpable. Casi cada día recibo una o dos invitaciones importantes para discursar, pero una persona no puede hacer tanto. Jeff y yo tomamos decisiones juntos e intentamos apartar de manera apropiada un tiempo proporcional para nosotros, para cada uno, para nuestros hijos, nuestras responsabilidades en la Iglesia y para la comunidad. Es bastante como para intentar ponerse a hacer malabarismos.

Así que he aprendido a decir no a ciertas cosas para poder decir sí a otras. El sí más importante que podamos decir a nuestros hijos es: "Sí, tengo tiempo para ti". Para mí eso implica tanto cantidad como calidad de tiempo.

Pasé dos años maravillosos sirviendo como consejera en la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes de la Iglesia. Tengo muchas razones para estar agradecida al Señor por haberme llamado fuera del hogar durante esos dos años de servicio, pues pude contribuir a la vida de niños que quizás no tengan las ventajas de las que disfrutamos en nuestro hogar, al mismo tiempo que mi esposo y mis hijos aprendieron acerca de la importancia del sacrificio, del servirse unos a otros, así como del gozo de saber que Cristo nos compensará y nos llevará cuando seamos llamados de acuerdo con Sus propósitos.

El tener la oportunidad de servir fuera de casa a jornada completa también me enseñó algo respecto a los desafíos que surgen cuando intentamos hacer malabarismos con la familia y las expectativas del lugar de trabajo. Soy consciente de las tareas que enfrentan las mujeres que tienen que trabajar mientras los hijos todavía están en el hogar. No estoy juzgando ni deseo ofender a nadie en este asunto tan difícil y delicado, pero sé que a través de mi experiencia el Señor me enseñó lecciones valiosas en cuanto a las necesidades de mis hijos.

La gente que trabaja y que tiene éxito se coloca a sí misma en una posición de incremento de sus obligaciones. A medida que mis meses de servicio avanzaban, comencé a ver cómo esas demandas crecían rápidamente y paralelas a mis responsabilidades como esposa y madre. Tal y como ha escrito Deborah Fallows: "Cuanto más 'exitosa' sea la posición en términos de prestigio, poder, dinero y responsabilidad, tanto más rutinaria y represora puede ser su tiranía" (A Mother's Work [Boston: Houghton Mifflin, 1985], págs. 18-19). Es más fácil pedir a nuestros hijos, desde el lugar de trabajo, que se sujeten a las exigencias de nuestro horario, que pedirle a nuestro jefe que lo haga él. Los niños no han aprendido todavía a hablar en favor de sus necesidades.

Una tarde, mi hija Mary llegó de la escuela un poco más temprano de lo habitual. Si yo hubiera estado en Salt Lake City no habría estado en casa para recibirla, pero aquel día el Señor me puso donde más iba a ser necesitada. Ella entró en la cocina llorando a causa de una conversación que había tenido con unas amigas y una maestra acerca de unos asuntos muy polémicos; todo lo cual originó la experiencia más cálida, íntima e iluminadora que jamás hayamos tenido en sus años de adolescencia, hasta el punto de hacerle decir de manera espontánea: "¿Sabes, mamá? Si no hubieses estado en casa no habríamos tenido nunca esta conversación, porque no habría tenido la necesidad de hablar después de comer algo y de ver un poco la televisión".

Dado que la conversación había tenido que ver con virtudes y valores que son increíblemente importantes, he dado las gracias al Señor con frecuencia por aquel momento tan singular. Nuestros mejores momentos de calidad con nuestros hijos suelen ocurrir no cuando estamos preparadas e intentamos tenerlos, sino que vienen por sorpresa, como episodios fugaces que no podríamos haber anticipado. Si somos afortunadas, estaremos allí preparadas para aprovechar esos momentos.

El tener que estar lejos de mis hijos por largas horas durante dos años, me ayudó a entender que cuando uno de ellos está abrumado, confuso o en dificultades, hay una forma inequívoca en la que responderé como madre, diferente a como lo haría una niñera, una amiga o hasta su abuela, sin

importar lo amorosas que sean o lo llenas de confianza que estén. Irónicamente, fue por medio del servicio en un programa de la Iglesia que aprendí a apreciar plenamente que nadie puede ser madre de mis hijos tan bien como yo, y que mi mayor responsabilidad y gozo es ser esposa y madre en mi propio hogar.

Deborah Fallows resume mis sentimientos de manera exacta: "Para estar a la altura de mi modelo de madre responsable, tengo que conocer [a mis hijos] tan bien como me sea posible, y verles en muchos ambientes y situaciones diferentes para saber mejor cómo ayudarles a crecer, mediante el consuelo, el dejarlos solos, el disciplinarlos, el disfrutar de su compañía, siendo seria pero no agobiante. Lo que necesito es pasar tiempo con ellos, en cantidad, y no [sólo] en 'calidad' " (Ibídem, pág. 16).

Un psicólogo destacado, Scott Peck, ha escrito: "Los padres que dedican tiempo a sus hijos aun sin que lo exijan ciertas fechorías notorias, se darán cuenta de que hay en ellos necesidades sutiles de disciplina, a las cuales responderán con una urgencia, una reprimenda, una frase o una alabanza amables, administradas todas ellas con cuidado y reflexión. Observarán cómo sus hijos comen pasteles, cómo estudian o cuándo dicen pequeñas mentiras para escapar de los problemas más bien que enfrentarse a ellos. Tomarán el tiempo para hacer pequeñas correcciones y ajustes, para escuchar a sus hijos, para responderles, para ajustar aquí y aflojar allá, para darles pequeños discursos, contarles relatos breves, darles abrazos y besarles, para darles pequeñas amonestaciones y unas palmaditas en la espalda" (The Road Less Traveled [Nueva York: Touchstone, 1978], pág 23).

Esencial para la salud mental de todo niño es el sentimiento de "Soy de valor". La manera en que decidimos pasar el tiempo revela a nuestros hijos lo valiosos que son para nosotros. De este modo los niños otorgan a sus padres el mayor de los desarrollos espirituales. Nuestros hijos son los conejillos de indias que nos permitirán ser padres eternos.

La prioridad final de nuestra espiritualidad tiene que ver con la edificación del reino de Dios. Siempre intento recordar que todas nuestras responsabilidades importantes están relacionadas entre sí, que la Iglesia es una estructura terrenal proporcionada para ayudarme en mi responsabilidad eterna para con mi Dios, mi familia y las demás personas sobre las que tengo una influencia positiva, tanto los aún en vida como los que han muerto. La Iglesia me ayuda tanto en esas responsabilidades, que estoy más dispuesta a aguardar mi turno para hacer mi parte a la hora de ayudar a los demás en su progreso.

Por supuesto que el Señor sabe que nuestro servicio en la Iglesia, además de ser una bendición y una ayuda para otras personas, incrementa nuestro propio desarrollo. Reconozco plenamente que a causa de mi servicio en la Iglesia he comenzado a desarrollar talentos que desconocía tener, como el de hablar, escribir, enseñar, dirigir música, aprender y, especialmente, amar; pero, por encima de todo, la Iglesia me da una estructura en la que desarrollar mi atributo divino de la caridad.

A veces el elegir entre la familia y la Iglesia es la más difícil de todas las decisiones a las que nos enfrentamos. Pero también aquí nuestros profetas nos han dado pautas para decidir lo que es esencial y lo que es secundario. Cuando todo hogar esté establecido según el modelo del templo, "una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe, una casa de instrucción, una casa de gloria, una casa de orden, una casa de Dios" (D&C 109:8), entonces vendrá el reino de Dios. Pero debido a que ninguna de nosotras ni de nuestros hogares ha llegado aún a la perfección, y a causa de que muchas mujeres están comenzando a dar sus primeros pasos con menos privilegios de los que han tenido algunas otras, nos extendemos por toda la estructura y los programas de la Iglesia para enseñar, bendecir, y sacrificarnos por otras personas que no son de nuestra propia familia hasta que seamos iguales en todas las cosas. Todas somos bendecidas enormemente por nuestro servicio en la Iglesia. Es la manera más beneficiosa que tenemos de guardar los dos mandamientos: amar a Dios y a nuestro prójimo como a nosotras mismas.

Permítanme finalizar tal y como empecé, para completar el círculo. He compartido de manera muy personal mi perspectiva sobre la organización y el orden que las enseñanzas del templo me han dado, pero no con la idea de que la vida de ustedes deba ser a semejanza de la de Pat Holland, pues cada una de nosotras sólo hallará paz al cumplir con la medida de su propia creación. Mi deseo es

meramente que haya sido capaz de hacer detonar el proceso de sus pensamientos a la hora de establecer prioridades para su propia vida. Espero que este mensaje haya creado en cada una de nosotras el deseo de destacar mentalmente nuestro propósito en la vida para que no seamos presa fácil de las pequeñas preocupaciones, temores, y debilidades, ni de los fracasos, los retrocesos y las tristezas temporales. Pueden ver que, al igual que ustedes, he tenido esos días maravillosos en los que una se despierta con un sentimiento cálido y agradable, con un sentimiento de propósito y de paz de que todo está bien. Pero las tensiones dinámicas están obrando dentro de cada una de nosotras. Las cargas del misterio, del descontento divino y del malestar interior nos mantienen alejadas de la complacencia, dando origen a una energía cristiana en busca de una nueva verdad.

En esos días en los que me siento descentrada, desenfocada o desequilibrada, cuando siento que no tengo tiempo suficiente, perspectiva interior ni fuerza para solucionar mis problemas; sé que el consuelo se encuentra muy cerca, en el templo. Antes de ir al templo me retiro a un cuarto privado de mi hogar, donde me haya ido acercando a mi Padre Celestial por medio de la oración frecuente; allí me arrodillo y expreso mis más profundos sentimientos de amor y de gratitud. También derramo sobre Él mis problemas, uno por uno, poniendo cada carga y toda decisión a los pies del Señor. Al estar así preparada me alejo de este mundo de modas, de frenesí y de imitaciones para ir a la Casa del Señor. Allí, vestida de blanco al igual que mi prójimo, y sin ventanas ni relojes que me distraigan, soy capaz de ver este mundo de manera objetiva. Allí recuerdo que la esencia de esta vida es un viaje del espíritu hacia una esfera más elevada y más santa, recuerdo que el éxito de mi viaje depende de mi cercanía a los pasos secuenciales que Dios ha puesto en mi mapa individual de carreteras.

Mientras sirvo a otra hermana en el templo, alguien que no ha tenido mis privilegios durante su vida, tengo tiempo para estar a solas, para orar en privado y meditar. Tengo tiempo para escuchar y contemplar los pasos que puedo dar, los pasos indicados para mí. A menudo el Señor me muestra cómo tomar decisiones de manera eficaz entre lo bueno y lo malo, y entre lo bueno y lo bueno. Me bendice para que pueda ver lo que es esencial y lo que es secundario. Me siento consolada a pesar de mis desánimos y soy capaz de ver esos momentos como meros mensajes que me guían de regreso a mi destino individual. Si el señor en Su amor y gracia hace esto por mí, ¡les testifico que también lo hará por ustedes!

Somos hijas de Padres Celestiales que nos han invitado a un viaje para llegar a ser como ellos. A una sombra de distancia nos han preparado un hogar al que podemos ir y recordar que hay gozo en este viaje, que nuestros caminos tienen un propósito y que la vida puede ser vivida tan amorosamente en la tierra como en el cielo. Que todos nuestros rostros —nuestros muchos rostros de Eva— reflejen el espíritu radiante del Señor y la gran gloria de Dios que es nuestra.

CON TU ROSTRO PUESTO EN EL HIJO

Todas somos hijas de Eva, tanto si estamos casadas como solteras, tanto si somos madres como si no tenemos hijos. Somos creadas a imagen de Dios para llegar a ser diosas. Podemos darnos algo de ese prototipo maternal las unas a las otras y a las que vengan detrás de nosotras. Cualesquiera que sean nuestras circunstancias, podemos extender nuestra mano, tocar, sostener, elevar y nutrir, pero no podemos hacerlo aisladamente. Necesitamos una comunidad de hermanas que consuelen el alma y venden las heridas de la fragmentación.

Tras mi relevo de la Presidencia General de las Mujeres Jóvenes en abril de 1986, tuve la oportunidad de disfrutar de una semana en Israel. Aquellos dos años habían sido muy difíciles y habían exigido mucho de mí. El ser una buena madre, junto con la gran cantidad de tiempo que se necesita para tener éxito en dicha tarea, había sido mi prioridad principal, por lo que intenté ser madre de jornada completa para un niño de primaria, una chica de secundaria y para un hijo que se estaba preparando para servir una misión. Intenté también ser una esposa de jornada completa para un atareado rector de universidad. También me había esforzado por ser una buena consejera de jornada completa en la Presidencia General, tanto como me lo permitían los ochenta kilómetros de distancia que me separaban del despacho. Pero en un momento tan importante de formación de principios y de comienzo de programas, me preocupaba el no estar haciendo lo suficiente, por lo que intenté correr un poco más rápido.

Hacia el final de mis dos años de servicio, mi salud se estaba resquebrajando. Perdía peso de forma regular y no podía dormir bien. Mi esposo y mis hijos intentaban ayudarme a la par que yo intentaba ayudarles a ellos, por lo que todos estábamos exhaustos. Aun así continuaba preguntándome qué más podía hacer para mejorarlo todo. Las Autoridades Generales, con su compasión habitual, me extendieron un cariñoso relevo al final de mis dos años. A pesar de lo agradecidos que yo y mi familia estábamos por el relevo, tuve un cierto sentimiento de pérdida de asociación y, debo confesar, de identidad para con aquellas mujeres a las que tanto había llegado a querer. ¿Quién era yo, y dónde me encontraba en medio de esta marabunta de exigencias? ¿Iba la vida a ser así de difícil? ¿Cuán exitosa había sido en mis varios y competitivos llamamientos? ¿O no los había magnificado? Los días posteriores a mi relevo fueron tan difíciles como las semanas previas. No había reserva alguna en la que apoyarme, tenía el tanque vacío y no estaba segura de que hubiera una estación de servicio a la vista.

Unas semanas más tarde, mi esposo recibió la asignación de viajar a Jerusalén y las Autoridades Generales que le acompañaban le pidieron que yo fuese con él. "Ve conmigo", me dijo. "Puedes recuperarte en la tierra del Salvador, una tierra de aguas vivas y de pan de vida". Con lo cansada que estaba hice las maletas creyendo, o al menos teniendo la esperanza, de que mi estancia allí me proveería un respiro de alivio.

Un día luminosamente claro y hermosamente brillante me hallaba sentada contemplando el mar de Galilea y releendo el décimo capítulo de Lucas. Pero, en vez de las palabras de la página me pareció ver en mi mente y oír en mi corazón lo siguiente: "[Pat, Pat, Pat,] afanada y turbada estás con muchas cosas". Y el poder de la revelación personal me envolvió mientras leía: "Pero sólo una cosa

[sólo una cosa] es necesaria" (Lucas 10:40-41).

El sol brilla tanto en Israel en el mes de mayo que a una le parece estar sentada en la cima del mundo. Acababa de visitar el lugar llamado Bet-horón, donde el sol "se detuvo" para Josué (véase Josué 10:11-12) y, de hecho, me pareció que me había pasado lo mismo a mí. Al sentarme y meditar en mis problemas, sentí los rayos del sol purificándome como un bálsamo templado que se derramaba en mi corazón, relajando, calmando y consolando mi alma atribulada.

Nuestro amoroso Padre Celestial parecía estar susurrándome: "No tienes que preocuparte por tantas cosas. La cosa necesaria, la *única* cosa realmente necesaria es mantener tus ojos puestos en el sol, mi Hijo". De repente tuve paz. Sabía que mi vida había estado siempre en Sus manos, desde el principio mismo. El mar que permanecía en paz ante mis ojos había sido un mar tempestuoso y peligroso en muchas, muchas ocasiones. Todo lo que necesitaba hacer era renovar mi fe, aterrarme fuertemente a Su mano y caminar *juntos* sobre las aguas.

Me gustaría proponer una pregunta para que cada una de nosotras meditara en ella. ¿Cómo es que, como mujeres, damos ese salto que nos lleva de estar preocupadas y consternadas, aun el preocuparnos por cosas realmente serias, a ser mujeres de gran fe? Un aspecto parece negar al otro. La fe y el temor no pueden coexistir. Consideremos algunas de las cosas que nos preocupan. He servido como presidenta de la Sociedad de Socorro en cuatro barrios diferentes. Dos de ellos eran de solteros y los otros dos eran barrios tradicionales con muchas madres jóvenes. Al sentarme en consejo con mis hermanas solteras, mi corazón se consternaba cuando me describían sus sentimientos de soledad y desengaño. Sentían que sus vidas no tenían significado ni propósito alguno en una iglesia que, de manera correcta, hace tanto hincapié en el matrimonio y la vida familiar. Lo más doloroso de todo era la sugerencia ocasional de que su estado de soltería era culpa de ellas mismas, o peor aún, la consecuencia de un deseo egoísta. Buscaban con desesperación la paz, el sentido, algo de valor real a lo que poder dedicar sus vidas.

No obstante, al mismo tiempo me parecía que las madres jóvenes tenían igualmente muchísimas dificultades. Me hablaban de los problemas para criar a sus hijos en un mundo tan difícil, puesto que nunca temen tiempo suficiente, ni los medios, ni la libertad de sentirse como alguien de valor, y siempre se sentían presionadas contra el filo cortante de la supervivencia. Había muy pocas evidencias tangibles de que lo que estuvieran haciendo estaba realmente teniendo éxito. No había nadie que les diese un aumento de sueldo y, aparte de sus esposos (quienes a veces lo recordaban y otras no), nadie les felicitaba por una labor bien hecha. Y ellas siempre estaban cansadas. La cosa que recuerdo con mayor realismo de aquellas jóvenes madres es que siempre estaban muy cansadas.

Ahí estaban aquellas mujeres que, sin culpa alguna, se encontraban con que eran los únicos proveedores de sus hogares financiera, espiritual, emocionalmente y de todo otro tipo. Yo ni siquiera era capaz de comprender los desafíos a los que se enfrentaban. Obviamente y en cierto modo, sus circunstancias eran las más exigentes de todas.

La perspectiva que he obtenido a lo largo de estos años de escuchar las preocupaciones de las mujeres, es que ninguna, tanto individual como colectivamente (casadas, solteras, divorciadas, viudas, amas de casa o trabajadoras), ha monopolizado el mercado de las preocupaciones. Hay montones de desafíos a nuestro alrededor.

Cada una de nosotras goza de bendiciones y privilegios al igual que de temores y pruebas. Parece osado decirlo, pero el sentido común indica que nunca antes en la historia del mundo las mujeres, incluyendo a las Santos de los Últimos Días, se han enfrentado a una mayor complejidad en sus preocupaciones.

Aprecio mucho el hecho de que el movimiento de la mujer haya dado un buen respaldo a un principio del Evangelio que hemos tenido desde nuestra madre Eva, o incluso desde antes: el albedrío, el derecho a escoger. Pero uno de los efectos colaterales más desafortunados al que hemos tenido que hacer frente en el asunto del albedrío, debido a la creciente diversidad de los estilos de vida de las mujeres de hoy, es que somos más imprecisas e inseguras con los demás. No nos estamos acercando, sino alejando de ese sentimiento de comunidad y hermandad que nos ha sostenido y dado fuerza por generaciones. Parece haber un aumento de nuestra competitividad y una disminución de nuestra

generosidad unas con otras.

Las que tienen tiempo y energía para envasar fruta y verduras desarrollan una gran habilidad que les servirá positivamente en tiempo de necesidad, y tal y como está nuestra economía, esto puede llegar a suceder en cualquier momento. Pero estas hermanas no deben sentirse inferiores ante aquellas que compran la fruta enlatada y que desprecian el arroz y las treinta y cinco formas que hay de disfrazar su sabor, o que han decidido de forma consciente emplear su tiempo y energía de otras maneras también provechosas.

¿Y dónde encajo yo en todo esto? Durante tres cuartos de mi vida he estado atemorizada hasta la médula porque odiaba coser. Ahora *puedo* coser si es absolutamente necesario. Coseré, pero lo odio. ¿Pueden imaginar mi carga de los últimos veinticinco o treinta años, fingiendo en las actividades de economía doméstica e intentando sonreír al ver a seis niñas entrando en la capilla vistiendo trajes bordados, con sus lazos y puntillas, todas de manera idéntica, con vestidos cosidos a mano, caminando delante de su madre quien también lleva el mismo porte inmaculado? No considero necesariamente mi actitud como virtuosa, cariñosa, de buen ánimo ni digna de alabanza, pero estoy siendo sincera en cuanto a mi antipatía hacia la costura.

He madurado un poquito desde esos días en, por lo menos, dos maneras. Ahora puedo admirar a una madre que es capaz de hacer todo eso por sus hijos, y he dejado de sentirme culpable porque el coser no me dé satisfacción. La cuestión es que simplemente no podemos considerarnos cristianas y a continuación ponernos a juzgar a las demás, o a nosotras mismas, de manera tan baja. No hay tarro de cerezas que justifique una confrontación que nos robe nuestra compasión y nuestra hermandad.

Resulta obvio que el Señor nos ha creado con personalidades diferentes, al igual que con diferentes niveles de energía, interés, salud, talentos y oportunidades. En la medida en que estemos comprometidas en ser rectas y en vivir una vida de fiel devoción, deberíamos disfrutar de esas diferencias divinas, sabiendo que son dones de Dios. No debemos sentirnos tan asustadas, amenazadas ni inseguras, no debemos tener la necesidad de encontrar réplicas exactas de nosotras mismas para sentirnos mujeres de valor. Hay muchas cosas por las cuales podemos dividirnos, pero sólo necesitamos *una* cosa para lograr nuestra unidad: la empatía y la compasión del Hijo viviente de Dios.

Me casé en 1963, año en el que Betty Frieden publicó el libro que conmovió a toda la sociedad: *The Feminine Mystique*; por lo que como adulta, no puedo sino contemplar con ojos de niña los recuerdos de las décadas de los años 40 y 50. Debe haber sido mucho más cómodo tener ya un estilo de vida preparado para ustedes, con vecinas a ambos lados cuyas vidas les han proporcionado ejemplos a seguir. Sin embargo, debe ser algo muy doloroso para aquellas que, sin culpa de su parte, estaban solteras en aquel entonces, tenían que trabajar o estaban luchando con una familia desmembrada. Pues en este complejo mundo de hoy, incluso aquel primer modelo ha quedado obsoleto, y nosotras parecemos estar menos seguras de quiénes somos y de a dónde vamos.

De seguro que no ha habido otra época en la historia en la que las mujeres hayan cuestionado su propio valor con tanta dureza y crítica como en la segunda mitad del siglo XX. Muchas mujeres están buscando, casi frenéticamente como no lo habían hecho antes, un sentido de propósito y de significado personal, y muchas mujeres Santos de los Últimos Días buscan, a su vez, reflexión y entendimiento eternos en cuanto a su femineidad.

Si yo fuera Satanás y quisiera destruir una sociedad, creo que lanzaría un ataque sin tregua contra las mujeres. Las mantendría confusas y distraídas para que nunca pudieran encontrar la fuerza tranquilizadora y la serenidad por la que su género siempre se ha caracterizado.

Él ya ha logrado esto de manera eficaz convenciéndolas de que debemos intentar ser super humanas, en vez de esforzarnos por alcanzar nuestro propósito individual y nuestro potencial único y divino entre tanta diversidad. Lo que intenta es hacernos creer que, si no lo tenemos todo, fama, fortuna, familia y diversión en todo momento, somos menos que de segunda mano, seres de segunda clase en la carrera de la vida. Tenemos dificultades, nuestras familias tienen dificultades, al igual que la sociedad en la que vivimos. Drogas, adolescentes embarazadas, divorcio, violencia familiar y suicidio, son algunos de los efectos secundarios de nuestra vida tan agitada.

Demasiadas de nosotras estamos luchando y sufriendo, estamos corriendo más aprisa de lo que

nuestras fuerzas nos lo permiten, esperando demasiado de nosotras mismas. A consecuencia de ello estamos padeciendo nuevas enfermedades relacionadas con la tensión, para las que todavía no hay diagnóstico. Por ejemplo, el síndrome Epstein-Bar es en el argot médico una especie de malaria de los años 80. Los que lo sufren "padecen fiebres frías, dolores en las coyunturas y, a veces, tienen irritación en la garganta; pero no tienen gripe. Están extremadamente cansados y debilitados; pero no tienen SIDA. Otras veces tienen lapsus de memoria y olvidan cosas; pero no padecen de Alzheimer. Muchos pacientes sufren trastornos suicidas, pero no se trata de una depresión clínica... Las víctimas femeninas aventajan a las masculinas en una proporción de 3 a 1, y la gran mayoría son personas de éxito con vidas llenas de tensión" (*Newsweek*, 27 de octubre de 1986).

Debemos tener el valor de ser imperfectas mientras luchamos en pos de la perfección. No *debemos* permitir que nuestro sentido de culpa o nuestros libros feministas, los programas de debate y la cultura de los medios de comunicación nos vendan una lista de cosas buenas, o quizás una lista de cosas *no* buenas. Creo que podemos llegar a desviarnos tanto en nuestra búsqueda compulsiva de la identidad y de la autoestima, que realmente creemos que se puede encontrar en el tener una figura perfecta, en los títulos académicos, en los niveles profesionales, o incluso en el éxito absoluto como madre. Pero en esta búsqueda externa podemos desviarnos de nuestro yo interno y eterno. A menudo nos preocupamos tanto por complacer a los demás, que perdemos aquello que es exclusivamente nuestro: esa aceptación plena y relajante de nosotras mismas como personas de valor e individualidad. Llegamos a estar tan inseguras y asustadas que no podemos ser generosas para con la diversidad, la individualidad y, sí, los problemas de nuestro prójimo. Demasiadas mujeres con estas ansiedades ven, sin poder hacer nada para evitarlo, cómo sus vidas se deshilaclan desde la esencia misma que las centra y las sostiene. Hay demasiadas mujeres que son como un barco sin vela ni timón, "llevados por doquier", como dijo el apóstol Pablo (véase Efesios 4:14), y cada vez más y más de nosotras nos mareamos de verdad.

¿Dónde está la certeza que nos permite navegar nuestro barco sin importar qué vientos sean los que soplen, con el grito triunfante del señor del mar: "Firme como mi nave"? ¿Dónde está la calma interior que tanto apreciamos y por la que nuestro género ha sido tradicionalmente conocido?

Creo que podemos encontrar el paso apacible y el alma tranquila por medio de hacer a un lado las preocupaciones físicas, los logros de la super mujer y los interminables concursos de popularidad, para volver a la entereza del alma, esa unidad en nosotras mismas que equilibra la exigente e inevitable diversidad de la vida.

Una mujer que no es de nuestra fe y cuyos escritos me encantan es Arme Morrow Lindbergh. Sus comentarios en cuanto a la desesperación femenina y al tormento general de nuestra época son los siguientes:

"Las feministas no vieron... con [suficiente] perspectiva, no establecieron reglas de conducta. Para ellas bastaba con exigir los privilegios... por lo que la mujer de hoy todavía prosigue su búsqueda. Somos conscientes de nuestras carencias y necesidades, pero todavía desconocemos lo que las satisfará. Con todo nuestro cúmulo de tiempo libre estamos más preparadas para secar nuestros manantiales de creatividad que para llenarlos. Intentamos regar un campo, [en vez de] un jardín... con nuestros cántaros. Nos abalanzamos de manera indiscriminada a formar parte de comités y de causas. Desconocemos cómo alimentar el espíritu, pero intentamos acallar sus demandas con distracciones. En vez de apaciguar el centro, el eje de la rueda, añadimos más actividades centrífugas a nuestra vida, las cuales tienden a hacernos perder el equilibrio. En la última generación hemos ganado mecánicamente, pero espiritualmente hemos... perdido". Sin importar el período de tiempo, continúa diciendo, para las mujeres "el problema [sigue] siendo cómo alimentar el alma" (Anne Morrow Lindbergh, *Gift from the Sea* [Nueva York: Pantheon Books, 1975], págs. 51-52).

He meditado largo y tendido acerca de alimentar nuestro yo interior, acerca de "la cosa necesaria" de entre una multitud de problemas. No es coincidencia que hablemos de alimentar el espíritu como si hablásemos de alimentar el cuerpo, pues ambos necesitan ser nutridos constantemente. El presidente Ezra Taft Benson dijo: "No hay duda en cuanto a que la salud del cuerpo afecta al estado del espíritu, o el Señor no nos hubiera dado nunca la Palabra de Sabiduría.

Dios no ha dado jamás un mandamiento *temporal*, y todo aquello que afecte a nuestra estatura afecta también a nuestra alma". Necesitamos mucho que el cuerpo, la mente y el espíritu se unan en un alma sana y estable.

Estoy segura de que Dios está bien equilibrado, por lo que quizás estamos más cerca de Él cuando también nosotras lo estamos. Nuestra unidad de alma dentro de la diversidad de las circunstancias, nuestro "apaciguamiento del centro", bien vale la pena el esfuerzo.

Con frecuencia no llegamos a considerar la gloriosa posibilidad que hay dentro de nuestra alma. Necesitamos recordar esa divina promesa que dice: "El reino de Dios está entre vosotros" (Lucas 17:21). Quizás olvidamos que el reino de Dios está entre nosotras porque le prestamos demasiada atención a lo externo, a nuestro cuerpo humano y al frágil y endeble mundo en el que se mueve.

Permítanme compartir con ustedes mi propia analogía de algo que leí hace años, lo cual me ayudó entonces y me ayuda ahora en el examen de mi fortaleza interior y de mi crecimiento espiritual.

La analogía es la de un alma, un alma humana con todo su esplendor, la cual es puesta en una caja pequeña y tallada de manera hermosa, pero fuertemente cerrada. Reinando en majestuosidad e iluminando nuestra alma, en el interior de esta caja se encuentra nuestro Señor y Redentor, Jesucristo, el Hijo viviente del Dios viviente. Ponemos y encerramos esta caja en el interior de otra caja más grande hasta que hay cinco cajas hermosamente talladas pero firmemente aseguradas aguardando por la mujer que sea lo suficientemente hábil y sabia como para abrirlas. Para que esta mujer tenga acceso libre al Señor, debe encontrar la llave que libere los contenidos de las cajas. El éxito le revelará la belleza y la divinidad de su propia alma, así como sus dones y su gracia como hija de Dios.

Para mí, la oración es la llave que abre la primera caja. Nos arrodillamos para pedir ayuda con las tareas y luego nos levantamos para descubrir que el primer cerrojo ya está abierto. Éste no debiera parecerse un milagro conveniente y efectista, pues si queremos buscar la luz verdadera y las certezas eternas, tenemos que orar como oraron los de la antigüedad. Ahora somos mujeres, no niñas, y se espera de nosotras que oremos con madurez. Las palabras más frecuentemente empleadas para expresar esta labor urgente y fiel son: *luchar, suplicar, llorar y anhelar*. En algún sentido, orar puede ser la tarea más difícil que tengamos que hacer, y deseo que así sea. Es nuestra protección contra el ser demasiado mundanas y llegar a estar tan absorbidas con las posesiones, el privilegio, los honores y la clase social, como para no tener ganas de llevar a cabo la comprobación de nuestra alma.

Aquellas que, como Enós, oran con fe y logran entrar en una nueva dimensión de su divinidad, son llevadas ante la caja número dos, donde no parece que nuestras oraciones sean suficientes por sí solas. Debemos volvernos a las Escrituras en busca de los registros divinos de antaño que hablan de nuestra alma. Debemos aprender. Ciertamente toda mujer en la Iglesia está bajo la obligación divina de aprender, crecer y desarrollarse. Somos un ejército diverso de talentos sin bruñir, somos el ejército de Dios, y ni debemos enterrar estos talentos ni debemos esconder nuestra luz. Si la gloria de Dios es la inteligencia, entonces aprender nos acerca a Él, especialmente el aprender de las Escrituras.

Él emplea muchas metáforas para identificar la influencia divina, como por ejemplo "agua de vida" y "el pan de vida". He descubierto que si mi progreso se detiene es a causa de la desnutrición ocasionada por no comer ni beber diariamente de las santas Escrituras. Han habido desafíos en mi vida que podrían haberme destruido por completo de no haber sido por las Escrituras de mi mesilla de noche y las del bolso, por lo que pude participar de ellas noche y día ante el más pequeño aviso. Conocer a Dios a través de las Escrituras ha sido para mí como un suero intravenoso, una inyección intravenosa celestial, la cual mi hijo describió como un cordón "angelical". Así que abrimos la caja número dos al aprender de las Escrituras. He descubierto que al estudiarlas puedo tener una y otra vez un encuentro vigorizador con Dios.

Sin embargo, durante el inicio de este proceso de emancipación del alma, Lucifer se inquieta más, especialmente al acercarnos a la caja número tres. Sabe que se aproxima un principio fundamentalmente importante. Sabe que estamos a punto de aprender que para encontrarnos debemos perdernos a nosotras mismas, por lo que empieza a bloquear nuestros esfuerzos de amar a Dios, a nuestro prójimo y a nosotras mismas. Especialmente durante la década pasada, Satanás ha animado a la gente a gastar mucha energía persiguiendo un amor romántico, un amor objeto o un exceso de amor

propio. Si le hacemos caso podemos llegar a olvidar que el verdadero amor propio y la autoestima son las recompensas prometidas al poner a los demás en primer lugar. "Todo el que procure salvar su vida la perderá; y todo el que la pierda, la salvará" (Lucas 17:33). La caja número tres sólo se abre con la llave de la caridad.

El crecimiento verdadero y las impresiones genuinas llegan ahora, con la caridad. Pero la tapa de la caja número cuatro parece imposible de penetrar. Desgraciadamente las mujeres descorazonadas y temerosas se rinden llegado este punto; el camino parece difícil y el cerrojo demasiado seguro. Éste es un tiempo para evaluarnos a nosotras mismas. El vernos como en realidad somos suele causar dolor, pero sólo por medio de la verdadera humildad podremos llegar a conocer a Dios. "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón", dijo Él (Mateo 11:29).

Debemos ser pacientes con nosotras mismas para vencer estas debilidades, debemos recordar regocijarnos por todo lo bueno que hay en nosotras. Este deseo nos fortalece interiormente y nos hace menos dependientes de alabanzas externas. Cuando el alma alcanza el nivel en el que presta menos atención a la alabanza, también suele importarle muy poco la desaprobación del público. La competencia, los celos y la envidia empiezan a carecer de sentido. Imaginen el poderoso espíritu que existiría en nuestra sociedad femenina si finalmente llegáramos al punto en el que, al igual que el Salvador, nuestro verdadero deseo fuera el de ser contadas entre las *menores* de nuestras hermanas. Las recompensas son de una fortaleza tan profunda y de un triunfo de la fe tan apacible, que somos transportadas a una esfera mucho más brillante. La cuarta caja, a diferencia de las demás, está abierta del mismo modo que lo está el corazón contrito. Volvemos a nacer, al igual que una flor que crece y florece fuera de la quebrada corteza de la tierra.

Para compartir con ustedes mis sentimientos sobre la quinta caja, debo comparar la belleza de nuestra alma con la santidad de nuestros templos. En ellos, lugares no de este mundo, donde las modas, la posición y el progreso pasan desapercibidos, tenemos la oportunidad de hallar una paz, una serenidad y una tranquilidad que anclen nuestra alma para siempre, para que podamos encontrar a Dios. Para las que, como el hermano de Jared, tengan el valor y la fe de traspasar el velo hacia ese centro sagrado de la existencia, hallarán que el brillo de la última caja es mayor que el del sol al mediodía. Allí encontramos plenitud y santidad. Eso es lo que dice a la entrada de la quinta caja: "Santidad al Señor". "¿No sabéis que sois templo de Dios?" (1 Corintios 3:16). Testifico que cada una de ustedes es santa, que la divinidad se encuentra en nosotras esperando a ser descubierta, desatada, magnificada y demostrada.

He oído decir a algunas personas que la razón por la que las mujeres de la Iglesia tienen dificultad para conocerse a sí mismas es porque no tienen un modelo femenino divino con el que identificarse. Pero sí lo tenemos. Creemos que tenemos una madre celestial. El presidente Spencer W. Kimball declaró en una conferencia general: "Cuando cantamos ese himno lleno de doctrina, 'Oh, mi Padre', percibimos el sentimiento de la modestia maternal más extrema, de la elegancia restringida y regia de nuestra madre celestial y, sabiendo cuán profundamente nuestras respectivas madres mortales han contribuido a darnos forma, ¿suponemos que la influencia de ella sobre nosotros, en forma individual, es menor?" (*Ensign*, mayo de 1978, pág. 4).

Nunca he cuestionado el porqué nuestra madre celestial siempre nos aparece velada, pues creo que el Señor tiene Sus razones para revelar tan poco sobre este tema como en realidad lo ha hecho. Es más, creo que sabemos mucho más sobre nuestra naturaleza eterna de lo que creemos; y es nuestra obligación sagrada el expresar nuestro conocimiento para enseñarlo a nuestras hermanas más jóvenes y a nuestras hijas, y al hacerlo estaremos fortaleciendo su fe y les ayudaremos a vadear las falsas confusiones de éstos, los últimos días. Permítanme destacar algunos ejemplos.

El Señor no nos ha puesto en este mundo triste y solitario sin un mapa con el que sobrevivir. En Doctrina y Convenios leemos las palabras del Señor: "Os daré una norma en todas las cosas, para que no seáis engañados" (D&C 52:14). Él incluye también a las mujeres en esta promesa. Nos ha dado normas en la Biblia, en el Libro de Mormón, en Doctrina y Convenios, en la Perla de Gran Precio y en la ceremonia del templo. Al estudiar estas normas debemos preguntarnos continuamente: "¿Por qué el Señor elige decir estas palabras en concreto y exponerlas de esta manera?". Sabemos que Él emplea

metáforas, símbolos, parábolas y alegorías para enseñarnos acerca de Sus caminos eternos. Todas hemos reconocido que la relación entre Abraham e Isaac tiene su paralelismo con la angustia de Dios respecto al sacrificio de Su propio Hijo, Jesucristo. Pero, como mujeres, ¿nos esforzamos por saber y preguntamos sobre el dolor de Sara en esta experiencia? Necesitamos escudriñar de este modo, así como buscar siempre un significado más profundo. Debemos buscar paralelismos y símbolos, temas y motivos, como los que encontraríamos en una composición de Bach o de Mozart, y debemos buscar los modelos que se repiten.

Un modelo obvio es que tanto la Biblia como el Libro de Mormón comienzan con el tema de una familia, y en ambos casos con el conflicto familiar. Siempre he creído que esto simbolizaba algo eterno con respecto a la familia, más que la simple historia de esos padres en concreto con sus hijos en particular. Ciertamente, todas nosotras, casadas o solteras, con hijos o sin ellos, vemos algo de Adán y Eva, y algo de Caín y Abel en cada día de nuestra vida. Con matrimonio o sin él, con hijos o sin ellos, todas tenemos algo de los sentimientos de Lehi, Saríah, Lamán, Nefi, Rut, Noemí, Ester, los hijos de Helamán y las hijas de Ismael.

Esos son nuestros tipos y sombras, prefiguraciones de nuestros propios gozos y pesares mortales, tal como José y María son, en un sentido, tipos y sombras de la devoción de unos padres que nutren al hijo de Dios. Para mí todos éstos son símbolos de verdades y de principios mayores, símbolos cuidadosamente escogidos para mostrarnos el camino, tanto si estamos casadas como solteras, si somos jóvenes o mayores, con familia o sin ella.

Obviamente, el templo es sumamente simbólico. ¿Puedo compartir una experiencia que tuve en el templo hace pocos meses relativa a la elección cuidadosa de palabras y de símbolos? He escogido mis propias palabras con sumo cuidado para no compartir nada inapropiado fuera del templo. Mis palabras han sido tomadas de las Escrituras.

Quizás fue una coincidencia (alguien dijo que "la coincidencia es un milagro pequeño en el cual Dios escoge permanecer anónimo"), pero en cualquier caso, mientras aguardaba en la capilla del templo, me senté al lado de un hombre mayor quien, de manera inesperada pero dulce, se volvió hacia mí y me dijo: "Si quiere tener una imagen más clara de la Creación lea Abraham 4". Al comenzar a buscar Abraham me encontré con Moisés 3:5: "Porque yo, Dios el Señor, creé espiritualmente todas las cosas de que he hablado, antes que existiesen físicamente sobre la faz de la tierra". Otro mensaje de prefiguración, un modelo espiritual que otorga significado a las creaciones mortales. Entonces leí Abraham 4 cuidadosamente y aproveché la oportunidad de hacer una sesión de ordenanzas preparatorias, de la cual salí con una mayor luz de revelación sobre algo que siempre había sabido que era así en mi corazón: que los hombres y las mujeres son coherederos de las bendiciones del sacerdocio, y aunque los hombres posean una mayor carga para administrarlo, las mujeres no carecen de responsabilidades relativas al mismo.

Luego, al asistir a una sesión de investiduras, me pregunté a mí misma: Si yo fuera el Señor y sólo pudiera dar a mis hijos en la tierra un ejemplo simbólico y sencillo, pero poderoso, ¿cuánto les daría y dónde comenzaría? Presté atención a cada palabra y busqué los modelos y los prototipos.

Cito de Abraham 4:27: "De modo que los Dioses descendieron para organizar al hombre a su propia imagen, para formarlo a imagen de los Dioses, *para formarlos* varón y hembra" (cursiva agregada). Formaron al varón y a la hembra, a la imagen de los Dioses, a *Su* propia imagen.

Y así, en un conmovedor intercambio con Dios, Adán declara que llamará Eva a la mujer. ¿Y por qué la llama Eva? "Por cuanto ella [es] la madre de todos los vivientes" (Génesis 3:20; Moisés 4:26).

Al reconocer amorosamente el dolor real que muchas mujeres, casadas o solteras, y que no han tenido hijos sienten en cualquier conversación sobre la maternidad, ¿podríamos considerar la siguiente posibilidad acerca de nuestra eterna identidad femenina, nuestra unidad en la diversidad? A Eva se le dio la identidad de ser "la madre de todos los vivientes" años, décadas o quizás siglos antes de que tuviera un hijo. Parece que el ser madre precedió a su maternidad, con la misma certeza de que el jardín de Edén precedió a los padecimientos de la mortalidad. Creo que *madre* es una de las palabras que han sido escogidas muy cuidadosamente, una de esas palabras ricas, con significado tras

significado. En modo alguno debemos permitir que el mundo nos divida. Creo con todo mi corazón que esta palabra es principalmente una declaración, un título, sobre nuestra naturaleza, y no el resultado de haber contado nuestro número de hijos.

Sólo tengo tres hijos y he llorado por no haber podido tener más, del mismo modo que sé que algunas mujeres sin hijos también han llorado. En otras ocasiones algunas nos hemos, sencillamente, enfadado con este asunto. Por el bien de nuestra maternidad eterna, les suplico que no sea así. Algunas mujeres dan a luz hijos y los crían, pero nunca son sus "madres". Otras, a quienes amo de todo corazón, son "madres" toda su vida, pero nunca han dado a luz. Todas nosotras somos hijas de Eva, tanto si estamos casadas como solteras, si somos fértiles o estériles; y podemos contribuir a ese modelo divino, el prototipo de maternidad, tanto para el beneficio de las unas para las otras, como para aquéllas que nos sucedan. Cualesquiera que sean sus circunstancias, podemos extender nuestra mano, tocar, sostener, elevar y nutrir, pero no podemos hacerlo por separado. Necesitamos una comunidad de hermanas que acallen el alma y venden las heridas de la fragmentación.

Sé que Dios nos ama individual y colectivamente como mujeres, y que tiene una misión personal para cada una de nosotras. Tal y como aprendí en mi colina de Galilea, testifico que si nuestros deseos son justos, Dios nos dirigirá para bien, y nuestros Padres Celestiales atenderán nuestras necesidades con cariño. Mi súplica es que estemos unidas en nuestra diversidad e individualidad a la hora de buscar nuestra misión específica, individual y preordenada; no preguntando: "¿Que puede hacer el Reino por mí?", sino: "¿Qué puedo hacer yo por el Reino? ¿Cómo cumplo con la medida de mi creación? En mis circunstancias, en mis desafíos con mi fe, ¿dónde está mi plena realización de la imagen divina a semejanza de la cual fui creada?".

Con fe en Dios, en Sus profetas, en Su Iglesia y en nosotras mismas, con fe en nuestra creación divina, podemos tener paz y dejar de lado nuestras preocupaciones y problemas sobre muchas cosas. Deseo que creamos, sin dudar en nada, en la luz que brilla, hasta en un lugar oscuro.

UNA CONVERSACIÓN

con Jeffrey R. Holland y Patricia T. Holland

ALGUNAS COSAS QUE HEMOS APRENDIDO JUNTOS

El matrimonio es la más elevada y la más santa de todas las relaciones humanas, o al menos debería serlo. Ofrece oportunidades interminables para la puesta en práctica de cada virtud cristiana, así como para la demostración del verdadero amor divino. El matrimonio puede ser también el escenario de la lucha y la dificultad, especialmente si marido y mujer no trabajan juntos. Esta charla, celebrada en 1983, está tal y como la hicimos: juntos.

JRH: Este año alcanzamos un hito en nuestra vida: Llevaremos tanto tiempo casados el uno con el otro, veintidós años, como el que estuvimos solteros. Seguro que esto puede justificar algún tipo de sabio consejo por nuestra parte. Aquel fatídico día de 1963 me dijeron que con el matrimonio había llegado el fin de mis problemas, pero no me di cuenta de a cuál fin se referían.

PTH: Lo que menos queremos hacer es sonar como unos santurriones, por lo que nuestra primera afirmación es que nuestro matrimonio no es perfecto, y para demostrarlo tenemos cicatrices confirmatorias. Para citar a mi padre: Las piedras de la cabeza de Jeff todavía no han cubierto los agujeros de la mía.

JRH: Así que, perdonénnos por utilizar el único matrimonio que conocemos, aunque sea imperfecto, pero llevábamos cierto tiempo queriendo reflexionar en la mitad de la vida que hemos pasado juntos desde que éramos estudiantes en la Universidad

Brigham Young, y ver qué significado puede tener dentro de otros veintidós años, en caso de que tenga alguno.

PTH: Déjenme decirles que éste no va a ser el típico discurso sobre el matrimonio. Por un lado, vamos a intentar aplicar a todos, solteros o casados, las pequeñas lecciones que hemos aprendido. Por otro lado, tememos que demasiados de ustedes, especialmente la mujeres, estén excesivamente inquietos sobre el tema del discurso. Por favor, no se inquieten.

JRH: Al mismo tiempo, conozco unos pocos hombres que debieran estar un tanto más inquietos de lo que están. Hombres, inquiétense; o para sonar un poco más como las Escrituras: "Embarquéense en la inquietud".

PTH: Realmente creemos que el romance y el matrimonio, si van a llegar, lo harán de forma mucho más natural si los jóvenes se interesan mucho menos en ambas cosas. Del mismo modo, sabemos también que esto es fácil de decir, pero difícil de hacer. Es difícil porque gran parte de nuestra vida como jóvenes en la Iglesia está medida por una secuencia de tiempo precisa. Somos bautizados a los ocho años. A los doce, los varones son ordenados diáconos y las jóvenes ingresan en la Mutual. A los dieciséis salimos en citas, a los dieciocho nos graduamos de secundaria y a los diecinueve o veintiuno vamos a la misión.

JRH: Pero luego, de repente, todo está cada vez menos estructurado y se vuelve más incierto. ¿Cuándo nos casamos? ¡Seguro que en algún lugar de un manual de la Iglesia debe haber una fecha específica! Bueno, no la hay. Las cuestiones del matrimonio son mucho más personales de lo que pudiera permitirnos la edición de un calendario celestial. Así que nuestro nivel de ansiedad da un brinco.

PTH: Con este reconocimiento, somos conscientes de que algunas personas no se casarán durante los años de universidad, ni quizás en los años posteriores. Al hablar de este tema, no es nuestra intención hacerlo más doloroso de lo que ya lo es para esas personas; antes bien, queremos hacer algunas observaciones sobre nuestro propio matrimonio que pudieran ser de valor para todos, jóvenes, mayores, casados o solteros. Pedimos que el Señor nos bendiga y nos ayude a compartir algo de nuestra breve, ordinaria y, a veces, tumultuosa vida juntos. Otros veintidós años de trabajo en unión nos permitirían dar un discurso mucho mejor.

JRH: Tras esta larga introducción, no sé si éste es nuestro primer consejo o el último, pero, en cualquier caso, no se precipiten de manera innecesaria e innatural. La naturaleza tiene su propio ritmo y armonía, y haríamos bien en intentar encajar lo mejor que podamos en esos ciclos, más que lanzarnos frenéticamente contra ellos.

PTH: Al reflexionar en ello, los veintidós años me parece una edad demasiado joven para casarse, aunque para nosotros era el momento apropiado. Cuando sea apropiado, debemos hacerlo; para unos será más temprano o más tarde que para otros, pero no deben marchar tras un tamborilero arbitrario que parece estar tocando una cadencia delirante al paso de los años.

JRH: Veintiuno,

PTH: (Parece que me voy acercando...).

JRH: Veintidós,

PTH: (¿Alguna vez le encontraré?).

JRH: Veintitrés,

PTH: (Vaya, soy yo, soy yo).

JRH: Veinticuatro,

PTH: (¡Muerte, hazme tuya! ¡O tumba, recíbeme!).

JRH: Bueno, eso es un poco melodramático, aunque no mucho.

PTH: Conocemos a algunas personas, no muchas pero sí unas pocas, a quienes les ha entrado el pánico cuando ella...

JRH: O él...

PTH: ...todavía no ha alcanzado el objetivo matrimonial que se fijó a los diez años de edad, o peor aún, el objetivo fijado por una tía bien intencionada cuya felicitación cada Navidad parece ser: "Bueno, ya has estado en la universidad durante todo un semestre. ¿Has encontrado al candidato perfecto?".

JRH: O ese tío ansioso que dice: "Ya hace seis semanas que regresaste de la misión. Me parece que las campanas de boda empezarán a sonar pronto, ¿verdad? Empezarán pronto, ¿verdad?".

PTH: Por supuesto que no somos los más apropiados para hablar de este aspecto en particular, ya que nos comprometimos treinta días después de que Jeff regresase de su misión.

JRH: Bueno, es que tenía un tío ansioso.

PTH: Pero tienes que recordar además que nos conocimos bien el uno al otro durante los dos años anteriores a comenzar a salir juntos. Entonces estuvimos saliendo en citas durante otros dos años antes de la misión de Jeff, y luego le escribí durante los dos años que estuvo fuera. Todo ello hace un total de seis años de amistad antes del compromiso. Además, las primeras veces que salí con Jeff no lo podía aguantar. (Digo esto para animar a las mujeres que estén saliendo con hombres a los que no pueden aguantar).

JRH: ¡Y yo dejo que lo haga para fortalecer a los hombres inaguantables!

PTH: Pues para demostrar que no estábamos cansados del juego de esperar, yo salí para Nueva York al día siguiente de comprometernos, dejando que Jeff se compenetrara con la universidad mientras yo estudiaba música y cumplía una misión de estaca a tres cuartos de continente de distancia. Con lo cual sumamos otros diez meses, por lo que es justo decir que no nos precipitamos.

JRH: Dejando a un lado los asuntos de los estudios, la misión, el matrimonio o cualquier otra cosa, la vida es para ser disfrutada en cada ámbito de nuestra experiencia y no debíamos apresurarnos, retorcernos, truncarnos ni hacernos encajar en un programa innatural establecido de antemano, pero que puede no ser el plan personal que el Señor tenga para nosotros. Al volver la vista

atrás nos damos cuenta de que probablemente nos hemos precipitado en demasiadas cosas, y hemos estado excesivamente ansiosos durante gran parte de nuestra vida; y hasta puede que también ustedes se sientan culpables de lo mismo. Puede que todos hayamos pensado que la vida de verdad aún está por venir, que está un poco más adelante en el camino.

PTH: No esperen para vivir. Obviamente, nuestra vida comenzó hace ya tiempo, veintidós años más para nosotros que para ustedes, y el reloj de arena sigue desgranando el tiempo de manera tan constante como que el sol sale cada día y que los ríos corren hacia el mar. No esperen a que la vida entre al galope y los barra del mapa, pues en realidad es un visitante mucho más tranquilo y peatonal. En una iglesia que entiende más sobre el tiempo y su relación con la eternidad que cualquier otra, nosotros, de entre todas las personas, debemos saborear cada momento, llenándolo hasta el borde de su capacidad con todas las cosas buenas de la vida, siendo la educación universitaria una de las más valiosas.

JRH: Permítanme añadir otra advertencia relacionada con esto. En mi vida profesional y eclesiástica con los jóvenes adultos, casi la misma segunda mitad de mi vida que corresponde con nuestro matrimonio, me he encontrado a menudo con hombres y mujeres jóvenes que buscan un compañero idealizado, alguien que es una amalgama perfecta de virtudes y atributos que han visto en sus padres, en sus seres queridos, en los líderes de la Iglesia, en las estrellas del cine y del deporte, en los líderes políticos o en otros hombres y mujeres maravillosos a los que puedan haber conocido.

PTH: Ciertamente, es muy importante que hayan considerado esas cualidades y atributos que ustedes admiran en otras personas y que deben estar adquiriendo. Pero recuerden que cuando algunos jóvenes han hablado con la hermana Camilla Kimball acerca de lo maravilloso que debe ser el estar casada con un profeta, ella les ha dicho: "Sí, es maravilloso estar casada con un profeta, pero no me casé con un profeta sino con un ex misionero". Consideren la siguiente declaración del presidente Kimball sobre el tomar decisiones con los pies sobre la tierra: .

JRH: "Dos personas con antecedentes diferentes aprenden pronto, tras la ceremonia del matrimonio, que deben hacer frente a la cruda realidad. Ya no hay más vida de fantasías ni de ensueños; debemos bajar de las nubes y poner los pies en tierra firme...

"Uno llega a darse cuenta muy pronto tras el matrimonio que el cónyuge tiene debilidades que no habíamos descubierto o que no se nos habían revelado previamente. Las virtudes que durante el cortejo eran magnificadas de manera constante ahora se van empujando, mientras que las debilidades que parecían tan pequeñas e insignificantes durante el noviazgo crecen ahora hasta proporciones considerables... Siendo esto real, todavía es posible lograr la felicidad duradera... Se encuentra al alcance de cada pareja, de cada matrimonio. Lo de las 'almas gemelas' es algo de ficción, un espejismo; y aun cuando todo buen varón joven y toda buena jovencita buscarán diligentemente y con fidelidad encontrar a un compañero con el que la vida pueda ser más compatible y hermosa, de todos modos casi todo buen varón y mujer joven pueden ser felices y tener un matrimonio exitoso si ambos están dispuestos a pagar el precio" (Marriage and Divorce [Salt Lake City: Deseret Book, 1976], págs. 13,18).

PTH: En cuanto a esto, déjenos compartir con ustedes un poco de nuestra "cruda realidad". De vez en cuando Jeff y yo tenemos conversaciones que nos hacen "bajar de las nubes", para emplear la frase del presidente Kimball. ¿Quieren saber lo que le he dicho que él hace y que me irrita mucho? Que siempre va con prisa a todas partes, dos, tres o cinco metros delante de mí. Ya he aprendido a llamarle en voz alta y a decirle que me guarde un sitio cuando llegue a su destino.

JRH: Bueno, ya que estamos revelando secretos, ¿quieren saber qué es lo que me molesta a mí? Que ella siempre llega tarde, por lo que siempre tenemos que correr a todas partes, yendo yo dos, tres o cinco metros delante de ella.

PTH: Hemos aprendido a reírnos un poco del asunto, así como a transigir. Yo presto más atención a la hora y él aminora la marcha uno o dos pasos, lo cual nos permite ir de la mano alguna que otra vez.

JRH: Pero todavía no lo hemos solucionado todo, como lo de la temperatura de las habitaciones. Yo solía bromear sobre los Santos de los Últimos Días estudiosos de las Escrituras que se preocupaban

por la temperatura corporal de los seres trasladados, pero ya no bromeo más al respecto, pues ahora estoy seriamente preocupado por la temperatura corporal de mi esposa. Ella se cubre con una manta eléctrica once meses al año. ¡Hasta sufre de hipotermia durante la celebración del 4 de julio! (Pleno verano en el hemisferio norte). Se descongela desde las 2:00 hasta las 3:30 de la tarde del 12 de agosto y luego es hora de volverse a abrigar.

PTH: Mira quién habla, el que cada noche abre la ventana de par en par, como si fuera el explorador aquel que iba en busca del Polo Norte. Pero si alguien sugiere ir a correr una mañana de invierno, él comienza a quejarse como si fuera un sabueso malherido. El señor Pura Salud necesita oxígeno hasta para atarse la correa de los zapatos.

JRH: En relación a aquello de tener antecedentes diferentes, podría resultar difícil pensar que dos jóvenes de St. George pudieran tenerlos, o que incluso pudieran tener cualquier tipo de antecedente. Pero en cuanto a los asuntos financieros, Pat procede de una familia en la que su padre era muy cuidadoso con el dinero, y por tanto siempre tenía una pequeña cantidad que compartir generosamente; mientras que el mío se crió sin dinero alguno, pero acabó gastándolo tan generosamente como si lo tuviera. Ambas familias eran muy felices, pero cuando los dos nos casamos fue un "Viva la vida..."

PTH: "...y el que reparte se lleva la mejor parte". Lo cual nos introduce en otra de esas "crudas realidades" del matrimonio. Cito al élder Marvin }. Ashton en un discurso que dio a los miembros de la Iglesia:

"¿Cuán importante es la administración del dinero en el matrimonio y en los asuntos familiares? Es tremendamente importante. La Asociación de Abogados de los Estados Unidos anunció recientemente que el 89 por cien de todos los divorcios se deben a disputas relacionadas con el dinero. [Otro estudio] estimaba que el 75 por ciento de todos los divorcios son consecuencia de discusiones sobre las finanzas. Algunos consejeros profesionales indican que cuatro de [cada] cinco familias tienen serias dificultades con asuntos de dinero... Una futura esposa haría bien en no preocuparse por la cantidad que su futuro esposo puede ganar en un mes, sino en cómo él administrará el dinero que llegue a sus manos... Un futuro esposo que está prometido a una mujer que lo tiene todo hará bien en echar otro vistazo y observar si ella tiene algún sentido de la administración del dinero" ("One for the Money", Ensign, Julio de 1975, pág. 72).

El control de sus circunstancias financieras es otra de esas "destrezas matrimoniales" (y lo ponemos entre comillas) que obviamente a todo el mundo le importa mucho antes de casarse. Una de las grandes leyes del cielo y de la tierra dice que los gastos necesitan ser menores que los ingresos. Ustedes pueden reducir la ansiedad, el dolor y un temprano desacuerdo marital —de hecho, ¡pueden reducir la ansiedad, el dolor y el desacuerdo marital de sus padres ahora mismo!— si aprenden a administrar un presupuesto.

JRH: Como parte de este aviso financiero general, recomendamos, en caso necesario, la "cirugía plástica" tanto para el esposo como para la esposa. Es una operación sin dolor que les puede proporcionar más autoestima que una simple operación de nariz o de reducción de cintura. Simplemente, corten sus tarjetas de crédito. A menos que estén preparados para utilizar estas tarjetas bajo las condiciones y restricciones más estrictas, no deben emplearlas para nada, por lo menos no al dieciocho, ni al veintiuno, ni al veinticuatro por ciento de interés. No existe conveniencia conocida para el hombre moderno que haya puesto en peligro la estabilidad financiera de una familia, especialmente la de familias jóvenes, como lo ha hecho la omnipresente tarjeta de crédito. "¿No salir de casa sin ella?", como dice irónicamente el anuncio de televisión. Ése es exactamente el motivo por el cual él se va de casa...

PTH: ...y por el cual ella lo deja a él! Permítanme parafrasear algo que el presidente J. Reuben Clark dijo una vez en una conferencia general:

"[La deuda] nunca duerme, no enferma ni muere; nunca va al hospital; trabaja domingos y festivos; nunca se va de vacaciones; ...nunca está cansada de trabajar...; no compra comida; no lleva ropa; no vive en una casa...; nunca tiene bodas, ni nacimientos ni defunciones; no tiene amor ni conmiseración; es tan dura y desalmada como un barranco de granito. Una vez en ella, [la deuda] es

nuestra compañera cada minuto del día y de la noche; no podemos apartarnos ni alejarnos de ella; no pueden mandarle que se marche; y siempre que se crucen en su camino o no puedan cumplir con sus demandas, ella los aplastará" (Conference Repon, abril de 1938, pág. 103).

JRH: La religión de ustedes debe protegerlos contra la inmoralidad, la violencia o cualquier otro número de tragedias familiares que están asolando a los matrimonios por toda la tierra; y si se lo permiten, su religión les protegerá de igual modo contra la desesperación financiera. Paguen sus diezmos y ofrendas en primer lugar. No existe una mayor protección financiera que se les pueda ofrecer. Luego, simplemente administren lo que les quede para el resto de ese mes. Hagan que lo que tengan les alcance y arrégleselas sin lo que no necesiten. Digan no. Pueden tener la cabeza bien alta aún cuando sus ropas no sean las más elegantes, ni su casa la más regia, por la sencilla razón de que no está doblada ni inclinada por la despiadada carga de la deuda.

PTH: Bueno, hemos dicho más sobre el dinero de lo que era nuestra intención, pues recordamos cómo nos fue cuando nosotros estábamos empezando.

JRH: Todavía me acuerdo de cómo nos fue el mes pasado.

Este último tema es el más difícil de todos y probablemente el más importante. Espero que podamos ser capaces de transmitir nuestros sentimientos al respecto. Se ha dicho mucho acerca de lo inapropiado de la intimidad antes del matrimonio. Éste es un mensaje que esperamos continúen oyendo a menudo y que honren con la integridad que se espera de un hombre o de una mujer Santo de los Últimos Días. Mas ahora deseamos decir algo referente a la intimidad después del matrimonio, una intimidad que va mucho más allá de la relación física de la cual disfruta una pareja casada. Este aspecto nos parece que es la esencia del verdadero significado del matrimonio.

PTH: El matrimonio es la más elevada, santa y sagrada de las relaciones humanas, y a causa de ello, es la más íntima. Cuando Dios creó a Adán y a Eva antes de que existiese la muerte para separarlos, les dijo: "Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne" (Génesis 2:24). Para reforzar la metáfora de esa unidad, las Escrituras indican que Dios había tomado de manera figurada una costilla del costado de Adán para crear a Eva, no la tomó de la frente para que ella lo guiase, ni de la espalda para que lo despreciase, sino del costado, debajo del brazo y cerca del corazón. Allí, hueso de sus huesos y carne de su carne, esposo y esposa debían estar unidos en todos los aspectos, uno al lado del otro. Debían entregarse completamente el uno al otro, allegarse el uno al otro y a nadie más (véase D&C 42:24).

JRH: El entregarnos completamente a otra persona es el paso de mayor confianza y más decisivo que podamos dar en la vida, pues se trata de un riesgo y de un acto de fe. Ninguno de nosotros que avanzamos hacia el altar parecemos tener la confianza de revelar a otra persona todo lo que somos, todas nuestras esperanzas, nuestros temores, nuestros sueños y nuestras debilidades. La seguridad, el sentido común y la experiencia de este mundo nos sugieren que aguardemos un poquito y que no llevemos el corazón en la mano, donde puede ser herido fácilmente por alguien que sepa demasiado de nosotros. Tal y como Zacarías dijo de Cristo, tememos ser "heridos en casa de [nuestros] amigos" (Zacarías 13:6).

Pero ningún matrimonio vale realmente la pena, al menos en el sentido en que Dios espera que nos casemos, si no invertimos plenamente todo lo que tenemos y todo lo que somos en esa otra persona que se ha unido a nosotros mediante el poder del santo sacerdocio. Sólo cuando estamos dispuestos a compartir la vida en su totalidad, Dios nos halla dignos de dar vida. La analogía de Pablo para este compromiso completo fue la de Cristo y la Iglesia. ¿Podría Cristo haberse retraído aún en los momentos más vulnerables de Getsemaní o del Calvario? A pesar del dolor que pudiera haber en ello, ¿podría haber fracasado al dar todo lo que era y todo lo que tenía para la salvación de Su Iglesia, Sus seguidores, aquéllos que tomarían sobre sí Su nombre hasta en el convenio del matrimonio?

PTH: De la misma manera, Su Iglesia no puede ser reacia, aprensiva o dubitativa en su compromiso con Aquél a quien pertenecemos. Así es también con el matrimonio. Cristo y la Iglesia, el novio y la novia, el hombre y la mujer deben insistir en la unión más completa. Todo matrimonio mortal debe recrear el matrimonio ideal que anhelaron Adán y Eva, Jehová y los hijos de Israel. Al no retraerse y al no allegarse a ninguna otra persona, cada espíritu humano y frágil queda desnudo, por así

decirlo, en manos de su cónyuge, como lo estuvieron nuestros primeros padres en aquel hermoso escenario del jardín. Por cierto que hay un riesgo. Seguro que se trata de un acto de fe. Pero el riesgo es algo esencial en el significado del matrimonio, y la fe tanto mueve montañas como calma el mar en tempestad.

JRH: Habremos empleado bien nuestro tiempo si podemos dejar en ustedes la impresión de la sagrada obligación que un esposo y una esposa tienen el uno para con el otro cuando la fragilidad, la vulnerabilidad y la delicadeza de la vida del uno quedan a cargo del otro. Pat y yo hemos vivido juntos durante veintidós años, apenas el tiempo que cada uno de nosotros había vivido de solteros antes del día de nuestra boda. Puede que no lo sepa todo acerca de ella, pero sé de ella todo los últimos veintidós años, y ella sabe lo mismo de mí. Conozco sus predilecciones y aversiones, y ella conoce las mías. Conozco sus gustos, intereses, esperanzas y sueños, y ella conoce los míos. A medida que nuestro amor va creciendo y que nuestra relación madura, hemos ido abriéndonos el uno al otro respecto a todo ello durante veintidós años, y el resultado es que sé con mayor claridad cómo ayudarla, y sé exactamente cómo herirla. Quizás desconozca todos los botones que hay que pulsar, pero conozco la mayoría de ellos, y ciertamente Dios me hará responsable por cualquier dolor que le cause al pulsar de manera intencionada los botones que le harán daño cuando ella ha estado confiando tanto en mí. Jugar con tal responsabilidad sagrada —su cuerpo, su espíritu y su futuro eterno— y explotarlo para mi beneficio, aún cuando sólo sea un beneficio emocional, me descalifica para ser su esposo y consigna mi triste alma al infierno. El ser así de egoísta significaría que soy un compañero de habitación legal que disfruta de su compañía, pero no su esposo en ningún sentido cristiano de esta palabra. No he sido como Cristo es para la Iglesia, no sería hueso de mis huesos, ni carne de mi carne.

PTH: Dios espera un matrimonio, y no un acuerdo ni un arreglo sancionado en el templo para vivir como una asalariada o como una ama de llaves. Estoy segura de que todos los que me oyen entienden la severidad del juicio que descende sobre este tipo de compromisos casuales antes del matrimonio. Creo que todavía recaerá sobre mí un juicio más severo después del matrimonio si todo lo que hago es compartir la cama de Jeff, su trabajo, su dinero y hasta sus hijos. No existe el matrimonio a menos que, literalmente, nos compartamos el uno al otro, los buenos y los malos momentos, en enfermedad y en buena salud, en vida y en muerte. No es un matrimonio a menos que esté a su lado cuando me necesite.

JRH: No se puede ser una buena esposa, ni un buen esposo, ni un buen compañero de cuarto ni un buen cristiano sólo cuando nos "sentimos bien". Una vez un estudiante entró en el despacho del decano Lebaron Russell Briggs, en Harvard, y le dijo que no había cumplido con su asignación porque no se había sentido bien. Con los ojos clavados en el estudiante, el decano Briggs le dijo: "Sr. Smith, creo que con el tiempo quizás descubra que la mayoría del trabajo del mundo es hecho por personas que no se sienten muy bien" (citado por Vaughn). Featherstone, "Self—Deal", New Era, noviembre de 1977, pág. 9).

Habrán días que serán más difíciles que otros, pero si dejan abierta la escotilla del avión porque deciden antes de despegar que quizás se bajarán a mitad del vuelo, les prometo que va a ser un viaje en el que van a tener mucho frío menos de quince minutos después del despegue. Cierren la puerta, abróchense los cinturones y aceleren al máximo. Ésa es la única manera de hacer que funcione el matrimonio.

PTH: ¿Es de llamar la atención que nos vistamos de blanco y vayamos a la casa del Señor y nos arrodillemos ante los administradores de Dios para comprometernos mutuamente con una confesión de la Expiación de Cristo? ¿De qué otro modo podemos traer la fortaleza de Cristo a esta unión? ¿De qué otro modo podemos traer Su paciencia, Su paz y Su preparación? Y por encima de todo, ¿de qué otro modo podemos traer Su permanencia y Su resistencia? Debemos estar tan fuertemente unidos que nada nos separe del amor de nuestro esposo o nuestra esposa.

JRH: Respecto a esto tenemos la más reconfortante de todas las promesas finales: El poder que nos une en rectitud es mayor que cualquier fuerza —cualquier fuerza— que intente separarnos. Ése es el poder de la teología de los convenios, el poder de las ordenanzas del sacerdocio y el poder del Evangelio de Jesucristo.

PTH: Permítanme compartir una experiencia que, aunque tomada de nuestro matrimonio, se aplica a ustedes en este momento, jóvenes o mayores, casados o solteros, conversos recientes o miembros de hace mucho tiempo.

Hace veintidós años, Jeff y yo, con el certificado de matrimonio en mano, nos dirigimos a la Universidad Brigham Young. Metimos todas nuestras pertenencias en un Chevrolet de segunda mano y emprendimos rumbo a Provo. No estábamos incómodos ni teníamos miedo, estábamos aterrorizados. Éramos dos pueblerinos de St. George, Utah, y allí estábamos, en Provo, en la Universidad Brigham Young, nuestro mundo.

Las personas de la oficina de alojamientos nos ayudaron mucho al darnos listas de apartamentos. El personal de matriculación nos ayudó a transferir algunos créditos de estudios ya cursados. Los del centro de empleo nos dieron sugerencias sobre dónde encontrar trabajo. Nos hicimos con algunos muebles y con algunos amigos. Más tarde nos dimos a la buena vida y salimos de nuestro apartamento de cuarenta y cinco dólares mensuales, dos habitaciones y una ducha, para ir a cenar a la cafetería del Centro Wilkinson. Estábamos impresionados y eufóricos, pero seguíamos estando aterrorizados.

JRH: Recuerdo una de esas hermosas tardes de verano en la que salimos de nuestro apartamento y fuimos hasta lo alto de la colina donde se levanta majestuoso el Edificio Maeser. Pat y yo íbamos de la mano, muy enamorados, las clases aún no habían comenzado y parecía haber mucho en juego. Éramos dos estudiantes no licenciados, sin nombre, sin rostro e insignificantes, que buscaban su lugar bajo el sol. Estábamos recién casados y cada uno confiaba su futuro tan plenamente en el otro que apenas éramos conscientes de ello en aquel momento. Recuerdo estar parado a medio camino entre el Edificio Maeser y la residencia del Rector, y de repente verme sobrecogido por el desafío que sentía: Una nueva familia, una nueva vida, una nueva educación, la falta de dinero y de confianza. Recuerdo haberme vuelto a Pat, abrazarla en la belleza de aquella tarde de agosto, reprimiendo las lágrimas, y decirle: "¿Crees que podremos lograrlo? ¿Crees que podemos competir con todas las personas de todos estos edificios, que saben mucho más que nosotros y que son más capaces? ¿Crees que hemos cometido un error?". Entonces le dije: "¿Crees que debemos dar marcha atrás y volver a casa?".

A modo de breve tributo a Pat en lo que ha sido un mensaje muy personal, creo que aquella fue la primera vez que vi lo que volvería a ver en ella una y otra vez: el amor, la confianza, la resistencia, la certeza, el cuidadoso trato de mis temores y el sensible nutrir de mi fe, especialmente la fe en mí mismo. Ella, quien también debe haber estado atemorizada, especialmente en ese momento, se unió a mí de por vida, hizo a un lado sus propias dudas, cerró de un portazo la escotilla del avión y me ató al cinturón de seguridad. "Claro que podemos lograrlo", dijo. "Por supuesto que no nos vamos a casa". Entonces, de pie en aquel lugar, casi de manera literal bajo las sombras del atardecer de una casa a la que mucho después llamaríamos nuestro hogar, ella me recordó de manera amable que seguramente habría otras personas sintiéndose igual, que lo que temamos en el corazón era suficiente para seguir adelante y que nuestro Padre Celestial nos iba a ayudar.

PTH: Si ustedes van al patio al sur de la residencia del Rector, podrán ver el lugar donde estuvieron dos estudiantes de la Universidad Brigham Young recién casados, vulnerables y asustados, hace veintidós años, reprimiendo las lágrimas y enfrentándose al futuro con toda la fe de la que podían hacer gala. Hay noches en las que contemplamos ese lugar, especialmente las noches en las que las cosas han sido un poco difíciles, y recordamos aquellos días tan especiales.

Por favor, no sientan que ustedes son los únicos que alguna vez han sido vulnerables, o que han estado temerosos o solos, antes o después del matrimonio. Todo el mundo ha pasado por ello y puede que de vez en cuando todos volvamos a vivirlo. Ayúdense los unos a los otros, no hace falta estar casados para ello. Sean amigos, sean Santos de los Últimos Días. Y si están casados, no hay bendiciones mayores que puedan venir a su matrimonio que algunos problemas y dificultades a los que se enfrentarán si aceleran el motor y permanecen firmes en medio de todos los truenos, los relámpagos y las turbulencias.

JRH: Parafraseando a James Thurber en una de las mejores y más sencillas definiciones jamás dadas sobre el amor: "El amor es aquello por lo que pasamos juntos". Ello vale tanto para el

matrimonio, como para padres e hijos, hermanos y hermanas, compañeros de cuarto y amigos, compañeros de misión y cualquier otra relación humana digna de ser disfrutada.

El amor, al igual que las personas, es puesto a prueba por la llama de la adversidad. Si somos fieles y enérgicos, la prueba nos templará y nos retinará, pero no nos consumirá. Disfruten de aquello que tengan, sean discípulos de Cristo, vivan dignos del matrimonio aunque no tengan planes próximos, y aprécienlo de todo corazón cuando se cumpla.

CERTEZAS Y AFIRMACIONES

por Jeffrey R. Holland

ELEVA TUS OJOS

Mientras Jesús caminaba y hablaba con la gente corriente de Galilea y de Judea, no había nada de corriente en el impacto que tenía sobre ellos. Aunque les enseñó de manera ordinaria, elevó sus vidas de forma tan notable, que a Su toque maestro se le puede muy apropiadamente llamar poco común. Mientras estuvo en la tierra hizo hincapié en cosas muy celestiales.

Jesús nos dio una lista viva de virtudes a través del ejemplo de Su experiencia diaria. Una de esas virtudes que es especialmente necesaria en nuestro contacto rutinario con los demás (con la familia, los amigos, los miembros y los no miembros), es la rara habilidad de aceptar a las personas por lo que son, al mismo tiempo que se las eleva a lo que pueden llegar a ser. Tanto al tratar con Sus devotos discípulos, o con los publicanos y las prostitutas que estaban menos familiarizados con este tipo de amor, Jesús los veía a todos como hijos de Dios. Sabía que algunos de ellos estaban en mejor situación que otros, pero todos tenían necesidad de la perspectiva más elevada y celestial que Él vino a traer.

En Sus relaciones con hombres y mujeres de todo estrato y situación, Jesús puso en práctica lo que se puede denominar el toque común. Sus parábolas iban dirigidas a gente corriente como pescadores, granjeros, esposos, esposas, siervos y pastores. Él era particularmente consciente de los necesitados, del extranjero hambriento y del deudor encarcelado, aquéllos a quienes los demás pudieran considerar inferiores (véase Mateo 25:35-40).

Aún así, mientras caminaba y hablaba con la gente corriente de Galilea y de Judea, no había nada de corriente en el impacto que tenía sobre ellos. Aunque les enseñaba con este toque común, Él elevaba sus vidas de manera tan notable que a Su modo de enseñanza se le puede denominar, de manera apropiada, poco común. Hay muchos ejemplos de Su compasión unida a un firme consejo, de Su paciencia acompañada de una persuasión urgente. Consideremos los siguientes momentos fugaces del Evangelio según Juan.

Nicodemo no era una persona corriente en la sociedad judía de la época, pero era alguien que también necesitaba que su visión fuese ampliada y su vida elevada. Su necesidad del toque del Maestro reveló lo universal de la misma. A los ojos de Dios, todos necesitaban que el "nuevo testamento" fuese escrito en sus corazones, independientemente de la situación social o del papel eclesiástico de cada uno de ellos bajo la ley de Moisés (véase Jeremías 31:33).

Juan describe a Nicodemo como "un hombre de los fariseos... un principal entre los judíos", un miembro del poderoso sanedrín judío. Pero en su acercamiento hacia la luz, en cierta forma Nicodemo era semejante a los demás que vivían en la oscuridad de la apostasía y bajo el perjuicio de una vida sin revelación. Era obvio que le atraía lo que oyó, vio y sintió que emanaba de Jesús. Por otro lado, carecía de la confianza suficiente para acudir de día, públicamente, y reconocer la misión mesiánica de Jesús. En sus primeras palabras parece estar tanteando, explorando. "Sabemos qué has venido de Dios", dijo; pero en el registro que tenemos, Nicodemo no llega a admitir el papel mesiánico del Salvador y siente reparo en preguntar lo que tiene que hacer para ser salvo.

Afortunadamente, al igual que ocurre con otras personas que se aproximan con otro tipo de limitaciones, Jesús se acercó a Nicodemo y le invitó a elevarse: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo [o 'de lo alto'] no puede ver el reino de Dios".

La respuesta de Nicodemo fue confusa. Condicionado por el literalismo farisaico, no tuvo la voluntad o fue incapaz de entender las palabras del Salvador y decidió referirse al significado más inmediato del nacimiento.

"¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?", preguntó.

Jesús aclaró pacientemente: "De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios".

Nicodemo debía parecer perplejo o incrédulo, porque Jesús continuó, llevando hasta el nivel del rabino una enseñanza que aparentemente resultaba demasiado elevada para ser entendida de otro modo. Siendo el gran maestro que era, Jesús se basó en el doble significado de una palabra hebrea y la utilizó para conducir a Nicodemo de lo temporal a lo espiritual. En hebreo, la palabra espíritu se representa cómo rhua, la cual significa también racha o soplo, como en la expresión "un soplo de viento". De este modo, en su esfuerzo por enseñar acerca del Espíritu, Jesús empleó esta misma palabra.

"No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu".

Pero Nicodemo parecía más confuso que antes. "¿Cómo puede hacerse esto?", preguntó.

Jesús le respondió: "¿Eres tú maestro de Israel, y no sabes esto?... si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?" (Juan 3:1-12).

Por cierto, ¿cómo puede nadie entender las verdades espirituales y eternas si está confuso en cuanto a los hechos físicos y temporales? Si no entiende la fuente de los susurros del espíritu, quizás entienda la fuente de los susurros del viento, a modo de aplicación terrenal de una enseñanza celestial. Debemos llegar a entender las cosas celestiales desde el punto mismo en que nos encontramos.

Esta misma enseñanza se repite dos veces en el siguiente capítulo del libro de Juan. La geografía, las circunstancias y los participantes son diferentes, pero es obvio que existe una necesidad común a lo largo y ancho de la vida judía. Resulta evidente que todas las personas necesitan el toque poco corriente del Salvador para que las escamas de tinieblas les sean retiradas de sus ojos.

Mientras caminaba por Samaría, entre un pueblo fuertemente despreciado por los judíos de aquella época, Jesús y Sus discípulos pasaron por una ciudad llamada Sicar, "junto a la heredad que Jacob dio a su hijo José". Esta zona, que tenía entre sus límites el pozo de Jacob, era especialmente representativa de la enemistad existente entre judíos y samaritanos. Éstos defendían con fuerza sus lazos ancestrales con Jacob, mientras que los judíos negaban tal afirmación con igual vehemencia. ¿Escogió Jesús ese lugar para elevar la visión de ambos grupos, que por tan largo tiempo había estado limitada por oscuras tradiciones?

Mientras Sus discípulos iban a la ciudad a comprar comida (era el mediodía), Jesús se sentó junto al pozo y vio a una mujer samaritana que se acercaba con un cántaro en la mano. La mujer debió haberse sorprendido mucho al oír cómo este viajero judío le hablaba mientras preparaba el cántaro para bajarlo por agua. No sólo se trataba de un hombre hablando con una mujer a la cual no conocía, sino que lo más chocante era que se trataba de un judío dirigiéndose a una samaritana. No obstante Él le dijo: "Dame de deber".

Ella cuestionó la petición lo mejor que pudo, y Jesús tuvo exactamente la situación que había deseado para enseñar. "Si conocieras el don de Dios", le dijo, "y quién es el que te dice: Dame de deber; tú le darías, y él te daría agua viva".

El Salvador dio de manera inmediata una pista sobre Su verdadera identidad, la revelación de que podía llegar a ser "agua viva" para esta mujer si ella pudiera captar las cosas celestiales. Pero ella no mostró tal inclinación, y preguntó en voz alta cómo podría ese hombre darle agua alguna, viva o de cualquier otro tipo, cuando no tenía nada con que quitarla de un pozo tan profundo. Al igual que Nicodemo, ella tenía dificultad aun para entender las cosas terrenales.

Jesús prosiguió y, al referirse al temporal sustento, le dijo: "Cualquiera que bebiere de esta agua, volverá a tener sed". Y luego añadió: "Mas el que bebiere del agua que yo le daré, no tendrá sed jamás; sino que el agua que yo le daré será en él una fuente de agua que salte para vida eterna".

Esta profunda declaración, dicha de manera tan emotiva, captó claramente la atención de la mujer samaritana; mas ella todavía parecía no poder ver más allá de las cosas comunes. No podía ver

el propósito más elevado del Señor, mas tenía un interés genuino en una fuente de agua perpetua que la librara de realizar sus penosos viajes diarios hasta el pozo. "Señor", le dijo con respeto, "dame esa agua, para que no tenga yo sed, ni venga aquí a sacarla".

Jesús intentó una vez más hacerle a entender. Trató de ayudarle hablándole de las cosas terrenales más personales de la mujer y le pidió que llamase a su marido. Ella contestó que no tenía uno, a lo que Jesús le dijo que, en efecto, no tenía marido e incluyó en esa negativa no sólo al hombre con el que estaba viviendo en ese momento, sino quizás también a los cinco que le habían precedido.

Ante esta revelación sorprendente, la mujer declaró: "Señor, me parece que tú eres profeta".

Ciertamente cabe dar por sentado que Cristo habría preferido hablar a la mujer acerca del agua viva, más bien que de los falsos maridos. Pero con ella, al igual que con Nicodemo, descendió hasta el nivel del alumno para poderla llevar a donde necesitaba ir. De hecho, tomó a la más corriente de las mujeres con uno de los pecados más comunes, y al mismo tiempo más serios, y la elevó hacia una oportunidad excepcional. En respuesta a su confesión, "sé que ha de venir el Mesías, llamado el Cristo", Él respondió poderosa e inequívocamente: "Yo soy, el que habla contigo" (Juan 4:25-26).

Jesús se aferró a las cosas terrenales que la mujer podía entender, con el propósito de elevarla hacia aquéllas más celestiales que era incapaz de comprender.

Pero, ¿qué hay de los demás que estaban más cerca de Cristo y eran más fuertes de espíritu? Podemos suponer que un miembro del sanedrín con fuertes raíces en la tradición y una mujer infiel de Samaria podrían tener considerable dificultad para apartarse de aquello que les había oprimido. Pero, ¿qué hay de los discípulos de Jesús? En respuesta a esta pregunta, al menos en parte, prosigue de inmediato el relato de Juan.

En el momento en que Jesús estaba terminando de conversar con la mujer samaritana, Sus discípulos regresaron de la ciudad con comida para el almuerzo, diciendo: "Rabí, come. Él les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis".

Obviamente, Jesús se estaba refiriendo al "sustento" de la experiencia que acababa de tener con la mujer samaritana. En unos instantes la había elevado de una probable hostilidad y estupor espirituales, a un estado en el que, por lo menos, comenzó a captar asuntos espirituales y a escuchar en una ocasión maravillosamente extraña cómo el Hijo de Dios declaraba ser el por tanto tiempo esperado Mesías. Esto era "comida" para alguien que se alimentaba de las cosas del Espíritu, mucho más que un mero pedazo de pan o un trozo de cordero tan diligentemente obtenidos en la ciudad por Sus hermanos.

Pero al igual que Nicodemo y la mujer samaritana antes que ellos, los discípulos todavía no habían tenido experiencia suficiente para entender.

"¿Le habrá traído alguien de comer?", preguntaron perplejos. Si ha comido algo que desconocemos, ¿quién se lo trajo y por qué nos envió a la ciudad?, se preguntaban. ¿Por qué nos ha mandado hacer tal esfuerzo para luego comer con otro antes de que volviésemos?

Nosotros sonreímos ligeramente ante este momento de confusión porque sabemos lo que ocurrió en ausencia de los discípulos. Quizás, si ellos hubieran sabido porqué Jesús estaba hablando con la mujer y lo que le dijo, hubieran entendido fácilmente Su alusión a tomar una comida de otro tipo bastante más diferente. La "comida" de Cristo, al igual que Su "agua viva", nos habrían dejado satisfechos por toda la eternidad. Con Su manera amable, paciente y poco corriente, Cristo elevó a Sus amados seguidores por encima de la mediocridad.

"Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra. ¿No decís vosotros: Aún faltan cuatro meses para que llegue la siega? He aquí os digo: Alzad vuestros ojos y mirad los campos, porque ya están blancos para la siega" (Juan 4:27-35).

Jesús había visto una oportunidad de significado eterno y se aferró a ella. Para Él, el campo siempre está blanco para la siega. Pasó por alto las tradiciones, las riñas y las pequeñeces de los hombres. De hecho había incluso pasado por alto los muy serios pecados de la mujer. Vio la oportunidad de elevar una vida, de enseñar a un alma humana, de edificar a una hija de Dios y de ayudarle a avanzar hacia la salvación. Ésta era Su "comida" y Su "obra". Ciertamente, era la voluntad de Su Padre la que había venido a cumplir. Aun estos discípulos que tanto se habían acercado al

Maestro tenían todavía que retirar por completo de sus ojos las escamas de la tradicional oscuridad. También ellos necesitaban la poco corriente indicación, tan frecuentemente extendida, de alzar sus ojos hacia propósitos más elevados, hacia significados más altos y hacia un sustento más espiritual.

Tras destacar estos breves incidentes, se hace más aparente que el Salvador enseñó esta lección una y otra vez. Jesús habló sobre los Templos y la gente pensó que se refería a los templos (Juan 2:18-21). Habló del Pan y la gente pensó que se refería al pan (Juan 6:30-58), y así sucesivamente. Éstas no fueron meras parábolas en el sentido alegórico de ser aplicaciones múltiples de un mismo dicho, sino que en cada caso fueron una invitación a "elevar vuestros los ojos" para ver "cosas celestiales", específicamente para verle y entender. Fueron, además, manifestaciones repetidas de Su disposición para reunirse con personas en sus propias condiciones, sin importar lo limitado de su entendimiento, y conducirlos a un terreno más elevado. En última instancia, y si ellos querían, Él los conduciría más allá del tiempo y del espacio, hacía la eternidad.

A modo de recordatorio de esta misma obligación que todos tenemos, consideren esta última aplicación. Tras la crucifixión y resurrección de Jesús, la crisis y la confusión de los discípulos se puede representar bien con la expresión de Pedro: "Voy a pescar". Creyendo que quizás su tarea relativa al Evangelio había finalizado con la conclusión mortal de la vida de Cristo, los demás discípulos dijeron: "Vamos nosotros también contigo". En breve, todos regresaron a sus tareas mundanas.

Pero tras toda una noche de labor infructuosa con las redes, los discípulos contemplaron la llegada del alba y a Jesús de pie en la orilla. Tras regresar a la playa para estar con Él, el Salvador volvió a elevarlos una vez más con Su toque poco corriente.

Le dijo a Simón Pedro, el apóstol mayor a quien Él había entregado el manto del ministerio mortal y del liderazgo: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas más que éstos?". Pedro le aseguró rápidamente a su Maestro: "Sí, Señor; tú sabes que te amo".

Jesús preguntó por segunda vez: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?". Pedro, más confundido, reaccionó con ansia: "Sí, Señor; tú sabes que te amo".

El Salvador preguntó por tercera vez: "Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?", y Pedro, entristecido porque el Señor dudase de él, le contestó: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo" (Juan 21:3-17).

Quizás sea tan innecesario como injusto ahondar en este intercambio. El gran mandamiento dado a Pedro y a los discípulos en aquella ocasión fue el de apacentar las ovejas de Cristo, el pequeño rebaño de seguidores que ya le había aceptado, así como a la multitud más allá del círculo inmediato, que todavía no había oído ni aceptado el mensaje del Evangelio. Claramente, Pedro fue llamado a ser un pescador de hombres por el resto de su vida y necesitaba abandonar sus redes en Galilea. Quizás sea esto todo lo que necesitamos leer aquí.

Además, será suficiente con hacer notar que la pregunta repetida tres veces, así como la respuesta, podrían simplemente haber servido como refuerzo del gran significado de esta labor. Puede que a Pedro le hayan dolido los tres recordatorios tras haber negado tres veces su asociación con el Salvador (véase Mateo 26:34), pero no tenemos motivo alguno para dudar de la sinceridad de su amor. Sin embargo, el idioma del Nuevo Testamento empleado aquí nos proporciona una invitación más poderosa para salir de la mediocridad del ámbito terrenal, hacía las posibilidades poco corrientes de lo celestial.

Aunque Jesús y Pedro no estaban hablando en griego (habrían estado haciéndolo en arameo), el registro que tenemos del evangelio de Juan llega hasta nosotros en esa lengua. En esta conversación se emplean dos palabras griegas diferentes para amor. Tanto en la primera como en la segunda pregunta, la indagación de Jesús respecto al amor de Pedro se realiza empleando el término ágape, la expresión más elevada de amor, o lo que nosotros llamaríamos un amor cristiano o sacrificado. Pero en su respuesta, en ambas ocasiones la certeza del amor de Pedro se representa con una palabra diferente y menor: *philos*; algo más que un mero amor fraternal. Resulta entonces significativo que en la tercera ocasión Jesús mismo empleara el equivalente de *philos*, y no de *agape*, y que Pedro respondiera por tercera vez con *philos*.

Parece apropiado que uno de los grandes recordatorios del último capítulo del registro de Juan fuese que Cristo nos ama a nuestro nivel, aún cuando ése no sea aquél en el que debemos estar. El amor fraternal de Pedro fue aceptable, aunque Jesús aprovechó esa ocasión para profetizar el amor cristiano y sacrificado que Pedro pronto sería llamado a mostrar, y cuán magníficamente lo haría (véase Juan 21:18-19).

Pero para Pedro, al igual que para Nicodemo, la mujer samaritana y los demás discípulos, ese logro tendría lugar otro día. Lo que tanto él como los demás podían hacer era comenzar, allí donde estuviesen y con lo que tuvieran, aun siendo de manera tan corriente. Y a través del toque milagroso de la mano del Maestro, podrían ser llevados a vivir momentos extraordinariamente elevados.

Allí donde nos encontremos, también nosotros podemos estar de camino hacia las cosas celestiales si buscamos y aceptamos el toque paciente, ennoblecedor y poco corriente del Salvador.

LA VOLUNTAD DEL PADRE EN TODAS LAS COSAS

La obra de la maldad y las tinieblas es más segura de ser .. derrotada cuando los hombres y las mujeres, aun sin hallarlo fácil ni placentero pero con la determinación de cumplir con la voluntad del Padre, contemplan sus vidas como si todo vestigio de ayuda divina pareciera haberse desvanecido y, tras preguntar por qué han sido abandonados de ese modo, inclinan su cabeza y obedecen.

Permítame preparar por un momento el escenario para este capítulo. Utilizo la palabra escenario a propósito pues quiero representar un drama divino. Ralph Waldo Emerson dijo una vez: "Si las estrellas sólo aparecieran una noche cada mil años, ¿cómo podrían los hombres creer, adorar y preservar durante muchas generaciones el recuerdo de la ciudad de Dios que [les] había sido mostrada!" (Nature [1836], sección 1). Bajo el espíritu de ese pensamiento provocador, les invito a considerar otra escena sobrecogedora y mucho más importante, la cual debiera evocar creencia y adoración; una escena que, al igual que las estrellas de la noche, hemos sin duda alguna dado con frecuencia por sentada. Imagínese estar entre el pueblo de Nefi, que vivía en la tierra de Abundancia, en el año 34 de nuestra era. Las tempestades, los terremotos, los huracanes y las tormentas, junto con los truenos y relámpagos sumamente brillantes, asolan toda la faz de la tierra. Algunas ciudades, ciudades enteras, se han incendiado como por combustión espontánea. Unas han desaparecido en el mar para nunca más volver a ser vistas, mientras que otras han quedado completamente cubiertas por montones de tierra o han sido llevadas por el viento.

Toda la faz de la tierra ha sido cambiada; todo el paisaje ha sido deformado. Entonces, mientras usted y sus vecinos se aproximan a las inmediaciones del templo (un lugar que a muchos de pronto les parece un buen sitio para estar), oyen una voz y ven a un hombre vestido con ropas blancas que desciende del cielo. Es una escena deslumbrante. Parece que la esencia misma de la luz emana de él, un esplendor que contrasta bruscamente con los tres días de muerte y de tinieblas que acababan de presenciar.

Él habla y dice simplemente, con una voz que penetra hasta el tuétano de los huesos: "Yo soy Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo" (3 Nefi 11:10).

Ahí está, o para ser más correcto, ahí está Él; el centro y la figura principal de cada charla fogonera, de cada reunión espiritual y de cada noche de hogar celebrada por los nefitas durante los últimos seiscientos años, y por sus antepasados israelitas durante miles de años antes.

Todos han hablado de Él, han cantado acerca de Él y han soñado o le han orado a Él; ahora Él está ahí de verdad. Éste es el día, y la generación a la que le ha tocado vivirlo es la suya. ¡Qué gran momento! Pero usted descubre que no tiene tantos deseos de comprobar si su cámara tiene filme como de comprobar si hay fe en su corazón.

"Yo soy Jesucristo, de quien los profetas testificaron que vendría al mundo". De todos los mensajes que puede haber en lo inmenso de la eternidad, ¿cuál nos ha traído a nosotros? Todo el mundo presta atención.

Él prosigue: "Soy la luz y la vida del mundo... He bebido de la amarga copa que el Padre me ha dado, y he glorificado al Padre, tomando sobre mí los pecados del mundo... me he sometido a la voluntad del Padre en todas las cosas desde el principio". Ahí está, en ocho líneas, cuarenta y siete palabras. "Y... cuando Jesús hubo hablado estas palabras, toda la multitud cayó al suelo" (3 Nefi 11:11-12).

He meditado a menudo sobre ese momento de la historia nefita y se me hace difícil pensar que fuese algo accidental o un mero capricho que el Buen Pastor, en Su estado recién exaltado, se apareciera a una parte bastante representativa de Su rebaño y eligiera hablar primero en cuanto a Su

obediencia, a Su deferencia, a Su lealtad y sumisión amorosa a Su Padre. En un momento inicial y profundo de deslumbrante maravilla, cuando de seguro tiene la atención de todo hombre, mujer y niño hasta donde alcanza la vista, Su sumisión al Padre es la cosa principal y más importante que desea que sepamos acerca de Él.

Francamente, me siento un poco intrigado por la idea de que éste sea el aspecto principal y más importante que Él desee saber acerca de nosotros, cuando un día nos reunamos con Él de forma semejante. ¿Fuimos obedientes aun cuando fue doloroso? ¿Nos sometimos aun cuando la copa fue amarga? ¿Nos sometimos a una visión más elevada y sagrada que la nuestra, aun cuando puede que no hayamos visto propósito alguno en todo ello?

Él nos invita, uno por uno, a palpar las heridas de Sus manos, de Sus pies y de Su costado. Y a medida que pasemos, toquemos y sigamos nuestra marcha, quizás nos susurre: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame" (Mateo 16:24).

Si tal negación propia de llevar nuestra cruz fuese, por definición, la cosa más difícil que Cristo o cualquier hombre tuviese que hacer jamás, un acto de sumisión que haría, según las propias palabras del Salvador, que Él, "Dios, el mayor de todos, temblara a causa del dolor y sangrara por cada poro y padeciera, tanto en el cuerpo como en el espíritu"-¿si el someterse, obedecer y aceptar la voluntad divina nos depara únicamente eso, ¿no debe extrañarnos que aún el Hijo Unigénito del Dios verdadero y viviente "deseara no tener que beber la amarga copa y desmayar"! (D&C 18:19).

Aún al recrear el mayor de todos los sacrificios personales, puede estar seguro de que para algunas personas de este mundo no resulta halagüeño hablar de someterse a nadie ni a nada. En el umbral del siglo XXI es de débiles y de flojos hablar de ello.

Tal y como escribió el élder Neal A. Maxwell: "En la sociedad actual, la mera mención de las palabras obediencia y sumisión provocan la cólera y la gente se pone nerviosa... Se apresuran a recuperar ejemplos de la historia secular que ilustran cómo la obediencia a una autoridad imprudente y la servidumbre a líderes malos han ocasionado mucha miseria y sufrimiento humano. Por tanto, resulta difícil prestar atención al verdadero significado de las palabras obediencia y sumisión, aun cuando la aclaración 'a Dios' vaya adjunta" (Not My Will, But Thine [Salt Lake City: Bookcraft, 1988], pág. 1).

Después de todo venimos a la tierra, por lo menos en parte, para cultivar la autoconfianza y la independencia, para aprender a pensar y a actuar por nosotros mismos. ¿No fue Cristo mismo el que dijo: "Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres"? (Juan 8:32). Entonces, ¿cómo es que el cielo habla a la vez de una libertad espiritual y de la independencia intelectual en un párrafo, sólo para pedirnos que seamos sumisos y muy dependientes en el siguiente?

Lo hace porque ninguna cantidad de educación, ni ningún otro tipo de experiencia deseable y civilizada de este mundo nos ayudará en el momento de nuestra confrontación con Cristo si no hemos sido capaces, y si no somos capaces en ese momento, de someter todo lo que somos, todo lo que tenemos y todo lo que tengamos la esperanza de tener a la voluntad del Padre y del Hijo.

El sendero que conduce a una experiencia cristiana completa pasará muy probablemente por el Jardín de Getsemaní. Allí aprenderemos, si es que no lo hemos aprendido antes, que nuestro Padre no tiene otros dioses ante él, ni siquiera (y particularmente) si ese dios es uno mismo. A cada uno de nosotros se nos requerirá que nos arrodillemos cuando puede que no queramos hacerlo, que nos inclinemos cuando puede que no tengamos el deseo, que nos confesemos cuando puede que no queramos (una confesión fruto de una experiencia dolorosa por la que sabemos que los pensamientos de Dios no son nuestros pensamientos, ni Sus caminos los nuestros, dice el Señor [véase Isaías 55:8]).

Creo que por eso Jacob dice que ser instruido, y nosotros podríamos añadir que ser cualquier otra cosa digna, es bueno si hacemos caso de los consejos de Dios (véase 2 Nefi 9:29). Pero la educación, el servicio público, la responsabilidad social o los logros profesionales de cualquier tipo, son vanos si en esos momentos cruciales de nuestra historia personal no podemos someternos a Dios aún cuando todas nuestras esperanzas y temores puedan estar tentándonos. Debemos estar dispuestos a colocar todo lo que tenemos en el altar de Dios, no solamente nuestras posesiones (éstas pueden ser las cosas más fáciles de sacrificar), sino también nuestra ambición, el orgullo, la terquedad y la vanidad, arrodillarnos allí en sumisión silenciosa y luego alejarnos voluntariamente.

Creo que lo que estoy describiendo aquí es la definición de un santo según las Escrituras, una persona que "se someta al influjo del Espíritu Santo", y "por la expiación de Cristo... se vuelva como un niño: sumiso, manso, humilde, paciente, lleno de amor y dispuesto a someterse a cuanto el Señor juzgue imponer sobre él, tal como un niño se somete a su padre" (Mosíah 3:19).

Como el Gran Ejemplo y la Estrella del Alba que es de nuestra vida, ¿es de extrañar que Cristo elija antes que nada y en primer lugar definirse en relación a Su Padre diciendo que le amaba, que le obedecía y que se sometía a Él como el Hijo fiel que era? Lo que Él hizo como Hijo de Dios también nosotros debemos esforzarnos por hacer.

La obediencia es la primera ley de los cielos, y en caso de que no nos hayamos dado cuenta, algunos de los mandamientos no son fáciles de cumplir. Parece que, a veces, las cosas salen peor de lo que esperábamos. Al menos, si somos verdaderamente serios al respecto de llegar a ser santos, creo que descubriremos que éste es el caso. Permítame emplear un ejemplo que con frecuencia nuestros enemigos, y hasta algunos amigos, consideran como el momento más desagradable de todo el Libro de Mormón. Lo escojo precisamente porque muchas personas se han ofendido al leerlo, pero si le damos la vuelta veremos que es muy semejante a una copa amarga.

Me refiero a la obligación de Nefi de matar a Labán para preservar un registro, salvar a un pueblo y, en última instancia, dar pie a la restauración del Evangelio en la dispensación del cumplimiento de los tiempos. No puedo decir cuánto está en juego cuando Nefi estaba al lado del borracho y enemigo Labán, pero se jugaba mucho. La ironía dramática de este pasaje reside en que nosotros sabemos que ése fue un momento crucial, aunque Nefi puede que no lo sepa. Y, a pesar de lo mucho que está en juego, ¿cómo puede hacer algo así? Él es una persona buena, puede que hasta bien educada, a quien desde la cumbre misma del Sinaí le ha sido enseñado: "No matarás"; además, ha entrado en los convenios del Evangelio.

"El Espíritu me compelió a que matara a Labán; pero... me sobrecogí y deseé no tener que matarlo" (1 Nefi 4:10). ¿Una prueba difícil? ¿Deseos de sobrecogerse? ¿Les suena familiar? Desconocemos el porqué esas planchas no podían haber sido obtenidas de ninguna otra manera. Podrían haberlas olvidado accidentalmente una noche en los abrillantadores de planchas, o quizás podían haberse caído del carro de Labán durante el paseo de un día de reposo por la tarde. Más aún, ¿por qué Nefi no dejó este relato fuera del libro? ¿Por qué no dijo algo como: "Y tras mucho esfuerzo y angustia de espíritu, obtuve las planchas de Labán y partí para el desierto hacia la tienda de mi padre"? Como último recurso podría haber enterrado el registro entre los capítulos de Isaías, y de ese modo se garantizaba que nadie los iba a descubrir hasta este día.

Mas aquí está, directamente en el comienzo del libro, en la página nueve, donde hasta el lector más accidental podría verlo y tendría que enfrentarse a ello. No se esperaba que tanto Nefi como nosotros nos librásemos de la lucha de este registro.

Creo que este relato fue colocado en los primeros versículos de un libro de 642 páginas, y que fue contado con detalles dolorosamente específicos para centrar a cada lector del mismo en los principios absolutamente fundamentales del Evangelio como son la obediencia y la sumisión a la voluntad del Señor, la cual conocemos cuando nos es comunicada. Si Nefi no puede someterse a este mandato terriblemente doloroso, ni puede obligarse a obedecer, entonces es muy probable que nunca pueda tener éxito ni sobrevivir las pruebas que se le avecinan.

"Iré y haré lo que el señor ha mandado" (1 Nefi 3:7). Confieso que me estremezco un poco cuando oigo citar esa promesa entre nosotros tan a la ligera. Jesús sabía el tipo de compromiso que ello implicaba, tal como ahora lo sabe Nefi, así como lo sabrán numerosas personas más antes de que todo esto acabe. Ese juramento llevó a Cristo a la cruz del Calvario y reside en el corazón de cada convenio cristiano. ¿"Iré y haré lo que el Señor ha mandado"? Bueno, ya lo veremos.

Al hablar de este asunto no estamos sino explorando el problema de Lucifer, el del ego furioso, el del que siempre había que hacer todo a su manera. Satanás hubiera hecho bien en escuchar al más sabio de los pastores escoceses cuando dijo: "Hay un tipo de religión en el que el hombre más devoto es el que hace menos conversos: La adoración de uno mismo" (C. S. Lewis, ed., George MacDonald: An Anthology [Nueva York: Macmillan, 1947], pág. 110).

Pero la actuación de Satanás puede resultar instructiva. Desde el momento en que tenemos un "yo", existe la tentación de ponerlo delante, en primer lugar, siendo el centro de todo. Y cuanto mayores seamos, social, intelectual, política o económicamente, más grande será el riesgo de caer en la adoración de uno mismo. Quizás sea éste el motivo por el cual los padres de un recién nacido lo llevaron ante el venerable Robert E. Lee, para pedir consejo a este hombre tan legendario, diciendo: "¿Qué hemos de enseñar a este niño? ¿Cómo debe abrirse camino en el mundo?". El viejo y sabio general les dijo: "Enseñadle a negarse a sí mismo. Enseñadle a decir no".

Con frecuencia tal ejercicio de sumisión suele ser tanto solitario como violento. A veces, en esos momentos en los que nos parece que más necesitamos al Señor, quedamos abandonados para obedecer sin ayuda. El salmista exclama, representándonos a todos nosotros cuando nos encontramos en tales momentos: "¿Por qué estás lejos, oh Jehová, y te escondes en el tiempo de la tribulación?". "¿Por qué estás tan lejos de mi salvación?... clamo de día, y no respondes; y de noche, y no hay para mí reposo". "No escondas tu rostro de mí [Señor]... no me dejes ni me desampares, Dios de mi salvación". "No te desentiendas de mí" (Salmos 10:1; 22:1-2; 27:9; 28:1).

La súplica del salmista suena más dolorosa en la angustia última del Calvario, en el llanto que caracterizó el acto de sumisión suprema: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46. Véase también Salmos 22:1). En un grado mucho menor podemos oír la súplica procedente de la cárcel de Liberty: "Oh Dios, ¿en dónde estás? ¿y dónde está el pabellón que cubre tu morada oculta? ¿Hasta cuándo se detendrá tu mano...? Sí, oh Señor, ¿hasta cuándo?" (D&C 121:1-3).

Sabemos bastante del abuso que José Smith y sus amigos sufrieron a manos de los carceleros. Sabemos, además, del espíritu sumiso del profeta en aquella época, cuando de entre todos los momentos escogió aquéllos para registrar el lenguaje más sublime de las Santas Escrituras, la apelación de mantener la influencia sólo por "persuasión, por longanimidad, benignidad, mansedumbre y por amor sincero" (D&C 121:41). ¡Vaya escenario para hablar de manera tan amable! ¡Qué contexto tan brutal para sacar el tema de la compasión!

Parte de la historia que no recordamos tan bien es la de uno de sus compañeros de prisión, Sidney Rigdon. En realidad, Sidney salió de la cárcel dos meses antes que el profeta José y los demás, pero Sidney salió quejándose de que los sufrimientos de Cristo no eran nada comparados con los suyos.

No nos incumbe a nosotros, que estamos en la seguridad de nuestros hogares, emitir juicio alguno sobre el hermano Rigdon o cualquier otra persona que sufriera tales indignidades en Misuri; pero de ahí a decir que el sacrificio expiatorio de Cristo, el soportar el peso de todos los pecados de la humanidad desde Adán hasta el fin del mundo, no era nada comparado con el confinamiento del hermano Rigdon en la cárcel de Liberty, es como una bofetada de esa desafiante y finalmente fatal arrogancia que con tanta frecuencia vemos en aquéllos que acaban teniendo problemas espirituales.

El profesor Keith Perkins ha escrito que este momento es el punto en el que la vida de Sidney Rigdon cambia para peor (véase "Trials and Tribulations: The Refiner's Fire" en *The Capstone of Our Religion: Insights into Doctrine and Covenants* [Salt Lake City: Bookcraft, 1989], pág. 147). Tras esta experiencia, nunca más volvió a ser el líder distinguido que verdaderamente había sido en los primeros años de esta dispensación. Al poco tiempo, José Smith sintió que Sidney ya no era de gran ayuda en la Primera Presidencia, y tras la muerte del profeta, Rigdon conspiró contra los Doce en un esfuerzo por ganar el control unilateral sobre la Iglesia. Al final murió siendo un hombre insignificante y amargo, un hombre que había perdido la fe, su testimonio, su sacerdocio y sus promesas.

Por otro lado, José perseveraría y sería exaltado cuando todo concluyese. No debe sorprendernos que el señor le dijera con anterioridad en su vida: "Sé paciente en las aflicciones, porque tendrás muchas; pero sopórtalas, pues he aquí, estoy contigo hasta el fin de tus días" (D&C 24:8).

"Éstos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son?", pregunta Juan el Revelador en su poderosa visión. La respuesta dice: "Éstos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero?" (Apocalipsis 7:13-14).

A veces parece especialmente difícil someterse a una gran tribulación cuando al mirar a nuestro

alrededor vemos a los demás, que parecen mucho menos obedientes y que están teniendo éxito, mientras que nosotros lloramos. Pero el tiempo sólo está medido para el hombre, dice Alma (véase Alma 40:8), y Dios tiene una memoria muy buena.

El élder Dean L. Larsen escribe sobre un granjero que observaba el día de reposo y que estaba preocupado y consternado al ver que su vecino, quien no cumplía con este mandamiento, tenía cosechas mejores con una productividad mucho más alta y beneficiosa. Pero en tales momentos de aparente injusticia, debemos recordar que "las cuentas de Dios no siempre saldrán al fin del verano" ("The peaceable Things of the Kingdom", en Hope [Salt Lake City: Deseret Book, 1988], pág. 200).

A veces también nosotros sobrestimamos la disposición del Señor para escuchar nuestra súplica, confirmar nuestro deseo, declarar que nuestra voluntad no es contraria a la Suya y recibir Su ayuda tan sólo por haberla pedido. Fíjese en este ejemplo tomado de la biografía que el élder F. Burton Howard escribió del presidente Marion G. Romney. Cito de manera abundante al élder Howard al resumir el relato.

En 1967, la hermana Ida Romney sufrió un ataque grave. Los médicos dijeron al por entonces élder Romney que el daño causado por la hemorragia era de magnitud. Se ofrecieron a mantenerla viva por medios artificiales, aunque no lo recomendaban. La familia se preparó para lo peor. El hermano Romney confesó a sus más allegados que, a pesar de su angustia, de su anhelo personal por la restauración de la salud de Ida y por la continuación de su compañerismo, por encima de todo quería "que se hiciese la voluntad del Señor, que tomase lo que necesitase tomar sin recibir reproche".

A medida que pasaban los días, la hermana Romney iba empeorando. Le habían dado una bendición, pero el élder Romney "se mostraba reacio a aconsejar al Señor al respecto". Debido a una experiencia anterior sin éxito relacionada con la súplica para que él y su esposa pudieran tener hijos, sabía que nunca podía pedir en oración algo que no estuviese en armonía con la voluntad del Señor. Ayunó para poder saber cómo mostrarle al Señor que tenía fe y que iba a aceptar Su voluntad en la vida. Quería asegurarse de que había hecho todo lo que podía hacer, pero su esposa continuaba empeorando.

Una noche, bajo un estado particularmente deprimido, con Ida incapaz de hablar y de reconocerle, el hermano Romney se fue a casa y, como siempre había hecho, se volvió a las Escrituras en un esfuerzo por tener comunión con el señor. Tomó el Libro de Mormón y continuó leyendo donde lo había dejado la noche anterior, sobre el profeta Nefi, en los escritos de Helamán, quien había sido falsa e injustamente acusado de sedición. Tras haber sido milagrosamente librado de sus acusadores y mientras regresaba a casa meditando en las cosas que le habían acontecido, Nefi oyó una voz.

Aunque Marión Romney había leído ese relato muchas veces con anterioridad, esa noche le sorprendió en forma de revelación personal. Las palabras del pasaje tocaron de tal modo su corazón que por primera vez en semanas sintió que tenía una paz de verdad. Le parecía como si el Señor le estuviese hablando directamente a él. La escritura dice: "Bienaventurado eres tú... por las cosas que has hecho... [no] te has afanado por tu propia vida, antes bien, has procurado mi voluntad y el cumplimiento de mis mandamientos. Y porque has hecho esto tan infatigablemente, he aquí, te bendeciré para siempre, y te haré poderoso en palabra y en hecho, en fe y en obras; sí, al grado de que todas las cosas te serán hechas según tu palabra, porque tú no pedirás lo que sea contrario a mi voluntad" (Helamán 10:4-5).

Ahí estaba la respuesta. Sólo había buscado conocer y obedecer la voluntad del Señor, y éste le había hablado. Se arrodilló y volcó su corazón, y al concluir su oración con la frase "hágase tu voluntad", sintió o realmente oyó una voz que decía: "No es contrario a mi voluntad que Ida sea sanada". El hermano Romney se puso en pie de inmediato. Eran más de las dos de la mañana, pero sabía lo que tenía que hacer. Se puso rápidamente la corbata y el abrigo, y salió de noche hacia el hospital para visitar a Ida. Llegó poco antes de las tres. La condición de su esposa no había cambiado. No se movió cuando él puso las manos sobre la pálida frente de ella, y con una fe inquebrantable invocó el poder del sacerdocio para el beneficio de su esposa. Pronunció una bendición sencilla y añadió la increíble promesa de que recuperaría la salud y sus poderes mentales, y que todavía llevaría a cabo "una gran misión" sobre la tierra.

Aunque no lo dudaba, el élder Romney se quedó atónito al ver que Ida tenía los ojos abiertos al fin de la bendición. Un tanto sorprendido por todo lo que había pasado, se sentó en el borde de la cama para escuchar la frágil voz de su esposa por primera vez en meses, diciendo: "¡Madre mía!, Marión, ¿qué estás haciendo aquí?". Él no sabía si reír o llorar. Le dijo: "Ida, ¿cómo te encuentras?". Con ese halo de humor tan característico de ambos, ella le contestó: "¿Comparada con qué, Marión? ¿Comparada con qué?".

Ida Romney comenzó a recuperarse desde ese mismo instante, pronto dejó la cama del hospital y vivió para ver a su esposo ser sostenido como miembro de la Primera Presidencia de la Iglesia, "una gran misión sobre la tierra", por cierto (F. Burton Howard, Marion G. Romney: His Life and Faith [Salt Lake City: Bookcraft, 1988], págs. 137-142).

Debemos tener cuidado de no perder la mano del Señor cuando ésta nos es ofrecida y Su deseo es el de ayudarnos. Mi hija, Mary, llegó a este punto en una conversación que tuvo conmigo no mucho después de que ella volviese de pasar seis meses estudiando en Jerusalén. Ella estaba hablando de la tendencia irónica a temer y evitar la fuente misma de nuestra ayuda y liberación, de retraerse antes que avanzar hacia nuestro refugio; y mencionó el relato de Mateo, cuando se desató una tormenta sobre el mar de Galilea, y la barca que llevaba a los apóstoles fue "azotada por las olas; porque el viento era contrario". En medio de su ansiedad, los discípulos miraron hacia la costa y vieron a un ser, un espectro, una aparición que caminaba en dirección a ellos, lo cual no hizo sino aumentar su pánico y comenzaron a gritar de temor. Pero se trataba de Cristo caminando hacia ellos sobre el agua. "Tened ánimo" les dijo: "Yo soy, no temáis" (Mateo 14:24-27). Él iba en su ayuda en un momento de necesidad y ellos, equivocadamente, querían escapar.

"[Este] milagro abunda en simbolismo y significado. El hombre no puede declarar por medio de qué ley o principio se suspendió el efecto de la gravedad, a tal grado que un cuerpo humano pudo sostenerse sobre la superficie líquida. El fenómeno es una demostración concreta de la gran verdad de que la fe es un principio de poder mediante el cual se pueden modificar y gobernar las fuerzas naturales. Cada vida humana adulta pasa por trances parecidos a la lucha contra los vientos contrarios y mares amenazantes que sostuvieron los viajeros afectados por la tempestad; a menudo la noche de angustias y peligros está sumamente avanzada para cuando llega el socorro; y además, con demasiada frecuencia se confunde la ayuda salvadora con un terror más grande. Pero tal como fue con Pedro y sus compañeros atemorizados en medio de las aguas agitadas, así también a todos los que se esfuerzan con fe llega la voz del Salvador, diciendo: 'Yo soy, no temáis' " (Jesús el Cristo [Salt Lake City: Deseret Book, 1975], págs. 356-357).

Con esa imagen de Cristo apareciendo nuevamente en grandeza ante nosotros, permítame finalizar esta representación donde comencé. Se nos enseña que cada uno de nosotros estará frente a frente con Cristo para ser juzgado por Él, del mismo modo que el mundo será juzgado en Su dramática Segunda Venida. Finalizo con una adaptación del relato de C. S. Lewis titulado "La última noche del mundo", del cual me he apropiado y he alterado para los propósitos de mi mensaje. La metáfora y gran parte de las palabras son de Lewis, pero la aplicación es mía. En el acto III, escena vii de El rey Lear aparece un hombre, un personaje secundario, al cual Shakespeare todavía no ha dado nombre; él es simplemente el "Primer Sirviente". Todos los personajes a su alrededor, Regan, Cornwall y Edmundo, tienen planes buenos y a largo plazo. Creen saber cómo va a terminar la obra, pero están bastante equivocados. Sin embargo, el sirviente no tiene tales ilusiones pues desconoce cómo va a evolucionar la representación, aunque comprende la escena actual. Contempla una aberración, el intento de cegar al viejo Gloucester, y no va a permitirlo. Saca la espada y en un instante la apunta contra el pecho de su señor, pero Regan le clava un puñal por la espalda y lo mata. Ése es todo su papel: ocho líneas. Sin embargo, Lewis dice que, si se tratase de la vida real en vez de una obra de teatro, ése sería el mejor papel a representar.

La doctrina de la Segunda Venida nos enseña que no sabemos ni podemos saber cuándo vendrá Cristo ni cuándo acabará el teatro del mundo. Puede aparecer y el telón podrá caer en cualquier momento, por decirlo así, antes de que usted termine de leer este párrafo. Este tipo de desconocimiento les resulta intolerablemente frustrante a ciertas personas. Muchas cosas quedarían sin

concluir. Quizás usted se iba a casar el mes próximo, o quizás iba a comprar una casa nueva el año que viene. Puede que estuviera pensando en servir una misión, pagar el diezmo o negarse alguna indulgencia. Seguro que ningún Dios bueno y sabio sería tan poco razonable como para poner fin a todo tan de repente. De entre todos los momentos, ¿por qué ahora?

Pensamos de este modo porque seguimos dando por sentado que conocemos la obra, aunque en realidad no sabemos mucho sobre ella. Creemos que estamos que el Acto II, pero casi no sabemos cómo terminó el I ni cómo será el III. Ni siquiera estamos seguros de saber quiénes son los personajes principales y secundarios. El autor lo sabe. El público, en el sentido de que hay un público de ángeles que abarrota la sala, tiene una vaga idea. Pero nosotros, que nunca hemos visto una obra de teatro desde fuera y que sólo conocemos a una pequeña minoría de los personajes que están en el escenario en nuestras mismas escenas, nosotros que somos profundamente ignorantes del futuro y que estamos erróneamente informados del pasado, no podemos decir en qué momento vendrá Cristo y nos hará frente. Un día estaremos delante de Él, puede estar seguro de ello; pero perderemos el tiempo al intentar averiguar cuándo será ese día. Esta representación humana tiene un significado del que podemos estar seguros, aunque la mayor parte del mismo todavía no podemos verlo por completo. Cuando la obra se acabe se nos dirá mucho más de lo que sabemos ahora. Se nos indica que debemos aguardar a que el Autor nos diga algo a cada uno de nosotros referente al papel que hemos representado. Entonces, hacer una buena representación es lo que más importa. Ser capaz de decir, cuando el telón caiga por última vez: "He sufrido la voluntad del Padre en todas las cosas", es nuestro único camino hacia la ovación final (véase "The World's Last Night", en *Fern-Seed and Elephants and Other Essays on Christianity* by C. S. Lewis, ed. Walter Hooper [Gran Bretaña: Fontana/Collins, 1975], págs. 76-77).

La obra de la maldad y las tinieblas es más segura de ser derrotada cuando los hombres y las mujeres, aun sin hallarlo fácil ni placentero pero con la determinación de cumplir con la voluntad del Padre, contemplan sus vidas como si todo vestigio de ayuda divina pareciera haberse desvanecido y, tras preguntar por qué han sido abandonados de ese modo, inclinan su cabeza y obedecen.

Obedecer la voluntad de Dios en "todas las cosas" hasta el final mismo es el único camino certero abierto para los creyentes, es la única manera de ver cómo Su reino desciende y cómo hacer que la vida sea "como en el cielo, así también en la tierra".

OH, SEÑOR, MANTEN FIRME MI TIMÓN

Una persona desleal puede no tener verdadera malicia; puede estar incluso convencida de que se logra algo bueno por medio de tales acciones. En estos casos está bien que se nos recuerde que ciertos tipos de traición pueden llegar a generar consecuencias que están más allá de nuestro control. Puede que sólo quisiéramos bajarle los humos a alguien, pero quizás vivamos para ver que, por equivocación, hemos hecho añicos la vida de esa persona.

Hace muchos años tuvo lugar un acontecimiento en la Universidad Brigham Young que fue ampliamente cubierto por la prensa. El 16 de noviembre de 1985 la Universidad Brigham Young hizo historia. La televisión lo cubrió, los medios impresos lo publicaron y, a la mejor manera de Clint Eastwood, fue el mejor día de Beano Cook, el relator deportivo nacional. La Universidad Brigham Young abucheó a uno de sus propios jugadores de fútbol americano.

Uno de los filósofos más distinguidos de los Estados Unidos, Josiah Royce, escribió: "La lealtad es para el hombre leal no sólo algo bueno, sino la principal de entre todas las cosas buenas y morales de su vida, pues le proporciona... una solución personal [al] más difícil de [todos] los problemas... humanos, el problema de: '¿Para qué vivo?' " {The Philosophy of Loyalty [Nueva York: Macmillan, 1908], pág. 57).

Es esa lealtad, la lealtad a principios verdaderos, a la gente fiel, a instituciones honorables y a ideales dignos, la que unifica nuestro propósito en la vida y define nuestra moralidad. Si carecemos de tales lealtades o convicciones, de normas mediante las cuales medir nuestros actos y sus consecuencias, estamos sin ancla y vamos a la deriva, "[arrastrados] por el viento y [echados] de una parte a otra", dice la escritura (Santiago 1:6), hasta que una tormenta, un problema o una pasión nos lleva en otra dirección por un igualmente breve e inestable período de tiempo. Cuanto mayor soy, más creo que el profesor Royce tiene razón. "¿Para qué vivo?" es, en un sentido, la pregunta que todo misionero Santo de los Últimos Días invita a hacerse a su investigador. Si existe una consideración sincera de tal pregunta, entonces la verdad eterna tiene una posibilidad de bendecir a los hijos de Dios. Estos asuntos de lealtad y honor son importantes en la Universidad Brigham Young, pues "hacer [a los jóvenes] dignos de la honradez", dijo John Ruskin, "es el comienzo de la educación". Samuel Johnson lo dijo todavía mejor: "La integridad sin conocimiento es débil e inútil, y el conocimiento sin integridad es peligroso y temible".

Hay muchas razones por las cuales aquel incidente del abucheo me molesta. Ante todo, me molesta que cualquier seguidor del equipo de fútbol de la Universidad Brigham Young abuchee a nadie por motivo alguno. Si alguien puede explicarme lo cristiano que hay en ello, le invito rápidamente a hacerlo. Obviamente, me molesta que tal experiencia fuese grabada por el señor Cook en la memoria de toda la nación como el momento más deleznable de toda la temporada futbolística universitaria. Me molesta que podamos hacerle esto a un compañero de estudios, a un vecino, a un amigo y a un converso a la Iglesia, como ocurrió en este caso. No hace falta ni mencionar que ese jugador nos condujo a dos de nuestros mejores años en la historia del fútbol americano de la Universidad Brigham Young, incluyendo dos campeonatos, dos finales de postemporada, una victoria en el famoso clásico "Kick-Off", a una temporada sin derrotas y a un campeonato nacional.

Me molesta que un puñado de individuos pudiera desmerecer un partido tan bueno (el cual, a propósito, la Universidad Brigham Young ganó contra un equipo que acabaría siendo el número cinco de todo el país), que desmerecieran toda la temporada y, por lo menos para mí, desmereciesen al

equipo de fútbol de la universidad. Al mismo tiempo, confío en que este pequeño puñado de seguidores fanáticos sean unas personas muy decentes durante el resto de la semana, que ni pensarían en hablar de manera tan vergonzosa delante de nadie, pero que de algún modo se ven atrapados —o bloqueados, como puede ser el caso— en el fervor de un partido, y ven cómo aumenta su comportamiento tan grosero en proporción directa al anonimato de la muchedumbre y a la seguridad de la distancia que les separa de un defensa fornido. Alguien dijo una vez que ningún copo de nieve se siente responsable por la avalancha, lo cual puede ser también cierto respecto a los seguidores del fútbol americano.

Debiéramos ser el tipo de persona que permanece fiel a los principios, a las personas y a las instituciones a las que hemos declarado nuestra fidelidad, y que probablemente nos han dado gran parte de las bendiciones que tenemos. En este sentido, lo que digo aquí tiene muy poco que ver con los fanáticos, con el fútbol o con Beano Cook, quienquiera que éste sea. El abuchear a un ser humano puede ser algo que se olvide pronto, excepto por el abucheado, por lo que nos disculpamos ante él y ante todos los demás que hayan recibido un trato nada cristiano de nuestras manos, y damos un paso hacia adelante para realizar la gran pregunta: Si toda persona tuviera exactamente el mismo sentido de lealtad que tengo yo, ¿qué tipo de vecindario, de iglesia, de nación o de mundo sería el nuestro? ¿Cuánta presión es demasiada para seguir fiel? ¿Cuánta decepción es demasiada para permanecer firme? ¿Cuánta distancia es demasiada para caminar con un amigo desanimado, con un cónyuge en dificultades o un hijo con problemas? Cuando la oposición se enciende y la marcha se hace difícil ¿cuánto de lo que pensábamos que era importante para nosotros vamos a defender y, en ese inevitable tire y afloje de la vida, cuánto vamos a hallar conveniente para ceder?

Al igual que ocurre con tantas abstracciones que necesitan ser concretadas, nuestros hogares y familias son lugares muy buenos para una aplicación inicial. Por ejemplo, ¿estaríamos al lado de un hermano joven o de una hermana mayor en momentos de dolor y desesperación? ¿Defenderíamos a nuestros padres hasta la muerte si realmente necesitasen nuestra ayuda? Aun si nuestras oraciones son vergonzosamente cortas, ¿no oramos al menos por los miembros de nuestra familia? Entiendo que estas preguntas no son fáciles de contestar, porque solemos decir algo como: "Bueno, les amo", "se lo debo a ellos", o "ellos harían lo mismo por mí".

Pero lo que comúnmente no solemos recordar es que debiéramos sentirnos así para con todo el mundo, que "familia" es el verdadero nombre de toda la raza humana. ¿Hemos llegado al punto en que nuestro saludo dominical al "hermano Jones y la hermana Brown" es demasiado corriente como para recordar por qué lo decimos? ¿Ha llegado nuestra rápida alusión a nuestro "Padre Celestial" a convertirse en algo caduco e insignificante? ¿Alguna vez ampliaremos nuestro círculo de influencia más allá de aquél que reclamaban los fariseos, quienes, aún en su estado ignorante, no abucheaban a otros fariseos? "¿Qué recompensa tendréis?... Y si saludáis a vuestros amigos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también lo mismo los publicanos?" (Mateo 5:46-47). En cuanto a la lealtad, todos tenemos un largo camino que recorrer.

El difunto Alvin R. Dyer se enfrentó a un desafío semejante cuando era obispo hace muchos años. Un miembro de su barrio dijo que fumar era el mayor de los placeres de la vida, y le dijo al obispo Dyer: "Por la noche pongo el despertador cada hora en punto para despertarme y fumarme un cigarrillo. Obispo, el fumar me gusta demasiado como para dejar de hacerlo".

Unas pocas noches más tarde, sonó el timbre de la puerta de este hombre a las diez en punto. En la entrada estaba el obispo Dyer.

"Hola obispo, ¿qué diablos está haciendo aquí a esta hora? Iba a irme a la cama".

"Lo sé", dijo el obispo Dyer. "Quiero verle poner la alarma, despertarse y fumar".

"Cielo santo, no puedo hacer eso delante de usted", dijo el hombre.

"Seguro que puede. No se preocupe por mí. Me sentaré en una esquina y estaré en silencio".

El hombre le invitó a pasar y se pusieron a hablar de todo a lo que el obispo Dyer pudo echar mano para mantener despierto el interés de este hermano. "Perseguí toda idea y conversación en la que pudiera pensar para mantenerle hablando", recuerda. "Creí que me iba a echar de su casa en muchas ocasiones, pero poco después de las tres de la mañana le dije: '¡Bueno, por todos los cielos! Se ha

perdido ya cinco alarmas. Perdóneme, por favor. He echado a perder el placer de su noche. Esta noche se ha convertido en una decepción tal, que bien podría irse a la cama y olvidar el resto de las alarmas por esta vez' ".

Fíjense en el siguiente comentario: "En ese momento percibí [en él] un sentimiento de honor y dignidad... Me miró con una sonrisa muy particular... y dijo: 'De acuerdo, lo haré'. [Y] nunca más volvió a tocar otro cigarrillo [durante el resto de su vida]" (véase Alvin R. Dyer, Conference Report, 5 de abril de 1965, pág. 85).

¿Cómo describirían la lealtad del hermano Dyer? ¿Fue la lealtad a ese hombre inactivo, a los miembros de su barrio en general, a su oficio como obispo, a la Palabra de Sabiduría, al principio de la revelación, a la Iglesia, o a Dios?; bueno, ya me entienden.

Nuestro Padre Celestial le preguntó a Caín: "¿Dónde está Abel tu hermano?". Y Caín respondió airado: "No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?" (Génesis 4:9). Quizás la respuesta a esa pregunta sea, como me dijo una vez el profesor Chauncey

Riddle: "No, Caín, no se espera que seas el guarda de tu hermano, pero sí que seas el hermano de tu hermano".

Consideren ahora por un momento el tipo de traición que Caín introdujo en el mundo: la traición a la familia, a los amigos y a los conciudadanos. Su legado es sumamente escalofriante, y sus seguidores son legión. "Dante reservó el círculo central del infierno para [este tipo de personas], para aquéllos que [se vuelven contra los suyos]. Allí puso a Judas, a Bruto y a Casio, los traidores más notables de todos, así como a las tres bocas de Satanás mismo. Es revelador que el poeta no confíe en la imagen del fuego para describir la situación lamentable de estas personas. Las almas de los traidores permanecen aprisionadas en un lago de hielo. Se ve claramente que los peores pecados contra el hermano [o la hermana] de uno mismo proceden del corazón frío. Los que son desleales a los demás han escogido una vida aislada e inmóvil, una vida, en efecto, hostil a la vida misma, para la cual la única imagen adecuada es la de un sombrío residuo de hielo" (William F. May, A Catalogue of Sins, [Nueva York: Holt, Rinehart y de Winston, 1967], págs. 111-112).

Si no somos llamados a defender a un miembro de la familia de manera tan abierta como lo fue Caín, quizás tengamos la oportunidad de defender a la Iglesia.

Tras cuatro años de servicio misional en las islas hawaianas (que, por cierto, comenzó cuando tenía quince años), el joven Joseph R Smith regresó al continente y empezó el viaje de regreso al valle de Salt Lake. Aquéllos eran días difíciles. Los sentimientos contra los Santos de los Últimos Días estaban muy encendidos. La terrible experiencia de Mountain Meadows todavía estaba fresca en el recuerdo de mucha gente. La poligamia se había convertido en un asunto de política nacional, y en ese mismo momento, el ejército de Albert Sidney Johnston se dirigía hacia el territorio de Utah bajo las órdenes del presidente de los Estados Unidos. Menos disciplinados que el ejército americano eran muchos hombres desperdigados a lo largo y ancho del territorio, los cuales juraban abiertamente que matarían a cualquier mormón que pudieran encontrar.

El joven Joseph F. Smith de diecinueve años conducía su carromato de regreso a ese mundo. Una tarde, la pequeña compañía con la que viajaba acababa apenas de acampar cuando un grupo de hombres borrachos llegó a caballo maldiciendo y amenazando con matar. Algunos de los hombres mayores, al oír de la llegada de los jinetes, corrieron a esconderse en unos arbustos cercanos al arroyo, esperando la señal de que la banda pasase. Pero el joven Joseph F. había estado alejado del campamento recogiendo madera para hacer una hoguera, por lo que no era consciente del problema que se avecinaba. Con la franqueza característica de los jóvenes, regresó al campamento para darse cuenta, demasiado tarde, de la terrible circunstancia a la que se enfrentaba casi completamente solo.

Su primer pensamiento fue el de arrojar la madera al suelo y echarse a correr hacia el arroyo, para buscar refugio entre los árboles. Entonces tuvo otro pensamiento: "¿Por qué debo escapar [de mí fe]?". Con ese fuerte sentimiento de lealtad asentado de manera firme en su mente, continuó llevando la madera hasta las proximidades de la hoguera. Cuando estaba a punto de dejar los leños, uno de los rufianes, pistola en mano y apuntándole directamente a la cabeza, maldijo como sólo un truhán borracho puede hacer y preguntó con voz altanera y enfadada: "Muchacho, soy un asesino de

mormones. ¿Eres mormón?"

Sin dudarle ni un momento y mirando al bárbaro directamente a los ojos, Joseph F. Smith, apenas con la edad suficiente para entrar en el Centro de Capacitación Misional, respondió con osadía: "Sí, señor. De cabo a rabo; de pies a cabeza; de todo corazón".

La respuesta fue tan osada y sin muestras aparentes de temor, que desarmó por completo al violento hombre. Estaba tan perplejo que bajó la pistola, tomó al joven misionero de la mano y le dijo: "Vaya, ¡eres el hombre más [juramento], [juramento] agradable que jamás he conocido! Choca esos cinco, compañero, me alegra ver a un hombre que defiende sus creencias".

Años más tarde, mientras servía como presidente de la Iglesia, Joseph F. Smith dijo que esperaba recibir a bocajarro la descarga del cañón de la pistola del hombre. Pero dijo también que tras el deseo inicial de correr, nunca volvió a pasarle por la cabeza el hacer otra cosa que no fuese defender sus creencias y enfrentarse a la muerte, la cual parecía ser el resultado inevitable de tal convicción (Joseph Fielding Smith, *Life of Joseph F. Smith* [Salt Lake City: Deseret News Press, 1938], págs. 188-189).

El antiguo grito del marinero de Montaigne que era arrastrado por la tormenta vuelve a nuestra mente: "¡Oh, Dios! Tú puedes salvarme si quieres, y si lo deseas, puedes destruirme; pero tanto si lo haces como si no, yo mantendré firme mi timón" (Montaigne, *Essays*, libro II, capítulo 16).

Por supuesto que no basta con ser leal a cualquier causa. Lo que hizo que el joven Joseph F. Smith se mantuviera valerosamente firme fue su respuesta a la pregunta: "¿Para qué vivo?". Él estaba dispuesto a defender la verdad del Evangelio y a morir por ella.

Brigham Young tuvo ciertamente repetidas oportunidades de mantener un curso firme, particularmente en aquellos primeros y difíciles años al lado del profeta José Smith. Mientras la Primera Presidencia estaba fuera de Kirtland intentando estabilizar las difíciles circunstancias financieras a las que hacían frente en el invierno de 1836-1837, se reunió un consejo integrado por aquéllos que se oponían a que José Smith continuase en su oficio de profeta y presidente de la Iglesia.

"En esa ocasión [Brigham Young] se levantó... y en forma simple y firme les dijo que José era un profeta, que yo lo sabía muy bien, y que ellos podían oponerse a él y calumniarlo tanto como quisieran, pero que no lograrían destruir el llamamiento del profeta de Dios, sino la propia autoridad de ellos, cortar el lazo que los unía con el profeta y con Dios para hundirse a sí mismos en el infierno. Algunos de los presentes reaccionaron de manera violenta [hacia Brigham]. Jacob Bump... adoptó una pose de boxeador y mientras varias personas le agarraban, se retorció y forcejeaba, gritando: '¿No me dejaréis poner las manos sobre ese hombre?'. 'Póngalas', respondió Brigham, 'si eso le va a dar alivio alguno'".

Pero no le puso las manos encima. Pocos días más tarde, Brigham oyó a alguien que corría por las calles de Kirtland a media noche, gritando en voz alta y censurando al profeta José. A pesar de lo tarde que era, Brigham saltó de la cama, salió a la calle, "volteó [al hombre] y le aseguró que si no dejaba de hacer ruido y permitía que la gente disfrutase de su sueño", le iba a arrancar la piel a tiras en ese mismo lugar, pues el profeta del Señor estaba en la ciudad y no quería que el emisario del diablo anduviese gritando calle arriba y calle abajo.

Aquéllos eran días de verdadera crisis, relató, "cuando la tierra y el infierno parecían estar unidos para derribar al profeta y a la Iglesia de Dios; y las rodillas de muchos de los hombres más fuertes de la Iglesia desfallecieron". Brigham Young no desfalleció, pero antes de acabar ese año su propia vida estuvo en peligro por causa de su lealtad. El 22 de diciembre dijo: "Tuve que escapar para salvar la vida... Dejé Kirtland a consecuencia de la furia del populacho y del espíritu que prevalecía entre los apóstatas, quienes habían amenazado con destruirme porque estaba dispuesto a proclamar, públicamente y en privado, que sabía por el poder del Espíritu Santo que José Smith era un profeta del Más Alto Dios". (Leonard J. Arrington, *Brigham Young, American Moses* [Nueva York: Alfred A. Knopf, 1985], págs. 56-61).

¿Qué era del propio José Smith? Cuando tuvo que alejarse una vez más de su esposa e hijos, dijo: "Estoy más expuesto al peligro mucho mayor de los traidores que hay entre nosotros que al de los enemigos... Todos los enemigos sobre la faz de la tierra pueden bramar y ejercer todo su poder para

lograr mi muerte, pero no pueden conseguir nada a menos que algunos de los que están entre nosotros y disfrutan de nuestra compañía... ejecuten su esfuerzos conjuntos de venganza sobre nuestras cabezas" (HistoryoftheChurch 6:152).

Y llevaron a cabo sus esfuerzos conjuntos de venganza. ¿Merece un profeta de Dios eso de sus "amigos"? ¿Qué tiene uno el derecho a esperar de aquéllos que "disfrutan de nuestra compañía"? (Recuerden que el crimen de Macbeth contra su rey fue todavía más mezquino porque Duncan era un invitado en la casa de Macbeth). ¿Es posible que cada uno de nosotros que clamamos por los privilegios y beneficios del reino de Dios tenga que pasar por su propio horno ardiente en el cual su lealtad sea purificada de manera tan dramática como lo fue para Sadrac, Mesac y Abed-nego? ¿Hay algún tipo de campo de batalla ahí fuera, delante de nosotros, algún tipo de Kirtland moral o una Carthage metafísica que nos dé la oportunidad de levantarnos y ser contados entre sus defensores, como lo fueron los dos mil jóvenes guerreros de quienes se dijo: "Eran... fieles a cualquier cosa que les fuera confiada"? (Alma 53:20).

Karl G. Maeser, el primer Rector de la Universidad Brigham Young, escribió una vez: "Se me ha preguntado qué significado tiene para mí la palabra honor. Se lo diré. Ponganme tras los muros de una prisión, muros de piedra, altos, gruesos y profundamente afirmados en el suelo. Supongamos que existe una posibilidad de poder escapar de una manera u otra; pero ponganme en el suelo, dibujen con tiza un círculo a mi alrededor y hagan que les dé mi palabra de honor de que nunca la cruzaré. ¿Puedo salir del círculo? ¡No, nunca! ¡Antes la muerte!".

De vez en cuando debemos ahondar en el alma, hábitos e inclinaciones, y medir nuestra lealtad a la norma divina de nuestro Salvador, Jesucristo. ¿Cuan preparados estamos para las dificultades a las que tengamos que hacer frente para adquirir una educación, servir una misión, criar una familia o defender nuestras creencias? A modo de preparación para el asalto que sufrirán nuestro carácter y convicciones, ¿es esperar demasiado vernos disfrutar de un lenguaje claro, de un entretenimiento limpio, de un trabajo duro pero honrado y de un comportamiento disciplinado? Si así fuera, en este mismo momento, en una trinchera situada en algún lugar contra un enemigo que pusiera en peligro nuestra vida eterna, ¿estaría yo a salvo en las manos de ustedes? ¿Estarían ustedes a salvo en las mías?

Hace más de treinta años, cerca de quince soldados Santos de los Últimos Días se reunieron en un búnker situado en el frente de batalla, en Corea, para celebrar un servicio dominical. Utilizaron los tapones de las cantimploras y las galletas de los paquetes de comida para bendecir y participar de la Santa Cena, para luego celebrar una reunión de testimonios. Un joven se presentó simplemente como el sargento Stewart, de Idaho. Era un hombre bajo y delgado, de un metro sesenta y setenta kilos de peso. Su gran ambición había sido llegar a ser un buen deportista, pero los entrenadores lo consideraban demasiado pequeño para la mayoría de los deportes de equipo. Así fue que se concentró en la competición individual y obtuvo cierto éxito como luchador y corredor de fondo. El sargento Stewart relató a sus quince compañeros fatigados por la batalla, una experiencia que acababa de tener con el comandante de su compañía, un hombre gigante, un teniente de apellido Jackson, que medía cerca de dos metros, pesaba ciento diez kilos y era un destacado deportista universitario. El sargento habló de él en términos muy entusiastas como un oficial fantástico y un caballero cristiano, que inspiraba a aquéllos que tenían la fortuna de servir bajo su mando.

Poco antes de este servicio religioso en el que se hallaba ahora, al sargento Stewart se le había asignado actuar bajo la dirección del teniente Jackson. Al descender de una colina que acababan de tomar cerca de la base, fueron emboscados por el enemigo. El teniente, que iba delante, cayó "acribillado... por el fuego de pequeñas armas automáticas. Al caer se las arregló para arrastrarse hasta refugiarse detrás de una roca... mientras el resto de la patrulla se abría paso con dificultad colina arriba para reagruparse. Ya que era el segundo al mando, la responsabilidad recaía ahora en el sargento Stewart, así que envió al hombre más grande y aparentemente más fuerte... colina abajo para rescatar al teniente mientras los demás le cubrían.

"Hacía media hora que este hombre se había ido, sólo para regresar e informar que no podía cargar al oficial herido porque era demasiado pesado... Los hombres comenzaron a murmurar acerca de salir de allí antes de que alguien más resultase herido. Entonces una voz dijo: 'Olvidemos al

teniente, después de todo, ¡no es más que un negro!'. En ese momento el sargento Stewart se volvió a sus hombres e irguiéndose hasta su metro y medio de estatura les dijo con un tono firme: 'No me importa si es negro, verde o de cualquier otro color. No nos marchamos sin él. Él no nos abandonaría a ninguno de nosotros en circunstancias semejantes. Además, es nuestro oficial al mando y yo le amo como si fuese mi propio hermano' ".

Y a continuación él sólo bajó por la colina.

El sargento Stewart llegó finalmente hasta el oficial y descubrió que estaba muy débil a causa de la pérdida de sangre. El teniente le aseguró que aquella era una causa sin esperanza y que no habría manera de llevarle a tiempo de regreso al puesto de socorro. "Fue entonces que la gran fe que el sargento Stewart tenía en su Padre Celestial vino en su ayuda. Se quitó el casco, se arrodilló al lado de su líder caído y le dijo: 'Ore conmigo, teniente'...

"Señor', suplicó, 'necesito fuerzas, mucho más allá de la capacidad de mi cuerpo físico. Este gran hombre, Tu hijo, que está gravemente herido a mi lado, debe recibir atención médica pronto. Necesito el poder para llevarle hasta la colina, a una enfermería en la que pueda recibir el tratamiento que necesita para salvar su vida. Sé, Padre, que has prometido la fuerza de diez hombres a aquel cuyo corazón y cuyas manos estén limpios y puros. Siento que cumplo con los requisitos. Por favor, Dios nuestro, concédeme esta bendición' ".

Le dio gracias a su Padre Celestial por el poder de la oración y por el privilegio de tener el sacerdocio. Entonces se colocó el casco, se agachó, puso a su comandante sobre los hombros y lo llevó de regreso a la seguridad (Ben F. Mortensen, "Sergeant Stewart", The Instructor, marzo de 1969, págs. 82-83).

Alguien más ascendió una vez una colina difícil, con nosotros cuidadosamente puestos sobre Sus hombros. Pero a medida que Cristo se acercaba más y más al Calvario, Sus defensores eran menos en número. Al incrementarse la presión y aumentar los problemas, dijo: "Hay algunos de vosotros que no creen. Porque Jesús sabía desde el principio quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar... Desde entonces muchos de sus discípulos volvieron atrás, y ya no andaban con él" (Juan 6:64,66). Más tarde, cuando los soldados romanos y los principales sacerdotes, "mucha gente con espadas y palos", dice Mateo, fueron a prenderle, "todos los discípulos, dejándole, huyeron" (Mateo 26:47,56.). Ahora entra en escena Judas, con su beso acordado para la traición.

No podemos saber con exactitud lo que estaba pensando Judas ni por qué escogió ese camino. Quizás nunca pensó que acabaría de esa manera. Como dijo William F May: Una persona desleal puede no tener verdadera malicia; "puede estar incluso convencida de que se logra algo bueno por medio de tales acciones. En estos casos está bien que se nos recuerde que ciertos tipos de traición pueden llegar a generar consecuencias que están más allá de nuestro... control, una secuencia más salvaje de lo que era [nuestra] intención. [Hago algo o digo ciertas palabras a otra persona] sólo porque quisiera bajarle los humos, pero quizás viva para ver que he hecho añicos su vida.

"Cuando Judas, el que traicionó a [Jesús], vio que se había condenado, se arrepintió y devolvió las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y ancianos, diciendo: 'Yo he pecado entregando sangre inocente'. Ellos le contestaron: '¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú!'. Precisamente debido a que todo ha sido puesto más allá del alcance del traidor... el sentimiento de lo irreversible de todo resulta sobrecogedor. No queda más por conseguir. Judas se ahorca, [quizás] como un acto expiatorio... aunque [quizás también] porque ningún [acto] de expiación por su parte es [ya] posible de lograr" (William F May, A Catalogue of Sins, págs. 118-119).

Es también en este mismo momento, en la más absoluta y completa soledad, que la lealtad a los principios y el amor por nuestros hermanos y hermanas alcanza su manifestación más gloriosa y eterna. Sudando grandes gotas de sangre por cada poro y suplicando que la copa pudiera pasar, todavía Jesús permanece fiel, sometiendo Su voluntad a la del Padre y resuelto a hacer la obra del reino. Momentos más tarde, con insultos, saliva, mofas, abucheos, y espinas atravesando Su carne perfecta, el principio triunfó tanto sobre la pasión como sobre el dolor, mientras el Salvador de todos nosotros ora por sus hermanos y hermanas: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34).

Debemos dar nuestra más profunda lealtad a las causas más elevadas de la eternidad, aquellas

contenidas en la vida, la misión, el Evangelio y las enseñanzas del Hijo Unigénito de Dios. Si podemos permanecer fieles a ellas, con la mira puesta únicamente en ese valor, todas las demás lealtades encajarán en su lugar de forma natural. Consideren las siguientes estrofas de dos himnos bien conocidos. A todos los que desean que la determinación del cielo permanezca con ellos en los momentos de dificultad, les cantamos:

Al alma que anhele la paz que hay en mí,
no quiero, no puedo dejar en error;
yo lo sacaré de tinieblas a luz,
y siempre guardarlo, y siempre guardarlo,
y siempre guardarlo con grande amor
—Himnos, 1992, número 40.

Y para tener la fuerza personal para permanecer fieles, aún en tales momentos de dolor personal, nos cantamos a nosotros mismos de manera más privada:

Ha llamado ala carga y no retrocederá.
A los hombres que lo siguen Jesucristo probará.
¡Oh, sé presta, pues, mi alma a seguirle donde val
Pues Dios avanza ya.
—Himnos, 1992, número 28.

LA AMARGA COPA Y EL BAUTISMO DE SANGRE

Dios desea que seamos más fuertes de lo que somos, más firmes en nuestro propósito, más seguros de nuestros compromisos, y que con el tiempo no tengamos necesidad de que nos alce en Sus brazos, sino que mostremos más disposición a arrimar el hombro a la carga de Su pesada responsabilidad. En resumen, quiere que seamos más como El.

En las semanas finales de 1944, un día a las seis de la mañana, me envolvieron en mantas y me llevaron hasta el café Big Hand, en la intersección de la calle Main con la Autovía 91, en St. George, Utah, lugar donde la línea de autobuses Greyhound tiene su parada en nuestra pequeña ciudad. Aquella mañana mi tío Herb, de 17 años, salía para San Diego, California, donde quiera que eso estuviese. Aparentemente, en 1944 había una guerra en algún lugar, y mi tío consideraba que era lo bastante mayor como para ir y cumplir con su parte. Se había enrolado en la Marina de los Estados Unidos y nosotros estábamos allí para despedirnos de él.

En realidad, yo tenía un papel bastante formal en el programa de la parada del autobús. Había practicado y se suponía que ahora tenía que cantar un solo con mi voz de cuatro años, una pequeña canción que festejaba a los marinos, y cuya letra comenzaba diciendo: "Chaqueta azul marino / pantalones de campana / ella quiere a su soldado / y él quiere a su amada".

Sin embargo, como acontecería con otras asignaciones posteriores en mi vida, tenía miedo a cantar en público, por lo que guardé un silencio sepulcral, me negué a cantar tan siquiera una nota.

Pero mi silencio pareció surtir buen efecto de todos modos, por qué mi madre, mi abuela y mis tías estaban llorando, y a nadie le importaba mucho si yo cantaba o no. Les pregunté por qué estaban llorando y me dijeron que era porque el tío Herb se iba a la guerra. Les pregunté: "¿Cuánto tiempo estará fuera?", sin saber que algunos muchachos no iban a volver. Mi abuela me dijo en medio de un mar de lágrimas: "Estará fuera todo el tiempo que haga falta, todo el tiempo que dure la guerra".

Bueno, yo no tenía ni idea de lo que eso quería decir. "¿Todo el tiempo que haga falta lo qué?", ¡por todos los santos! Y, ¿cuánto tiempo dura una guerra? Me sentía totalmente confuso y muy contento por no tener que cantar la canción, lo cual no habría hecho sino contribuir a la confusión ya existente, y el café Big Hand no podría soportar tanta confusión.

Posteriormente, a lo largo de mi vida, he pensado mucho en las palabras de mi abuela, más de lo que pensé en ellas durante mi juventud. Cuanto más vivo, más me doy cuenta de que algunas cosas de la vida son muy ciertas, permanentes e importantes. Son asuntos a los que podríamos etiquetar de manera colectiva como cosas eternas. Sin tener que hacer todo un catálogo de estas posesiones buenas y estables, basta con decir que todas ellas están incluidas, de un modo u otro, en el Evangelio de Jesucristo. Tal y como Mormón le dijo a su hijo: "En Cristo habría de venir todo lo bueno" (Moroni 7:22). A medida que pasan los días y a modo de madurez personal y para crecer en el Evangelio, debemos dedicar más de nuestro tiempo y energía a las cosas buenas, a las mejores, a aquéllas que permanecen, bendicen y prevalecen.

Creo que ése es el motivo por el cual la familia y los verdaderos amigos, junto con el conocimiento y los pequeños actos de bondad y preocupación por las circunstancias de los demás, se convierten en algo más importante con el paso de los años. Pedro señala un buen número de estas virtudes llamándolas "la naturaleza divina", y nos promete "Su divino poder" al tenerlas y compartirlas (véase 2 Pedro 1:3—8). Estos principios y cualidades del Evangelio, según las entiendo, son las

adquisiciones más importantes y permanentes de la vida. Pero tenemos una guerra en marcha al respecto de tales posesiones y habrá uno o dos cañonazos en nuestra vida que nos impulsarán —de hecho lo requerirán— a un cuidadoso examen de aquello en lo que decimos creer, de aquello que consideramos preciado y de aquello que confiamos sea de valor permanente.

Cuando vengan los momentos difíciles o cuando la tentación parezca estar rondándonos, ¿estaremos —¿estamos ahora?— preparados para defender nuestro terreno y expulsar al intruso? ¿Estamos equipados para el combate, para permanecer fieles el tiempo que haga falta, para seguir siendo leales mientras dure la guerra? ¿Podemos aferrarnos a los principios y a las personas que verdaderamente nos importan de manera eterna?

Creo que para poder determinar la calidad de nuestra fe, la resolución de nuestro propósito, debemos entender más claramente el compromiso que hicimos cuando fuimos bautizados no sólo en la iglesia de Cristo, sino en Su vida, muerte y resurrección, en todo lo que Él es e implica en el tiempo y en la eternidad. Nos hemos hecho promesas a nosotros mismos y a nuestro Dios. Aquéllos que han sido investidos en el santo templo han tomado sobre sí los convenios más elevados y las ordenanzas más sagradas disponibles en la mortalidad.

Somos un pueblo que ya está participando en el más serio y eterno de todos los asuntos. La guerra continúa y nosotros nos hemos alistado de manera visible. Y ciertamente, ésta es una guerra en la que merece la pena luchar; mas somos tontos, mortalmente tontos, si creemos que esta contienda va a ser algo casual o conveniente; somos tontos si pensamos que no va a requerir nada de nosotros. De hecho, como la figura central y el gran comandante que es en esta batalla, Cristo nos ha advertido concerniente a tratar de manera trivial el nuevo testamento de Su cuerpo y Su sangre. Se ha hecho hincapié en que no robemos ni profanemos, que no mintamos ni forniquemos, que no nos saciemos en cada indulgencia o violación que nos venga a la mente, para luego suponer que todavía somos "unos soldados magníficos". No, no en este ejército ni en la defensa del reino de Dios.

Se espera más que eso, se necesita mucho más. De manera muy real, la eternidad pende de un hilo. Verdaderamente creo que no puede haber cristianos pasajeros, pues si no estamos alertas y si no somos diligentes, nos convertiremos en una "baja" cristiana en el fragor de la batalla. Cada uno de nosotros conoce a algunos de éstos. Puede que hasta nosotros mismos hayamos resultado heridos en alguna ocasión. No fuimos lo bastante fuertes, no nos habíamos interesado lo suficiente, no nos detuvimos a pensar y la guerra era más peligrosa de lo que habíamos supuesto. La tentación para transgredir, para transigir, está a nuestro alrededor, y demasiados de nosotros, aún como miembros de la Iglesia, hemos caído víctimas de ella. Hemos participado "indignamente de [la] carne y de [la] sangre" de Cristo, y hemos comido y bebido condenación para nuestra alma (3 Nefi 18:28—29).

Puede que algunos de nosotros estemos todavía tomando esa transgresión a la ligera, pero por lo menos el Maestro entiende el significado del bando que decimos haber adoptado. Dicho entendimiento fue revelado de manera provechosa en Sus enseñanzas a los discípulos.

A la conclusión de Su ministerio en Perea, Jesús y los Doce regresaron a Jerusalén para esa última semana, predicha de manera profética, la cual conduciría a Su arresto, juicio y crucifixión. En esa sobria y anunciada secuencia de acontecimientos, la madre de dos de Sus discípulos principales, Santiago y Juan, se acercó al Salvador, quien era el único que sabía lo que le aguardaba y lo difíciles que serían los compromisos de Sus últimas horas, y de manera bastante directa le pidió un favor al Hijo de Dios: "Ordena que en tu reino se sienten estos dos hijos míos, el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda" (Mateo 20:21).

Esta buena madre, y puede que también la mayoría del pequeño grupo que había seguido fielmente a Jesús, estaba claramente preocupada por el sueño y por la expectativa del tiempo en el que Su Mesías reinase y gobernase con esplendor, cuando, como dice la escritura, "el reino de Dios se manifestaría inmediatamente" (Lucas 19:11).

La pregunta realizada por esta madre era fruto más bien de la ignorancia que de la falta de propiedad, y Cristo no dijo ni una palabra de reproche; antes bien, le contestó de manera educada, como uno que siempre consideró la consecuencia de cualquier cometido.

"No sabéis lo que pedís", dijo de manera apacible "¿Podéis beber del vaso que yo he de beber?".

Esta pregunta no tomó a Santiago ni a Juan por sorpresa, quienes de manera impulsiva y firme contestaron: "Podemos". Y la respuesta de Jesús fue: "A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados" (Mateo 20:22—23).

Sin referencia alguna a la gloria ni al privilegio especial que tanto Santiago como Juan parecían estar buscando, este favor que el Señor les iba a conceder puede parecernos extraño. No se estaba burlando de ellos cuando les ofreció la copa de Su sufrimiento en vez de un trono en Su reino. No, jamás había hablado más en serio. La copa y el trono estaban inseparablemente unidos y no podían ser dados el uno sin el otro.

Estoy seguro de que, siendo no sólo menos dignos que Cristo sino también menos dignos que apóstoles como Santiago y Juan, como Santos de los Últimos Días dejaríamos tales preocupaciones a un lado si tan sólo ellas nos dejasen en paz a nosotros. Normalmente no tenemos tendencia a buscar la copa amarga ni el bautismo de fuego, pero a veces son ellos los que nos buscan a nosotros. El asunto en concreto es que Dios alista a hombres y a mujeres en la guerra espiritual de este mundo, y si cualquiera de nosotros llega a tener una fe religiosa y una convicción genuinas como consecuencia de ello —como les ha ocurrido a muchos otros soldados que también se han enrolado— sin duda alguna se tratará de una fe y de una convicción que ciertamente no disfrutamos ni esperábamos con las primeras explosiones de la contienda (véase A. B. Bruce, *The training of the Twelve* [Nueva York: Richard R. Smith, 1930]).

Pongámonos en lugar de Santiago y de Juan, pongámonos en lugar de Santos de los Últimos Días aparentemente dedicados, creyentes y fieles, y preguntémosnos: "Si somos de Cristo y Él es nuestro, ¿estamos dispuestos a permanecer firmes para siempre? ¿Estamos en esta Iglesia para siempre jamás, por todo el tiempo, hasta que todo haya terminado? ¿Aguantaremos la copa amarga, el bautismo de sangre y todo lo demás?". No estoy simplemente preguntando si algunos de nosotros vamos a soportar el paso de los años como jóvenes adultos, o a servir por un trimestre como maestro de Doctrina del Evangelio. Estoy haciendo preguntas más profundas y de un tipo más fundamental. Estoy preguntando acerca de la pureza de nuestros corazones. ¿Cuán preciados son nuestros convenios? Quizás al comienzo de nuestra vida en la Iglesia, debido a la insistencia de nuestros padres o a causa de una casualidad geográfica, ¿hemos pensado que en el fondo la vida consiste en ser tentados, probados y purificados por fuego? ¿Nos hemos preocupado lo suficiente por nuestras convicciones y las reforzamos con regularidad de manera tal que nos ayuden a hacer lo correcto en el momento y la época apropiados, especialmente cuando es tan poco popular y beneficioso o casi impensable el hacerlo?

De hecho, puede que un día seamos relevados del atractivo llamamiento de maestro de Doctrina del Evangelio para ser llamados al mucho más vacante puesto de creyente y cumplidor. ¡Eso probará nuestra fortaleza! Seguro que las frecuentemente repetidas expresiones de testimonio y de lo privilegiados que somos en estos últimos días, no llegan a tanto hasta que recibimos una invitación abierta para probarlas en el fragor de la batalla y probarnos fieles ante semejante combate espiritual. Puede que en las reuniones dominicales hablemos con demasiada elocuencia acerca de tener la verdad o hasta de conocer la verdad, pero sólo el que se enfrenta al error y lo conquista, a pesar de lo doloroso o lento que ello resulte, puede hablar con propiedad de amar la verdad. Creo que la intención de Cristo para con nosotros es que un día lleguemos a amarle de manera verdadera y honrada, a Él, el camino, la verdad y la vida.

Desgraciadamente, la tentación a comprometer las normas o a ser menos valientes ante Dios suele proceder con frecuencia de otro miembro de la Iglesia. El élder William Grant Bangerter escribió hace unos años sobre su experiencia en el ejército poco después de regresar de la misión. "Me doy cuenta", concluía, "de que a través de esos años me consideraba diferente... [Pero] nunca consideré necesario trastocar mis valores, quitarme los garments ni pedir disculpas por ser un Santo de los Últimos Días". Entonces procedió a realizar la siguiente observación enérgica: "Puedo decir honestamente que ninguna persona no miembro de la Iglesia ha intentado jamás inducirme a rechazar los valores que he cultivado en ella. Las únicas personas que recuerdo que intentaron forzar a abandonar mis principios o que se han burlado de mí a causa de mis normas, han sido miembros no

practicantes de [mi propia] iglesia" ("Don't Mind Being Square", New Era, julio de 1982, pág. 6).

Debido a que nos ha sido dado mucho, debemos estar preparados para permanecer cerca de los principios y actuar con convicción, aún cuando parezca que estamos solos. Recuerden estas líneas pertenecientes a la obra *Paradise Lost*, de John Milton:

Tan sólo yo

Considero erróneo en este mundo disenter

De todo; mi secta veis, y ahora demasiado tarde aprendo

Cuán pocos, a veces, parecen saber, cuando hay miles que se equivocan.

-Libro VI, líneas 145-148

Trabajamos y vivimos en un mundo donde mucha gente se equivoca, muchos más que miles. Pero a pesar de lo difícil y solitario que pueda parecer, no debemos ser contados entre aquéllos que yerran; debemos vivir de acuerdo con los principios más elevados y permanecer firmes en nuestra fe. Es indudable que seremos tentados, pero debemos ser fuertes. La copa y el trono están inseparablemente unidos.

Quizás hemos dedicado demasiado tiempo a considerar las transgresiones bastante obvias a las que se enfrentan los Santos de los Últimos Días, las tentaciones que Satanás parece no ocultar nunca de manera sutil. Pero, ¿qué hay de ese vivir el Evangelio que no es tan claro y que todavía puede pertenecer a un orden mayor? Cambiemos ligeramente tanto el tono como las tentaciones, y citemos otros ejemplos de nuestro desafío cristiano.

La noche del 24 de marzo de 1832, una docena de hombres irrumpió en la casa situada en Hiram, Ohio, donde residían José y Emma Smith. Ambos estaban física y emocionalmente agotados no sólo a causa de las tareas que la joven iglesia les imponía en aquel momento, sino porque aquella tarde en concreto ambos habían estado cuidando de los gemelos que habían adoptado, los cuales habían nacido once meses atrás, el mismo día en que Emma había dado a luz y posteriormente perdido a sus propios gemelos. Emma se había ido primero a la cama mientras José se quedaba con los niños; ella despertó luego para tomar su turno y animó a su esposo a dormir un poco. No bien había comenzado a dormitar, cuando José oyó que su esposa daba un grito de terror y se encontró a sí mismo siendo arrastrado fuera de la casa, casi hasta el punto de serle arrancadas las extremidades.

Mientras iban maldiciendo, los vándalos que habían tomado a José juraban que lo matarían si se resistía. Un hombre lo agarró del cuello hasta que el profeta perdió el conocimiento a causa de la falta de aire. Volvió en sí justo para escuchar parte de las palabras de la muchedumbre en cuanto a si debían matarlo, pero decidieron que por el momento bastaría con desnudarlo, golpearlo, embrearlo y emplumarlo, para dejarlo abandonado y que se las arreglase por sí mismo en la fría noche invernal.

Despojado de sus ropas, defendiéndose de los puños y de la brea por todas partes, y resistiéndose a tomar una ampolla de un líquido, quizás veneno, la cual rompió con sus dientes mientras intentaban introducirla en la boca, José Smith se las arregló milagrosamente para librarse del gentío y regresar a la casa. Bajo la penumbra, su esposa pensó que las manchas de brea que cubrían el cuerpo del profeta eran de sangre, y se desmayó en ese mismo instante. Varios amigos pasaron toda la noche tratando de quitarle la brea, así como aplicando linimento a su maltratado y rasguñado cuerpo. Ahora cito directamente del registro del profeta José:

"Por la mañana ya estaba listo para vestirme de nuevo. Era la mañana del día de reposo y la gente se reunió a la hora habitual para adorar, y entre ellos vino también el populacho [de la noche anterior, a cuyos integrantes pasa a nombrar]. Con mi carne lacerada y con cicatrices, prediqué a la congregación como lo hacía siempre, y esa misma tarde bauticé a tres personas" (*History of the Church* 1:264).

Desgraciadamente, uno de los gemelos adoptados empeoró a causa del frío y del revuelo de la noche, y falleció al viernes siguiente. ¿"Con mi carne lacerada y con cicatrices, prediqué a la congregación como hacía siempre"? ¿Predicó a esa odiosa banda de cobardes quienes el próximo viernes serían literalmente los asesinos de su hijo? ¿Estuvo ahí de pie, con dolor por el cabello que le fue arrancado de la cabeza, y que luego fue embreado hasta formar una maraña al lado de sus pies, uno

de los cuales casi le arrancaron de cuajo mientras le arrastraban fuera de su casa? ¿Predicó el Evangelio a ese maldito puñado de réprobos llorones? ¡Seguro que éste no es el momento de permanecer fiel a los principios! Ahora es de día y ya no son ellos doce contra uno. Pongamos fin a este servicio religioso en este mismo momento y salgamos afuera para terminar el asunto de anoche.

Después de todo, fue una noche bastante larga para José y para Emma; quizás ésta debiera ser, por consiguiente, una mañana breve para estos doce asquerosos que han venido a burlarse con su presencia en la iglesia.

Pero estos sentimientos que tengo en este momento, al leer sobre esta experiencia que ocurrió hace 150 años, sentimientos que sé que habrían hecho hervir mi sangre irlandesa aquella mañana, marcan solamente una de las diferencias entre el profeta José Smith y yo. Un discípulo de Cristo, y yo sé que José lo era y lo es, tiene que ser siempre un discípulo; el juez no dispone de ningún tiempo libre para portarse mal. Un cristiano siempre permanece firme a los principios, aun cuando yo siga pensando en estar allí sosteniendo una horca y gritando ojo por ojo y diente por diente, olvidando, como ha olvidado una dispensación tras otra, que con ello no se consigue nada sino dejarnos a todos ciegos y sin dientes.

No, la gente buena y fuerte va más allá y encuentra una manera mejor. Al igual que Cristo, ellos saben que cuanto más difícil se ponen las cosas, tanto más debe uno dar de sí mismo. Siempre he temido que yo no hubiera sido capaz de decir en la cruz del Calvario: "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". No podría haberlo hecho después de haber sido escupido y maldecido, después de las espinas y de los clavos, no habría podido hacerlo si ellos no entendieran ni les importase saber que este horrible precio en dolor personal Alguien lo paga por ellos. Pero ése es justo el momento en que la más acérrima de las integridades y lealtades a un fin elevado debe tomar el control. Ésa es la ocasión en la que más importa y en la que todo lo demás pende de un hilo, como seguro que sucedió aquel día. Nunca nos encontraremos en esa cruz, pero con frecuencia sí nos hallaremos al pie de ella. La manera en que actuemos en ese momento dirá mucho de lo que pensemos del carácter de Cristo y de Su llamado para que seamos discípulos Suyos.

Nuestras dificultades serán mucho menos dramáticas que ser embreados y emplumados; y de seguro que no implicarán una crucifixión. Puede que ni siquiera se trate de algo personal, quizás sea un asunto que involucre a otra persona, una injusticia hecha a un vecino, a alguien menos popular o privilegiado.

A la hora de catalogar las pequeñas batallas de la vida, éste puede ser el tipo de guerra que nos resulte menos atractivo: Una copa amarga que no queremos beber, especialmente porque parece haber poco beneficio en ello. Después de todo, se trata del problema de otra persona; y, al igual que Hamlet, también nosotros podremos lamentarnos de que "¡El mundo está fuera de quicio!... / ¡Oh suerte maldita!... / ¡Que [hayas] nacido para ponerlo en orden!" (Hamlet, acto I, escena v). Pero debemos ponerlo en orden porque "en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis" (Mateo 25:40). En los momentos de una defensa semejante a la de Doniphan, el militar que libró al profeta José Smith de ser ejecutado en Misuri, permanecer fiel puede resultar arriesgado y hasta peligroso.

Martin Luther King dijo una vez: "La capacidad definitiva de un hombre no se mide por dónde se encuentra en los momentos de comodidad y conveniencia, sino dónde está en aquéllos de dificultad y controversia. El prójimo de verdad arriesgará su posición, su prestigio y hasta su vida por el bienestar de los demás, y en los valles peligrosos, en los caminos arriesgados, conducirá a un hermano maltratado y golpeado a una vida más elevada y noble" (Martin Luther King, hijo, *Strength to Love* [Nueva York: Harper and Row, 1963]).

Pero, ¿qué pasa si en esta guerra ni nosotros ni un vecino está en peligro, sino que alguien a quien amamos enormemente resulta herido, difamado o puede que hasta asesinado? ¿Cómo podríamos prepararnos para ese día lejano en que nuestro propio hijo o nuestro propio cónyuge se encuentre en peligro mortal? Un hombre maravillosamente talentoso, un converso al cristianismo, contempló pacíficamente cómo su esposa moría de cáncer. Al observar cómo ella se iba alejando, con todo lo que significaba para él y todo lo que ella le había dado, su nueva fe sobre la que tanto había escrito y con la

que había fortalecido a tantos otros, ahora comenzaba a flaquear. En esos momentos de tanto dolor, escribió C. S. Lewis, uno corre el riesgo de preguntar: "¿Dónde está Dios?" Cuando estás feliz... [te] vuelves a Él con gratitud y alabanza, [y] eres recibido... con los brazos abiertos. Pero, acude a Él cuando tengas una gran necesidad, cuando todo otro auxilio resulte vano, ¿y qué te encuentras? Primero un portazo en las narices, luego escuchas cómo pasan el cerrojo por dentro una y dos veces, y después todo es silencio. También tú [podrías] dar media vuelta e irte. Cuanto más esperas, más enfático es el silencio. No hay luz en las ventanas; quizás la casa esté vacía... [Pero antes Él estaba dentro]. ¿Qué sentido tiene todo esto? ¿Por qué es [Dios] un soberano tan presente en nuestro momento de prosperidad y una ayuda tan ausente cuando tenemos problemas? (C. S. Lewis, *A Grief Observed* [Nueva York: Seabury Press, 1961] págs. 4-5).

Esos sentimientos de abandono escritos en medio de un dolor tan terrible, pasaron lentamente y el consuelo de la fe de Lewis regresó más fuerte y puro tras la prueba. Pero fíjense en lo revelador que esta copa amarga, este bautismo de sangre, fue para él. En una obligación de naturaleza bastante diferente, también él se da cuenta de que el alistarse para toda la duración de la guerra no es un asunto trivial, y que en el fragor de la batalla no había sido tan heroico como había animado a serlo a millones de sus lectores.

"Uno nunca sabe cuánto cree en algo", confesó, "hasta que su certeza o falsedad se convierte en un asunto de vida o muerte. Es fácil decir que cree que un cordel es fuerte y sólido cuando lo utiliza para [atar] una caja. Pero supongamos que tuviera que descender por un precipicio con ese cordel. ¿No averiguaría primero cuánto confía en él?... Sólo un riesgo de verdad prueba la realidad de una creencia" (Ibíd., pág. 25).

"Su [visión de]... la vida eterna... no será [muy] seria si no hay nada en juego... Un hombre tiene que perder el conocimiento antes de poder volver en sí" (Ibíd., pág. 43).

"Había sido advertido —[de hecho] me había advertido a mí mismo... [Sabía] que se nos habían prometido sufrimientos, [lo cual era] parte del programa. Se nos dijo: 'Bienaventurados los que lloran', y yo lo acepté. No tengo nada que no haya [acordado] tener... [Por lo que] si mi casa... se cae de un soplo será porque está hecha de naipes. La fe que 'llevé a cabo estas cosas' no era la fe [adecuada]... Si realmente las tristezas de [las demás personas de este] mundo hubiesen sido mi preocupación, como creía que [eran], [entonces] no me habría sobrecogido cuando llegó mi propia tristeza... Pensé que confiaba en el cordel, hasta que se convirtió en algo importante... [Y cuando algo fue importante, descubrí que el cordel no era lo suficientemente fuerte].

"...Nunca descubrirá cuán serio [es] hasta que las recompensas sean terriblemente altas; [y Dios tiene Su manera de elevar las recompensas]... las cuales [a veces] sólo se [pueden] elevar a través del sufrimiento" (Ibíd., págs. 41-43).

"[Así que Dios es una especie de médico divino]. Un hombre cruel puede ser sobornado, podría cansarse de su villanía y tener un momento pasajero de misericordia, del mismo modo que los alcohólicos tienen momentos [pasajeros] de sobriedad. Pero supongamos que aquél a quien usted se opone es un cirujano [fantásticamente habilidoso] cuyas intenciones son [total y absolutamente] buenas. [Y] cuanto más amable y concienzudo es, [tanto más se interesa en usted], tanto más proseguirá cortando de forma inexorable [a pesar del sufrimiento que pueda ocasionar. Pues] si atendiera a las súplicas de usted, si se detuviera antes de completar la operación, todo el dolor padecido hasta ese punto vendría a ser inútil..." (Ibíd., págs. 49-50).

"[Usted puede ver que soy] uno de los pacientes de Dios que todavía no se ha curado. Sé que no sólo quedan lágrimas [por] secar, sino manchas que limpiar. [Mi] espada quedará aún más brillante" (Ibíd., pág. 49).

Dios desea que seamos más fuertes de lo que somos, más firmes en nuestro propósito, más seguros de nuestros compromisos, y que con el tiempo lleguemos a necesitar menos atención de Él, que mostremos más disposición a arrimar el hombro a la carga de Su pesada responsabilidad. En resumen, quiere que seamos más como Él.

La pregunta entonces para todos nosotros, es fundamental: Cuando los principios del Evangelio dejen de ser populares, beneficiosos o se tornen difíciles de vivir, ¿permaneceremos firmes en ellos

"todo el tiempo"? Ésa es la pregunta que nuestras experiencias en la vida como Santos de los Últimos Días parecen más resueltas a responder. ¿En qué creemos realmente y cuán fieles somos a aquello que estamos dispuestos a vivir? Como hermanos y hermanas brillantes, benditos, ansiosos y prósperos, ¿sabemos realmente lo que es la fe, especialmente la fe en el Señor Jesucristo, lo que requiere del comportamiento humano y lo que todavía puede exigir de nosotros antes de que nuestras almas sean salvadas finalmente?

Debemos recordar también que aunque las demandas puedan ser grandes, las bendiciones son todavía mayores. Gracias al Salvador, a Su Evangelio restaurado y a la obra de los profetas vivientes, para cada uno de nosotros hay un futuro brillante en las promesas del Evangelio. Si permanecemos firmes y fieles a nuestro objetivo, en algún lugar habrá un gran momento final, cuando estaremos con los ángeles "en la presencia de Dios, en un globo semejante a un mar de vidrio y fuego, donde se manifiestan todas las cosas para [nuestra] gloria, pasadas, presentes y futuras" (D&C 130:7).

Éste es el día triunfal que se nos promete, dependiendo de nuestra rectitud, y el cual anhelamos con tanto cariño. Para merecer el derecho de estar allí debemos, como dijo Alma: "ser testigos de Dios en todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar en que [estuviésemos], aun hasta la muerte" (Mosíah 18:9).

EN EL CALOR DE TUS BRAZOS

*Si deseamos que a nuestros hijos se les enseñen los
principios del Evangelio, si deseamos que amen la verdad
y la entiendan, si deseamos que sean obedientes y estén
unidos a nosotros, debemos amarles y debemos
demostrarles que les amamos a través de cada palabra y de
cada acto dirigido a ellos.*

Un estudio reciente dirigido por la Iglesia confirmó de manera notable y estadística lo que se nos ha dicho una y otra vez: Si no proveemos a nuestro hogar de un ejemplo y de una instrucción amorosa e inspirada, entonces todos nuestros esfuerzos relativos al éxito de los programas de dentro y fuera de la Iglesia se verán severamente limitados. Resulta obvio que nosotros mismos debemos enseñar el Evangelio a nuestra familia, debemos vivir esas enseñanzas en nuestro hogar, o correremos el riesgo de descubrir demasiado tarde que una maestra de la Primaria o un asesor del sacerdocio no pudo hacer por nuestros hijos aquello que nosotros no hicimos por ellos.

¿Me permiten hacer un mayor hincapié referente a esta responsabilidad tan importante? Lo que aprecio de la relación con mi hijo Matt es que él es, junto con su madre, su hermana y su hermano, mi mejor y más querido amigo. Me encanta estar con él. Hablamos mucho, nos reímos un montón. Jugamos mano a mano al baloncesto, al tenis y al frontón, aunque me niego a jugar con él al golf (éste es un chiste entre él y yo). También comentamos nuestros problemas. Yo soy el rector de una pequeña universidad y él es el presidente de una gran clase de instituto. Comparamos nuestros apuntes, nos damos consejos y compartimos las dificultades el uno del otro. Oro por él, he llorado con él y me siento enormemente orgulloso de él. Algunas noches hemos hablado por largo tiempo sobre su colchón de agua, una aberración del siglo XX que sé que, como parte del castigo de los últimos días, llegará un momento en que reventará y el agua arrastrará a los Holland por las calles de la ciudad.

Puedo hablar con Matt sobre lo mucho que disfruta del seminario porque intento hablar con él acerca de todas las clases de la escuela. A menudo nos imaginamos cómo será su misión, porque es consciente de lo mucho que mi misión significa para mí. Me hace preguntas sobre el sellamiento en el templo, pues sabe que estoy completamente loco por su madre. Quiere que su futura esposa sea como ella, y desea que ambos puedan tener lo que tenemos nosotros.

Sé que hay padres e hijos que perciben que no tienen ni una pequeña parte de lo que he mencionado aquí. Sé que hay padres que darían literalmente la vida misma por volver a estar al lado de un hijo con problemas. Sé que hay hijos que desean que sus padres estén a su lado. Simplemente les digo a todos, jóvenes y mayores: nunca se rindan. Sigán intentándolo, sigan esforzándose, sigan hablando, sigan orando, pero nunca se rindan; y por encima de todo, nunca se alejen el uno del otro.

Permítanme compartir un breve pero doloroso momento de mis propios esfuerzos como padre.

A principios de nuestra vida de casados, mi joven familia y yo estábamos cursando estudios de posgrado en una universidad de Nueva Inglaterra. Pat era la presidenta de la Sociedad de Socorro de nuestro barrio y yo estaba sirviendo en la presidencia de la estaca. Yo iba a la universidad todo el día y daba clases durante algunas horas. Por aquel entonces teníamos dos niños pequeños, poco dinero y muchas presiones.

Una tarde llegué a casa tras muchas horas en la universidad, sintiendo el proverbial peso del mundo sobre mis hombros. Todo parecía ser exigencias, desánimo y tinieblas. Me preguntaba si volvería a ver un nuevo amanecer. Al entrar en nuestro pequeño apartamento de estudiantes había un silencio poco frecuente en la sala.

"¿Hay algún problema?", pregunté.

"Matthew tiene algo que quiere contarte", dijo Pat.

"Matt, ¿qué tienes que contarme?". Matt estaba jugando tranquilamente con sus juguetes en la esquina de la sala, esforzándose por no oírme. "Matt", dije en un tono de voz un poco más fuerte, "¿tienes algo que decirme?".

Dejó de jugar, pero por un instante no levantó la mirada. Entonces, dos enormes ojos marrones llenos de lágrimas se volvieron hacia mí, y con el dolor que sólo un niño de cinco años puede conocer, me dijo: "No le hice caso a mamá esta noche y le contesté mal"; y se echó a llorar, con todo su cuerpo estremeciéndose de tristeza. Una indiscreción infantil fue descubierta, se ofreció una dolorosa confesión, el crecimiento de un niño de cinco años continuaba y podría haber habido una amorosa reconciliación.

Todo podría haber sido fantástico, de no haber sido por mí. Imaginen la cosa tan idiota que hice: perdí la paciencia. No es que la perdiera a causa de Matt, es que tenía mil y una cosas en la cabeza; pero él lo desconocía y yo no fui lo suficientemente disciplinado como para admitirlo. Así que me descargué en él.

Le dije lo decepcionado que me sentía y lo mucho más que pensaba que podía esperar de él. Sonaba como el padre patán que estaba siendo. Entonces hice lo que nunca antes había hecho en su vida: le dije que se fuera directamente a la cama y que yo no iría a orar con él ni a contarle un cuento. Se dirigió obedientemente a la cama entre sollozos, se arrodilló él solo para hacer la oración, y luego se secó las lágrimas contra la almohada, unas lágrimas que su padre debería haber estado apaciguando.

Si creen que el silencio que había cuando llegué a casa era grande, el que había ahora no se lo podrían ni imaginar. Pat no dijo ni una palabra. No tenía que hacerlo. ¡Me sentía terriblemente mal!

Más tarde, al arrodillarnos junto a nuestra cama, mi débil súplica por las bendiciones de mi familia se desplomó sobre mis oídos con un sonido horriblemente hueco. En ese momento quería levantarme e ir junto a Matt y pedirle perdón, pero ya hacía tiempo que estaba durmiendo plácidamente.

Mi alivio iba a tardar en llegar, pero al final me quedé dormido y comencé a soñar, lo cual me pasa muy rara vez. Soñé que Matt y yo estábamos metiendo nuestras cosas en dos coches pues nos íbamos a mudar. Por algún motivo su madre y su hermana pequeña no estaban presentes. Al terminar me volví a Matt y le dije: "Muy bien, Matt, tu conduces un coche y yo el otro".

El pequeño de cinco años se subió obedientemente al asiento para agarrar el enorme volante, yo me fui al otro coche y encendí el motor. Al comenzar a avanzar eché un vistazo para ver cómo le iba a mi hijo. Se estaba esforzando, ¡y de qué manera!, por llegarle a los pedales, pero no podía. Estaba dándole a las palanquitas, apretando los botones e intentando encender el motor. Apenas sí se le veía la parte superior de la cabeza, pero allí volvían a estar mirándome esos dos enormes y hermosos ojos marrones llenos de lágrimas. Al alejarme me gritó: "'Papi, no me dejes. No sé cómo hacerlo, soy demasiado pequeño". Pero yo me fui.

Al poco rato, al descender por aquella carretera desértica de mi sueño, me di cuenta de inmediato de lo que había hecho. Detuve el coche en seco, abrí la puerta de golpe y comencé a correr con todas mis fuerzas. Dejé el coche, las llaves y las pertenencias, y corrí, corrí y corrí. La calzada estaba tan caliente que me dolían los pies, las lágrimas impedían que, pese a mis esfuerzos, viese a mi hijo en algún lugar del horizonte. Continué corriendo, orando, suplicando ser perdonado y encontrar a mi hijo sano y salvo.

Al girar en una curva, a punto de caerme a causa del cansancio físico y emocional, vi el coche desconocido que había pedido a Matt que condujese. Estaba cuidadosamente aparcado a un lado de la carretera y él estaba riendo y jugando muy cerca. Un hombre mayor estaba con él, jugando y respondiendo a sus juegos. Matt me vio y dijo algo como: "Hola papá. Nos estamos divirtiendo". Resultaba obvio que ya había perdonado y olvidado mi terrible transgresión contra él.

Sin embargo, yo tenía miedo de la mirada del hombre mayor, la cual seguía cada uno de mis movimientos. Intenté decir "Gracias", pero los ojos del hombre estaban llenos de tristeza y decepción. Murmullé una disculpa un poco incomprensible y el extraño me dijo simplemente: "No debiera

haberle dejado sólo para hacer una cosa tan difícil, la cual no hubiera sido requerida de usted".

Al decirme eso el sueño terminó y yo me desperté de golpe. Tenía la almohada empapada, bien fuese por el sudor o por las lágrimas, no lo sé. Retiré las sábanas y corrí hacia la camita plegable de Matt donde, de rodillas y en medio de las lágrimas, lo acuné en mis brazos y le hablé mientras él dormía. Le dije que todo padre comete errores, pero que lo hace sin querer. Le dije que no era culpa suya el que yo hubiese tenido un mal día. Le dije que cuando los niños tienen cinco o quince años, los padres suelen olvidar que ellos tienen cincuenta. Le dije también que quería que siguiese siendo un niño pequeño durante mucho más tiempo, porque de repente iba a crecer y sería un hombre que ya no estaría jugando en el suelo con sus juguetes cuando yo regresase a casa. Le dije que le amaba a él, a su madre y a su hermana más que a nada en el mundo, y que cualesquiera que fuesen los problemas que tuviésemos en la vida, les haríamos frente juntos. Le dije que nunca más volvería a esconder de él mi cariño ni mi perdón. Le dije que me sentía honrado de ser su padre y que intentaría de todo corazón ser digno de tan grande responsabilidad.

Bueno, no he podido demostrar ser el padre perfecto que me comprometí a ser aquella noche, así como miles de noches antes y después de ésta. Pero todavía quiero serlo, y creo en este sabio consejo del presidente Joseph F. Smith: "Hermanos... si mantienen a sus [hijos] cerca de su corazón, en el calor de sus brazos; si les hacen sentir que les aman... y los mantienen cerca de ustedes, no se alejarán mucho, ni cometerán ningún pecado grande. Pero cuando ustedes les alejan del hogar y de su cariño de padres... entonces los alejan de ustedes..."

"Padres, si desean que a sus hijos les sean enseñados los principios del Evangelio, si desean que amen la verdad y la entiendan, si desean que sean obedientes y estén unidos a ustedes, ¡ámenles! y demuéstrenles que les aman a través de cada palabra y de cada acto dirigido [a] ellos" (Gospel Doctrine, 5a edición, [Salt Lake City: Deseret Book, 1966], págs. 282,316).

Todos sabemos que el ser padres no es una asignación sencilla, pero se encuentra entre las más imperativas jamás concedidas en esta vida y en la eternidad. No debemos alejarnos de nuestros hijos. Sigamos intentándolo, sigamos esforzándose, sigamos orando, sigamos escuchando. Debemos tenerlos "en el calor de nuestros brazos". Para eso somos padres.

QUIENES SOMOS Y LO QUE DIOS ESPERA DE NOSOTROS

*El fin de la educación es ayudarnos a saber quiénes somos en realidad y a descubrir lo que Dios espera que hagamos. Una de las cosas que espera es que recordemos que somos herederos de una dispensación del Evangelio que ha tenido entre sus primeros mandamientos el siguiente desafío:
"Buscad diligentemente y enseñaos el uno al otro palabras de sabiduría; sí, buscad...[en] los mejores libros... conocimiento, tanto por el estudio como por la fe". La gloria de Dios es la inteligencia, y ésa será también nuestra gloria.*

Por lo menos hay un escritor que cree que gran parte de lo que necesitamos saber nos ha sido indicado hace más de una docena de años. Dado lo que cuesta una educación universitaria, tal afirmación merece la pena ser investigada. Consideremos su postura:

"Gran parte de lo que realmente necesito saber sobre cómo vivir, qué hacer y cómo ser, lo aprendí en el jardín de infantes. La sabiduría no se encuentra en lo alto de la montaña de la universidad, sino en la arenera del jardín.

"Éstas son las cosas que aprendí: Compartirlo todo. Jugar limpio. No pegar a la gente. Poner las cosas en el sitio en que las encontré. Limpiar aquello que he ensuciado. No tomar lo que no es mío. Disculparme cuando hago daño a alguien. Lavarme las manos antes de comer. Vivir una vida equilibrada. Aprender un poco y pensar un poco; dibujar, cantar, bailar, jugar y trabajar un poco cada día.

"Echar una siesta por la tarde. Cuando salgo al mundo exterior, observar el tráfico, darnos la mano y estar juntos. No perder la capacidad de asombrarme. Recordar la pequeña semilla en el germinador. Las raíces van hacia abajo y la planta hacia arriba; nadie sabe el porqué, pero todos seguimos el mismo camino.

"Tanto los peces de colores como los ratoncitos blancos, e incluso la pequeña semilla del germinador, se mueren. Y nosotros también.

"Recordar el libro sobre Dick y Jane, y la primera palabra que aprendí, la mayor de todas: grande. Todo lo que uno necesita saber se encuentra ahí. La regla de oro, el amor y la higiene básica, la ecología, la política y una vida sana.

"Piensa en cuánto mejor sería este mundo si a todos nos dieran galletas y leche cada tarde a eso de las tres, y luego nos arropasen para dormir una siesta. Imagina que hubiese una norma básica en nuestro país y en todos los demás referente a volver a poner las cosas donde las encontramos y a limpiar aquello que ensuciamos. Y todavía sigue siendo verdad, no importa la edad que uno tenga, que cuando se sale al mundo es mejor darse la mano y estar juntos" (Robert Fulghum, "We Learned It All in Kindergarten", Reader's Digest, octubre de 1987, pág. 115).

Admito que es una lista bastante buena, tanto si uno tiene cinco años o cincuenta. De hecho, quizás la mayoría de las cosas importantes que necesitamos oír en la vida hace tiempo que nos han sido dichas, y probablemente en repetidas ocasiones. El inestimable Samuel Johnson dijo una vez que las personas necesitaban más que se les recordase las cosas de lo que necesitaban que se les enseñasen,

así que me permito compartir con ustedes algunos recordatorios tomados en su mayoría del pasado.

Preservar el pasado sin comprometer el presente no es con frecuencia una cuestión sencilla, pudiendo llegar a colocarnos en una situación precaria, algo parecido a un violinista en el tejado. De hecho, deseo pedir la ayuda de Tevye, el personaje de la obra musical *Un violinista en el tejado*, para relatarnos y recordarnos las verdades que a la mayoría de nosotros nos han sido enseñadas desde el jardín de infantes o incluso antes. Éste es Tevye hablando sobre "la tradición":

"Un violinista en el tejado. Parece una locura, ¿no? Pero en nuestro pequeño pueblo de Anatevka podría decirse que cada uno de nosotros es un violinista en el tejado, intentando extraer una melodía agradable y sencilla sin rompernos el cuello. No es fácil. Usted puede preguntarse por qué estamos ahí arriba si es tan peligroso. Lo hacemos porque Anatevka es nuestro hogar. ¿Y cómo mantenemos el equilibrio? Se lo puedo decir en una palabra: ¡Tradición!

"Gracias a nuestras tradiciones, hemos mantenido el equilibrio durante muchos, muchos años. En Anatevka tenemos tradiciones para todo: cómo comer, dormir o qué ropa vestir. Por ejemplo, siempre tenemos la cabeza cubierta y utilizamos una pequeña mantilla para orar. De este modo mostramos nuestra devoción constante a Dios. Quizás se pregunte cómo empezó esta tradición. Se lo diré: ¡No lo sé! Pero es una tradición. Gracias a nuestras tradiciones, cada cual sabe quién es y lo que Dios espera que haga" (*"Fiddler on the Roof"*, en *Great Musicals of the American Theatre*, ed. Stanley Richards, vol. 1 [Radnor, Pensilvania: Chilton Book Company, 1873], pág. 393).

Entonces, ¿quiénes somos nosotros? ¿Qué espera Dios que hagamos? Por un lado espera que recordemos que somos herederos de una dispensación del Evangelio que ha tenido entre sus primeros mandamientos el siguiente desafío: "Buscad diligentemente y enseñaos el uno al otro palabras de sabiduría; sí, buscad... [en] los mejores libros... conocimiento, tanto por el estudio como por la fe" (D&C 88:118; véase también D&C 88:78). Este mandamiento crucial está inseparablemente unido a la profunda verdad restaurada que nos enseña que somos hijos e hijas literales de Dios, y que algún día podemos llegar a ser como Él. La verdad restaurada nos enseña que la gloria de Dios es Su inteligencia, y que también será nuestra gloria.

Esta doctrina inestimable, restaurada a un mundo en tinieblas hace más de siglo y medio, se ha convertido en ese período de tiempo en una fuerte tradición para los Santos de los Últimos Días, el primero de los cuales trabajaba de día y leía libros de noche en su esfuerzo por llegar a ser más como Dios "tanto por el estudio como por la fe".

No es algo insignificante que el símbolo central y el único folleto de aquella fe naciente de los Santos fuese un libro, un registro que daría sentido a todo lo que hacían y creían. Nadie tenía que recordarles la importancia de leer, pues se trataba de un "acto del corazón". Más adelante se reunían en el cuarto superior del templo, en Ohio, para estudiar no sólo teología, sino también matemáticas, filosofía, gramática inglesa, geografía y hebreo. En las orillas del Misisipí planificaron Nauvoo, la Ciudad Hermosa, su ciudad/estado de Sión, apoyada en dos grandes pilares de enseñanza: un templo y una universidad. Aún cuando fueron expulsados de sus hogares, los Santos mantuvieron vivo su sueño. Se daban clases en cuevas excavadas en la roca, en cabañas, en los carros de mano y en los carromatos. No era fácil, mas era la doctrina. "Es imposible [salvarse] en la ignorancia", había dicho su profeta y maestro, y "cualquier principio de inteligencia que logremos en esta vida se levantará con nosotros en la resurrección" (D&C 131:6; D&C 130:18). Ellos le creyeron. Tenían tanta hambre como Erasmo, un filósofo del siglo XVI que escribió: "Cuando consigo un poco de dinero compro libros, y si me [sobra] algo, compro [pan]".

"Por doquier que hubiera asentamientos mormones, la escuela de la ciudad era una de las primeras cosas en las que se pensaba y por las que se trabajaba", dijo el futuro presidente de la Iglesia, Lorenzo Snow. En aquellas partes del nuevo territorio mormón donde no había edificios disponibles, los maestros de escuela intentaban desempeñarse lo mejor posible. El élder George A. Smith dijo de su experiencia en el sur de Utah: "Mi tienda india es un establecimiento muy importante, compuesto por ramas, unas pocas tablas y tres carromatos. [Tiene un] fogón en el centro así como muchos taburetes de ordeñar, bancos y troncos colocados alrededor, dos de los cuales están cubiertos de piel de búfalo... [Sin embargo, resultaba molesto] contemplar mi escuela durante algunas de las noches de febrero, con

los alumnos alrededor de mi gran hoguera, con el viento entrando por entre la maleza y toda la bóveda celeste por techo. ¡El termómetro marcaba bajo cero!... Yo estaba de pie con mi libro de gramática, el único en toda la escuela, leía una frase a la vez en voz alta y lo hacía pasar de un alumno a otro" (Ernest L. Wilkinson y W. Cleon Skousen, Brigham Young University: A School of Destiny [Provo, Utah: Brigham Young University Press, 1976], pág. 15).

De esa tradición de aprender, de esa casi insaciable sed por el conocimiento, ha surgido la Universidad Brigham Young, la cual tiene muy poco que ver con taburetes de ordeñar, pieles de búfalo y un único libro de texto; nada que ver con aquello por lo que lucharon y con lo que soñaron nuestros antepasados pioneros de hace más de un siglo, y gran parte de los cuales no vivió lo suficiente para verlo.

Les debemos algo. Nosotros, que somos los beneficiarios de su sacrificio y de su fe, les debemos el mejor esfuerzo que podamos realizar para la obtención de una verdadera educación edificante, liberadora y motivadora del espíritu. Necesitamos trabajar fuerte, sacar partido de cada oportunidad, jugar mucho menos y estudiar bastante más. Necesitamos aprender a escribir y a hablar bien, hacer una inversión en nosotros mismos del mismo modo que los que pagan el diezmo en la Iglesia han hecho una en nosotros, y ver que las semillas plantadas en el campo de la educación vuelvan a nosotros y a nuestra posteridad multiplicadas por cien. Llenemos nuestros carros de mano con libros y emprendamos el rumbo a Sión, avancemos igual que lo hicieron nuestros antepasados, quienes con frecuencia no tenían nada más tangible para su sustento que sus sueños y sus tradiciones.

"La gloria de Dios". "Luz y verdad". La mayoría de nosotros ha oído todo esto desde el jardín de infantes o puede que antes. La pregunta que debemos hacernos es: "¿Qué haremos con este ideal?". Recuerden Anatevka. "Cada cual sabe quién es y lo que Dios espera que haga". ¡Tradición!

Hay otra tradición importante estrechamente relacionada con la búsqueda del conocimiento en estos últimos días. Durante mi primer año como presidente de la universidad acuñé la frase latina *virtus et ventas*, para definir una misión doble. Añadí a la búsqueda de ventas (la verdad) una segunda tarea, *virtus* (la virtud), creyendo de todo corazón que la manera en que vivimos era la prueba final de la educación, que si la verdad permanecía indefensa o sin ser ejercida no merecía la pena la inversión realizada en su descubrimiento.

Al hacerlo sabía que tenía de mi lado no sólo a los filósofos, sino también a los profetas de Dios, pasados y presentes. De hecho, una Primera Presidencia de la Iglesia de esta dispensación dijo esto mucho mejor de lo que lo harían jamás los educadores profesionales. Brigham Young, Heber C. Kimball y Willard Richards declararon:

"Si los hombres [e incluimos a las mujeres] quieren ser grandes en bondad, deben ser inteligentes, pues nadie puede hacer el bien a menos que sepa cómo. Por tanto, busquen el conocimiento, todo tipo de conocimiento, especialmente aquel que viene de lo alto, aquel que es sabiduría para aplicar a todas las cosas; y si encuentran cualquier cosa que Dios desconoce, no tienen por qué aprenderla. Mas esfuércense por saber lo que Dios sabe y empleen ese conocimiento como lo emplea Dios, y entonces serán como Él;... tendrán caridad, amor el uno por el otro, y harán lo bueno continuamente y para siempre... Pero si un hombre tiene todo conocimiento y no lo utiliza para lo bueno, llegará a serle por maldición en vez de bendición, como le aconteció a Lucifer, el Hijo de la Mañana" (Milennial Star 14 [15 de enero de 1852]:22).

¡Qué filosofía educativa tan demoledora! Parece simple: aprenda y amen, esfuércense por saber lo que Dios sabe, utilicen ese conocimiento como Dios lo utiliza, y serán como El. Luchen por obtener una mayor educación para que cada uno haga el bien continuamente y para siempre. Por supuesto que eso fue lo que se nos enseñó en los años de jardín de infantes: Jugar limpio, no pegar, limpiar lo que ensuciamos, darnos la mano y permanecer juntos. Nuestra educación siempre ha llevado implícitas estas obligaciones morales ineludibles.

¿Cuán importante es todo esto mientras intentamos mantener un precario equilibrio en el tejado? Creo que muy importante. Parece que como país estamos atrapados por el remolino del caos ético, cultural y político, y parecemos sobrecogidos por ello. Las implicaciones morales de nuestra sociedad son las más severas a las que se hayan enfrentado los Estados Unidos, son serias en parte porque

amenazan directamente la idea misma de sociedad. Estas violaciones de la república dañan nuestros esfuerzos por vivir juntos en confianza y reciprocidad.

"Estados Unidos necesita recuperar cierto idealismo", decía el titular de un periódico reciente. "Las universidades generan bárbaros altamente capacitados", exclama una revista nacional. Somos una "nación sin honor", declara otra publicación mensual; una "nación de mentirosos", grita otra. Hasta el Papa viaja a los Estados Unidos para recordarnos nuestras virtudes perdidas. Y nada menos que un árbitro de la virtud nacional como la revista Time publica todo un artículo sobre "la mala fama, los escándalos y la hipocresía", documentando la frenética búsqueda que la nación hace de sus valores, una búsqueda desesperada del comportamiento en una época pasmosa de desorden moral.

Los estudiantes universitarios han contribuido a esta ciénaga moral. Consideren el siguiente fragmento extraído recientemente de una publicación educativa trimestral:

"La literatura popular ha dibujado a la generación actual de estudiantes universitarios como a un puñado cínico de buscadores de dinero, deseosos de inclinarse hacia cualquier lado con tal de 'llegar arriba'... Desgraciadamente, ... los estudiantes [de hoy no] acarician, ni siquiera entienden los principios básicos de la honestidad académica. La evidencia, basada casi por completo en informes de los estudiantes mismos, muestra claramente que los niveles de hacer trampas en los exámenes [de la universidad] son elevados... La imagen... es la de una generación de alumnos centrada en sí mismos, competitiva, insegura y cínica, cuyo cometido es obtener lo máximo del presente [sin importar el precio que suponga para los demás]. En este contexto, no es de extrañar que las universidades comiencen a preocuparse por las normas éticas de sus alumnos" (Richard A. Fass, "Brigham Young Honor Bound: Encouraging Academic Honesty", Educational Record, otoño de 1986, pág. 32).

¿Comenzando a preocuparse? "Las normas éticas de sus alumnos" no es un asunto de moda en la Iglesia. Es nuestra herencia, nuestra tradición; y debiera ser una tradición en cada universidad. Pero para serles francos, las universidades que sólo existen como tales no pueden hacerlo. Cuando Hitler subió al poder, Alemania tenía la tradición universitaria más elegante de toda la Europa continental. Gran parte de los problemas verdaderamente desesperados y severos a los que me he referido en Estados Unidos, tanto moral, como política y culturalmente, han venido de manos de hombres y mujeres entrenados en la universidad. (Aquí utilizo intencionadamente la palabra entrenados, en vez de educados). No, "una encuesta intelectual justa y completa" tampoco puede lograrlo por sí misma. La instrucción académica desmedida y carente de integridad, la instrucción desprovista de luz por las fuerzas civilizadoras y las obligaciones morales que acompañan a la verdad, simplemente producirán todavía más "bárbaros altamente capacitados". Seguro que casi cada periódico o boletín nocturno de noticias puede ser una muestra bien representativa de este hecho.

Recuerden: "Si un hombre tiene todo conocimiento y no lo utiliza para lo bueno, llegará a serle por maldición en vez de bendición, como le aconteció a Lucifer, el Hijo de la Mañana".

Para mí el elemento más triste en todo esto no es que el mundo no entienda los valores civilizadores o, peor todavía, que no lo hagan los educadores. Lo más triste de todo ello es que algunos Santos de los Últimos Días tampoco parecen entenderlos, aún cuando tenemos tradiciones por largo tiempo establecidas y repetidas con regularidad con el propósito de guiarnos. Las infracciones de esos pocos con frecuencia dañan la experiencia y la oportunidad de otras personas.

No hace falta decir que los Santos de los Últimos Días llevamos una carga especial porque declaramos que somos diferentes, porque decimos que defendemos algo tradicional y espiritualmente valioso. Claramente, desde el momento en que decimos esto, nos convertimos en mujeres y en hombres marcados; hay multitudes de personas a las que les gustaría derribarnos. Está bien, pues tras la hora de las galletas y la leche, la siguiente razón importante para nosotros es darnos la mano y permanecer juntos.

Para cuando llegamos a la universidad hemos tenido tiempo de sobra para considerar este sentimiento compartido de responsabilidad que tenemos por una vida vivida con otros. La Declaración de Independencia de los Estados Unidos expresa que la democracia puesta en práctica correctamente requiere el compromiso de "nuestra vida, nuestra fortuna y nuestro honor sagrado", como lo expresó Thomas Jefferson en su frase culminante. Me gustaría creer que en cierta forma modesta, nuestro

"juego" del siglo XX con la virtud, la moralidad y la integridad de hombres y mujeres jóvenes no es diferente del juego de la América del XVIII. Ben Franklin apeló a todos nosotros en aquel día decisivo de la firma de dicha declaración, el 4 de julio de 1776: "Debemos estar todos unidos, o de seguro que estaremos separados".

Llegado a este punto, no hace falta citar a John Donne para recordar que ningún hombre es una isla. Todo aquel que ingresa a una universidad de la Iglesia, ha entrado de forma bastante literal en una sociedad de convenios. Tomamos nuestra posición en el tejado, con el violín en la mano, y declaramos al resto del mundo: "Tradición".

¿Tradición? ¡Tradición! Mucha, preciosamente ganada y aún de manera máspreciada defendida. Resulta difícil mantener los pies en un tejado resbaladizo, pero ahí estamos, con la determinación de quedarnos. La única forma de poder tener éxito es mediante la integridad y el comportamiento disciplinado de nuestros ciudadanos, los cuales escogen voluntariamente vivir en una sociedad rigurosamente disciplinada. Cada uno de nosotros debe ser fiel a Cristo y a nuestros convenios. En una época en que la cultura tiene cerca de cinco kilómetros de ancho y un par de milímetros de profundidad, yo pido algo más profundo. Deseo un pasado, un presente y un futuro inspirador, es decir, una tradición que dé profundidad, altura e infinidad de sentido a las personas; todo lo cual sólo puede proceder de nuestro entendimiento de la gloria de Dios y de nuestra determinación para disfrutar plenamente de las bendiciones que Él tiene para nosotros.

¿Recuerdan la semilla y el vaso de la historia del jardín de infantes? "Las raíces van hacia abajo y la planta hacia arriba, y nadie sabe realmente el porqué". Quiero que nuestras raíces vayan hacia abajo y nuestras plantas hacia arriba, y cuanto más visibles sean los tallos, las ramas y los retoños, tanto más profundas tendrán que ser las raíces que los sostengan. No caigamos en tierra intelectual ni espiritualmente poco profunda. El Salvador enseñó parábolas poderosas acerca de semillas que necesitan ser plantadas profundamente y de casas que tenían que ser construidas sobre cimientos firmes.

Permítanme concluir con un relato sobre la tradición. Karl G. Maeser fue con seguridad uno de los hombres más refinados y educados que se unieron a La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días durante los primeros cincuenta años de su existencia restaurada. Instruido en la gran tradición clásica y distinguido en Sajonia por su deseo de aprender, dio literalmente todo lo que tenía para entrar en las aguas del bautismo. Condenado al ostracismo por su comunidad y sin manera alguna de poder trabajar, llevó a su esposa y dos hijos a América, sirviendo misiones mientras iban de camino, para finalmente unirse a los Santos en los valles de las Montañas Rocosas. Allí dedicó el resto de su vida a los esfuerzos educativos de la Iglesia, entre los que se incluyen quince años de absoluta pobreza como el primer y más grande director de la por entonces nueva y poco reconocida Academia Brigham Young, en Provo, Utah.

En diciembre de 1900, dos meses antes de su muerte, el hermano Maeser fue llevado de regreso para ver una vez más el modesto campus con su único edificio en la University Avenue, el cual él había construido, amado y defendido. Le ayudaron a subir las escaleras y a ir a una de las aulas, donde los estudiantes se pusieron de pie de manera instintiva al él entrar. No se habló ni una palabra. Él los miró y luego se dirigió lentamente hacia la pizarra. Con su caligrafía clásica escribió allí cuatro frases para luego salir para siempre del edificio, cerrando así una de las vidas más distinguidas que la universidad haya conocido jamás. Varios años después de la muerte del hermano Maeser, se realizó la propuesta de construir un edificio en su nombre, no en el centro sobre la University Avenue, sino en lo alto de la Colina del Templo, donde un día se iba a construir un predio universitario nuevo que tendría tres o quizás cuatro edificios. El coste sería de la astronómica cifra de 100.000 dólares, pero el edificio iba a ser un símbolo del pasado, una muestra de una tradición ambiciosa, un ancla para el futuro de la universidad.

A pesar de la difícil crisis financiera que oscurecía el futuro mismo de la universidad en aquella época, el profesorado y los alumnos decidieron que el edificio estuviera por lo menos parcialmente completado hacia 1912, para que la universidad pudiera entregar los diplomas a la primera clase que se graduaba tras un curso de cuatro años. Pero aunque se estaba elaborando el programa de la graduación,

igualmente urgentes eran los planes que estaban en camino para vender el resto de la Colina del Templo, con el propósito de construir un nuevo barrio residencial en Provo. La universidad necesitaba el dinero para sobrevivir. Dieciocho miembros se graduaron en esa primera clase de cuatro años, pero aún si el cuerpo estudiantil triplicaba su número en los años posteriores, de seguro que habría más que sitio suficiente para acomodarlos en el espacio disponible en los edificios Maeser, Brimhall y Grant de nuestro campus actual. Sí, el resto del terreno de la colina tenía que ser vendido, motivo por el cual los servicios de la graduación iban a finalizar con una especie de subasta entre los líderes de la comunidad que iban a asistir.

Cuando esa mañana se presentó a Alfred Kelly como el orador de la graduación de los estudiantes, éste se levantó y permaneció en absoluto silencio por varios momentos. Algunas personas de entre el público pensaron que había perdido el habla. Comenzó sus palabras lentamente, explicando que había estado tan preocupado por su discurso que había escrito numerosas versiones del mismo, pero que las había descartado todas y cada una de ellas. Entonces, una mañana temprano, dijo, con un sentimiento de desesperación relacionado con su asignación inminente, caminó en dirección norte desde su apartamento en el centro de la ciudad, hacia donde estaba el parcialmente completado Edificio Maeser, al cual Horace Cummings describiría más tarde como un "castillo de aire" que descendiera sobre la tierra en la Colina del Templo. Quería recibir inspiración de esta esperanza de un nuevo campus, pero tan sólo sintió una profunda decepción. El cielo comenzaba a iluminarse con la luz de la mañana, mas la oscura silueta del Edificio Maeser parecía un símbolo de penumbra.

Entonces volvió la mirada para contemplar el valle a sus pies, el cual todavía estaba oscuro. La luz del sol naciente comenzaba a iluminar las colinas occidentales situadas detrás del Lago Utah con un fulgor de un dorado inusual. A medida que se aproximaba la mañana, la luz iba descendiendo gradualmente por las colinas, cruzó el valle y avanzó lentamente hacia donde se encontraba Kelly.

Dijo que cerró los ojos casi por completo mientras la luz se acercaba y quedó sobrecogido por lo que pudo ver. Se quedó absorto. Bajo la luz del sol que se aproximaba, todo lo que vio cobró la apariencia de personas, jóvenes de su edad que avanzaban hacia la Colina del Templo. Vio a cientos de ellos, a miles de jóvenes ante sus ojos. Dijo que sabía que eran estudiantes porque todos llevaban libros en las manos.

Entonces, la Colina del Templo fue bañada por la luz del sol, y todo el campus actual quedó iluminado no con un edificio parcialmente completado, no con casas ni con una subdivisión moderna, sino con lo que Kelly describió a esa clase de graduados como "templos de conocimiento", cientos de enormes y hermosos edificios que cubrían la cima de aquella colina y que se extendían hasta la entrada del Cañón Rock. Entonces los estudiantes entraron en esos templos del saber con libros en mano y al salir, Kelly dijo que en sus rostros había sonrisas de esperanza y de fe. Observó que parecían más animados y muy confiados. Sus pasos eran ligeros, pero firmes, mientras volvían a formar parte de la luz del sol que avanzaba hacia lo alto de la Montaña "Y", e iban desapareciendo gradualmente de la vista.

Kelly se sentó ante lo que era un absoluto y profundo silencio. Nadie dijo una palabra. ¿Qué había de la subasta? Nadie se movió ni susurró. Entonces, el por largo tiempo benefactor de la Universidad Brigham Young, Jesse Knight, se puso de pie de un salto y gritó: "No venderemos ni una hectárea, ni una parcela". Se volvió al rector George Brimhall y se comprometió a donar varios miles de dólares al futuro de la universidad. Al poco rato, otras personas se pusieron de pie y se sumaron a él, algunos ofreciendo solamente la dádiva de la viuda, pero todos creyendo en el sueño de un joven alumno de Provo, creyendo en el destino de una gran universidad, el cual apenas acababa de comenzar aquel día (B. F. Larsen, discurso dado al alumnado de la Universidad Brigham Young, 25 de mayo 1962).

Consideren ahora el campus que se extiende desde el recién renovado Edificio Maeser hasta la entrada misma del Cañón Rock, donde un especial templo del saber, edificado en terreno propiedad de la Universidad Brigham Young, vigila noche y día el valle de Utah. Piensen en los edificios, en las vidas y en la tradición.

Ah sí, supongo que se estarán preguntando acerca de esas cuatro frases que Karl G. Maeser

escribió aquel día en la pizarra, las cuales son también parte de la tradición:

1. [Amar a] Dios es el principio de toda sabiduría.
2. Esta vida es una gran tarea escolar... sobre los principios de la mortalidad y de la vida eterna.
3. El hombre sólo crece con sus metas más elevadas.
4. Nunca permitan que nada impuro entre aquí.

¿Un violinista en el tejado? Es una tarea difícil, pero estamos juntos en ello, defendiendo esta herencia. Es mi deseo que descubramos en nuestra tradición del saber, del amor y de la pureza, quiénes somos en realidad y lo que Dios espera que hagamos.

SOBRE ALMAS, SÍMBOLOS Y SACRAMENTOS

El espíritu y el cuerpo constituyen el alma del hombre. Debemos contemplar este cuerpo como algo que perdurará más allá de la tumba, algo que debemos mantener puro y sagrado. No tengan miedo a ensuciarse las manos, ni a las cicatrices que puedan producirles el esfuerzo fervoroso; mas cuidense de aquellas marcas ocasionadas en los lugares a los que no deberían haber ido. Tengan cuidado de las heridas producidas en las batallas peleadas en el bando contrario.

El tema de la intimidad humana es tan sagrado como cualquier otro del que tenga conocimiento, y a la hora de abordarlo, éste puede pasar rápidamente de lo sagrado a lo meramente sensacional. Quizás sería mejor no tratar este asunto en absoluto en vez de dañarlo con la despreocupación o la falta de tacto.

Algunos pueden pensar que este tema es tratado con demasiada frecuencia, pero dado el mundo en el que vivimos, quizás no estamos haciéndolo lo suficiente. Todos los profetas, pasados y presentes, han hablado de él. La mayoría de los miembros de la Iglesia no tienen problema alguno con el asunto de la pureza personal, pero algunos sí lo tienen, y a gran parte del mundo que nos rodea no le va nada bien.

En 1987 la prensa norteamericana destacó lo siguiente: "3.000 adolescentes quedan embarazadas cada día en este país. Un millón al año. Cuatro de cada cinco no están casadas. Más de la mitad aborta. 'Las niñas tienen niños'. [Las niñas] matan [niños]" ("What's Gone Wrong with Teen Sex", People, 13 de abril de 1987, pág-111).

La misma encuesta nacional indicaba que casi el 60 por ciento de los estudiantes de secundaria en la América "moderna" había perdido la virginidad, así como el 80 por ciento de los universitarios. Un columnista del The Wall Street Journal escribió: "El SIDA [parece estar alcanzando] la proporción de una plaga, llegando a reclamar las vidas de víctimas inocentes: Los recién nacidos y los receptores de transfusiones de sangre. Es tan sólo cuestión de tiempo el que se extienda entre la gente heterosexual... El SIDA debiera recordarnos que el nuestro es un mundo hostil... Cuanto más nos movemos por él, mayor es la probabilidad de que se nos pegue algo... Tanto en el aspecto clínico como en el moral, parece claro que la promiscuidad tiene su precio" (21 de mayo de 1987, pág. 28).

Mucho más extendidas en nuestra sociedad que la indulgencia de la actividad sexual personal, lo están las descripciones impresas y las fotografías de aquéllos que tanto la consienten. Un observador contemporáneo dice al respecto de ese ambiente lascivo: "Vivimos en una época en la que ser un "voyerista" ha dejado de ser la excusa del perverso solitario, para convertirse ahora en un pasatiempo nacional plenamente institucionalizado y [extendido] en los medios de comunicación" (William R May, citado por Henry Fairlie, The Seven Daily Sins Today [Notre Dame, Indiana: University of Notre Dame Press, 1978], pág. 178).

De hecho, el auge de la civilización parece, de manera bastante irónica, haber hecho de la promiscuidad real o imaginaria un problema mayor y no menor. Edward Gibbon, el distinguido historiador británico del siglo XVIII, escribió: "Aunque el progreso de la civilización ha contribuido de manera indudable a mitigar las pasiones más fuertes de la naturaleza humana, parece haber sido menos favorable a la virtud de la castidad... Los refinamientos de la vida [parecen] corromper las [relaciones] entre los sexos aun cuando les den brillo" (The Decline and Fall of the Roman Empire, vol. 40 de Great Books of the Western World, 1952, pág. 92).

Pero de nada vale documentar los problemas sociales ni restregarse las manos ante los peligros que tales influencias externas pueden tener para nosotros. Con lo serias que son tales realidades contemporáneas, deseo abordar este asunto de una manera bastante diferente y tratarlo de manera concreta para los Santos de los Últimos Días. Hago visiblemente a un lado los horrores del SIDA y las estadísticas nacionales sobre los embarazos de jóvenes solteras, y me referiré más a la pureza personal desde el punto de vista del Evangelio.

De hecho, deseo hacer algo un poco más difícil que enumerar lo que se puede y lo que no se puede hacer respecto a la pureza personal. Es mi deseo examinar, al máximo de mi habilidad, por qué debemos ser limpios y por qué la disciplina moral es un asunto tan significativo a los ojos de Dios. Sé que puede sonar presuntuoso, pero un filósofo dijo una vez: "Explicadme suficientemente por qué debo hacer una cosa y removeré el cielo y la tierra para hacerla". Con la esperanza de que se sientan del mismo modo que él, y con un pleno reconocimiento de mis limitaciones, deseo por lo menos intentar dar una respuesta parcial a la pregunta "¿Por qué ser moralmente limpios?". Primero necesitaré exponer brevemente lo que considero como la seriedad doctrinal de este asunto antes de ofrecer tres razones para dicha seriedad.

Permítanme comenzar con la mitad de un poema de nueve versos escrito por Robert Frost. (La otra mitad también vale la pena un sermón, pero tendrá que esperar a otro día). Éstas son las primeras cuatro líneas del poema "Hielo y fuego": "Hay quien dice que el mundo acabará en llamas, / otros dicen que en el hielo. / Pero como tú que el deseo amas / me inclino por los del fuego". Una segunda opinión menos poética pero más específica nos la ofrece el autor de Proverbios: "¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen?... Mas el que comete adulterio es falto de entendimiento; corrompe su alma el que tal hace. Heridas y vergüenza hallará, y su afrenta nunca será borrada" (Proverbios 6:27-28,32-33).

En relación a la seriedad doctrinal, ¿por qué es tan riguroso el asunto de las relaciones sexuales, que casi siempre se emplea el fuego como metáfora, con la pasión dibujada de manera vivida en forma de llamas? ¿Qué hay en ese calor potencialmente dañino que destruye el alma de la persona, o quizás todo el mundo, según Frost, si descuidamos esa llama y no refrenamos esas pasiones? ¿Qué hay en todo ello que impulsa a Alma a advertir a su hijo Coriantón que la transgresión sexual es "una abominación a los ojos del Señor; sí, más [abominable] que todos los pecados, salvo el derramar sangre inocente o el negar al Espíritu Santo"? (Alma 39:5. *Cursiva agregada*).

Dejando a un lado los pecados contra el Espíritu Santo por un momento, como una categoría especial en sí mismos, es la doctrina de los Santos de los Últimos Días que la transgresión sexual está en segundo lugar tras el asesinato en la lista que el Señor tiene de los pecados más serios de la vida. Al asignar dicha posición a un apetito tan claramente notable en todos nosotros, ¿qué está intentando decirnos Dios sobre el lugar que éste ocupa en el plan que Él tiene para todos los hombres y mujeres en la mortalidad? Les digo que está haciendo precisamente eso, hablar sobre el plan mismo de la vida. Para ser claros, las mayores preocupaciones de Dios referentes a la mortalidad son cómo venimos a este mundo y cómo salimos de él. Estos dos puntos importantes de nuestro progreso personal tan cuidadosamente supervisado, son los dos aspectos que Dios, como Creador, Padre y Guía, desea que más reservemos para Él. Éstos son los dos asuntos que en repetidas ocasiones nos ha dicho que nunca quiere que abordemos de manera ilegal, ilícita, infiel o sin aprobación.

En cuanto a tomar la vida de otra persona, generalmente tenemos bastante responsabilidad. Me parece que la mayoría de las personas perciben de manera clara la santidad de la vida, y como norma no corren hasta sus amigos, les apuntan con un revólver a la cabeza y aprietan el gatillo sin miramientos. Es más, cuando se oye el ruido del percutor en vez de una explosión de plomo y parece haberse evitado una posible tragedia, nadie en tal circunstancia sería tan insensato como para musitar: "Vaya, no me salió del todo bien".

No, "del todo bien" o no, lo insano de tal acción con el polvo y el hierro fatídicos está claramente a la vista. Una persona que va por ahí con todo un arsenal y armamento militar apuntando a los jóvenes, debiera ser detenido, juzgado y encerrado en una institución si de hecho tal lunático no se ha pegado un tiro en todo ese tremendo jaleo. Tras semejante momento ficticio de horror, sin duda

alguna nos sentaríamos en nuestras casas o en las aulas con el miedo en la mente durante muchos meses, preguntándonos cómo pudo llegar a pasar semejante cosa, especialmente a miembros de la Iglesia.

Afortunadamente, en el caso de cómo es tomada la vida, creo que somos bastante responsables. La seriedad de ello no tiene que sernos recordada con frecuencia y no hace falta dedicarle muchos sermones. Pero en cuanto a la importancia y a la santidad de dar vida algunos no somos tan responsables, y en el gran mundo que gira a nuestro alrededor solemos encontrar una irresponsabilidad casi criminal. Lo que en el caso de tomar una vida ocasiona un horror absoluto y la exigencia de la justicia más severa, el dar vida genera chistes sucios, canciones con palabras malsonantes y una carnalidad estúpida en la pantalla del televisor o del cine.

¿Es malo todo esto? Ésta es una pregunta que ha sido siempre formulada, especialmente por el culpable. "El proceder de la mujer adúltera es así: Come, y limpia su boca y dice: No he hecho maldad" (Proverbios 30:20). Aquí no hay asesinato alguno. Bueno, quizás no, pero ¿y transgresión sexual? "Corrompe su alma el que tal hace" (Proverbios 6:32). A mí me suena como a algo casi funesto.

Queda dicho suficiente en cuanto a la seriedad doctrinal. Ahora, con el deseo de evitar momentos dolorosos, para evitar lo que Alma llamó el "indecible horror" de permanecer en la presencia de Dios siendo indignos y para permitir que la intimidad que ustedes tienen el derecho, el privilegio y el gozo de disfrutar en el matrimonio no se vea afectada por un remordimiento y una culpa tan apabullantes, deseo dar esas tres razones que mencioné anteriormente en cuanto a porqué creo que éste es un asunto de magnitud y consecuencias tales.

En primer lugar, debemos simplemente entender la doctrina revelada y restaurada de los Santos de los Últimos Días relativa al alma, así como la parte elevada e inseparable que el cuerpo tiene en esa doctrina.

Una de las verdades "claras y de gran valor" restaurada en esta dispensación es la de que "el espíritu y el cuerpo son el alma del hombre" (D&C 88:15; cursiva agregada), y que cuando el espíritu y el cuerpo se separan, los hombres y las mujeres "no [pueden] recibir una plenitud de gozo" (D&C 93:34). Ciertamente, ello sugiere algo de la razón por la cual el tener un cuerpo es tan importante para el plan de salvación, por qué el pecado de cualquier tipo es un asunto tan serio (principalmente, porque su consecuencia automática es la muerte, la separación del espíritu del cuerpo, y la separación del espíritu y del cuerpo con respecto a Dios), y por qué la resurrección del cuerpo es vital para el gran triunfo duradero y eterno de la expiación de Cristo. No tenemos que ser una piara de cerdos endemoniados bajando por las colinas gadarenas hasta el mar para entender que el cuerpo es el gran premio de la vida mortal, y que aun un cerdo bastará para esos espíritus enloquecidos que se rebelaron y que hasta este día permanecen desposeídos, en su estado primero y desincorporado.

Quisiera citar parte de un discurso dado en 1913 por el élder James E. Talmage respecto a este punto de doctrina:

"Se nos ha enseñado... a cuidar de nuestro cuerpo como un don que es de Dios. Nosotros, los Santos de los Últimos Días, no consideramos el cuerpo como algo que tiene que ser condenado o despreciado... lo consideramos como, una señal de nuestra primogenitura real... Reconocemos el hecho de que a aquéllos que no guardaron su primer estado... les fue negada esta bendición inestimable... Creemos que estos cuerpos... pueden ser, realmente, el templo del Espíritu Santo...

"Es característico de la teología de los Santos de los Últimos Días que consideramos el cuerpo como parte esencial del alma. Lean sus diccionarios, sus libros de léxico y enciclopedias, y descubrirán que en ningún sitio, a excepción de en la Iglesia de Jesucristo, se encuentra la verdad solemne y eterna que enseña que el alma del hombre es el resultado de combinar el cuerpo y el espíritu" (Conference Report, octubre de 1913, pág. 117).

Así que, en parte como respuesta a por qué tanta seriedad, respondemos que aquél que juega con el cuerpo de otra persona, el cual Dios le ha dado y Satanás desea, está jugando con el alma misma de ese individuo y con el propósito central y el producto de la vida, "la clave misma" de la vida, como una vez lo llamó el élder Boyd K. Packer. Al tratar de manera trivial el alma de otra persona (por

favor, incluyan aquí la palabra cuerpo), minimizamos la expiación que salvó a esa alma y que garantizaba su existencia continua. Y cuando uno juega con el Hijo de Rectitud, la Estrella del Día, juega con fuego y con una llama más caliente y sagrada que el sol del mediodía. No podemos hacer esto sin resultar quemados. No pueden "[crucificar]... de nuevo al Hijo de Dios" (Hebreos 6:6) y quedar impunes. La explotación del cuerpo (por favor, incluyan aquí la palabra alma) es, en definitiva, la explotación de Aquél que es la Luz y la Vida del mundo. Puede que aquí la amonestación de Pablo a los Corintios cobre un nuevo y mayor significado:

"Pero el cuerpo no es para la fornicación, sino para el Señor, y el Señor para el cuerpo... ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? ¿Quitaré, pues, los miembros de Cristo y los haré miembros de una ramera? De ningún modo... Huid de la fornicación... El que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual ésta en nosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestros?... Habéis sido comprados por precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios" (1 Corintios 6:13-20. *Cursiva agregada*).

Lo que está en juego aquí es nuestra alma: nuestro espíritu y nuestro cuerpo. Pablo entendía la doctrina del alma en detalle, tan bien como James E. Talmage, porque es la verdad del Evangelio. El precio pagado por nuestra plenitud de gozo, la unión eterna del cuerpo y del espíritu, es la sangre pura e inocente del Salvador del mundo. No podemos decir en ignorancia o desafiantes: "Bueno, es mi vida", o peor aún: "Es mi cuerpo". No lo es. "No sois vuestros", dijo Pablo. "Habéis sido comprados por precio". Así que en respuesta a la pregunta "¿por qué Dios se preocupa tanto por la transgresión sexual?", ello se debe a causa del preciado don ofrecido por Su Hijo Unigénito y mediante Él, para la redención de las almas (los cuerpos y los espíritus) que compartimos y de las que con frecuencia abusamos de maneras tan baratas y vergonzosas. Cristo restauró la simiente misma de las vidas eternas (véase D&C 132:19,24), y nosotros la profanamos por nuestra cuenta y riesgo. ¿Cuál es la primera razón clave para la pureza personal? El que nuestras almas mismas estén implicadas y en juego.

Segundo, la intimidad humana, esa sagrada unión física ordenada por Dios para una pareja casada, está relacionada con un símbolo que requiere una santidad especial.

Tal acto de amor entre un hombre y una mujer es, o por lo menos fue ordenado a ser, un símbolo de unión total: la unión de sus corazones, esperanzas, amor, familia, futuro y su todo. Es un símbolo que intentamos sugerir con una palabra como sellar. El profeta José Smith dijo una vez que quizás debemos representar esta unión sagrada como una soldadura, como si aquéllos unidos en matrimonio y las familias eternas fuesen soldados juntos, de forma inseparable, para hacer frente a las tentaciones del adversario y a las aflicciones de la mortalidad. (Véase D&C 128:18).

Pero una unión virtualmente irrompible y total, un compromiso inflexible entre un hombre y una mujer, sólo puede producirse gracias a la intimidad y permanencia permitidas en un convenio matrimonial, con la unión de todo lo que ellos poseen: Sus corazones y sus almas, todos sus días y todos sus sueños. Ambos trabajan juntos, lloran juntos, disfrutan juntos de Brahms, de Beethoven y del desayuno, se sacrifican, ahorran y viven juntos en favor de toda la abundancia que proporciona una vida completamente íntima a esta pareja. El símbolo externo de esa unión, la manifestación física de ese lazo mucho más espiritual y metafísico, es la unión física, la cual es parte, y de hecho es la expresión más hermosa y gratificante, de esa mayor y más completa unión de propósito y promesa eternos.

Aún cuando sea delicado mencionarlo, no obstante confío en la madurez de los lectores para entender que, psicológicamente, somos creados como hombres y mujeres para poder realizar dicha unión. En esta última y definitiva expresión física de un hombre y de una mujer, ambos llegan a ser uno casi de manera literal, como sólo dos cuerpos físicos individuales pueden llegar a serlo. Es en ese acto definitivo de intimidad física que casi cumplimos por completo el mandamiento del Señor dado a Adán y a Eva, símbolos vivientes para todas las parejas casadas, cuando Él los invitó a allegarse el uno al otro y ser, por tanto, "una carne" (Génesis 2:24).

Obviamente, el mandamiento dado a estos dos, el primer esposo y la primera esposa de la familia humana, tiene implicaciones sociales, culturales, religiosas y físicas de carácter limitado, pero

ése es exactamente el punto al que voy. Cuando todas las parejas llegan a ese momento de unión en la mortalidad, se espera que ésta sea una unión completa. Este mandamiento no puede ser cumplido, y ese simbolismo de "una carne" no puede ser preservado, si nosotros compartimos esta intimidad de manera apresurada, culpable y a hurtadillas en una esquina oscura y a una hora oscura, para luego volver a nuestros mundos separados del mismo modo apresurado, culpable y a hurtadillas, no para comer, vivir, llorar o reír juntos, ni para lavar la ropa y los platos o realizar las tareas de la casa, ni tampoco para administrar un presupuesto, pagar las cuentas, cuidar a los niños o planear juntos el futuro. No, no podemos hacerlo hasta que seamos uno de verdad, unidos, enlazados, atados, soldados, sellados, casados.

¿Pueden ver entonces la esquizofrenia moral que resulta de fingir que somos uno, de compartir los símbolos físicos y la intimidad física de nuestra unión, para luego marcharnos, retirarnos, y romper con todos los demás aspectos y símbolos de lo que se esperaba que fuese una obligación total; sólo para volver a unirse de manera furtiva alguna que otra noche o, peor todavía, unirse furtivamente (y pueden darse cuenta de la manera cínica en que empleo esta palabra) con algún otro compañero que tampoco está unido a nosotros, que no es uno con nosotros más de lo que lo fue el último o del que lo será el de la próxima semana, el del próximo mes, el del próximo año, o el de cualquier momento antes de los vinculantes convenios del matrimonio?

Deben esperar hasta que puedan darlo todo, y no pueden darlo hasta que por lo menos legalmente, y en cuanto a los objetivos Santos de los Últimos Días se refiere, sean declarados eternamente como uno. Dar de manera ilícita aquello que no es suyo (recuerden: "No sois vuestros") y dar sólo parte de aquello que no puede ir seguido del don de todo su corazón, toda su vida y todo su ser, es una manera muy personal de jugar a la ruleta rusa. Si persisten en compartir a medias sin compartir el todo, en perseguir una satisfacción carente de simbolismo, en dar solamente partes, piezas y fragmentos incandescentes, corren el terrible riesgo de sufrir un daño físico y espiritual que pueda minar tanto su intimidad física como el entregar su corazón a un amor más verdadero y tardío. Pueden llegar a ese momento de amor real, de unión total, sólo para descubrir, para su horror, que lo que debían haber reservado ha sido gastado y que sólo la gracia de Dios puede recuperar poco a poco esa disipación de su virtud.

Un buen amigo Santo de los Últimos Días, el doctor Victor L. Brown, hijo, escribió al respecto:

"La fragmentación permite a los que la utilizan falsificar la intimidad... Si nos relacionamos el uno con el otro a pedazos, en el mejor de los casos perdemos el disfrutar de una relación plena. En el peor de los casos, manipulamos y explotamos a los demás para satisfacer nuestra propia gratificación. La fragmentación sexual puede ser particularmente perjudicial porque proporciona unas recompensas psicológicas poderosas, las cuales, aunque ilusorias, pueden persuadirnos temporalmente a hacer caso omiso a las serias deficiencias del total de la relación. Dos personas pueden casarse en busca de gratificación física para luego descubrir que la ilusión de la unión se colapsa bajo el peso de las incompatibilidades intelectuales, sociales y espirituales...

"La fragmentación sexual es particularmente perjudicial porque es especialmente engañosa. La intensa intimidad sexual que debiera ser disfrutada y simbolizada en la unión sexual es falsificada por episodios sensuales que sugieren, pero que no pueden dar, aceptación, entendimiento y amor. Tales encuentros confunden el fin con los medios, y las personas solas y desesperadas buscan un denominador común que permita la gratificación más fácil y rápida" (Human Intimacy: Illusion & Reality [Salt Lake City: Parliament Publishers, 1981], págs. 5-6).

Prestemos atención a una observación un tanto más penetrante realizada por una persona que no es de nuestra fe, relativa a tales actos vacíos tanto del alma como del simbolismo del que hemos estado hablando. Ese hombre escribe: "Nuestra sexualidad ha sido animalizada, robada del complejo sentimiento con el que han sido investidos los seres humanos, dejándonos para contemplar únicamente el acto, y temer nuestra impotencia en él. Es la animalización de la que no pueden escapar los manuales de sexualidad, aun cuando intentan hacerlo, porque son reflejos de ella. Podríamos considerarlos como libros de texto para veterinarios" (Fairlie, *The Seven Deadly Sins Today*, pág. 182).

Es en cuanto a este asunto de la falsa gratificación y de la gratificación engañosa que expreso mi advertencia a los varones que lean este mensaje. Toda mi vida he oído que es la jovencita la que debe asumir la responsabilidad sobre el control de los límites de la intimidad durante el cortejo, porque el joven no puede. En raras ocasiones he oído comentario alguno respecto al asunto que me haga sentir más decepcionado que éste. ¿Qué tipo de hombre es él? ¿Qué sacerdocio, poder, fuerza o autodomínio tiene este hombre, que le permite desarrollarse en la sociedad, crecer hasta la edad de la responsabilidad madura, quizás hasta lograr una educación universitaria y prepararse para influir en futuros colegas, reinos y en el curso del mundo, pero que no tiene la capacidad mental ni moral para decir: "No haré tal cosa"? No, esta psicología farmacéutica del perdón nos hace decir: "No puedo evitarlo. Mis glándulas tienen control completo sobre mi vida, mi mente, mi voluntad y todo mi futuro".

Decir que una joven en una relación semejante tiene que llevar tanto su responsabilidad como la de un joven es una de las sugerencias más inapropiadas que nadie pueda imaginar. En la mayoría de los casos, si hay una transgresión sexual, yo descanso la carga sobre los hombros del joven —para nuestros propósitos, el poseedor del sacerdocio—, pues es ahí donde creo que Dios considera que debe recaer la responsabilidad. Al decir esto no excuso a las jóvenes que no ejercen moderación alguna o no tienen el carácter ni la convicción para exigir que la intimidad sea reservada únicamente para su papel adecuado. He tenido experiencia suficiente en llamamientos de la Iglesia como para saber que las mujeres, al igual que los hombres, pueden ser agresivas. Pero también me niego a aceptar la inocencia fingida de un joven que quiere pecar y lo llama psicología.

De hecho, y lo que es más trágico, la joven es con mayor frecuencia la víctima; es la joven la que suele sufrir el mayor dolor; es la joven la que en la mayoría de los casos se siente usada, abusada y terriblemente sucia. Y un hombre pagará por esa suciedad impuesta, tan seguro como que el sol se pone y los ríos corren hacia el mar.

Fíjense en el lenguaje directo del profeta Jacob en sus escritos del Libro de Mormón. Tras una osada confrontación sobre el tema de la transgresión sexual entre los nefitas, pasa a citar a Jehová: "Porque yo, el Señor, he visto el dolor y he oído el lamento de las hijas de mi pueblo en la tierra... Y no permitiré, dice el Señor de los Ejércitos, que el clamor de las bellas hijas de este pueblo... ascienda a mí contra los varones de mi pueblo, dice el Señor de los Ejércitos.

"Porque no llevarán cautivas a las hijas de mi pueblo, a causa de su ternura, sin que yo los visite con una terrible maldición, aun hasta la destrucción" (Jacob 2:31-33. *Cursiva agregada*).

No sean engañados ni destruidos. Amenos que controlen ese fuego, tanto sus ropas como su futuro serán quemados; y su mundo, falto de un arrepentimiento doloroso y perfecto, arderá en llamas. Se lo digo con buenas palabras, con las palabras de Dios.

Tercero, tras el alma y el símbolo viene la palabra sacramento, un término estrechamente relacionado con los otros dos.

La intimidad sexual no es sólo la unión simbólica entre un hombre y una mujer, la unión de sus mismas almas, sino que es también la unión simbólica entre los mortales y la deidad, la unión entre humanos ordinarios y falibles en un momento excepcional con Dios mismo y todos los poderes mediante los cuales se concede la vida en este gran universo nuestro.

Referente a este último aspecto, la intimidad humana es un sacramento, un tipo muy especial de símbolo. Para nuestro objetivo, un sacramento podría ser cualquiera de un número de gestos, actos u ordenanzas que nos unen con Dios y con Sus ilimitados poderes. Somos imperfectos y mortales, mientras que Él es perfecto e inmortal. Pero de vez en cuando, de hecho, tan pronto como sea posible y apropiado, encontramos maneras, vamos a lugares y creamos circunstancias donde podemos unirnos simbólicamente con Él; y al hacerlo ganamos acceso a Su poder. Esos momentos especiales son momentos sacramentales, como el arrodillarse ante un altar durante la celebración de un matrimonio, la bendición de un recién nacido o el participar de los emblemas de la Cena del Señor. Esta última ordenanza es aquélla que hemos llegado a asociar en la Iglesia con la palabra sacramento, aunque técnicamente es uno de los muchos momentos semejantes en los que tomamos a Dios formalmente de la mano y sentimos Su poder divino.

Éstos son momentos en los que muy literalmente unimos nuestra voluntad a la de Dios, nuestro espíritu al Suyo, donde la comunión a través del velo se torna muy real. En esos momentos no sólo reconocemos Su divinidad, sino que de manera bastante literal tomamos algo de esa divinidad para nosotros. Así son los santos sacramentos.

No conozco a nadie que fuese a irrumpir en un salón sacramental, tomase los manteles de las mesas, arrojase el pan de un extremo al otro del cuarto, derramase el agua de las bandejas por el suelo y se alejase del edificio riéndose y aguardando una nueva oportunidad para hacer lo mismo en otro servicio de adoración al domingo siguiente. Nadie haría eso durante uno de los momentos verdaderamente sagrados de nuestra adoración religiosa, ni nadie se atrevería a violar ninguno de los momentos sacramentales de nuestra vida, esos momentos en los que de manera consciente clamamos por el poder de Dios y por una invitación a estar junto a Él en privilegio y principado.

Pero deseo destacar, como la tercera de mis razones para ser limpio, que la unión sexual es también, en su aspecto más profundo, un sacramento verdadero del orden más elevado, una unión no sólo de un hombre y una mujer, sino la unión de un hombre y de una mujer con Dios. De hecho, si nuestra definición de sacramento es la del acto de reclamar, compartir y ejercer el propio poder inestimable de Dios, no conozco entonces otro privilegio divino que nos sea dado de manera tan rutinaria a todos nosotros, hombres y mujeres, ordenados o no ordenados, Santos de los Últimos Días o no, como el milagroso y majestuoso poder de transmitir la vida, el indecible, el insondable y el continuado poder de la procreación. Hay momentos especiales en nuestra vida cuando las otras ordenanzas más formales del Evangelio, los sacramentos, por así llamarlos, nos permiten sentir la gracia y la grandeza del poder de Dios. Muchas son experiencias únicas, como nuestra confirmación o nuestro matrimonio, y otras se repiten con frecuencia, como la bendición de los enfermos o las ordenanzas que efectuamos por otras personas en el templo. Pero no conozco nada tan trascendental y al mismo tiempo tan universal y generosamente concedido a todos nosotros, como el poder divino del que disponemos en cada uno desde nuestros años de adolescencia para crear un cuerpo humano, la maravilla de todas las maravillas, un ser genética y espiritualmente único, nunca antes visto en la historia del mundo y que nunca será duplicado en todas las épocas de la eternidad: un hijo, nuestro hijo; con ojos, oídos, dedos en las manos y en los pies, y un futuro de grandeza indecible.

Imagínenselo. Jóvenes verdaderos, y todos nosotros durante muchas décadas posteriores, llevando cada día, cada hora, minuto a minuto, prácticamente en cada momento de vigilia y de sueño, el poder, la química y la simiente de la vida, transmitida de manera eterna para garantizar a alguien más su segundo estado, su siguiente nivel de desarrollo en el plan divino de salvación. Les aseguro que no hay poder, del sacerdocio o de cualquier otro tipo, dado por Dios de manera tan universal y a tantas personas con prácticamente ningún control sobre su uso, excepto el dominio propio. Y les aseguro que nunca seremos más semejantes a Dios en ningún momento de esta vida como cuando estemos expresando ese poder en particular. De todos los títulos que ha escogido para Sí mismo, el de Padre es con el que se presenta, y la creación es Su lema, especialmente la creación humana, creación a Su imagen. Su gloria no está en una montaña, aun cuando las montañas son asombrosas. No está en el mar, ni en el cielo, en la nieve, ni en el amanecer, aunque todos ellos son hermosos. No está en el arte, ni en la tecnología, bien sea un concierto o una computadora. No, Su gloria, y Su dolor, está en Sus hijos. Nosotros, ustedes y yo, somos Sus posesiones más valiosas y somos la evidencia terrenal, aunque inadecuada, de lo que Él es en realidad. La vida humana es el mayor de los poderes de Dios, la química más misteriosa y magnífica de todas, y nos ha sido concedida tanto a ustedes como a mí, aunque bajo las más serias y sagradas restricciones. Ustedes y yo, quienes no podemos hacer una montaña, ni un rayo de luz, ni una gota de lluvia ni tan sólo una rosa, disponemos de manera absolutamente ilimitada del mayor de los dones; y el único control impuesto sobre nosotros es el autodomínio, un autodomínio nacido del respeto por el poder sacramental y divino que es.

De seguro que la confianza que Dios deposita en nosotros respecto a este don para crear es increíblemente asombrosa. Nosotros, quienes probablemente no somos capaces de reparar una bicicleta ni de montar un rompecabezas de nivel medio, podemos sin embargo y con todas nuestras debilidades e imperfecciones, llevar este poder procreador que nos hace tan semejantes a Dios, al

menos de esa manera grandiosa y majestuosa.

Almas. Símbolos. Sacramentos. ¿Nos sugieren estas palabras por qué la intimidad humana es un asunto tan serio? ¿Por qué es tan justo, recompensante y asombrosamente hermoso cuando es utilizado en el matrimonio y aprobado por Dios (no sólo con un "bueno", sino con un "muy bueno", como les declaró a Adán y Eva), y tan blasfemamente incorrecto, semejante a un crimen, cuando se utiliza fuera de tal convenio? Según yo lo veo, aparcamos el coche, nos besuqueamos, dormimos juntos y ponemos en peligro nuestra vida. El castigo puede no llegar el día exacto de nuestra transgresión, pero de seguro que llega, y de no ser por un Dios misericordioso y el privilegio atesorado del arrepentimiento personal, habría mucha gente en este momento sintiendo ese dolor infernal que, al igual que la pasión de la que hemos estado hablando, también se describe con la metáfora del fuego. Un día, en algún lugar, en algún momento, los moralmente sucios orarán, hasta que se arrepientan, como el hombre rico que deseaba que Lázaro "moje... su dedo en agua, y refresque mi lengua; porque estoy atormentado en esta llama" (Lucas 16:24).

Para concluir, consideremos lo siguiente de dos estudiosos de la instructiva y larga historia de la civilización:

"Ningún hombre [ni mujer], sin importar lo brillante o instruido que sea, puede en toda su vida llegar a tal plenitud de entendimiento como para juzgar con seguridad y hacer a un lado las costumbres o las instituciones de su sociedad, pues en ellas reside la sabiduría de generaciones tras siglos de experimentación en el laboratorio de la historia. Un joven con sus hormonas hirviendo se preguntará por qué no puede dar rienda suelta a sus deseos sexuales; si este joven no está restringido por la costumbre, la moral o las leyes, puede arruinar su vida [o la de ella] antes de madurar lo suficiente como para entender que el sexo es un río de fuego que hay que encauzar y enfriar por medio de un centenar de restricciones antes de que sumerja en el caos tanto al individuo como al grupo" (Will y Ariel Durant, *The Lessons of History* [Nueva York: Simón & Schuster, 1968], págs. 35-36).

O dicho en las palabras más eclesiásticas de James E. Talmage:

"Ha sido declarado por la solemne palabra de la revelación, que el espíritu y el cuerpo constituyen el alma del hombre; y, por tanto, debemos contemplar este cuerpo como algo que perdurará más allá de la tumba, algo que debemos mantener puro y sagrado. No tengan miedo a ensuciarse las manos ni a las cicatrices causadas por el esfuerzo fervoroso o [ganadas] en luchas honestas, mas cuídense de las marcas que desfiguran, ocasionadas en los lugares a los que no deberían haber ido, que les han acontecido en empresas indignas [producidas en sitios en los que no deberían haber estado]; tengan cuidado de las heridas producidas en las batallas peleadas en el bando contrario" (Conference Report, octubre de 1913, pág. 117).

Si algunos están sintiendo las "cicatrices... ocasionadas en los lugares a los que no deberían haber ido", a ellos se les extiende la paz especial y la promesa que está a su alcance a través del sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo. Su amor, los principios del Evangelio restaurado y las ordenanzas que hacen que ese amor esté a nuestro alcance con todo su poder purificador y sanador, nos son concedidas de manera gratuita. El poder de estos principios y ordenanzas, incluyendo el arrepentimiento pleno y redentor, se lleva solamente a cabo en ésta, la Iglesia verdadera y viviente del Dios verdadero y viviente. Todos debemos "venir a Cristo" por la plenitud del alma, del símbolo y del sacramento que nos ofrece.

ASOMBRO ME DA

*Seguramente la razón por la que Cristo dijo en la cruz,
"Padre, perdónalos", fue porque aun en aquella hora tan difícil,
sabía que ése era el mensaje que había venido a
traer a través de toda la eternidad.
Todo el plan de salvación se habría perdido si Él hubiese retirado
Su perdón a toda la familia humana. Es el momento más puro
de Su ministerio, tan perfecto en ejemplo como doloroso de soportar.*

Uno de nuestros himnos favoritos comienza con las palabras "Asombro me da" (Himnos, 1992, número 118). Al considerar cualquier momento de la vida de Cristo, hay razones más que suficientes para estar asombrados en todos los aspectos. Estamos asombrados por Su papel premortal como el gran Jehová, agente del Padre, creador de la tierra, custodio de toda la familia del hombre. Estamos asombrados por Su venida a la tierra y por las circunstancias que rodearon Su nacimiento tras miles de años de liderazgo revelado a Adán, Abraham, Moisés, Lehi y todos los profetas de la antigüedad. Estamos asombrados por Su padraastro bueno y humilde, y por la joven virgen que fue Su madre terrenal. Estamos asombrados por el milagro de Su concepción, por la pobreza y la soledad de Su nacimiento, que sería tan sólo un símbolo de toda la soledad que le aguardaba.

Nos asombra el que con sólo doce años de edad ya estuviera en los asuntos de Su padre, sentado en medio de los doctores de la ley, donde "éstos le oían y le hacían preguntas" (TJS, Lucas 2:46). Nos asombra el comienzo formal de Su ministerio, Su bautismo, los dones espirituales y el llamamiento de hombres por demás comunes para estar a Su lado en la enseñanza de lo que serían doctrinas extraordinarias y con frecuencia muy poco populares. Nos asombra porque a todos lados a donde iba, las fuerzas del mal fueron ante Él, y nos asombra que le conocieran desde el principio, aun cuando los mortales no le reconocieron. A la par que algunos decían: "¿No es éste Jesús, el hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos?" (Juan 6:42), los demonios le gritaban: "Déjanos; ¿qué tienes con nosotros, Jesús nazareno? ¿Has venido para destruirnos? Yo te conozco quién eres, el Santo de Dios" (Lucas 4:34).

Nos asombra el hecho de que todas estas fuerzas de maldad fuesen expulsadas, retiradas y derrotadas, mientras que los cojos pudieron caminar, los ciegos vieron, los sordos oyeron y los paralíticos se mantuvieron en pie. De hecho, nos asombran todos y cada uno de estos momentos, tal y como debe haberse asombrado cada generación desde Adán hasta el fin del mundo. Para mí no hay mayor asombro ni desafío personal que cuando, tras la angustia en Getsemaní, tras haber sido ridiculizado, golpeado y azotado, Jesús se tambalea bajo Su carga en la cima del Calvario y dice: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34).

Si hay un momento en el que estoy profundamente asombrado, es ése, pues se trata de un asombro diferente. Gran parte del misterio de Su poder y ministerio lucha con mi mente. Las circunstancias de Su nacimiento, la amplitud y variedad de Su ministerio y milagros, el poder de la resurrección que residía en Él, todas estas cosas me asombran y digo: "¿Cómo lo hizo?". Con discípulos que lo abandonaron en Su momento de mayor necesidad, desmayado bajo el peso de Su cruz y de los pecados de toda la humanidad que habían sido transferidos al madero, traspasado por los clavos en Sus manos, muñecas y pies. Aquí el sufrimiento no desgarró mi mente sino mi corazón, y no me pregunto "cómo lo hizo", sino "por qué lo hizo". Cuando comparo mi vida, no con lo milagroso de la Suya, sino con Su misericordia, descubro lo muy lejos que me encuentro de emular al Maestro.

Para mí, éste es un orden más elevado de asombro. Estoy muy sorprendido por Su habilidad para sanar a los enfermos y levantar a los muertos, aunque he tenido algunas experiencias semejantes pero de forma limitada, al igual que muchos otros. Somos vasos menores y sin duda alguna, indignos

de este privilegio, pero hemos visto los milagros del Señor repetidos en nuestras propias vidas, en nuestros propios hogares y con nuestra propia porción del sacerdocio. Pero, ¿y la misericordia, el perdón, la Expiación, la reconciliación? Con demasiada frecuencia ése es un asunto diferente.

¿Cómo pudo perdonar a Sus torturadores en ese momento? Con todo ese dolor, con la sangre habiéndole caído de cada poro, seguro que ahora no tenía que estar pensando en los demás, ¿verdad? De seguro que no tiene que pensar en los demás a cada minuto, y mucho menos en esta jauría de chacales que se están riendo, le escupen, y le arrancan las ropas, Sus derechos y Su dignidad. ¿O se trata de una evidencia más sorprendente de que realmente era perfecto y espera que también nosotros lo seamos? ¿Es una mera coincidencia — o algo completamente intencional — que en el Sermón del Monte, y como un último requisito previo al fijar la perfección como nuestra meta, Él nos recuerde: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen" (Mateo 5:44).

Prefiero levantar a los muertos, restaurar la vista y curar a un paralítico o cualquier otra cosa, antes que amar a mis enemigos y perdonar a los que me han herido o han herido a los hijos de mis hijos, especialmente a aquéllos que se ríen y se deleitan en la brutalidad de estos hechos.

"Entonces [Pilato] les soltó a Barrabás; y habiendo azotado a Jesús, le entregó para ser crucificado. Entonces los soldados del gobernador llevaron a Jesús al pretorio, y reunieron alrededor de él a toda la compañía; y desnudándole, le echaron encima un manto de escarlata, y pusieron sobre su cabeza una corona tejida de espinas, y una caña en su mano derecha; e hincando la rodilla delante de él, le escarnecían diciendo: ¡Salve, Rey de los judíos! Y escupiéndole, tomaban la caña y le golpeaban en la cabeza. Después de haberle escarnecido, le quitaron el manto, le pusieron sus vestidos, y le llevaron para crucificarle" (Mateo 27:26-31).

"Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen". ¡A quién le importa si saben o no lo que hacen! Ésta es una injusticia cruel, bárbara e insultante a la vida más pura y perfecta jamás vivida. Aquí está la única persona en todo el mundo, desde Adán hasta este momento, que merece adoración, respeto, admiración y amor. Y lo merece porque "tan sólo Él fue digno de / efectuar la Expiación. / Él nos abrió la puerta / hacia la exaltación" ("En un lejano cerro fue", Himnos, 1992, número 119). ¿Y esto es lo que recibe a cambio?

¿No hay justicia? ¿No debería gritar: "¡Iros!", como lo hizo con los otros demonios? ¿No debiera condenarlos y hacer que descendieran las legiones de ángeles que estaban siempre aguardando Sus órdenes?

Toda generación, toda dispensación del mundo, ha tenido sus propias multitudes alrededor de la cruz, riéndose, burlándose, quebrantando los mandamientos y abusando los convenios. Hay más culpables que este puñado de personas en el meridiano de los tiempos. Lo son la mayoría de las personas, en la mayoría de los lugares, la mayoría del tiempo, incluyendo a aquellos de nosotros que debiéramos haber actuado mejor.

¿Qué es lo que le lleva a hacerlo, y qué lección podemos aprender de ello? Debemos acudir al principio mismo.

Tras la experiencia de Adán y Eva en el Jardín de Edén y su consiguiente expulsión de él, "Adán empezó a cultivar la tierra, y a ejercer dominio sobre todas las bestias del campo, y a comer su pan con el sudor de su rostro, como yo, el Señor, le había mandado; y Eva, su esposa, también se afanaba con él...

"Y Adán y Eva, su esposa, invocaron el nombre del Señor, y oyeron la voz del Señor que les hablaba en dirección del Jardín de Edén, y no lo vieron, porque se encontraban excluidos de Su presencia. Y les dio mandamientos de que adorasen al Señor su Dios y ofreciesen las primicias de sus rebaños como ofrenda al Señor. Y Adán fue obediente a los mandamientos del Señor.

"Y después de muchos días, un ángel del Señor se apareció a Adán y le dijo: ¿Por qué ofreces sacrificios al Señor? Y Adán le contestó: No sé, sino que el Señor me lo mandó.

"Entonces el ángel le habló diciendo: Esto es una semejanza del sacrificio del Unigénito del Padre, el cual es lleno de gracia y verdad. Por consiguiente, harás todo cuanto hiciere en el nombre del hijo, y te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás" (Moisés 5:1,

4-8).

¿Invocar a Dios para qué? ¿Cuál es la naturaleza de esta primera instrucción a la familia humana? ¿Por qué tienen que invocar a Dios? ¿Es ésta una visita social? ¿Es una conversación amistosa entre vecinos? No, es una petición de auxilio desde el mundo triste y solitario, desde la antesala de la desesperación. "Te arrepentirás e invocarás a Dios en el nombre del Hijo para siempre jamás". Es una llamada desde la prisión personal de un corazón pecador. Una llamada al perdón de los pecados.

Y así, el Dios y Padre de todos nosotros estableció con esos primeros padres, en la primera generación del tiempo, ciertos principios y ordenanzas diseñados para expresar cómo se ha de llevar a cabo el perdón de los pecados. Junto con todo lo demás que tiene sentido e importancia en nuestra vida, el perdón vendría mediante el sacrificio y el ejemplo de Su Hijo Unigénito, quien es lleno de gracia y verdad.

A modo de recordatorio constante de la humillación y del sufrimiento que el Hijo pagaría por nuestro rescate, como recordatorio constante de que no abriría Su boca y sería llevado como cordero al matadero (véase Mosíah 14:7), como recordatorio constante de la mansedumbre, misericordia y dulzura, sí, el perdón que iba a marcar toda vida cristiana; por todas esas razones y más, los primeros corderos, limpios y sin mancha, perfectos en todo aspecto, eran ofrecidos sobre esos altares de piedra año tras año y generación tras generación, simbolizando para nosotros al gran Cordero de Dios, Su Hijo Unigénito, Su Primogénito, perfecto y sin mancha.

Al ofrecer nuestro simbólico pero más modesto sacrificio en cualquier dispensación, aquél que refleja nuestro corazón quebrantado y nuestro espíritu contrito (véase D&C 59:8), prometemos "recordarle siempre, y... guardar siempre sus mandamientos... para que siempre [podamos] tener su Espíritu [con nosotros]" (D&C 20:77). Los símbolos de Su sacrificio, tanto en la época de Adán como en la nuestra, tenían el propósito de ayudarnos a recordar que debemos vivir de manera pacífica, obediente y misericordiosa. Y, como resultado de estas ordenanzas, se esperaba que el Evangelio de Jesucristo se viese reflejado en nuestra longanimidad y amabilidad humana los unos por los otros, como Él nos enseñó estando en la cruz.

Pero con el transcurso de los siglos se ha visto que no ha funcionado de esa manera, al menos no con bastante frecuencia. A Caín no le llevó mucho tiempo errar. Tal y como dijo el profeta José Smith: "Dios... preparó un sacrificio en el don de Su propio Hijo, el cual sería enviado a Su debido tiempo, para preparar el camino, o abrir una puerta mediante la cual el hombre pudiera entrar en la presencia del Señor, de donde había sido expulsado a causa de la desobediencia... Mediante la fe en esta expiación o plan de redención, Abel ofreció a Dios un sacrificio que fue aceptado y que consistía de las primicias de sus rebaños. Caín ofreció del fruto de la tierra y no fue aceptado porque... no podía ejercer una fe contraria al plan de redención, y sin el derramamiento de sangre no había remisión; y debido a que el sacrificio fue instituido como un símbolo, mediante el cual el hombre podría discernir el gran Sacrificio que Dios había preparado, ofrecer un sacrificio contrario a ello impediría el ejercicio de la fe, porque la redención no se alcanza de esa manera, ni el poder de la Expiación ha sido instituido tras ese orden... Ciertamente, el derramamiento de sangre de una bestia no puede ser de beneficio para ningún hombre, excepto que se efectúe a modo de imitación, como un símbolo o explicación de lo que iba a ser ofrecido mediante el don de Dios mismo; y todo esto se hizo con la mira puesta en la fe del poder del gran Sacrificio para la remisión de los pecados" (History of the Church 2:15-16).

Algunos de nosotros, en cada época y estación, un poco como Caín, recién llegados a casa tras nuestras ofrendas matutinas, le gritamos a nuestro cónyuge, hundimos en la tristeza a un hijo, le damos un puntapié al perro, o simplemente mentimos y engañamos un poco, y cavamos la tumba de nuestro vecino. El momento de atención que hemos prestado hacia nuestras ordenanzas de salvación a lo largo de las dispensaciones, haría que, en comparación, los preescolares pareciesen graduados de universidad. Con demasiada frecuencia nos olvidamos del porqué antes incluso de que se seque la sangre del altar, de que las bandejas sacramentales regresen a la mesa, o de que hayamos doblado y guardado las ropas del santo sacerdocio hasta la próxima sesión.

Saúl, rey de Israel, fue ejemplo de este problema. En clara contradicción a las instrucciones del Señor, se trajo de la lucha con los amalecitas "lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová [su] Dios". Samuel, profundamente angustiado, exclamó: "¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey" (1 Samuel 15:15, 22-23).

¿Por qué es la rebelión (o la obstinación, o la desobediencia a las ordenanzas) semejante a la adivinación? Porque demuestra nuestra lealtad y nuestro entendimiento de cómo es Dios y lo que en realidad quiere. Tanto Saúl, que entendía el método pero no el significado de su sacrificio, como el Santo de los Últimos Días que asiste fielmente a la reunión sacramental, pero que no es más misericordioso, paciente o compasivo como consecuencia de ello, son semejantes a la bruja o al idólatra. Realizan las ordenanzas en su debida forma pero sin la lealtad ni el entendimiento de los motivos por los cuales se establecieron esas ordenanzas: obediencia, mansedumbre y amabilidad amorosa durante la búsqueda del perdón de nuestros pecados.

Las ordenanzas efectuadas erróneamente y con su significado alterado señalan a un sacerdocio apóstata y a una nación idólatra. Tal y como nos enseñó el profeta José Smith, podemos descansar con la certeza de que Dios no está interesado en la muerte de animalitos inocentes, a menos que el significado de esos altares cambie verdaderamente la naturaleza de nuestra vida.

En un momento particularmente bajo de la historia israelita, el Señor exclamó a Sus hijos: "Aborrecí, abominé vuestras solemnidades... Y si me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas y la justicia como impetuoso arroyo" (Amos 5:21-24).

Y así fue durante gran parte del tiempo hasta que llegamos a esta parábola final:

"Hubo un hombre, padre de familia, el cual plantó una viña, la cercó de vallado, cavó en ella un lagar, edificó una torre, y se la arrendó a unos labradores, y se fue lejos. Y cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores, para que recibiesen los frutos. Mas los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron, y a otro apedrearón.

"Envío de nuevo otros siervos, más que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera. Finalmente les envió su hijo, diciendo: Tendrán respeto de mi hijo.

"Mas los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí:

Éste es el heredero; venid, matémosle, y apoderémonos de su heredad. Y tomándole, le echaron fuera de la viña, y le mataron" (Mateo 21:33-39).

Ése es el momento en que nos hallamos en la cumbre del Gólgota. No es un relato agradable. A través de una paciencia que parece excesivamente generosa, el Padre y el Hijo han esperado, contemplado y trabajado en esta viña para que la misericordia corra como las aguas y la rectitud como impetuoso arroyo. Pero la misericordia y la rectitud no han corrido. No sólo los profetas y los fieles han sido muertos, sino que ahora también va a serlo el Señor de la viña. Está a punto de pagarse un precio terrible e incalculable, y el corazón humano sufre al contarlo. En medio del sudor y la saliva, las espinas y las amenazas, el ridículo y el rasgar de Sus ropas, añadido todo ello al aplastante peso de Su propio cuerpo en busca del descanso en los clavos mismos de las manos y los pies; con los amigos huyendo y con enemigos hasta donde alcanza la vista, en ese momento ocurre lo inesperado, se representa la peor escena posible de este drama divino.

Quizás la más breve de las indicaciones respecto a las terribles emociones y fuerzas que están ahora en juego se nos da cuando leemos las líneas que han sido intencionadamente preservadas para nosotros en el arameo original: "Eli, Eli, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" (Mateo 27:46).

Hay solamente una cosa de la que este Hijo Unigénito tiene certeza: el amor, el compañerismo y el apoyo constante de Su Padre. Consideren los siguientes pasajes tomados casi aleatoriamente del Evangelio de Juan, pues evocan un tema que está presente en todo ese libro.

"No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre... Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todas las cosas que él hace" (Juan 5:19-20).

"Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió" Ouan 6:38).

"No he venido de mí mismo, pero el que me envió es verdadero, a quien vosotros no conocéis. Pero yo le conozco" (Juan 7:28-29).

"El Padre que me envió da testimonio de mí... Si a mí me conocieseis, también a mi Padre conoceríais" Ouan 8:18-19).

"Él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar" (Juan 12:49).

"He aquí, la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado, y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo" Ouan 16:32).

Y luego viene lo que quizás sea la declaración más dolorosa de todas: "Porque no soy yo sólo, sino yo y el que me envió, el Padre... No me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada" (Juan 8:16, 29).

Ése es el hilo constante de doctrina y creencia, la certeza que Él tenía a pesar de lo que pudiera acontecer entre sus amigos y enemigos mortales: "No me ha dejado solo [mi] Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada".

Y ahora: "Eli, Eli, ¿lama sabactani?... Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?".

Quisiera compartir algo que el élder Melvin J. Ballard escribió hace muchos años.

"Les pregunto: ¿Qué padre y madre puede escuchar el llanto de sus hijos en peligro... y no prestarles ayuda? He oído de madres que, sin saber nadar, se han arrojado en arroyos impetuosos para salvar a sus hijos de ahogarse, [he oído de padres] que han entrado en casas envueltas en llamas [poniendo en peligro sus propias vidas] para rescatar a aquéllos a quienes amaban.

"No podemos escuchar esos llantos sin que nos lleguen al corazón... Él tenía el poder para salvar, amaba a Su Hijo y podría haberlo salvado. Podría haberlo librado del insulto de las multitudes, de la corona de espinas que le fue puesta en la cabeza, podría haberlo rescatado cuando el Hijo, colgado entre dos ladrones, fue escarnecido al decirle: 'Sálvate a ti mismo y descende de la cruz. A otros salvó y a sí mismo no se puede salvar'. Tuvo que escuchar todo esto. Vio a ese Hijo condenado, le vio llevar la cruz por las calles de Jerusalén y desmayar bajo su peso. Vio finalmente al Hijo sobre el Calvario; vio Su cuerpo extendido sobre la cruz de madera; vio los malvados clavos atravesando Sus manos y Sus pies, los golpes que desgarraban su piel, que le arrancaban la carne y que hacían correr la sangre de la vida de Su Hijo [Unigénito]...

"Contempló con gran dolor y agonía cómo le hacían estas cosas a Su [Hijo] Amado, hasta que parece haber llegado un momento en el que nuestro Salvador gritó de desesperación: 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?'.

"Creo que en ese momento puedo ver a nuestro querido Padre tras el velo, contemplando estas mortíferas dificultades... con Su gran corazón casi quebrantado por el amor que tenía hacia Su Hijo. Oh, y en ese momento en que podría haber salvado a Su Hijo, le agradezco y alabo el que no nos fallara... Me regocijo en que no interfiriera, en que Su amor por nosotros hiciera posible que perseverara para contemplar los sufrimientos de Su [Unigénito] y nos entregara finalmente a nuestro Salvador y Redentor. Sin Él, sin Su sacrificio, habríamos permanecido como estamos y nunca seríamos glorificados en Su presencia...

"Esto es, en parte, lo que le costó a nuestro Padre Celestial dar el don de Su Hijo a los hombres...

"Nuestro Dios es un Dios celoso; celoso de que [podamos llegar a] pasar por alto u olvidar ligeramente el mayor de Sus dones para todos nosotros": la vida de Su hijo Primogénito (Melvin J. Bailará, Crusader for Righteousness [Salt Lake City: Bookcraft, 1966], págs. 136-138).

Entonces, ¿cómo podemos asegurarnos de que nunca llegaremos a "pasar por alto u olvidar ligeramente" el mayor don que nos ha dado?

Lo hacemos al mostrar el deseo de la remisión de nuestros pecados y nuestra gratitud eterna por la más valiente de las oraciones: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Lucas 23:34).

Hacemos esto al embarcarnos en la obra de perdonar pecados.

" 'Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo' [nos manda Pablo] (Gálatas 6:2). La ley de Cristo, la cual tenemos el deber de cumplir, consiste en llevar nuestra propia cruz. La carga que debo llevar de mi hermano no es solamente su suerte [o su circunstancia] externa... sino, más literalmente, su pecado. Y la única manera de llevar el pecado es perdonándole mediante el poder de la cruz de Cristo que ahora [nosotros] compartimos. Por tanto, el llamado a seguir a Cristo es siempre un llamado a embarcarse [en] la obra de perdonar a los hombres sus pecados. El perdón es el sufrimiento de Cristo que todo cristiano tiene el deber de llevar" (Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, segunda edición [Nueva York: Macmillan, 1959], pág. 100).

Seguramente la razón por la que Cristo dijo en la cruz, "Padre, perdónalos", fue que aun en aquella hora de abandono y terrible dificultad a la que hacía frente, sabía que ése era el mensaje que había venido a traer a través de toda la eternidad. Todo el significado y la majestuosidad de todas las dispensaciones, de hecho todo el plan de salvación, se habría perdido si Él hubiese olvidado que no a yesar de la injusticia, la brutalidad, la aspereza y la desobediencia, sino precisamente a causa de todo ello había venido a conceder el perdón a toda la familia humana. Cualquiera puede ser agradable, paciente y misericordioso en un día bueno. Un cristiano tiene que ser agradable, paciente y misericordioso todos los días. Es el momento más puro de Su ministerio, tan perfecto en ejemplo como doloroso de soportar.

¿Hay alguien que pueda necesitar el perdón? ¿Hay alguien en nuestro hogar, alguien de nuestra familia, de nuestro vecindario que haya hecho algo injusto, despiadado o poco cristiano? Todos somos culpables de tales transgresiones, así que seguro que hay alguien que necesita nuestro perdón.

Y por favor, no pregunten si es justo que el ofendido deba llevar la carga de perdonar al ofensor. No pregunten si la "justicia" no demanda que sea al contrario. No, hagamos lo que hagamos, no debemos pedir justicia. Sabemos que lo que debemos suplicar es la misericordia, y eso es lo que debemos estar dispuestos a dar.

¿Podemos ver la trágica y definitiva ironía de no conceder a los demás aquello que nosotros mismos necesitamos de manera tan desesperada? Quizás el acto de purificación más puro y sagrado sería decirle a la cara a toda esa crueldad e injusticia que amamos aún más a nuestros enemigos y que bendecimos a los que nos maldicen, que hacemos bien a los que nos odian y que oramos por los que nos ultrajan y nos persiguen. Ése es el duro camino de la perfección.

Un maravilloso ministro religioso escocés escribió una vez:

"Ningún hombre que no perdone a su prójimo puede creer que Dios está dispuesto, e incluso que desea, perdonarle a él... Si Dios dijera "te perdono" a un hombre que odie a su hermano y (aunque es imposible) la voz del perdón llegara hasta dicho hombre, ¿qué sentido tendría para él? ¿Significaría para él 'adelante, puedes seguir odiando, no me importa. Realmente te han provocado y tu odio es justificado'? "No hay duda de que Dios toma en cuenta las equivocaciones y las provocaciones que hayan existido, pero cuanta más provocación, cuanta más excusa podamos hallar para el odio, mayor razón... para que el que odia [perdone y] sea librado del infierno de su [ira]" (George MacDonald, *An Anthology*, ed. C. S. Lewis [Nueva York: Macmillan, 1947], págs. 6-7).

Recuerdo hace varios años ser testigo de un drama ocurrido en el aeropuerto de Salt Lake. En aquel día en concreto bajaba yo de un avión y caminaba hacia la terminal, y era muy obvio que había un misionero que regresaba a casa, porque todo el aeropuerto estaba atestado de amigos y familiares del misionero.

Intenté descubrir quién era la familia del misionero. Había un padre que no parecía sentirse muy cómodo dentro un traje de hechura un tanto extraña y ligeramente pasado de moda. Parecía ser un hombre del campo, con la tez quemada por el sol y manos grandes y marcadas por el trabajo. La camisa blanca estaba un poco desgastada y probablemente no se la ponía nunca, excepto los domingos.

Había una madre bastante delgada, que tenía el aspecto de haber trabajado muy duro toda su vida. Llevaba un pañuelo en la mano, el cual parecía que en un tiempo fuese de lino, pero que ahora parecía hecho de papel, el cual estaba completamente deshilachado a causa de los nervios que sólo la

madre de un ex misionero puede sentir.

Había una joven hermosa que, bueno, ya saben lo que pasa con las jóvenes y los misioneros que regresan. Parecía que le iba a dar un paro cardíaco. Yo pensé que si el joven no venía pronto, ella no podría aguantar más sin oxígeno.

Había dos o tres hermanas y hermanos pequeños corriendo por allí, sin importarles demasiado la escena que estaba teniendo lugar.

Pasé de largo y me dirigí hacia la terminal y pensé para mí: "Éste es uno de los dramas humanos especiales de nuestra vida. Quédate por aquí y disfrútalo". Así que me detuve y me deslicé por entre la multitud para esperar y mirar. Los misioneros estaban comenzando a descender del avión.

Empecé a tratar de averiguar quién daría el primer paso. Pensé que probablemente la novia tendría muchas ganas de darlo, pero era indudable que estaba luchando por ser discreta. Dos años es mucho tiempo, y quizás uno no debiera parecer demasiado impaciente. Mas un vistazo al pañuelo me convenció de que seguramente el primer paso lo daría la madre. Era obvio que necesitaba aferrarse a algo, por lo que el hijo al que había llevado consigo y nutrido, y por el cual se había sacrificado tanto, sería lo que realmente necesitaba. Puede que el primer paso lo diese el ruidoso hermanito, si tan sólo levantara la vista durante el tiempo suficiente como para ver que el avión ya había llegado.

Mientras estaba allí sentado sopesando las posibilidades, vi al misionero descender por la escalerilla. Supe que era él por el grito de la gente. Tenía la apariencia del capitán Moroni: aseado, apuesto y firme. Sin duda alguna conocía el sacrificio que esta misión había supuesto para sus padres y ello le había convertido exactamente en el misionero que parecía ser. Se había cortado el cabello para el viaje de regreso a casa, el traje estaba gastado pero limpio y un abrigo ligeramente andrajoso todavía le protegía del frío del que su madre le había advertido con frecuencia.

Llegó al final de los peldaños y comenzó a cruzar la pista hacia el edificio en que nos encontrábamos; y para entonces, seguro que alguien no iba a aguantar más. No fue la madre, ni la novia, ni el alborotado hermanito. Aquel padre grande y algo desgarrado, aquel tranquilo y bronceado gigante de hombre, se llevó por delante a una azafata, se puso a correr hacia la pista y estrechó a su hijo entre los brazos.

El oxígeno que habría necesitado la novia hubiera estado mejor dirigirlo ahora hacia el misionero. Aquel gran oso que era el padre lo levantó del suelo y lo abrazó durante largo tiempo, sin decir nada. El joven soltó su bolsa, echó los brazos alrededor de su padre y se dieron un fuerte abrazo. Parecía como si toda la eternidad se hubiese detenido, y durante ese preciado momento, el aeropuerto de Salt Lake fue el centro del universo. Era como si el mundo se hubiese callado en señal de respeto por un momento tan sagrado.

Entonces pensé en Dios, el Padre Eterno, contemplando cómo Su Hijo salía a servir, a sacrificarse cuando no tenía que hacerlo, a pagar a Su manera, por así decirlo, dando todo lo que había estado ahorrando durante toda su vida. En ese preciado momento no resultó difícil imaginar a ese padre hablando emocionado a quienes le escuchaban: "Éste es mi hijo amado, en quien tengo complacencia". Y también era posible imaginar al triunfante hijo que regresaba, diciendo: "Está terminado. Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".

Desconozco el tipo de botas de siete leguas que utiliza un padre para atravesar el espacio de la eternidad, pero aun con lo limitado de mi imaginación puedo ver ese encuentro en los cielos, y es mi oración que haya uno para ustedes y para mí. Oro por la reconciliación y el perdón, por la misericordia, por el crecimiento y por el carácter cristiano que debemos desarrollar si vamos a disfrutar plenamente de ese momento.

Asombro me da que para un hombre como yo, lleno de egoísmo, de transgresión, de intolerancia e impaciencia, haya una oportunidad. Pero, si he oído correctamente las "buenas nuevas", sí hay una oportunidad para mí, para ustedes y para todos los que estén dispuestos a mantener la esperanza, a seguir intentándolo y a garantizar el mismo privilegio a los demás.

Me cuesta entender que quisiera Jesús bajar

Del trono divino para mi alma rescatar...

Comprendo que Él en la cruz se dejó clavar.

Pagó mi rescate; no lo podré olvidar.
Por siempre jamás al Señor agradeceré;
Mi vida y cuanto yo tengo a él daré...
Cuán asombroso es lo que dio por mí.